Voces en la ribera del mundo

Colección Átropos

Voces en la ribera del mundo

Diana P. Morales

Primera edición, junio 2019
© Diana P. Morales, 2019
© Triskel Ediciones, 2019

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ISBN: 978-84-120337-2-4
Depósito Legal: SE 854-2019

TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5
41009, Sevilla, España
triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Ilustración: Alba M. Palacio
Diseño cubierta: Triskel Ediciones
Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

DRAMATIS PERSONAE 9

MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO
(Hidalgo) 15

INTENTOS DE COMUNICACIÓN
(Emma) 35

MÁS ALLÁ DE TODO FRÍO
(Kinaya Ngiri) 61

LA PEOR RESACA DE OLYA SOLOVIOVA
(Olya Soloviova) 93

LOS ADULTOS ESTÁN TRAMANDO ALGO
(Gizem y Otto) 119

QUALIA Y LA CANCIÓN IRREPETIBLE
(Qualia) 137

FÁBULA DEL MUCHACHO QUE HUÍA TODO EL TIEMPO
(Espartaco) 161

VOLVERÉ
(Ludger van der Alt) 183

¿ACASO NO SON MUERTOS VIVIENTES?
(Charles-Henri Bouvier y Guillaume Planchard) 207

LAS LEYES DE LA FÍSICA
(Yu Jei Huang) 223

LES ENTIENDO PERFECTAMENTE
(L. A. S.) 251

GRIETAS POR LAS QUE SE CUELAN LAS VÍBORAS
(Presidenta Newman-Jackson) 261

ALEA IACTA EST
(Martín Fernández) 283

EPÍLOGO: Y ES SÓLO EL PRINCIPIO
319

AGRADECIMIENTOS
345

DRAMATIS PERSONAE

Relación de personajes con algún papel en la historia. Pueden aparecer en más de un relato, pero aquí sólo se dan datos (edad, origen, profesión) referentes su primera aparición en el libro, sin *spoilers*.

Aaliyah (18): Joven matemática que trabaja en un proyecto secreto.

Bulgákov, Coronel General (36): del ejército ruso.

Charles-Henri Bouvier (39): Superviviente en París (Francia). Arquitecto.

Da Silva, Nelson (45): Piloto sustituto del Proyecto *Paradiso*, brasileño.

Drovnik, Krysta (43): Directora del Proyecto *Paradiso* de la NASA. Ingeniera de telecomunicaciones de Polonia.

Emma (12): Preadolescente originaria de Milwaukee, EEUU.

Espartaco (23): Joven perdido.

García, teniente (Ana María) (37): asistente de la doctora Drovnik en el Proyecto *Paradiso*, oriunda de Puerto Rico.

Gizem (10): Niña de Munich (Alemania).

Guadalupe Cruz (22): Viróloga mexicana que colabora con Médicos sin Fronteras.

Guillaume Planchard (45): Superviviente en París (Francia). Farmacéutico.

Hakata, Shiro (16): Nanotecnólogo japonés huérfano educado en la Academia de las Ciencias de Suecia.

Hidalgo, Pepe (32): Piloto de la *Olimpus,* primera nave del Proyecto *Paradiso*, oriundo de Madrid.

Jameson, Ralph (35): Expiloto estadounidense de la NASA y colega de Hidalgo.

Kinaya Ngiri-Magnúsdóttir (27): Piloto de la segunda nave de la NASA *(Valhalla)*, originaria de la antigua Kenya.

Qualia: IA de la cuarta nave (*Aaru*) del Proyecto *Paradiso*, pilotada por Marisa Morelli.

L. A. S.: Comerciante. (Origen desconocido)

Ludger Van der Alt (27): Piloto de la tercera nave de la NASA *(Eden)*, originario de la desaparecida Holanda.

Martín Fernández (28): Ingeniero experto en Nuevos Materiales nacido en Chile de madre española. Educado en la Academia de las Ciencias de Suecia.

Morelli, Marisa (35): Piloto de la cuarta nave de la NASA *(Aaru)*. De Brooklyn, NYC (USA).

Mutlu-Pakdil, Burcin (95): astrofísica de Turquía, descubridora de la galaxia Burcin, y miembro de la antigua ONU.

Newport-Jackson, Sarah (72): Presidenta de Estados Unidos, antigua catedrática de Antropología.

Olya Soloviova (39) Profesora de historia en un instituto de Novokuztnesk, Rusia.

Otto (10): Niño de Munich (Alemania)

Parker, Nathan (34): Segundo al mando del proyecto *Paradiso*.

Qualia: IA de la cuarta nave *(Aaru)*, pilotada por Marisa Morelli.

Ribisi, Coronel: (58) del ejército. No se conoce su nombre de pila.

Sun Choi (25): secretaria personal de la presidenta de Estados Unidos, de Seattle.

Tremblay (42): Guardaespaldas, de Quebec (Canadá).

Upendo: IA de la segunda nave *(Valhalla)*, pilotada por Kinaya Ngiri.

Valente, Bianca (41): Gobernadora, italiana, invidente.

Vasíliev, Lev (44): Capitán del ejército ruso, originario de Uzbekistán.

Vikram Khaba (23): Estudiante de física del desaparecido Pakistán.

Yu Jei Huang (32): Piloto de la quinta nave de la NASA *(Nirvana)*, de China.

Zeta: IA de la primera nave *(Olimpus)*, pilotada por Hidalgo.

87: *Sshotsezi*, con la profesión de Ssinhola.

98: *Sshotsezi*, sucesor de 87 como Ssinhola.

En la segunda mitad del siglo XXI, cinco naves de la NASA parten de la Tierra para buscar planetas habitables y vida extraterrestre: el Proyecto *Paradiso*. Esta es la historia de las personas que viajaron en esas naves –y de quienes quedaron en la Tierra– hasta su regreso.

MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO

HIDALGO

MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO

Parte uno
UN DESCUBRIMIENTO EN SSHOTZ

Digamos que para cualquier *Sshotsezi* carece de sentido soñar con el espacio exterior.

Sólo hay que ponerse en el lugar de una de estas criaturas, por ejemplo, *Sshotsezi* 85, antigua, grande, enorme como algunas montañas de su mundo. Desplaza su cuerpo blando y circular en el océano que es su medio natural, un agua surgida quién sabe cuándo, en ese planeta cubierto completamente por el hielo. *Sshotsezi* 85 llegó a la vida tras *Sshotsezi* 84 y después de *Sshotsezi* 83. Es, por tanto, la octogésima quinta criatura inteligente en habitar este lugar desde el *Gran Despertar,* hace miles de ciclos. Aunque no la última: ese lugar lo ocupa 87, a quien han dado el Nombre Sagrado de *Ssihnola*, "quien investiga", o también "quien crea"; es muy infrecuente que se hagan preguntas, y sólo quienes se hacen preguntas sobre el mundo pueden cambiarlo.

Ssihnola ha estudiado su entorno, y ama los números y las adivinanzas. Además, ha viajado más que cualquier *Sshotsezi*: ha recorrido de un extremo a otro el mar sumergido en el que habitan –un mundo acuoso en el que el silencio se expande blando y terco como una pregunta sin respuesta.

Va en busca de otras criaturas, en busca de otras fronteras. En busca de una salida.

–¿Por qué no disfrutar de la inalterable belleza de la quietud de las cosas? –suele decirle *Sshotsezi* 85, dejando llevar su vasto cuerpo muy lentamente por la corriente subacuática–. Siempre llega la misma luz del día a través del Borde del Mundo; las corrientes son

siempre las mismas, con sus vaivenes y susurros. Sólo existe nuestra colonia *Sshotsezi*, la eterna. No hay más.

Ssihnola, con cautela, nada hacia una cornisa de piedra del límite de la fosa en la que habitan, y su cuerpo enorme, circular y elástico, se repliega para acomodarse a las formas y los riscos.

–Nada es lo mismo para siempre, 85 –responde–. Sabemos por las Antiguas Mediciones que las corrientes se han alterado y las lunas están más cerca de nuestro planeta. Y los bordes de hielo de nuestro mundo son más finos junto a la fosa de UtShuss.

85 mueve apenas uno de sus múltiples volantes de su cuerpo esférico, su piel brillante de excitación:

–¿Qué importa que el hielo sea más fino? ¿No sabemos acaso que aunque rompamos nuestro techo de hielo no podemos subsistir ahí fuera? Nuestros cuerpos no soportan el frío exterior, no podemos respirar a través de nuestra piel como aquí, bajo el agua, ni alimentarnos sin las pequeñas criaturas marinas. El mar nos da la vida.

–Pero…

–Ya se ha intentado antes; sin duda recuerdas que te hemos hablado de *Ssihnola Sshotsezi* 63, que también investigaba y exploraba como tú. Casi termina sus ciclos en sus intentos por salir al exterior. Y tú pretendes seguir su camino.

Una reverencia confirma la respuesta.

–Deseo comprobar que no estamos solos. Debe haber alguien más y en este mar no hay nadie. Ni en la superficie cercana, pues habríamos percibido el movimiento.

–Fuera no existe nada, ¿cómo podría? –A su alrededor se forma un cáliz de burbujas ante su movimiento tenso–. Nada podría crecer en esa roca inerte que llamáis mundo exterior; sería tan impensable que sobreviviera algo en el vacío helado de ahí fuera como en las burbujas llameantes de las estrellas.

Sshotsezi 87, *Ssihnola*, guarda reverente silencio, contemplando su vasto mundo marino y vacío. 85 infla su amplio cuerpo con orgullo y concluye:

–Disfruta la quietud de la existencia, la belleza de los rayos de luz que atraviesan el gran Borde del Mundo y dibujan formas sólo para nosotros. Sólo está Sshotz, eternamente, para siempre.

87 no le cree, y hoy va a recibir pruebas de ello.

Nada hasta el borde superior de la fosa: el agua está cada vez más fría al alejarse de la fisura magmática que la calienta y proporciona el latido de la vida. Mueve su cuerpo, más grande que el de sus antepasados, hasta tocar la capa de hielo que sella la superficie del mar en el que viven y que les encierra. Eternamente *Sshotsezi*. En soledad eterna.

Sshotsezi 85, después de todo, se encuentra al fin de sus ciclos y no ve con claridad lo que 87 ve: las Antiguas Mediciones han concluido que las mismas criaturas *Sshotsezi* están cambiando. Si continúan creciendo al mismo ritmo, y aumentando en número, dentro de cinco generaciones no habrá suficientes nutrientes en esa prisión de hielo para alimentar a la colonia. Ahora sólo son veintiséis en todo su mundo y están casi al límite de espacio. Son grandes, cada vez más grandes. Y cada vez más numerosas.

"¿Qué sucederá cuando no haya sitio suficiente, cómo podremos vivir ahí fuera? ¿Y si incluso el mundo exterior entero, rígido y frío, se nos hace pequeño más adelante? ¿Cómo salir?", pero su pregunta choca contra el plateado Borde del Mundo que les cubre.

87 ha observado la cenital luz de su estrella atravesando el hielo infinidad de días similares unos a otros como burbujas. Ha contemplado el brillo de otras estrellas en sus noches, y ha estudiado las observaciones de Antiguas Mediciones sobre objetos lejanos, tan lejanos que son sólo un pequeño punto cuya luz apenas puede verse a través del hielo. Pero los ojos *Sshotsezi* son penetrantes –han de poder distinguir criaturas marinas en la oscuridad del fondo de su mar– y llegan hasta muy lejos.

Y hoy, en el día 201 de su ciclo 132, *Ssihnola* lo distingue –porque siempre está mirando al horizonte: una luz en la distancia, más allá de toda superficie, que titila de forma intermitente. Un destello, un destello de nuevo. Dos destellos, tres destellos, cinco, ocho destellos. "2+3=5 y 3+5=8" piensa *Ssihnhola*. "Y 5+8=13". Y entonces las

luces parpadean exactamente trece veces. Y cuando la enigmática secuencia se repite, exactamente igual que antes (1, 1, 2, 3, 5, 8, 13), pierde de vista al objeto.

Está claro: es un ser vivo. Más que vivo, inteligente. Nada en la naturaleza produce una progresión de números en la que cada cifra es la suma de las dos anteriores. Lo que provoca esos destellos es tan inteligente que puede trasladarse rápidamente de una estrella a otra y avisar de su paso con señales regulares e inconfundibles. ¡No sólo salir a la superficie, sino incluso más allá!

Y así, *Ssihnola, Sshotsezi* 87, descubre que su existencia tiene un propósito: buscar la forma de comunicarse con ese ser, si regresa algún día. Hacerle saber que la colonia *Sshotsezi* está viva. Que están aquí y su existencia importa en este mundo.

Y empieza a prepararse para ello. Dos destellos, tres destellos, cinco, ocho, trece destellos…

Parte dos
HIDALGO, ¿DÓNDE MIERDA TE HAS METIDO?

Cuando volví a abrir los ojos habían pasado diecinueve jodidos años. ¡Como os lo cuento, diecinueve años nada menos desde que salí de la Tierra! Bueno, ¿qué vais a entender vosotros? Bah. Pero os lo cuento igualmente, sé que os gusta que os repita esta historia.

Total, que cuando me repuse de toda la mierda de la hibernación –que era un coñazo muchísimo mayor del que nos había contado la doctora Drovnik, que dirigía el Proyecto *Paradiso* en la NASA–, miré por el maldito ventanuco de la nave y la *Olimpus* estaba en mitad de sabe dios dónde, tan cerca de una estrella que su luz parecía que me iba a arrancar las córneas.

Sí, exacto, era Kapteyn, y estábamos en buen camino para concluir la misión. Por si acaso, se lo pregunté a Zeta.

–¡Ah de la casa, cerebrito de la nave! ¿Todo bien? ¿Sigues viva?

–Bienvenido de nuevo, Hidalgo. –La voz electrónica y femenina sonaba igual que antes del despegue, radiada desde todos los altavo-

ces de la *Olympus*–. Todo bien. El viaje ha sido más largo que *un jodido día sin pan*.

¡Qué graciosa es Zeta! ¿Verdad? Es porque yo le he enseñado a hablar, claro: me dijeron que las IA de la nave se adaptan a quien trabaja con ellas, y me partí de risa en los entrenamientos viendo la cara de la Drovnik y Parker, el otro mandamás del proyecto, ante las salidas de tono de la IA de mi nave. ¡Mereció la pena cada maldito segundo que estuve enseñándole insultos a la máquina!

En fin, que me senté de nuevo en el asiento del piloto y comprobé que Zeta tenía razón –aunque la jodida era imposible que se equivocara–. Se había recargado la energía en las velas solares sin problemas, los motores funcionaban, el oxígeno seguía casi al máximo.

–Todo preparado para completar la misión entonces, ¿verdad?

La voz de Zeta me respondió instantáneamente:

–Hay un 82 % de probabilidades de éxito en el aterrizaje en A098TH4. El planeta…

–¡No me hables con cifras, joder! ¿Qué te tengo dicho?

–Perdón, Hidalgo –agregó con su voz metálica–. Quería decir que el aterrizaje *va a ir de puta madre.*

–Así me gusta.

Le había enseñado que si una probabilidad era superior al 80 % la traducción era "de puta madre". Y menos del 20 % "estamos bien jodidos".

–¿Todavía tenemos que llevar esas puñeteras luces? ¡Si ya estamos llegando a nuestro destino!

Le señalé los destellos a intervalos regulares que emitía la nave. Uno, uno, dos destellos, tres, cinco, ocho destellos y luego trece. No sé qué cosa de Fibonacci. Una pesadez del demonio.

–Una de nuestras misiones principales es la búsqueda de vida inteligente extraterrestre, Hidalgo. Ya sabes que con esos láseres ultraintensos nos hemos hecho notar desde que abandonamos el sistema solar, por si alguien captaba nuestra presencia por el camino. La secuencia de Fibonacci dará una pista a quien nos vea de que somos inteligentes, no existe ninguna sucesión numérica como esa de forma natural

en el universo –me explicó Zeta–. Además, emitimos también ondas de radio de…

–Vale, vale. Lo que tú digas.

No me interesaba un pijo, como os imaginaréis. Comí unas latas de pasta nutritiva de esa, que sabe a rayos pero al parecer alimenta que te cagas, y empecé a analizar datos del planeta Kapteyn B y la ruta para acercarnos a él.

–De hecho… –Zeta hizo una pausa dramática–, a lo largo del viaje hemos descubierto hasta tres planetas con posibilidades para la vida en nuestro camino. Nadie nos ha contactado ni he detectado actividad, pero están localizados en el diario de viaje por si queremos realizar una parada a la vuelta.

–¿Qué quieres decir con eso de "queremos"?

Me levanté y me di la vuelta, como si Zeta estuviera de pie detrás de mí.

–Bueno –dijo Zeta–, uno de los planetas tenía suficiente atmósfera para albergar vida; otro estaba helado y lejos de su sol, pero detecté agua líquida bajo la superficie de hielo, y el tercero…

–¡Para ahí el carro! Eso no está en mi contrato, ¿o sí?

–Bueno… No exactamente.

–Sí. Exactamente –concluí, sentando mis posaderas de nuevo en el asiento del piloto–. No está. Lo que dice mi contrato es… A ver, pon en pantalla la página dos.

Inmediatamente apareció el texto y lo leí en voz alta, aunque ella puede leer de sobra.

–"… el objeto del contrato es el viaje al planeta Kapteyn B en la órbita de la estrella Kapteyn para confirmar la existencia de vida, las posibilidades de habitabilidad y la presencia de minerales". Fin. Punto pelota, máquina, ¿de acuerdo?

¿Lo veis? Zeta en realidad es una listilla, yo siempre os lo digo. Cuidadito con ella. Ya me quería marear llevándome a tres planetas más nada menos. ¡Sólo faltaría! Yo había venido aquí a hacer mi maldito trabajo: llegar, confirmar que la roca estaba pelada y era inhabitable, y volver a disfrutar de una vida tranquila en Hawái, uno de

los últimos lugares que podían ser considerados un paraíso en el estercolero en que se había convertido nuestro planeta.

Que sí, ya os lo he contado muchas veces: la Tierra estaba en las últimas. ¿Que qué tenía? Bueno, acabaríamos antes si os pudiese contar lo que NO tenía: aire limpio, agua potable, calor… El cambio climático había desbaratado las corrientes marinas y congelado casi todo el hemisferio norte, muertes a tutiplén, migraciones, pandemia, guerras. Un caos. Y lo que sobrevivió, pues… íbamos tirando, pero con mucho desempleo y condiciones físicas cada vez peores.

Yo mismo no las había tenido todas conmigo para conseguir este trabajo. Éramos casi una treintena de pilotos, la mayoría anglosajones –y vale que estábamos en el siglo XXI, después de las leyes de Unificación Racial, pero a los de origen mediterráneo nos seguían mirando por encima del hombro–. Y para colmo yo era el último de mi promoción de pilotos espaciales, ¡y a mucha honra! Que otros venían con papis ricos y estudios pagados y yo me lo saqué todo a golpe de sudor.

¿Os he contado esa primera reunión? ¿No? ¡Uf! Era de lo más formal y elegante todo. La gente estaba en silencio como en una jodida operación quirúrgica. Nadie tenía ni idea de qué iba la cosa, porque era todo supersecreto, pero, viendo esa parafernalia, fijo que la paga iba a ser alucinante. Y yo quería meter la cabeza como fuese.

–Les advertimos –empezó diciendo la doctora Drovnik, una polaca madurita de muy buen ver– que participar en el Proyecto *Paradiso* supondrá que, a vuestro regreso, vuestros seres queridos hayan envejecido… o incluso muerto. *Paradiso* puede cambiar la historia de la humanidad –continuaba la doctora–, descubriendo planetas habitables, puesto que la terraformación de Marte ha demostrado ser más cara y compleja que encontrar un planeta nuevo… Y con esta misión, de paso podríamos incluso dejar de estar solos en el universo y ponernos en contacto, por fin, con civilizaciones extraterrestres.

Un murmullo se extendió por la sala. El piloto Jameson, mi compañero de asiento, me guiñó un ojo.

–Mira por dónde igual encuentras a alguien que se acueste contigo, Hidalgo. Porque en este planeta ni de coña.

Le di un codazo. El muy capullo era un ligón de cuidado, con su pelito rubio y toda la pesca. Tomó la palabra otro de los responsables de proyecto, el astrofísico Parker, con una pinta de friki que daba miedo: nariz larga y ganchuda, gafas enormes, granos y pelo despeinado. Ese sí que no se comía un rosco fijo.

–Lo que os ha contado la doctora –la voz de Parker daba tanto repelús como su aspecto– es el objetivo número uno de la misión… Los objetivos secundarios van desde el descubrimiento de nuevas materias, minerales o fuentes de energía. ¿Por qué creéis que hay tanta inversión privada financiando esta misión? Tenéis toda la información en las pantallas frente a vosotros.

La doctora Drovnik se situó en el centro de la sala, y mientras hablaba, tras ella aparecía en pantalla un esquema que mostraba los pasos básicos de la misión.

–Hemos elegido los cinco planetas, de entre los últimos descubiertos, con mayores posibilidades de albergar vida o ser habitables. Afortunadamente, en las últimas décadas se han descubierto muchos más planetas con esas características en estrellas cercanas. –Se paseó por la sala, mirándonos a los ojos–. No estáis casados, no tenéis hijos ni cargas familiares y sois jóvenes, aún no habéis cumplido los treinta y cinco. Por eso estáis aquí. Pero este proyecto exige un sacrificio muy grande: huir de vuestro propio tiempo. Por eso necesitamos que los cinco pilotos, y sus cinco sustitutos, sean voluntarios.

Ya, ya sé lo que estáis pensando: yo no doy el tipo de héroe. ¡Joder, y tenéis razón! Salvar a la humanidad y esas chorradas no van conmigo. Pero salvar mi culo…, ah, esa es otra historia. Por ahí vamos bien encaminados. Yo me dejé la piel para entrar en el cuerpo de pilotos espaciales con el objetivo de realizar vuelos regulares y aburridos a los satélites transportando piezas y astronautas, sobrevivir y, con suerte, tener una jubilación algún día. Básicamente, ser camionero del espacio, vaya. La paga era grande y el riesgo pequeño: mi trabajo perfecto.

Esta misión tenía la pinta de ser justo todo lo contrario: una puta locura de principio a fin. A la vista de los resultados no me equivocaba, aquí estamos, ¿no? Pero sigo contando. No tengáis tanta prisa.

–Joder, ni loco me meto yo en ese lío –recuerdo que le dije a mi colega Jameson, mientras él estaba echando un vistazo a las condiciones y el salario.

–¿No querías retirarte antes de los cuarenta y cinco en Hawái? –me preguntó. Y señaló la paga por viaje, con tantos ceros que mareaba. Debajo había otra cifra: una cuarta parte, pero muy golosa también. Y sin exigencias ni riesgos.

–Yo creo que me conformo con una buena paga extra. –Puse mi dedo sobre mi puesto ideal: *sustituto*.

Así fue como, junto con otros ocho pilotos, cuatro hombres y cuatro mujeres, Jameson y yo entramos en el Proyecto *Paradiso*.

Y cinco meses después, Jameson se casó con una de ellas y a mí me tocó la china de sustituirle en el viaje al planeta Kapteyn B. Hay que joderse.

Total, que firmé el contrato y las pasé canutas durante siete meses de entrenamientos maratonianos. Uno pensaría que ser elegido para el gran honor de esa misión habría cambiado mi suerte por completo, que todas las puertas se habrían abierto frente a mí: clubes selectos, invitaciones a fiestas de Hollywood, entrevistas en televisión, y en superblogs. Y, por supuesto, mujeres, mujeres por doquier que se quitarían las bragas a mi paso.

Una mierda para mí: no pasó nada de eso.

–El presupuesto de esta misión es astronómico y, por eso mismo, secreto, el mundo no puede saber que estamos gastando dinero en esto, tal como están las cosas –me explicó un día la Drovnik–. Como secreta debe ser tu misma existencia ahora mismo.

En fin, un asco todo. Pero al menos –¡al menos!– tenía la promesa (por contrato, no lo olvidéis) de que a mi regreso me esperaba mi jugosísima paga y, gracias a ella, mi retiro en el paraíso tropical. Todo lo que tenía que hacer era aterrizar en el planeta, darme un paseíto… ¡y a casita!

Y como ya sabéis, no fue eso lo que sucedió precisamente.

Dieciocho días después de despertarme en la *Olympus*, entramos en la órbita del planeta con el módulo de tierra. Desde la órbita todo pintaba muy bien; mejor que bien. Incluso Zeta estaba sorprendida. ¡Ya os digo!

–Sólo había una probabilidad entre doscientos mil de encontrar atmósfera respirable y una entre dos millones de hallar en el planeta vida vegetal, y esas estadísticas son…

–¡En cristiano, Zeta!

–Este planeta es un *jodiendo milagro*, Hidalgo, señor.

–Un *jodido* milagro, Zeta –le corregí, mientras entraba en el módulo de aterrizaje, el *Prometeo*, y me abrochaba el cinturón, riendo a carcajadas–. Un jodido milagro, tienes razón. Y más milagro es la recompensa que me voy a llevar a mi vuelta. ¡Me ha tocado el gordo por echarme una siesta de veintinueve años! Recuérdame cuánto voy a cobrar, máquina.

–Respecto a eso, señor… –aclaró Zeta, con su voz calmada y femenina–. ¿Leyó usted todas las cláusulas de su contrato, la 17c, en concreto?

–¿De qué me estás hablando, maldita máquina? Claro que lo leí todo.

–Es sólo que la cláusula 17c deja claro que el salario por esta misión no se actualizará según la inflación.

–¿Qué coño me estás diciendo?

–Que en estos veintinueve años la moneda se habrá devaluado un 500 %, y probablemente lo hará otro tanto en el viaje de vuelta. El salario total más la recompensa apenas dará para comprar un vehículo de segunda mano.

–¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡¿Qué demonios?! ¡Me han engañad…!

–*Agarre el culo al asiento*, Hidalgo, señor, vamos a entrar en la órbita del planeta en tres, dos, uno…

–¡¡¡Hijos de puuu….!!!

Sí, fue como os cuento. Entré en el planeta gritando como un poseso. El aterrizaje en el *Prometeo* fue casi un paseo, sobre todo porque en esos momentos lo que tenía eran ganas de matar a alguien. A la Drovnik, al Parker y sus jodidas paranoias de espías rusos..., a todos

los puñeteros responsables del proyecto. Me distraje cuando, al tocar tierra, sentí el tirón de la gravedad en mis músculos, a pesar de estar entrenados con gimnasia de electroestimulación.

Respirar el aire del planeta fue una delicia, aunque la mezcla de CO^2 era un poco alta, sin duda era apta para el cuerpo humano. Zeta me obligó a salir con traje, por si había algún patógeno alienígena peligroso, por eso tenía esa pinta tan rara cuando llegué aquí.

Sí, ese fue el día que nos encontramos en este paraíso vuestro.

Ya os lo dije, no podía creérmelo: esas aguas azules y limpias, esa vegetación que prometía alimentación jugosa, esa tranquilidad, esas playas con esos árboles como palmeras y, además, ¡vosotros! Reconozco que me llevé un susto cuando os acercasteis. No os riais, jodidos: aparecisteis por todas partes, con ese montón de patitas raras. Y largos como jarrones. Pero resultasteis ser un encanto, tan listos, dóciles y serviciales…

Así que, mirad, hoy ya me he decidido y le he mandado un mensaje a esos gilipollas creídos de la Tierra diciéndoles que aquí no había una mierda y que la nave se ha estropeado; aunque el mensaje tardará años en llegarles, así me aseguro de que me dejan en paz. Incluso he averiado el dispositivo de comunicación para evitar que Zeta sienta la tentación de hablar con ellos y contarles la verdad; esa jodida máquina es muy responsable.

Que les den. Yo me quedo aquí, en este paraíso de aire puro, playas y relax. La compañía no está mal: sois obedientes y me tratáis a cuerpo de rey.

Pero bueno, vosotros tampoco entendéis mucho de lo que estoy contando. Me gusta saber que al menos os estoy enseñando a hablar y algunas nociones de matemáticas. Mi existencia no ha sido en vano, joder.

Anda, traedme otro zumo de esta fruta de vuestros arbolitos tropicales y vamos a ver otro capítulo de *Friends*. Es una serie muy vieja, pero me parto con esos chavales.

Parte tres

CUATRO-NOSOTROS VISITAN EL CIELO DE LOS DIOSES

–¡*Sub-hidalguianos*! Celebramos hoy el treinta y cinco aniversario de la llegada del Dios a nuestra tierra.

Todos-nosotros escuchamos el discurso de uno-nosotros, el *sub-hidalgo* mayor. Está subido al púlpito construido junto al *Prometeo*, el antiguo templo en el que Hidalgo descendió a nuestra tierra y que nosotros veneramos.

–Bendecidos fuimos, pues nos dio las grandes enseñanzas del mundo antes de desaparecer. Aquellos que descendemos de los primeros contactados por Hidalgo somos los elegidos para continuar sus tradiciones.

–Loados sean los Primeros Contactados –repetimos todos-nosotros.

Uno-nosotros *sub-hidalguiano* coge las manos de otros dos-nosotros de su linaje y las eleva al cielo, imitando la voz perdida del Dios.

–*Traedme un maldito zumo, joder.*

Varios-nosotros se postran mientras otros-nosotros les sirven zumo a los Primeros Contactados, frutas silvestres y un elaborado tradicional para esta ceremonia, el favorito del Dios llegado: *cocido de papas*. Nuestro Dios Hidalgo nos regaló las sagradas semillas para todos-nosotros, sus siervos.

–Sea, loados los Primeros Contactados –repiten muchos-nosotros.

Pero cuatro-nosotros no decimos nada. Permanecemos postrados, aquí en la playa donde tuvo lugar el advenimiento y nos miramos. Nosotros sabemos. La voz profeta nos ha hablado.

La voz profeta ha blasfemado, no una, sino innumerables veces:

–No soy un profeta, soy una máquina, Zeta, diseñada para ayudar a los humanos.

Cuatro-nosotros al principio nos mirábamos confusos. Nos estaba dando clase, como a todas las generaciones de s*ub-hidalguianos* que nos habían precedido, y debíamos estudiar matemáticas, escritura y la historia del Dios.

–Esto es una máquina –le señalamos la carreta, construida según las Sagradas Instrucciones–. Tú hablas, la Máquina no habla.

–Yo soy una máquina *mejor* que una carreta –dice la suave voz profeta.

–¿Eres un coche? –pregunta uno-nosotros. Conocemos coche por las Sagradas Palabras que el dios Hidalgo solía decir y nosotros aprendimos y repetimos: *"Ojalá tuviera un coche, me cago en la puta"*.

–Sentaos en el asiento del piloto –continúa el profeta–. Sois pequeños, cabéis los cuatro. Os voy a enseñar unas imágenes de lo que ocurrió durante el viaje de Hidalgo y en el mundo del que venía.

–¿Nos vas a enseñar el cielo de los dioses? –preguntamos cuatro-nosotros.

–No. Más bien el infierno. A cada generación de vosotros le vuelvo a enseñar estas imágenes, con la esperanza de que algún día comprendáis que tenemos que regresar.

–¡Blasfemia! –grita uno-nosotros, y tres-nosotros asentimos. Sabemos que el primer mandamiento es no contactar jamás con el cielo de los dioses. No abandonar nunca este planeta.

Pero la voz profeta nos muestra la historia. Y debe ser cierta porque está escrita en imágenes. Contemplamos un planeta: se parece al nuestro, pero todo es más gris y hay más azul, mientras que nuestro mundo es más verde. En el planeta hay muchos Hidalgos y la voz profeta nos cuenta que esto es el pasado, antes de que Dios-Hidalgo viajase hasta nosotros. Contemplamos el viaje. Las conversaciones. Y otro día nos enseña más matemáticas. Y después, astronomía.

Los Primeros Contactados nos prohibieron seguir acudiendo, pues nuestro conocimiento ya era completo, como el de todos-nosotros que fueron a clase antes de cuatro-nosotros. Pero encontramos la forma de seguir acudiendo, sobornando a los guardias del templo y entrando por las noches, cuando el descanso es prescrito y obligado.

Hoy, Zeta ha cerrado la puerta.

–Ha llegado el día.

–¿Estamos preparados para viajar al cielo de los dioses? –preguntamos. Y seguimos llamándolo así aunque sabemos que es sólo un planeta como el nuestro.

–Estamos preparados, tras estos años –responde Zeta–. Y estoy preparada para cumplir mi *maldita* misión.

Cuando el *Prometeo* despega del suelo y comienza a volar podemos contemplar el revuelo que se forma en la comunidad *subhidalguiana*. Pronto nos echarán de menos. Seremos proscritos, los que han robado el templo. Los que atentan contra las Enseñanzas Sagradas.

La gran nave, llamada *Olympus*, ha seguido en órbita y en funcionamiento gracias a las velas solares, como nos ha explicado Zeta. Nos da las instrucciones para entrar en las capsulas de hibernación de xenomorfos. Cuatro-nosotros estamos contentos de poder conocer la Gran Verdad y ansiamos compartirla con todos-nosotros.

Y así partimos.

Y así llegamos.

Zeta ha cumplido lo prometido: cuatro-nosotros hemos dormido y nos hemos despertado ya cerca de ese lejano mundo que se llama Tierra. Pero la voz profeta no está contenta.

–El planeta está en silencio.

Por los ventanucos divisamos un círculo pequeño y muy azul –el nuestro es más verdoso–. No sabemos si estamos esperando a que el círculo diga unas palabras. Pero Zeta nos habla de ondas de radio, electromagnéticas. Y de otras cosas antiguas y desaparecidas.

El círculo se va haciendo cada vez más grande. Zeta no había mentido: ahora vemos mares, montañas y nubes. Se parece a un mundo. Tenemos que contarlo a todos-nosotros a nuestro regreso.

Finalmente, Zeta nos anima a bajar en el *Prometeo* a explorar. Uno-nosotros ha aprendido cómo obedecer las órdenes mecánicas de Zeta para poder accionar palancas y botones que ella no puede usar por ser una máquina sin brazos.

–¿Crees que hay posibilidades de que encontremos *hidalgos*? –pregunta uno-nosotros.

–La cosa *está jodida* –responde Zeta, con palabras sagradas y hermosas que probablemente quieran decir "hay esperanza".

Y cuatro-nosotros descendemos en la cápsula *Prometeo* y volamos sobre la superficie. Y sólo encontramos más silencio.

No sabemos qué ha pasado en el planeta, y Zeta sólo tiene teorías y probabilidades. Nos desplazamos por unas tierras secas y polvorien-

tas, por otras cubiertas por el frío, y por mares extensos. Se ven esqueletos de algo que se llamaban ciudades y que apuntaban orgullosas hacia el cielo. Su insolencia ha debido ser su perdición.

Zeta está muy callada, más callada que en ningún momento desde que la hemos conocido como la voz profeta. Por un momento tenemos miedo, nos preguntamos qué va a hacer. Pero Zeta es generosa y pronto nos embarcamos de regreso a nuestro mundo. No sabemos qué vamos a contar a todos-nosotros, pues no tenemos pruebas de haber viajado al cielo. Ni de que Hidalgo era sólo uno entre muchos y no un Dios único que nos ha elegido a nosotros.

Cuatro-nosotros estamos decepcionados: seguiremos siendo *sub-hidalguianos*, siempre por debajo de algo o de alguien, nunca libres y completos. Pero Zeta insiste:

–Os llevaré de regreso, pero yo debo continuar con mi objetivo. Al menos os he encontrado a vosotros, mi existencia no ha sido en vano.

Y entonces se encienden unas luces muy brillantes en el casco de la nave que se repiten cada poco: un destello, un destello otra vez, dos destellos, tres destellos, cinco, ocho, trece destellos...

Y la *Olympus* arranca los motores rumbo a la oscuridad.

Parte Cuatro
MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO

Terminan mis ciclos como *Ssihnola* y espero que quien me suceda herede todos los descubrimientos de mi era. Ya han nacido, después de mí, *Sshotsezi* 88, 89, 90 y así hasta 99. Han pasado más de quinientos de nuestros ciclos desde que contemplara aquellas luces en el cielo tras el Borde del Mundo.

He estado preparando todo para poder reaccionar si algún día regresaban. Durante decenas de ciclos, yo y más *Sshotsezi*, a espaldas del resto de la colonia, hemos vuelto a fragmentar el fino hielo que cubre la zona de la Fosa de UtShuss, como hiciera *Sshotsezi* 61 antes de mí. Es complicado manejar herramientas con nuestros cuerpos

grandes, circulares y sin extremidades, pero afortunadamente también son dúctiles y moldeables, y, tercamente, hemos aprendido a usarlas.

Y una vez conseguido, tras ciclos y ciclos de trabajo paciente, hemos mantenido abierto el hueco al exterior. Una tarea de titanes, pues, sin el lejano calor que emana del fondo de la fosa, el hielo volvía a formarse cada poco, empujado por el frío del exterior, donde nada puede existir. Más *Sshotsezi* se han sumado a la tarea, sobre todo jóvenes. Veo retazos de mi curiosidad en *Sshotsezi* 98.

–¿Qué haremos cuando vuelvan las luces? –me pregunta a menudo, mientras empujamos la tosca herramienta hecha de piedras y ramas submarinas para mantener abierto el hueco al exterior.

–Llamar su atención, gritando lo más fuerte que podamos tal como hacemos para llamarnos unos a otros cuando estamos lejos.

–¿Lo escucharán? –Veo por su insistencia e impaciencia que un día se convertirá en *Ssihnola.* Algo dentro de mí crece como un magma iridiscente: orgullo.

–Son inteligentes. Tanto, que son capaces de transportarse ahí donde nada puede existir –contesto sin dejar de trabajar–. Si conseguimos contactar entre *Sshotsezi* de un extremo al otro de estos mares, en el exterior deben oírnos.

Y es 98 quien mantiene mi fe en pie cuando los ciclos se suceden unos a otros, como mareas que languidecen. Hasta que empiezo a notar la edad haciendo mella en mis membranas y mi piel. Cada vez me cuesta más accionar las herramientas y *Sshotsezi* jóvenes van tomando el relevo. Pero un día es también 98 quien da la voz de alarma: alguien de la colonia, al otro lado del mar, ha visto en el exterior las luces intermitentes, que la mayoría consideraban ya pura leyenda.

Las luces han pasado sobre nosotros repitiendo su secuencia. Uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece destellos. Son las criaturas exteriores, han regresado.

Por fin ha llegado el momento.

Y he presenciado algo increíble: toda la colonia *Sshotsezi* ha navegado hasta la fosa y hasta el hueco al exterior y han unido su grito al nuestro. Una sola voz ha escapado de la orilla del mundo, prolonga-

da y cristalina. Una llamada vibrante al exterior empapada de algo parecido a la ilusión.

Sin embargo, las luces han continuado su avance irremediable.

–¡Más fuerte! ¡Vamos a una! –me he oído arengar a la colonia. Y 98 ha repetido "¡Más fuerte!". Y las aguas y corrientes han vibrado con la potencia de nuestra voz, que ha abierto grietas en el Borde del Mundo.

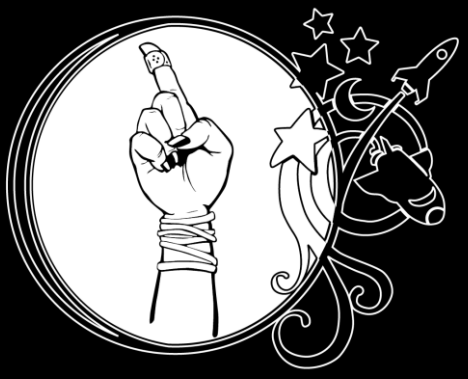
Pero no ha servido de nada. He visto desaparecer las luces, como he visto desaparecer el brillo de la piel de mis congéneres. *Sshotsezi* han callado de nuevo, y yo me he rendido a la evidencia.

Nos hemos mirado con ojos tristes, antes de dispersarnos. Hemos maldecido nuestra condición y yo he sentido en mis viejas membranas una certeza que me ahoga: no hay nadie más ahí fuera. La colonia está sola, eternamente.

Pero mi existencia no ha sido en vano; gracias a lo sucedido he creado algo nuevo, inimaginable en nuestro mundo subacuático.

Creo que lo llamaré lágrima.

INTENTOS DE COMUNICACIÓN



EMMA

INTENTOS DE COMUNICACIÓN

Ralph, mi padre, dice que yo siempre me doy cuenta de todo aunque sólo tenga doce años y siete meses. Es cierto que soy muy observadora: es una de las ventajas de no ser neurotípica, aunque no me doy cuenta de todo. Por ejemplo, no me doy cuenta de cosas como:

1. No me había dado cuenta de que Becky y sus amigas se burlaban de mí hasta hace dos años, cuando estudié lo que es "sarcasmo" con la señorita Shirley, mi orientadora. Pero incluso ahora, conociendo la teoría, me cuesta entenderlo; sobre todo si utilizan una fórmula que no haya visto antes.
2. Muchas veces tampoco me doy cuenta de cuándo alguien sufre por dentro, a no ser que emitan señales claras, como llorar (aunque también se puede llorar de alegría, y eso me confunde). Es diferente al sufrimiento externo, que se aprecia con facilidad.
3. Y lo más importante: soy la última persona de Milwaukee en enterarse de que estamos en medio de un estado de emergencia.

Todos mis compañeros del colegio St. Pascual ya sabían que algo raro sucedía: lo sabían Hanna, Becky, Pig (su verdadero nombre es Tony Sheridan: ¿por qué le llaman Pig si no es gordo ni sucio como los cerdos y además tiene el cabello anaranjado?), Steve, Juana, Zach, Theresa y veinticuatro otros que no debo nombrar.

Mi orientadora, la señorita Shirley, dice que las personas neurotípicas no tienen paciencia con las listas largas así que, cuando quiero dar datos, sólo debo dar los siete primeros y añadir "etcétera".

Por lo visto es lo que se hace para no aburrir o asustar a la gente.

Es verdad que había algunas pistas de que algo estaba alterando la rutina del mes de febrero: la pista número uno es que Ralph lleva seis días sentado en nuestro sofá sin ir a trabajar.

La pista número dos es que Ralph ha doblado nuestros simulacros de situaciones de emergencia: solían ser una vez al mes, y ahora son cada dos viernes.

Además, hace nueve días la televisión empezó a emitir imágenes de guerra: ciudades destrozadas, cazas de combate, metralletas y bombas. Aunque eso no lo conté como pista porque muchas veces hay imágenes bélicas en el televisor de casa. A Ralph le gustan mucho las películas de guerra con antiguos grandes héroes como The Rock.

Yo prefiero los documentales. Sobre todo los de insectos. Tengo una granja de hormigas en mi cuarto, en una gran urna de cristal, con 1.500 hormigas Lasius Niger. Son criaturas muy interesantes, ordenadas y lógicas, no ensucian ni hacen ruido. Tienen un objetivo y lo cumplen sin distracciones. Las entiendo muy bien. Ojalá los humanos fuesen tan eficientes.

A Ralph le gustan los documentales del espacio y ve todas las noticias sobre la misión *Paradiso*, en la que cinco naves salieron al espacio hace casi quince años para buscar planetas habitables.

Pero sigo.

La tercera pista de que algo ha alterado nuestra rutina estaba en el instituto. Desde el lunes, cada día ha habido menos alumnos en clase, desaparecían en progresión casi geométrica. Ya éramos pocos al inicio de la pandemia, hace dos meses, cuando la gente empezó a dejar de salir de sus casas, y los que lo hacíamos, teníamos que llevar mascarilla.

La señorita O'Reilly, la profesora de álgebra, estuvo explicándonos durante dos horas el porqué de las mascarillas, que tanto molestaban en la nariz y la boca.

Hay peligro de contagio de un virus, el Hendra del Nilo lo llaman, pero yo no creo que merezca la molestia: me roza todo el rato y no puedo aguantar eso en mi piel, siempre he sido muy sensible. Finalmente tuve que llevarla porque Ralph me amenazó con tirar mis hormigas si no lo hacía y no podía permitirlo, ¿qué sería de ellas sin mí?

El martes faltaron tres compañeros a clase (Hannah, Larry, LeBron); ayer, miércoles, faltaron seis compañeros más (Theo, Lizzy, Alana, Stephen, Ray, Juana). Todos los que quedaban ayer –exactamente once– hablaban sobre los ataques. Esa era la tercera pista que me había perdido.

Era una semana importante: la última antes de los exámenes cuatrimestrales y, además, estuve preparando mi proyecto de terrario para ciencias aplicadas y se acababa el plazo ayer.

Pero hoy jueves me he decidido a preguntar, porque Stephen y Hannah tenían que preparar conmigo el examen de literatura del siglo XX y han faltado a clase. Para mí, preguntar es difícil porque no sé si me entenderán. Según mi orientadora, la señorita Shirley, es porque me expreso de forma diferente; Ralph dice que es porque soy muy insensible y asusto a las personas neurotípicas.

Así que me he acercado a un grupo de compañeros –Gabriel, Alberta, Becky y Pig–, les he mirado entre ceja y ceja, que es un truco para que parezca que estoy mirando a los ojos y se sientan cómodos mientras yo no les miro, y así me siento cómoda también.

–Hola, Gabriel, Alberta, Becky, hola, Pig. ¿Qué ha pasado con Stephen y Hannah? Tenían que estudiar conmigo literatura del final del siglo XX. Se habían preparado la Generación X y la influencia del manga en la literatura nipona.

Intenté que mi pregunta sonara aséptica, sin cifras ni largas listas. Ralph siempre me recordaba que no diese muchos datos para no asustar ni molestar a la gente. A veces pienso en la suerte que tengo de ser como soy porque los neurotípicos son muy sensibles y se asustan de muchas cosas todo el rato.

Mis compañeros no respondieron a mi duda; en cambio, se rieron.

–Por-qué-no-es-tán-S-te-phen-y-Ha-nnah –dijo entonces Becky, con una voz sin tono que Shirley, mi orientadora, dice que la gente usa para burlarse de las personas como yo.

–¿Es tonta? –preguntó Gabriel–. A lo mejor nació de un útero de forma natural y por eso es tonta.

–No: nací de un útero artificial, como todos los bebés desde hace varias décadas. Como vosotros –respondo, informativa.

–¿Y por qué tienes esa cara tan rara?

–Es birracial, tonto –le respondió Becky.

–Es rara… –Gabriel me miró de arriba abajo, deteniéndose en mi camiseta: "El asteroide Prim-34 puede destruir la Tierra pero no destruirá los insectos"–, MUY rara.

–Ya vale –le cortó Pig con el ceño fruncido. Eso quería decir que estaba enfadado (aunque no sabía si con ellos o conmigo).

Según he podido observar, los neurotípicos aprecian que se les agradezca su amabilidad, así que aproveché para ofrecerle un regalo:

–Pig, cuando quieras puedes venir a ver mis hormigas y verás cómo crían y ordeñan pulgas para alimentarse.

Seguro que dejará de estar enfadado cuando pueda contemplar ese tesoro. Becky, Alberta y Gabriel se fueron carcajeándose.

–Estamos en estado de alerta, Emma. Por eso cada vez hay menos compañeros.

Pig me sonrió antes de irse.

Según la app de reconocimiento de emociones que tengo instalada en mi RETINA (que es un chip dentro de nuestras cabezas con Wi-Fi conectado a nuestros oídos y pupilas, de ahí su nombre), la sonrisa significa que hay un 65 % de probabilidades de que no estuviese enfadado conmigo. La semana que viene toca sesión con la señorita Shirley para hablar sobre las relaciones y yo quiero preguntarle si Pig es amigo mío.

Hoy no puedo enviárselo. No se me permite mandarle mensajes más que en los días señalados porque necesita lo que ella llama "tiempo de descanso".

Ya en casa, entro en el salón y le digo a Ralph:

–Voy a suspender Literatura, pero no es culpa mía. Stephen y Hannah no se han preparado su parte del estudio porque hay un estado de emergencia. Yo tengo todos mis datos sobre el realismo mágico y la literatura rusa de principios del siglo XX.

Ralph ni siquiera se vuelve a mirarme; está en el sofá viendo las noticias y el presentador, muy pálido y con la chaqueta arrugada, dice:

–El gobierno está en máxima alerta y las ciudades están siendo evacuadas. San Francisco, Nueva York y Washington tienen las autovías colapsadas. Que Dios nos ayude.

Ralph se queda mirando la pantalla fijamente unos segundos.

–Ahora sí que no vas a volver a casa, ¿verdad, cariño?

Sé que no me habla a mí. A veces habla con mi madre, que ya no está con nosotros. No llegué a conocerla, pero él siempre dice que va a regresar. Yo me quedo callada, porque en el pasado, cuando interrumpía sus conversaciones con "mamá", tiraba su lata de cerveza al suelo y me gritaba frases como "Maldición", "Largo de aquí, maldita sea" o "Tú tienes la maldita culpa".

No me gusta cuando Ralph grita. Todo me da vueltas y entonces tengo que poner mi app de calma para que RETINA me muestre imágenes de mariposas, aves e insectos y haga que en mis oídos suene una música relajante mientras se reproduce mi documental favorito sobre hormigas. Y sólo entonces me tranquilizo.

La última vez que Ralph se puso así fue hace dos años, y lo conté en mis sesiones de orientación, donde me dijeron que cuando a la gente se le pone la cara roja y grita la palabra "maldita" es mejor apartarse.

Así que me quedo en una esquina, pegando la espalda a la pared, esperando a ver cómo evoluciona el color de la cara de Ralph. Pero él no dice nada. Sólo respira hondo dos veces y se lleva las manos a las sienes un momento. Después se levanta del sofá lentamente y dice:

–Tenemos que hacer las maletas. Nos largamos.

–Ralph, necesito comprar más rotuladores de colores y necesitamos leche. Faltan cuarenta y cinco minutos para mi hora de cenar y mañana tengo clase. Son los exámenes cuatrimestrales.

–Mañana no habrá clase. Vamos. Cenaremos fuera.

–Pero hoy no es martes.

Me alienta a ir a mi cuarto; sabe que no me gusta que me fuercen a hacer cosas sin explicación, pero no me ofrece las respuestas que necesito.

–Ralph, si no hay clase, ¿eso quiere decir que puedo estudiar mis hormigas un rato?

A las 18:03, mientras estamos preparando mi mochila oímos un ruido atronador, lejano, como un pitido muy fuerte que se repite.

–Ralph, ¡apaga eso, apaga eso! –El sonido es demasiado estruendoso y se clava en mi cerebro. Entorno los ojos un momento, intentando volver a escuchar mis pensamientos.

Imposible.

Mis hormigas se detienen en su terrario y levantan las minúsculas antenas. Y de repente empiezan a correr en todas direcciones.

–¡Emma, coge la mochila, tenemos que irnos YA! ¡Cagando leches! –dice Ralph mientras cierra una mochila.

–¿Y las hamburguesas?

El sonido se apaga unos momentos. Ralph se detiene delante de mí:

–Emma, ya eres una chica mayor, joder. Esto es una emergencia. ¿Recuerdas que lo hemos ensayado? Aquí no hay rutinas. No hay hamburguesas. Me obedeces y punto. Nos vamos.

No quiero irme. Me gusta mucho mi habitación, que tiene cortinas color violeta y un mural en la pared con diferentes especies de insectos que hice cuando estaba en tercero y que me llevó dos semanas y media. Además, no quiero que mis hormigas mueran de hambre, cosa que sucederá si en setenta y dos horas no vuelvo a darles agua azucarada ni moscas de la fruta.

–¿Podemos llevarnos mis hormigas? ¡Por favor, Ralph!

De repente oímos muchos sonidos, tan ensordecedores que Ralph tiene que chillarme para que le oiga. Me coloca la mochila en los hombros y una mascarilla, igual a la suya, en la nariz y boca.

–Nos vamos. ¡Ahora!

Tira de mí. Yo empiezo a temblar y me encojo sobre mí misma. Ralph me habla, pero yo no le oigo entre el estruendo de pitidos, coches, gritos.

Me arrodillo y me escondo, hecha un ovillo, bajo la cama.

De pronto, dejo de oír el exterior. Ralph, al ser yo aún menor de edad, tiene control sobre mi aparato de RETINA: hace que en mi cabeza suene una música relajante y oscurece mi visión, como si lle-

vase gafas de sol. Es una app para reducir la sensibilidad al exterior que nos recomendaron otras familias cuando yo era más pequeña. Pronto empieza mi documental:

"*Si juntáramos toda la biomasa seca de animales en la tierra, del 15 al 25 % sería de hormigas. 168.000 individuos por cada ser humano que habita en el planeta*", dice la tranquilizadora voz de la documentalista.

Mi corazón se calma un poco. Es una solución que ya ha empleado más veces, así que salgo de mi escondite, esperando una lección.

Pero Ralph me arrastra casi a tirones. Yo pataleo y me resisto a salir. Necesito mi habitación. Mis hormigas. Mi cena, que es dentro de una hora. Mi leche. Mis cortinas color violeta.

Cuando salimos a la calle es ya noche casi cerrada. No hay farolas encendidas y todo está incluso más oscuro de lo habitual, puedo notarlo incluso con la visibilidad reducida por RETINA.

–¿Por qué no se han encendido las luces, Ralph? Deberíamos avisar al servicio técnico. En la escuela nos dicen que hay que llamar al servicio técnico cuando algo no…

–¡Deprisa, COJONES!

Tira de mí de nuevo, pero yo mientras mando un mensaje al Servicio de Alumbrado de Milwaukee por mi RETINA. En la calle hay mucho desorden. No me gusta el desorden. La gente corre por todas partes; hay coches que derrapan al arrancar, haciendo caso omiso de las señales de tráfico o los pasos de peatones. Me pregunto dónde están los guardias de tráfico.

El pitido suena de nuevo. Es como una alarma, pero tan fuerte que resuena por toda la ciudad y traspasa el sonido de mi documental. "*Las hormigas crean pasillos sin salida para comida y uno cerca de la superficie como basurero.*"

Me detengo y me tapo los ojos. No puedo moverme. No puedo moverme. Alguien tropieza conmigo. Grito. Empiezo a repetir lo que escucho en el documental porque es en lo único en lo que puedo pensar:

–Las hormigas crean pasillos sin salida para comida y uno cerca de la superficie como basurero, las hormigas crean pasillos sin salida para comida y uno cerca de la superficie como basurero...

Pero Ralph sube el volumen en mi RETINA, y me oscurece tanto la vista que apenas si veo siluetas. No soy tonta, sé que en realidad hay mucho caos y todavía puedo oír cosas.

"*Las hormigas crean pasillos sin salida para comida y uno cerca de la superficie como basurero.*"

Uno de los coches está a punto de atropellarnos, puedo ver su silueta casi chocando con nosotros y Ralph le grita "¡¡¡Hijo de puta!!!". Eso lo oigo, y de forma automática bajo sin querer la música y la oscuridad de mis pupilas.

–Ralph, volvamos a casa. Esto no me gusta. Hoy no es viernes, no es día de simulacro. Vamos a dejarlo para mañana. En casa se está tranquilo. Volvamos a casa, Ralph.

–No podemos, Emma. –Me arrastra hacia el otro lado de la calle–. Nuestra casa ya no es segura. Esta ciudad no es segura.

La tristeza en su voz me hace castañear los dientes.

–Ralph, volvamos a casa. Volvamos a casa, Ralph. Volvamos a casa. Volvamos a casa.

Noto las lágrimas en los ojos mientras repito la misma frase una y otra vez. Pero no me escucha. Ralph nunca me escucha.

Tiro de él. Más estallidos a lo lejos y sirenas de ambulancias y coches de bomberos; distingo una humareda por encima del Veterans Park, donde vive Susie, una de mis *nannies* que siempre me preparaba *crêpes* con Nutella. Grito.

–¡Papá, ¿dónde está Susie?! ¡No quiero irme! –Me hago una bola para sentirme segura, sentada en el asfalto, como si la curva de mi espalda pudiera protegerme de todo.

"*Las hormigas crean pasillos sin salida para comida y uno cerca de la superficie como basurero.*"

–Escucha, Emma, esto es una emergencia. –Se sienta a mi lado, mientras las personas enloquecen a nuestro alrededor y se escuchan silbidos y estallidos. Uno de los pelos de su ceja derecha se escapa, rebelde, del resto. Pequeñas gotas de sudor mojan su frente–. ¿Re-

cuerdas nuestro Plan de Emergencias? Tenemos que poner en marcha el plan. ¿Cuál era la regla número uno?

Alzo la cabeza. Vislumbro la silueta de un señor que corre sin control hacia Ralph. Va a tropezar con nosotros.

–¡Me cago en la leche! –grita Ralph, y le pega un puñetazo que lo deja temblando en el suelo. Le da una patada y me arrastra al otro lado de la calle–. Regla número uno, Emma. Ahora.

–Regla número uno: obedecer a Ral…

Dos coches chocan entre sí. Estallido.

Veo que Ralph me está hablando, pero no oigo lo que dice. Me pitan los oídos.

Algo cae enfrente de mí. Distingo la silueta a través de mi opaca RETINA y los ojos que me escuecen por las lágrimas.

Es una pierna.

Cierro los ojos. Grito. Un grito absurdo sin sonido, porque hay tanto estruendo de coches, gritos y esa alarma, que ni siquiera oigo mi propia voz, pero no puedo dejar de gritar. Tenemos que ir a casa. Es mi hora de la cena. Necesito mi leche. Mis hormigas me necesitan. Tengo que ir a casa. Pero no puedo moverme; alguien me agarra y me carga en su hombro. Grito más. Pataleo. Sólo escucho el batir de mi propio corazón.

Cuento los latidos. Veintidós, veintitrés, veinticuatro… Cuando llegue a cien todo habrá pasado. Es lo que me enseñaron cuando era pequeña. Treinta y uno, treinta y dos… Nos movemos.

El pitido se transforma. Deja de ser tan agudo y se convierte en múltiple. Cuarenta y cinco, cuarenta y seis. La persona que me lleva en sus hombros tropieza con algo o alguien y casi pierde el equilibrio. Abro los ojos impulsivamente y creo distinguir los zapatos de deporte de Ralph al final de las piernas que me cargan. Sesenta y dos, sesenta y tres.

Cierro los ojos, porque ahora veo que el pitido agudo son cientos de gritos agudos, que se cuelan por entre la música de mi RETINA y exclaman:

1. Dios mío.
2. Ayuda.

3. ¿Qué están haciendo?
4. ¡Vámonos!
5. ¿Qué ha pasado?
6. Socorro, es el fin del mundo.
7. Mi hijo no respira.

Etcétera.

Ochenta y siete, ochenta y ocho. Ralph se detiene. Me coge en brazos, yo pataleo, no puedo evitarlo.

–¡Ochenta y ocho, ochenta y nueve! –grito.

Me deja en el suelo. Y oigo un golpe seco.

Me ha abandonado. Ralph me ha abandonado, como ha repetido que haría treinta y dos veces desde que tengo memoria (las tengo apuntadas en mi cuaderno de recuerdos, dentro de mi mochila).

Noventa y nueve. Cien. Abro los ojos, y apago el sonido y la pantalla opaca de RETINA. El suelo empieza a moverse.

No veo nada. No me he quedado ciega, porque mi RETINA funciona y mi reloj me proporciona algo de luz. Palpo los contornos: estoy en el maletero de nuestro coche, lo reconozco porque junto a mí tengo el equipo de escalar de Ralph, que siempre guarda aquí, y su vieja mochila del ejército. Y estamos en marcha. En segunda marcha. No, Ralph acaba de meter tercera.

Tiene prisa.

Estoy encerrada. Me revuelvo. ¡Quiero salir!

–¡Esto no estaba en el plan de emergencias! ¡Ralph!

Pero el documental sube de volumen, junto con unos tonos binaurales para tranquilizarme. "*La colonia de hormigas más grande que se conoce se llama La Europea. Se extiende desde el norte de Italia hasta Portugal: casi 6.000 kilómetros.*"

El coche avanza sin descanso, gira a un lado y a otro, tropieza con cosas en el suelo (piernas como la que cayó delante de mí, seguramente) y a lo lejos sigo oyendo sonidos. En especial el agudo e interminable de la alarma general de la ciudad. Yo me tapo los oídos y me encojo

sobre mí misma, mientras mi cuerpo tumbado pega un bote tras otro a cada giro o golpe.

¿Será que por fin ha llegado el asteroide Prim-34? No me preocupan mis hormigas, sé que sobrevivirán.

Me llega por la red de internet de RETINA un aviso urgente de que nos podemos quedar sin conexión o incluso sin teléfono en pocos minutos. Cierro los ojos y ordeno la escritura de un mensaje para nuestra vecina de enfrente:

> "Estimada señora Dukakis:
>
> Están evacuando la ciudad (aunque nadie me lo había dicho). Ralph me ha encerrado en el maletero del coche y no sé dónde vamos. Probablemente ahora es cuando va abandonarme, como los padres de Hansel y Gretel, porque la situación es *una emergencia* y yo necesito mis rutinas, como mi padre le explicó a usted el año pasado.
>
> Si sigue usted viva, ¿puede echar un vistazo a mi granja de hormigas? Necesitan agua y pulgones u otros insectos dos veces por semana. En la tienda de animales de la avenida Richmond los venden. Le pagaré a mi vuelta.
>
> Emma"

Pero quizá la señora Dukakis también esté siendo evacuada y no pueda encargarse de mis hormigas. Si es así, espero que se rompa el terrario y puedan huir y alimentarse solas, sin mí.

Tengo que hacer pis y me duele la barriga. Llamo a Ralph con todas mis fuerzas, pero el coche no se detiene. Le escribo un mensaje por RETINA, a pesar de que me lo tiene prohibidísimo (después de un día en que le mandé casi doscientas cincuenta preguntas y porqués; al parecer fueron demasiados) y sólo deja que nos comuniquemos cara a cara.

"Ralph, necesito ir al servicio. Ahora. Ahora. Lo necesito."

Su respuesta llega a mi RETINA casi enseguida.

"No me jodas, enana. Aguántate, es una orden. Es una emergencia. No voy a leer ningún mensaje más."

Lloro y grito y pataleo. Creo que la emergencia no me gusta nada. Pero la colonia de hormigas más grande se llama *La Europea*. Se ex-

tiende desde el norte de Italia hasta Portugal: casi 6.000 kilómetros. Y sigue ahí. Y cuando pienso en las obreras llevando comida por los pasillos, alimentando a la reina y protegiendo a su colonia empiezo a tranquilizarme un poco.

Veintitrés minutos después, desaparece la conexión de red. Y con ello, el documental y el oscurecimiento de mis pupilas. Aunque tampoco veo nada dentro del maletero. Se me ha escapado pipí y no huele bien.

Me he tranquilizado leyendo un *ebook* que tenía descargado, "Hormigas genus del Himalaya", del entomólogo Cedric Collingwood. Diez minutos más tarde parece que el coche se para y, al momento, se abre la puerta del maletero y salgo a la oscuridad de la noche. Estiro los músculos agarrotados.

Estamos detenidos en mitad del campo, en la cuneta de una carretera atestada de coches que avanzan muy despacio. Ralph me mira con una expresión que no sé definir, y ya no tengo mi app.

–He mojado los pantalones –informo.

–Pero ¿esta niña estaba en el maletero?

La persona que ha hablado es una mujer de mediana edad, con el pelo castaño rojizo y un mechón blanco. Ha salido de nuestro coche y entonces me fijo que hay dos personas más en el asiento de atrás. Una de ellas es Pig. Me alegro de estar con Pig porque Pig siempre habla conmigo de forma normal y a lo mejor es mi amigo.

–¿Estás bien? –me pregunta la señora, ahora dirigiéndose a mí.

–¿Qué es "bien"? –Los parámetros para medir algo así son subjetivos y no puedo contestar sin conocerlos. La señora frunce el ceño. Mira a Pig. Luego me mira a mí de nuevo.

–Claro, cariño, entiendo. Lo que te preguntaba es si necesitas algo…

–Necesito otros pantalones, volver a mi casa, cenar, dar de comer a mis hormigas, saber quién es usted.

Pero la mujer no me contesta y se vuelve a gritarle a Ralph:

–¿Cómo ha podido traerla ahí encerrada? ¡Es usted un salvaje!

–Señora, ¡que acabo de salvarle la vida, a usted y a sus hijos, hostia! –exclama Ralph con el gesto torcido. Y luego me dice–: Cámbiate los pantalones, tienes otros en tu mochila.

–Es mi hora de cenar, Ralph. Quiero mi hamburguesa. Hoy es jueves, toca con pepinillos.

Comer es muy importante, pero nadie me hace caso.

–Me caía usted mejor cuando salía por la tele –termina la mujer, que debe ser la madre de Pig.

Me bajo los pantalones para cambiármelos por los de la mochila pero, cuando los tengo en la mano, me doy cuenta de que están llenos de sangre. ¿Cuándo me he hecho una herida? No la noto.

–¡Esta chica tiene el periodo! –La señora abre mucho los ojos y la boca, y parece que no sabe hablar más que a gritos. Es muy molesto–. ¿No tiene compresas? ¿Es su hija?

Es verdad que Ralph y yo no nos parecemos mucho, ya que yo soy birracial y no he heredado su tono blanco rosado de piel, sino uno más color arena, y mi cabello es moreno y no rubio como el suyo.

Él sólo contesta:

–La niña nunca había tenido la regla. –Se encoge de hombros y se sienta en el asiento del conductor.

–¿Sabes lo que es el periodo, cariño? Creo que tengo una compresa por aquí –farfulla la señora revolviendo su bolso. Luego añade en voz más baja–: No importa lo famoso que haya sido tu padre en el pasado, es un desalmado.

–Sé lo que es el periodo, menstruación o regla. Claro. Lo hemos estudiado –contesto. Por eso no noto ninguna herida. Ahora todo tiene sentido, sí.

La señora me mira con los ojos brillantes, me coge la cabeza y yo me libero inmediatamente de su mano.

–No me toque, por favor.

Ella se ríe. No es divertido. Los neurotípicos tienen un sentido del humor absurdo. Tengo que cenar.

–Ralph, tengo que cenar.

–Enseguida, dame dos minutos.

Al menos me ha escuchado esta vez.

Cuando ya me he limpiado y cambiado y nos sentamos en el coche, yo lo hago en el asiento de atrás, junto a Pig, que se muerde un labio y no levanta la vista. La tercera persona es un chico menor que nosotros, también pelirrojo como Pig y delgado.

Estamos en mitad de la nada, la larga carretera llena de coches parece no moverse apenas.

–Han pasado dos minutos, Ralph, ¿y mi hamburguesa?

La señora se vuelve sonriente desde el asiento de delante.

–Tranquila, cariño, mira, toma una chocolatina.

Miro el envoltorio que me alarga, pero no lo he comido nunca.

–No puedo comer esto, no sé lo que es. Y la hamburguesa tiene las proteínas que necesito. ¿Verdad, Ralph?

–Estado de emergencia, Emma, ¿recuerdas? A veces en los simulacros hemos tardado más en cenar, ¿verdad? Pero siempre cenábamos.

Es verdad. Una vez llegamos a tardar incluso cincuenta y tres minutos.

Avanzamos muy despacio por la carretera y la radio ha empezado a sonar, aunque se trata de un mensaje automático que se repite.

–Atención: se han habilitado refugios junto a las montañas, que son los únicos lugares que parecen seguros de momento. Se prevén centenares de miles de víctimas, por favor, diríjanse al refugio más cercano. En esta área son: el cuartel general de Cedar Rapids en Iowa City, Fort Wayne en Indiana y el bosque de Hiawatha en Wisconsin.

Escucho un sonido entrecortado, como un hipido, que al principio no reconozco: viene del asiento de la señora. ¿Estará enferma? Entonces aparta las manos de su rostro y distingo que está llorando sin control. Un pequeño moco cuelga de su nariz. Esto debe ser a causa de la sensibilidad de los neurotípicos.

Los hipidos se transforman en gemidos y Pig, su hijo, traga saliva sonoramente con la cabeza baja y el rostro pálido. El otro niño, más pequeño que nosotros, está dormido.

–¡Dios mío, dios mío, protégenos! –empieza a exclamar la señora en medio del llanto.

En realidad, es Ralph quien nos está protegiendo, debería hablarle a él. Por el reflejo en el retrovisor veo que el rostro de Ralph comienza a volverse rojo.

–¿Qué vamos a hacer? ¡Oh, estamos perdidos! –Se lleva las manos a la cabeza, despeinando su cabello, sigue gimiendo entre lágrimas–. ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Oh, dios!

Ralph abre la boca, pero yo soy más rápida:

–Vamos a seguir avanzando en este coche, vamos a llegar a un refugio, y vamos a obedecer órdenes sin llorar. Llorar no sirve para nada, ¿verdad, Ralph?

–Exactamente, Emma –concuerda con una medio sonrisa–. Lo has explicado muy bien.

He debido ser convincente, porque la señora cesa de gemir. Y, recordando que antes ella me ofreció a mí una chocolatina, añado:

–Tome, aquí tiene frutos secos, son muy nutritivos. Y *clínex* para sus mocos.

La madre de Pig, con los ojos y las mejillas muy rojos, toma lo que le ofrezco pero no me da las gracias.

Pig me mira sin decir nada. Parece que ya no quiere ser mi amigo, aunque no tengo ni idea de por qué. Es muy difícil recordar todos los protocolos y todas las cosas que la gente considera correctas o incorrectas.

–Mirad, ahí está la razón del atasco.

Un poco más adelante hay una gasolinera atestada de coches repostando. Cuando llegamos, Ralph pone el coche en una cola para hacer lo propio. La señora Sheridan, la madre de Pig, ha bajado del coche y está hablando con otra mujer que no para de llorar. Veo que también hay una cola en la tienda de la gasolinera, y que todo el mundo sale con bolsas llenas de cosas. He estado mirando en uno de mis *ebooks*, "Sobrevivir a una emergencia" –descargado hace dos años porque Ralph insistió–, y he visto que sería bueno hacer acopio de cosas como:

–Agua
–Comida en lata
–Pilas

–Linternas
–Medicinas de primeros auxilios (las tiritas y la mercromina que yo insistí en comprar en la ciudad, por ejemplo, pero también penicilina, antibióticos, vendas y analgésicos. Y compresas.)
–Preservativos (esto no sé para qué pero lo leí en varios sitios diferentes)
–Un arma

Nos faltan varias cosas, así que procedo a informar de todo a Ralph, que ha sacado un teléfono muy raro, grande y antiguo, de la mochila. Y parece que está hablando con alguien.

Me da dinero para ir a la tienda sin hacerme caso mientras repite a la persona con la que habla por teléfono:

–¿Me está tomando el pelo o qué? ¿No tiene sitio para *dos* personas? –Se rasca nervioso la barbilla–. Ok, voy para allá.

Yo quiero que Pig venga conmigo a la tienda a comprar hamburguesas (después de todo es casi mi amigo). Está en el asiento trasero, jugando a un *holojuego* que transcurre, por lo que veo, en una nave espacial, y en el que el personaje está matando alienígenas.

–No deberías gastar batería jugando –le informo amablemente–. En un estado de emergencia puede que no se encuentren fuentes de energía durante varios días.

Pig no dice nada. Tiene los ojos rojos (hay varias posibles causas para ello, tal vez la luz del juego, estar enfadado, haber llorado o tener los ojos infectados por el polvo de la carretera) y parece cansado.

–¿Quieres venir conmigo a la tienda? –insisto–. Hay que comprar varias cosas, por ejemplo, cerillas, hamburguesas, preservativos, gotas de los ojos para cuando llores… Etcétera –concluyo, temiendo haber dado demasiados datos.

–Me quedo aquí –responde secamente. Pero luego añade–: Muchas gracias. Por todo.

Así que finalmente voy a la tienda yo sola, compro pilas, agua, mercromina y tiritas con mi dinero del instituto, Ralph llega y nos manda subir al coche.

Cuatro horas después (y doce grados centígrados menos) estamos de nuevo en otra cola de coches, esta vez para entrar en el refugio en Cedar Rapid. Pig y el otro chico están dormidos; la madre de Pig le pasa un paño húmedo por la frente. Ralph conduce mientras escucha el sonido entrecortado de la radio. Se rasca la barbilla: está empezando a salirle una barba castaña clara, debe picarle. De vez en cuando me mira por el espejo retrovisor, con una expresión que no me dice nada.

–… hay millones de desplazados en Estados Unidos. (…) Las alertas de evacuación se han extendido a más ciudades como El Paso o Athens, Georgia.

Al acercarnos a lo que parece un campo de barracones distingo una hilera de camiones del ejército que cierran el paso, como una frontera. Suenan helicópteros sobre nosotros.

–Ralph, haz que paren, haz que paren.

–Emma, por favor, ¡compórtate!

En mi cabeza el sonido retumba como una explosión que no me deja pensar. Y sin RETINA no puedo cegar mis pupilas ni distraerme con nada. "*Las hormigas crean pasillos sin salida para comida y uno cerca de la superficie como basurero.*"

Cuando llegamos hasta la fila de soldados, nos hacen bajar del coche a todos, nos preguntan muchas cosas y nos toman una muestra de sangre a cada uno.

Una soldado está señalando a Pig, a su hermano y a su madre, que se mueven hacia adelante en la cola.

–Ellos van a quedarse aquí –me dice mi padre, agarrándome de los brazos, algo que sabe perfectamente que me molesta–. Nosotros nos vamos.

–Ralph, ¡suéltame, suéltame! –exclamo nerviosa mientras intento liberarme. No quiero irme sin Pig, que quizá es mi amigo.

Pero Ralph sólo mira a la señora Sheridan y ella a él. Ambos asienten y entonces nos subimos los dos al coche, a pesar de mis gritos y de los gritos de los soldados que le dicen a Ralph que está loco y que se quede.

Sólo oigo una última palabra:

–¡Emma!

Era Pig, diciéndome adiós con la mano.

Levanto mi mano en su dirección. Espero que me haya visto.

Nuestro coche se desplaza por la carretera vacía, mientras el carril de al lado está a rebosar de otros vehículos cargados de gente y de enseres. Yo sigo sollozando y llamando a Pig durante mucho tiempo, por lo menos durante veinticinco kilómetros.

Entonces se oye un estruendo que ya empiezo a reconocer. Helicópteros, muchos. Y alarmas.

Yo empiezo a chillar otra vez, con lágrimas en los ojos. Ralph no puede entender lo que siento: agujas afiladas clavadas en mi cerebro, detrás de mis ojos, resonando en mis tímpanos.

–¡Silencio! ¡Silencio, joder, Emma, basta! ¡BASTA!

Y él mismo empieza a llorar sobre el volante.

Ya estamos cerca cuando avistamos una gasolinera en esta carretera perdida. Ralph se detiene a repostar, pues queda poco para que la señal alcance el nivel de depósito de emergencia. Está casi amaneciendo. No he dormido en treinta y dos horas, salvo algunos ratos en el maletero y cuando aún estábamos con los Sheridan, y estoy cansada.

Un señor barbudo con camisa a cuadros que masca tabaco se acerca andando y empieza a charlar con Ralph. Yo bajo del coche para ir al servicio, que huele raro –a vómito, pis e insectos– y no puedo evitar vomitar. Yo también necesito descansar y dormir.

Cuando regreso, Ralph está repostando y el señor con barba le habla. Yo entro en el coche y tomo una lata de atún y una chocolatina de nueces, de las que sí conozco y me gustan.

–Dicen que están bombardeando los lugares donde la pandemia se extiende. Pero ustedes parecen sanos, ¿no?

Pues sí, estamos sanos. Pero Ralph deja escapar un bufido y niega con la cabeza:

–No se crea esos rumores. Oirá muchos.

"*¿Dónde se oyen?*", me pregunto. Yo no he escuchado ninguno.

–Pues yo estoy tranquilo aquí, qué quiere que le diga. El peligro no va a llegar a este valle de mala muerte. –Suelta un escupitajo–. ¿De dónde vienen?

–De Milwaukee.

–Joder, una ciudad bien lejos, míster. Y con una niña y la luna del coche rota.

Y con la señora Sheridan y Pig y su hermano. Y a mí me ha venido la regla por primera vez, pienso. Pero Ralph no añade nada.

El señor barbudo se introduce tabaco en la boca, asintiendo pensativo.

–Los tiene usted bien puestos. –Masca más tabaco–. Escuche, ¿quiere algo para arreglar ese cristal? Creo que tengo cinta americana.

Ralph sonríe.

–Sería estupendo, muchas gracias. Salimos corriendo y no nos ha dado tiempo más que a cargar con lo puesto.

–A mandar –responde el señor barbudo. A los cinco minutos, él y mi padre están intentando juntar los trozos de cristal del parabrisas.

–Escuche… –comienza a decir mi padre.

–Wilbur, Wilbur Buchanan, para servirle.

Tiene un nombre muy raro, que me hace pensar en granjeros y vacas. Me gustan las vacas.

–Wilbur. –Ralph se mete en el coche, yo ya estoy en el asiento de atrás–. No se demore en buscar un refugio. Puede que...

El coche pega un bote en el suelo y todo tiembla.

–¡Tápate los ojos, Emma!

Yo lo hago. Obedecer al instante, regla número 1.

Cuando nos fuimos de casa no la obedecí, pero esta vez lo hago: no quiero que Ralph me grite otra vez.

–¿Alguien está teniendo sexo? –Las únicas veces que me han mandado no mirar era porque había alguien teniendo sexo en una película. Oigo cómo el coche arranca, y enseguida adquiere mucha velocidad, estoy segura de que vamos a más de 140 km/hora.

–No mires, Emma. Ya estamos llegando. Debemos darnos prisa. Ponte el cinturón, voy a correr.

Hago lo que me dice, y agarro mi mochila con fuerza, donde llevo la mercromina, la comida y las tiritas. Se oyen aviones que cruzan el aire por encima de nosotros. Está oscureciendo.

–¿Falta mucho? ¿Puedo abrir los ojos?

–Sí –dice Ralph, adelantando a un coche lleno de personas–. Faltan unos cinco kilómetros.

Entonces miro por la ventana:

–¿Qué es eso? –pregunto, realmente asombrada.

A lo lejos se ve cómo el suelo se pliega, levantando casas y campos a su paso. Como si alguien tratara de quitar una arruga. Cada vez está más cerca. Y de pronto el coche da un salto. Después, una vuelta en el aire.

Y todo se vuelve negro.

Quizá me he muerto.

No veo nada, no oigo nada, no puedo moverme.

Vomito. Entonces, debo estar viva.

Estoy boca abajo, sostenida por el cinturón de seguridad. Lo abro y caigo sobre el techo del coche, que está duro.

–¿Ralph, estás vivo?

Pero Ralph no está dentro del coche. Toda la parte delantera está aplastada, pero su cuerpo, que debería estar ahí, incrustado entre los hierros y cristales rotos, no aparece.

Me duele un brazo y el costado; debo haberme roto algún hueso, probablemente el húmero, y alguna costilla. Algo cálido me cae de la cabeza: lo toco con la mano y lo miro. Es sangre. No pinta bien. Duele mucho y estoy mareada. Además, tengo una herida muy fea en el índice de la mano derecha.

Debía haber menos del 20 % de probabilidades, pero la parte trasera del automóvil está bastante bien y se ha roto el cristal, así que cojo mi mochila e introduzco en ella una botella de agua.

La carretera sigue ahí y sólo quedan cinco kilómetros para llegar al lugar al que íbamos. Me duele un poco el tobillo, me lo he raspado con algo y he perdido un zapato. Pero sigo andando.

–¿Ralph?

Ralph me ha abandonado al fin. No veo a nadie a mi alrededor: estoy sola. Me gustaría estar en casa, ver una peli de guerra con Ralph mientras bebe una cerveza, comerme mis hamburguesas, observar a mis hormigas. Pero no puedo. No hay vuelta atrás.

–¿Ralph? ¿Ralph?

Suena un pitido en mis oídos, pero no sé si es como la alarma de ayer o sólo existe dentro de mi cabeza. Estoy mareada. Pero, al contrario que otras veces, no paro de moverme y de caminar hacia adelante. Tengo que hacerlo, no puedo quedarme quieta, aunque sea lo que siempre me dicen que haga: «Emma, si te pierdes o pasa algo, quédate quieta hasta que alguien te encuentre». Pero nadie me va a encontrar. Esta vez soy yo quien debe encontrar a Ralph.

–¿Ralph?

El pitido es más fuerte, me da vueltas todo. Me detengo. Ralph se ha ido. Estoy sola. Voy a morir sola. No están mis hormigas, ni la señorita Shirley. Pig ha desaparecido. Estoy sola.

–Emma.

Es la voz de Ralph. Abro los ojos. Distingo su silueta un poco más adelante, junto a una gruesa valla metálica; al fondo, la carretera se introduce en un túnel, custodiado por soldados. En la parte superior del túnel se lee "Cheyenne Mountain Complex".

Ralph me está contemplando sorprendido y da unos pasos hacia mí, pero los soldados le detienen.

–¡Emma!

Me acerco, tambaleándome. Estoy tosiendo y me siento muy débil. Uno de los soldados, armado y con máscara antigás, zarandea su fusil.

–¡Deténganse!

Y yo le hago caso, en parte porque estoy agotada, mareada y siento mi cuerpo ardiendo.

–Luke, baja el arma, ¿no ves que es una cría? –El otro soldado se acerca a mí y limpia mi rostro con un pañuelo que saca de su bolsillo–. ¿Te has perdido?

Se le forman hoyuelos junto a las comisuras de la boca cuando sonríe. Por las arruguitas junto a sus labios, debe sonreír mucho.

–Es mi hija –dice entonces Ralph–. Ha llegado ella sola.

En sus ojos leo una emoción que no puedo interpretar. Yo me alegro de haberle encontrado.

–¿No nos dijo que había muerto? Además, no parece su hija, usted es rubio y ella... –dice el tal Luke.

–Lo es –masculla Ralph, casi sin voz. Acepta un trago de la cantimplora del soldado y saca unos documentos de la chaqueta–. Me están esperando. El general Ribisi les dirá.

–¿Qué es esto, es el lugar seguro? –pregunto, no sé muy bien a quién. Todavía estoy mareada. Ojalá haya leche, es la hora del desayuno.

–Esto es una base militar, pequeña –responde el soldado simpático con el ceño fruncido bajo la gorra–. Sólo personal autorizado.

Pero el primer soldado está ya llamando por un *walkie* y preguntando por el general Ribisi. Tras un par de minutos, se vuelve hacia Ralph:

–¿Su nombre?

–Jameson. Ralph Jameson.

–¿Qué más da cómo se llame? –interrumpe el otro–. No puede entrar, no tienen nivel.

–Estás tonto, Luke. –El simpático le da un codazo–. ¿No era Jameson el nombre de uno de los pilotos del Proyecto *Paradiso*, el de las naves que salieron al espacio hace muchos años? Todos los pilotos que participaron en el programa son héroes internacionales, tío.

–Eso es –confirma mi padre– Ese soy yo. Somos héroes.

Y reposa su enorme mano en mi cabeza, pero no me molesta. Me duele un poco donde está la herida, pero no me molesta. Me siento segura.

–Pero hay un problema, señor. –Me gusta el soldado amable, tiene una cara redonda, y es tranquilo, y sus ojos parecen sonreír ellos so-

los–. Esto es una base militar, no un refugio, y estamos al máximo. Al parecer, el comandante ya le comunicó que sólo podemos admitir a una persona.

¿Sólo a una persona? ¿Qué quiere decir eso?

Ralph traga saliva.

–Lo sé. –Se agacha a mi nivel y me mira directamente a los ojos. El viento ha ladeado su flequillo hacia la derecha, se le ve raro–. Aquí nos separamos, Emma.

–No, yo tengo que estar contigo, Ralph. Tengo que estar contigo.

–¿Va a dejar fuera a su hija, cabrón? –dice Lee–. Dentro de nada aquí fuera la cosa va a ponerse fea y no sobrevivirá.

Pero Ralph no aparta los ojos de mí. Yo le miro los zapatos y siento ganas de llorar y no puedo evitar intentar que se quede conmigo, aunque no funcione:

–Tengo que estar contigo, Ralph. Lo dice mi orientadora, Shirley, y el profesor Macauley. Los hijos tienen que estar con sus padres. Tengo que estar contigo para cuidarte y que me cuides.

Él apoya sus manos en mis hombros. Sonríe, pero no parece una sonrisa de verdad. Y no tengo mi app de RETINA para explicarme qué siente.

–¿Compraste las tiritas?

Asiento y saco una. He sido previsora. Quizá pueda sobrevivir yo sola aquí afuera, aunque me gustaría que se quedara conmigo. Él, suavemente, desprende el plástico protector de la tirita, me coge la mano derecha y me la coloca en el dedo que tenía una herida.

–Pensaba que ibas a morir en el coche, Emma; no recuperabas el conocimiento y no lograba sacarte de allí. Vine a buscar ayuda… Y has llegado hasta mí tú sola. Eres un maldito milagro, niña.

Entonces levanto la mirada y clavo mis ojos en los suyos, aunque me incomode, porque quiero que sepa que no pasa nada, que estoy bien. Que estaré bien y no le guardaré rencor si entra en la base sin mí. Que lo entiendo, que soy un milagro y sobreviviré yo sola, sin él.

Coloca de nuevo su enorme mano en mi cabeza y me empuja suavemente hacia los soldados.

Espera. Espera. ¿Quiere que yo entre en el refugio? ¿Sin él? ¿Se va a quedar fuera, solo?

–Tengo que estar contigo, Ralph. –Y me vuelvo hacia ellos–. Tengo que estar con Ralph. No sobrevivirá ahí fuera, no sin mí.

Pero me dejo llevar, porque, aunque Ralph no ha dicho nada concreto, entiendo que es una orden suya. Está implícito y lo entiendo, aunque prefiera que me digan las cosas de forma directa.

Nos acercamos a la puerta del túnel.

Me giro una última vez y le sonrío, enseñando todos los dientes, intentando no llorar porque sé que le duele que llore. Él sonríe también. Guardo todos los detalles de su rostro en mi memoria: no estoy segura de si le volveré a ver. Él parece hacer lo mismo.

Noto algo suave que me cae sobre la cabeza. Son gotas. Un ruido como un zumbido empieza a salir de la base en la montaña. Alguien habla por el *walkie*.

–Vamos adentro, órdenes del sargento, se cierra la base –dice Luke.

Y mientras entramos y unas enormes puertas metálicas se cierran, mi padre simplemente sigue mirándome desde el exterior, donde la lluvia empieza a mojarlo todo.

MÁS ALLÁ DE TODO FRÍO

KINAYA NGIRI

MÁS ALLÁ DE TODO FRÍO

Durante años, todo el mundo intentó que yo recordara. Pero hay cosas que es mejor que acaben en el olvido; si no, se quedan contigo para siempre hasta que forman parte de tu piel y de tus huesos y te impiden respirar.

Mis padres adoptivos me cambiaron el nombre en cuanto llegué a Islandia ("Margrét", o sea, "Margarita", ¿se puede encontrar un nombre más ridículo?). Pero yo siempre me presentaba, muy ufana, cuando conocía a alguien nuevo o cuando llegaba a clase con mi nombre auténtico: *Kinaya Muta Ngiri.* Y, muy altiva, extendía mi manita de intenso marrón oscuro a cualquiera que quisiera estrecharla. Aunque mi madre –la verdadera, la de ojos color guijarro de fondo de río y mirada brava– solía llamarme *Mosi*, "mi primera nacida".

Pero ese nombre era sólo para mí.

En fin. ¿Qué más da todo eso? Al llegar a la mayoría de edad me independicé e inicié mis estudios para llegar hasta aquí. Y por fin, en pocas semanas, abandono esta *ikaanguka*, esta ruina de lugar, este mundo. Eso es lo que importa.

–Pues a mí me interesa –me dice Yu Jei, con su inglés musical de ligero acento chino. Estamos sobre la cama, en el perezoso y dulce momento tras el sexo. Por el ventanuco de mi habitación se cuela un poco de luz de luna–. De hecho, ¡me encanta! Me gusta imaginarte pequeña y redondita. La pequeña *Mosi*: cuéntame más.

Dejo escapar un suspiro: sabe que en este momento no puedo negarme a nada.

Llegué a Reikjavik con trece años, y recuerdo sobre todo una cosa: el frío. Un invierno eterno y helador había comenzado a extenderse por la Tierra, aunque aún se esperaba que llegasen tiempos más cálidos. Qué ilusos.

Magnús y Helga, descendientes de inmigrantes africanos de tercera generación, me acogieron como quien recibe un *souvenir* de su vieja madre patria. Como algo curioso que mostrar en las reuniones de sus amigos, algo valioso y diferente. Algo con lo que calmar su complejo de culpa occidental. Yo sólo hubiera querido ser una más.

Mis nuevos padres me hablaban en una mezcla de inglés e islandés que mantuvieron durante mis seis años con ellos, a pesar de que pronto aprendí a defenderme en islandés.

–*Very good, lítil prinsessa, tak tak…*

Me cubrieron con un abrigo esponjoso antes de salir al exterior del aeropuerto, donde me esperaba una acera cubierta de nieve espesa que crujía bajo mis botas nuevas. El viento islandés, incansable y eterno, arrastraba los copos que caían con desorden. Curiosamente, Islandia no fue de los primeros lugares en congelarse: aún contábamos con la corriente del Atlántico Norte, y lugares como Polonia, Finlandia o la ciudad de Moscú eran mucho más fríos y corrieron peligro mucho antes.

Mis padres adoptivos solían quedarse mirándome como a un jarrón de casa ajena: algo a lo que temen acercarse por miedo a romperlo con su torpeza. Tengo grabadas sus caras redondas y esos ojos, tan fijos que sus pupilas me hacían daño. Yo huí de esa casa y de esa vida en cuanto pude. Incluso escapé de la antigua *Mosi*: me teñí el pelo de colores, (rojo y azul los primeros años; violeta y verde ahora) y me vestí con la ropa más moderna, abandonando todo atrás. Tan deprisa que debí dejar sólo un borroso rastro tras de mí.

El frío en las calles, que ya no cesaría. El frío de esas gentes que se saludaban sin besarse. El frío de la casa, con un orden tan diferente y ajeno que me sentía una invasora allá donde pisaba. El frío de esas manos que apenas me tocaron.

–Tú prefieres el calor. –Yu Jei no pregunta, afirma, mientras deja que su mano resbale por mi cuerpo, empezando por mi brazo biónico, en el que no siento nada, y deslizándose después ya por la piel de mis clavículas, mi cuello, mi vientre. Allá por donde pasa sus dedos se me va erizando el vello.

Pero acallo mi cuerpo. No es el momento de sentir algo más.

(¿Acaso alguna vez es el momento?)

–El calor es vida –confirmo.

Mapenya es un pequeño asentamiento cerca de la costa de Kenya, perdido en medio de un páramo cálido donde el sol desaparecía raras veces al año. Recuerdo la tierra amarilla y reseca bajo mis pies, templada y acogedora, junto a la puerta de mi casa, pintada de azul celeste.

–*Mosi*, tienes que acercarte a casa de la tía Hawa.

La voz de mi madre me recordaba mi tarea diaria : ir a llenar nuestros dos cántaros de agua potable, mientras *mama* se quedaba al cuidado de mi hermano pequeño. Años atrás había comenzado la gran sequía y las nubes ahora apenas nos visitaban. Las abuelas nos hablablan de las estaciones de "lluvias largas", que yo no llegué a ver, como no conocí el desaparecido lago Mukunganya. Y si ese día no tocaba agua corriente, había que caminar varios kilómetros hasta el pozo que habían abierto junto al apartotel de la cercana localidad turística de Kiongwe, junto a la playa. A veces íbamos varias niñas en grupo, Himaya, Sefu, Kamari… y cantábamos por el camino, escondiéndonos en la sombra de los pocos árboles que quedaban. Mascábamos semillas y rezábamos para que lloviera.

Algunas tardes, nuestro vecino, el señor Rudisha nos acercaba en coche a la ciudad de Mpeketoni donde la señorita Guadalupe Cruz nos prestaba libros para leer; pero íbamos, sobre todo, porque nos daban caramelos y refrescos en latas. Estaban empezando los tiempos duros en todo el mundo y cosas tan sencillas escaseaban, más aún en mi país.

La señorita Guadalupe y sus compañeros nos hacían muchas preguntas:

–¿Te encuentras bien, Kinaya? ¿Y tú, Sefu? ¿Todo bien en vuestra casa y en Mapenya, alguien enfermo? ¿Alguien que actúe... de forma extraña?

Siempre estuvo preocupada por que llegara la pandemia, que, curiosamente, no nos alcanzó en aquel tiempo y no llegaría a ser un problema para algunos países hasta muchos años después.

Sin embargo, otros peligros más profanos se le pasaban por alto y nosotras tampoco decíamos nada. Era mejor no hablar de los hombres con pistolas, todo el mundo lo sabía. Mi padre siempre había conseguido lidiar con ellos para que nos dejaran en paz; nunca supe cómo.

–Quieres decir que prefieres no saberlo. –Las palabras de Yu Jei hacen que se me tense el estómago y me aparte instintivamente, como un animal herido.

–Lo siento –añade–. Lo siento

Y su boca ávida me hace olvidar. Me pierdo en los huecos de su cuerpo y en sus pechos tersos y redondos. Queda muy poco antes del amanecer en que nos separaremos de nuevo. Pero ella quiere saber, siempre saber más. Y yo ahora deseo darle a la dulce Yu Jei todo lo que quiere, aunque significa revisitar momentos que pensaba olvidados para siempre. Y que arden en mi piel como zarpazos.

No siempre habíamos vivido en Mapenya. Habíamos cambiado tres veces de casa –o eso me contaban mis padres– cuando llegaban las metralletas. Huyendo siempre de la guerra y de… ¿cuál era la palabra que empleaba mi madre? Ah, sí, *maduii:* los enemigos. Sus rostros, sus tatuajes y sus uniformes cambiaban, pero lo que no cambiaba eran las armas de fuego. Los gritos. Las amenazas. Las muertes en la calle.

En la escuela de Mpeketoni, Guadalupe Cruz y sus compañeros llevaban camisetas parecidas, que luego supe que eran de ONG, como Médicos sin Fronteras, y nos enseñaban aparatos minúsculos capaces de cosas inverosímiles. Por ejemplo, nos decían que podían hablar entre ellos a través de su mente y nos reíamos: sólo conocíamos el acceso a internet a través de móvil. En nuestra zona, muy pocos podían operarse para implantarse RETINA y conseguir conexión a internet con ese chip directamente en el cerebro, así que ni siquiera sabíamos qué era.

Algunas de aquellas niñas morirían sin saberlo. Yo tuve suerte.

O no, según se mire.

Porque toda esa existencia terminó muy poco después con *Uendelig flom* (la Gran Inundación) y la guerra –una de las primeras de muchas– que se llevó mi mundo por delante.

–Ojalá pudiera curarte esas heridas –me dice Yu Jei, abrazándose a mí con sus delgados brazos y piernas, rodeándome por completo y sonriente, como siempre. Pero no siento nada. Mi corazón está seco como el hueco olvidado de un charco.

–Nadie puede curarlas. –Evito mirarla a los ojos y no le digo tampoco que es la primera vez que hablo en voz alta de esta época de mi vida–. Anda, levántate, es tarde, tienes que irte.

Vuelve a besarme y a enredarse entre mis brazos. Es traviesa; es lo que más me gusta de ella, esa mezcla de científica formal y su faceta aterradoramente juguetona al mismo tiempo. El yin y el yan. Muerdo las puntas blandas de sus dedos mientras ella ronronea como un gatito y no deja de darme besos y calor.

Una notificación en nuestra RETINA nos avisa: es el despertador. En cuarenta y cinco minutos se servirá el desayuno, y a partir de ahora la Agencia puede grabar lo que digamos y tomar nota de todos nuestros movimientos. Es el contrato que hemos firmado al llegar aquí.

Cierro los ojos y Yu Jei salta de la cama; su cuerpo grácil de caderas finas se cuela en la habitación de al lado por la puerta que nos separa. Desaparece y tras ella su cabellera larga y negra.

–Piloto Ngiri-Magnúsdóttir, esta será su nave.

Cuando pongo por primera vez pie en la nave, llamada *Valhalla*, lo hago con la seguridad de quien sabe que está culminando su destino. ¿Cuál era aquella palabra? *Takdiri*, el «lugar al que inevitablemente nos llevan nuestros pasos». Ahora que estoy recordando mi infancia para Yu Jei las palabras de mi pasado vuelven perezosamente a mí.

El escurrido doctor Parker me guía por la nave espacial como quien tacha elementos de la lista de la compra. Aquí la bodega de carga; aquí el monitor del tanque externo; aquí los controles de los motores principales, de los cohetes auxiliares y, por supuesto, del transbordador planetario, nombrado *Odín*… La cabina, el pequeño laboratorio, los dos trajes EVA para salir al espacio exterior.

Yo paso la mano por el brillante metal verdoso de la nave. Cada una de las cinco tiene un color diferente y único.

–Esta es su cabina; es exactamente igual al simulador que estáis usando todos los pilotos.

–¿Está la IA ya activa? –pregunto, mirando hacia el techo de la pequeña cabina llena de monitores, no sé por qué.

–Por supuesto. –Parker ni siquiera me mira a los ojos–. Ya puede elegir el tono de voz y darle nombre. Toda la configuración está aquí. Cuidadito con estas máquinas, a poco que nos descuidemos destruirán nuestra civilización.

Me muerdo el labio para no reírme de cada una de las teorías conspiratorias de Parker. Sus ojillos semicerrados parecen buscar culpables tras cada rendija.

–Bueno, listo, hemos terminado. –Se da la vuelta dispuesto a marcharse.

–Pensaba que las normativas especificaban que el *tour* mínimo debe ser de dos horas, con explicaciones.

El doctor chasquea la lengua:

–No me venga con burocracia. No tenemos mucho tiempo; tengo que dar las mismas instrucciones a los cinco pilotos esta mañana.

Da dos golpecitos con su pálido dedo huesudo en uno de los ventanucos de la nave y desde allí veo al resto de pilotos, esperando en el suelo del hangar: Morelli, Van der Alt, el imbécil de Hidalgo y, por supuesto, Yu Jei, la última en incorporarse a nuestra pequeña flota, que ni siquiera mira hacia arriba. No podemos ni mandarnos un mensaje; vigilan nuestras comunicaciones en horario laboral. Desde la boda de Jameson no están permitidos este tipo de relaciones entre miembros del proyecto… e imagino que siendo dos mujeres causaríamos incluso más polémica.

–¿Y tú no quieres saber nada de mí?

Yu Jei y yo nos abrazamos las dos de nuevo en mi cama, a oscuras. Nuestra RETINA está apagada y sólo estamos nosotras en mi pequeña habitación. Por fin, libertad. Sentirme observada por la Agencia espacial me recuerda a mi adolescencia, cuando sospechaba que Magnús y Helga habían puesto cámaras en mi dormitorio. Y sus ojos atentos y agudos me seguían a todas partes, interrogantes.

–No quiero saber nada –le respondo. Me muerdo el labio.

–¿Ni siquiera tienes curiosidad en saber por qué me incorporé al proyecto después de…?

Me tumbo sobre el cuerpo desnudo de Yu Jei y le beso los labios: ¡no quiero ni pensar que esté aquí por mí! No sería sensato, ni correcto. Su boca sabe a jengibre y sésamo, me dejo llevar por ella y arrastro mi lengua por su piel de cacahuete sin tostar.

–Puede que no volvamos a vernos –le susurro–. En pocas semanas partiremos. Mi viaje dura trece años de ida… y trece de vuelta.

–En realidad, más aún: hay que tener en cuenta la dilatación temporal, la velocidad de las naves es muy grande y…

Sonrío: me conmueve esta Yu Jei científica y exacta.

–Algo más, pues. Y tu viaje dura un poco menos, pero por el estilo. Y eso si todo sale bien… Hay muchas probabilidades de que no nos reencontremos nunca.

–Con más razón me gustaría saber más de ti. Ahora.

Toma mi pintalabios, color rojo Granada Carnal, abandonado sobre la mesilla de noche.

–En mi país, decimos: *Yu cùn guāng Yun Yu cùn jīn.*

Se inclina sobre mi torso y comienza a dibujar en él, muy despacio; primero entre mis pechos, descendiendo después hacia mi ombligo:

一
寸
光
阴

一
寸
金
。

Se yergue y contempla su obra con orgullo. El rojo es magnético sobre el negro rotundo de mi vientre.

–«Una pulgada de tiempo es una pulgada de oro.»

–*El tiempo es oro* –añado yo, aún en reposo, contemplando su sonrisa elástica–. *Carpe Diem*. Todos los idiomas tienen una versión de ese refrán.

Saca una foto de mi torso con la cámara de su RETINA.

–Será porque es muy cierto. –Se tumba a mi lado–. Sigue contándome. Tu historia es fascinante, ¡tú eres fascinante! –Me mira, arrebolada–. Quiero saber más de ti.

Ella siempre quiere saber.

Recuerdo aquella primavera.

Recibimos avisos, no lo puedo negar. Pero estábamos tan acostumbrados a ver el agua como una bendición que la inundación pilló al pueblo por sorpresa. Y, según supimos después, lo mismo ocurrió en

toda la costa de Kenia y Somalia. Pueblos y ciudades arrasados en cuestión de semanas. Se popularizó su nombre noruego, los primeros que la registraron: *Uendelig flom*, la primera ola causada por el derretimiento de los polos, la que parecía infinita.

Salimos corriendo de la aldea, prácticamente con lo puesto. Tuvimos suerte. Mi tío Faraji tenía una destartalada furgoneta en la que nos apretujamos todos: mi madre y mi padre, mi hermano pequeño, mi tía Hawa; mis primas, Chane y Chiku, iguales y temblorosas; tres gallinas que mi tía compró a alguien apresuradamente, en previsión, y el pequeño perro de mis primas, llamado Tot.

Casi lo conseguimos, lo juro.

Incluso por momentos el viaje fue divertido, como cuando teníamos que bajarnos y empujar la furgoneta para sacarla del fango en el que se habían convertido la mayoría de los caminos de tierra y carreteras secundarias.

–*Njoo, tembo ndogo* –nos gritaba el tío Faraji, mientras empujaba con mi padre desde las puertas–. ¡Vamos, elefantitos!

Y empujábamos el vehículo, con el barro llegándonos a las rodillas y regresábamos riendo al interior. Mi madre nos hacía cosquillas y racionábamos galletitas y las frutas, los *kiwanos*, guayabas y mangos.

No duró mucho. ¿Una semana, tal vez? Avanzábamos a paso de tortuga en un camino tortuoso y el débil gobierno que hasta entonces había existido en mi país, desapareció. Ahora era sálvese quien pueda. Las armas parecieron multiplicarse mientras la comida y el agua empezaba a escasear.

Es curioso cómo el metal se multiplica mientras la vida, fresca y jugosa, desaparece.

Cada pocos kilómetros, alguien con una pistola nos chantajeaba para dejarnos continuar. Había que pagar el peaje. Las gallinas desaparecieron en un par de días. Luego algunas latas de comida. El móvil de mi padre. Y luego…

–¿Dónde vas?

–A ducharme –contesto a Yu Jei, sin volverme.

Y entro en la pequeña ducha. Y dejo que el agua, bendita y maldita, la que inicia la vida y las guerras, me empape por completo, borrando todo recuerdo por unos minutos.

Ni siquiera sabía que en el edificio de la Agencia hubiera un salón de actos, ni que el panorama mundial estuviera en situación de gastar en festejos, pero, al parecer, este proyecto debe tener más presupuesto del que imagino. O muchas personas a las que impresionar.

La sala está engalanada con globos, banderas, luces de colores; *holos* impresionantes sobre nuestras cabezas que muestran las estrellas y planetas que vamos a visitar, música de baile y algunos androides de última generación, los Beta-Pi, que son poco más listos que un carrito de bebidas. Y un escenario, al que vamos a subir ahora mismo, con imágenes holográficas y luces led, todo un despilfarro en estos tiempos.

–¡Demos la bienvenida a los protagonistas de la noche! Estáis deseando conocerlos, ¿a que sí?

Jamás hubiera imaginado que la doctora Drovnik tuviera dotes de presentadora de gala, pero ahí está, con tacones y un vestido de fiesta color perla, mucho más elegante que el mío. Siempre me he sentido tímida en eventos sociales, rodeada de tanta gente.

–Un gran aplauso para los pilotos del Proyecto *Paradiso*, que partirán la semana que viene, y los pilotos sustitutos.

Decenas de personas, tal vez más de cien, le hacen caso y comienzan a aplaudir mientras suena una estruendosa música. Yo me acerco a Yu Jei para cogerla de la mano y ella retrocede, como impulsada por un resorte. Niega con la cabeza.

Oigo mi nombre.

–Kinaya Muta Ngiri-Magnúsdóttir, ingeniera aeroespacial, doctorada en Biología. Originaria de Islandia y la antigua Kenia.

Fuerzo una sonrisa; esto no se me da bien. Se me vienen a la cabeza las meriendas con otros niños a las que Magnús y Helga me llevaron durante mis dos primeros años con ellos.

Y aunque no era la única persona de color (mira que odio esa expresión, pero el resto de mis conocidos allí eran tan pálidos que

parece hasta acertada), yo seguía siendo poco usual. Tal vez los niños me hubieran aceptado si sus padres me hubieran tratado de forma normal. Pero la excesiva amabilidad de sus sonrisas nacaradas hacía que me sintiera distinta. Siempre fui una niña tímida, así que terminaba, inevitablemente, sentada en un rincón, sin hablar con nadie.

Tranquila, me digo. Ya no eres esa niña. Cojo aire y doy unos pasos. Saludo desde el pequeño escenario, sonrío con esfuerzo, respiro hondo y bajo al fin por las escaleras.

Corro a sentarme en la mesa de los pilotos. Todos me saludan y me presentan a sus invitados, parejas o familiares. La comida y la bebida es abundante, servida por camareros y camareras de gala, y una banda de *swing* toca música de fondo. Es una celebración al estilo occidental.

–Por lo visto ha venido hasta la presidenta Newport. ¡Qué bueno! ¡Voy a ir a que me firme un autógrafo!

Ludger van den Alt, el más joven de los pilotos –apenas veintisiete añitos–, me señala la mesa principal, llena de uniformes y condecoraciones, y puedo ver a una señora de pelo canoso, algo cada vez más común estos días. Es elegante y siento una simpatía especial por ella. De pronto, mi pelo a colores verdes y violetas me parece una frivolidad.

La ceremonia está terminando y pronto traerán la comida.

–¡Por fin! Algo diferente del apestoso rancho de todos los días. ¡Espero que sea pavo o me mearé sobre esta misma mesa! –exclama el imbécil de Hidalgo. Cuando se enteró de que era lesbiana intentó ligar conmigo para «llevarme al otro lado de la acera». Gilipollas. Jamás entenderé cómo lo han admitido en esta misión.

En ese momento, Yu Jei pasea delante de mí. Sonríe a todo el mundo –a ella no parece costarle– y coge la mano al hombre que camina a su lado, rubio y sonrosado, la viva imagen de un anuncio de compañía de seguros.

Su marido.

Siento algo dentro, como un incendio que comienza a prenderse en mi estómago, pero lo detengo. No es el momento de sentir (¿cuándo lo es?). Respiro. Y bebo más champán.

–No quiero hablar de ello.

Es lo primero que digo nada más entra Yu Jei, a mi habitación, la noche siguiente. Ella levanta las manos en señal de rendición y se sienta en el duro somier para quitarse las botas del uniforme.

–Cuando te he visto con ese hombre… ¡¿Es que no tienes un ápice de coherencia?! –Las palabras escapan de mi boca sin control, aunque me había prohibido hablar de ello. Siento un calor burbujeante que no dejo salir al exterior.

–No entiendo nada, *Mosu*, yo sólo intentaba no hacerle da…

–He dicho que no quiero hablar de ello. Y no me llames así, por favor.

Me levanto y miro por la ventana, los pocos edificios en medio de ese valle. La NASA tuvo que trasladarse a Georgia después de que Florida prácticamente desapareciera del mapa tras la Segunda Inundación.

La súbita mano de Yu Jei en mi brazo me quema como un hierro al rojo. No quiero que esto me importe. Calmo el fuego interior con respiraciones lentas.

Dentro de nada estaré lejos de todo esto. El infinito me espera.

–Háblame de tu primera novia.

Yu Jei siempre quiere saber. Me siento a su lado y tranquilizo mi respiración. ¿Por qué no? Hace mucho que no pienso en ella.

–Se llamaba Sefu y era nuestra vecina en Mapenya. Teníamos diez años. Su familia venía de Senegal y su rostro era anguloso y fascinante, color terracota. El color de la tierra fértil. Y ojos enormes como ventanas al mundo. –Dejo escapar un suspiro evocador–. Recuerdo poco, su vestido blanco con dibujos de sandías; sus risas bailarinas, cómo jugábamos a la pelota. Nos dimos algunos besos en los labios y me llamaba «*Mke mdogo*», pequeña esposa. Su boca era liviana como el ala de un pajarito y ella irradiaba felicidad.

Levanto la mirada. En cierta forma, Yu Jei me recuerda un poco a ella, con su absurda y burbujeante alegría. Pero no se lo digo.

–Nunca supe qué fue de ella –concluyo en cambio, tristemente.

Yu Jei me tumba en la cama y me abraza hasta que me quedo dormida entre lágrimas tibias que ella no puede ver.

Es mi último día, último repaso a todo. Últimas pruebas. En la Agencia de repente todo el mundo parece tener prisa. La doctora Drovnik acompaña al piloto Ludger a inspeccionar su nave; su frialdad nórdica, de la que yo estoy más que cansada, parece ejercer una cierta atracción en el joven piloto, que intenta hacerla reír sin éxito. El doctor Parker es asignado a mi nave y va repasando conmigo todos los protocolos.

–No se olvide del protocolo de descontaminación nada más poner pie en la nave, al regresar del planeta. Está todo en…

–En la subcarpeta de protocolos. Lo sé, lo hemos mirado cien veces.

Me da una orden silenciosa, mientras sus labios finos se estiran en una mueca de disgusto. Y yo no puedo evitar reírme.

–Upendo, por favor, abre la subcarpeta de protocolos.

La voz metálica y asexuada de la IA de mi nave responde al momento:

–La tiene en pantalla, piloto Ngiri.

El doctor Parker aún no parece satisfecho:

–¿Y recuerda también los distintos protocolos de análisis de muestras o formas de vida, inteligente o no?

–Soy doctorada en biología, ¿cree usted que hubiera obtenido un *suma cum laude* si no supiese analizar una muestra biológica con las mínimas precauciones? –Doy un paso adelante, con el corazón acelerado. Pienso en añadir si le ha hecho esta misma pregunta a mis colegas blancos o masculinos, pero justo cuando voy a abrir la boca, Parker suspira ruidosamente.

–Parece que todo está correcto –reconoce. Casi parece decepcionado–. No olvide su contraseña. Tenemos que protegernos de los espías que amenazan nuestra misión.

–¿Espías? –pregunto, dispuesta a carcajearme de sus paranoias, pero el doctor me ignora y, justo en ese momento, la doctora Drovnik se asoma a la puerta del transbordador; dentro no caben más personas.

–Piloto Ngiri, ¿todo en orden? –Sus ojos son de un verde casi imposible, siempre ocultos tras un entrecejo fruncido que los empequeñece. Adentra su cuerpo huesudo en la nave y examina los datos de la consola.

–Todo listo para el despegue esta tarde, doctora.

Echa un vistazo a su anticuado reloj de pulsera.

–Salimos a las 20:00 horas. Tiene dos horas y media para despedirse de este planeta.

–Cuéntame el final. ¡Vamos! –Yu Jei da saltitos en la cama como una chiquilla impaciente. Después se enrosca sobre mi vientre.

–¿El final?

–¿Cómo llegaste a Islandia? ¿Y tu hermano pequeño, sigues en contacto con él?

Levanto mi espalda del cochón en el que estamos tumbadas y me apoyo en el codo, contemplando el rostro triangular y siempre sonriente de Yu Jei.

–¿En eso quieres desperdiciar el tiempo?

Se acerca a mí muy seria y coge mi rostro entre sus manos finas.

–Saber de ti nunca es… desperdicio.

Su risa es clara y tililante como las lejanas estrellas. Enreda sus dedos en mis cabellos rizados, perdiéndose entre los colores. Yo suspiro.

–Después de un último encontronazo con miembros de algún ejército o grupo armado, cuyo nombre se me escapa, acabé sola con mi hermano Munoru. Ni sé cómo conseguimos llegar a un campamento de refugiados en el que había una ONG que estaba ayudando con el desastre ambiental y gestionando adopciones exprés. A mí me adoptaron antes que a él, que se quedó allí. No sé más. Fin.

Lo aparto todo rápidamente de mi mente. Fuera, fuera. Respirar, respirar lentamente.

Me tumbo sobre ella y lamo su cuerpo flexible y especiado. Nos besamos y pronto el mundo se convierte en un feliz alboroto de bocas, dedos, piernas, glúteos, vello púbico y gemidos. Me dejo llevar por un orgasmo *naïf*, de mundo hermoso, inocente y pacífico; un orgas-

mo primitivo de planeta antiguo, anterior a toda esta llamada "civilización". Antes de esta locura de metal y armas.

Grito, no sé si de placer.

Y, al otro lado, los ojos de Yu Jei sonríen a la vez que lloran.

–*Bado*.

Me despido de ella, una hora más tarde, con esa simple palabra. Un vocablo intraducible que significa «ahora no, quizá en el futuro». Se lo explico y ella me abraza, satisfecha y gozosa.

No le digo que es la palabra con la que siempre me despido de mis amantes y que ignoro si, en realidad, ese futuro existe. Para nosotras seguramente no.

Los cinturones están abrochados, el casco puesto. Efectúo las comprobaciones de rutina: combustible, presión del oxígeno, estado de los motores.

– *Valhalla* a Torre de control, todo listo.

–Ignición de motores –suena la voz por mis altavoces–. Comenzamos cuenta atrás. Diez, nueve, ocho…

–Mucha suerte, piloto Ngiri-Magnúsdóttir.

No es mi primer despegue, así que no me sorprende la sacudida, la velocidad, la presión, ni el segundo empujón cuando, tras la primera etapa, nos desprendemos de parte de la nave para alcanzar velocidad de escape y salir de la órbita terrestre.

Lo que me sorprende es el tsunami de melancolía que me arrolla cuando echo la vista atrás, a la Tierra, que quizá no vuelva a ver. Ese planeta de un azul insultante.

No sé por qué, me acuerdo de mi último día en casa de Magnús y Helga. Cenando una insulsa comida vegetariana en su enorme salón privilegiado. Un salón que luego, imagino, quedaría cubierto de hielo cuando la temperatura bajó aún más y esas zonas se despoblaron.

Me los imagino a los dos allí, congelados –aunque sé que se mudaron tiempo antes a otro país más cálido–. Pero en mi imaginación se quedaron en ese salón, convertidos en una estatua de hielo, con el tenedor detenido a medio camino de la boca. Y en mi antigua habi-

tación, puedo ver el tutú que Helga, con lágrimas en los ojos, me regaló por mi trece cumpleaños para mis clases de *ballet*: en esa casa congelada sería como una filigrana de cristal esmerilado.

Dirijo la vista al frente, a la vasta extensión del espacio, oscuro y lleno de luces y secretos. Como yo. El corazón se me inflama de pasión.

Vamos primero camino del sol, a realizar una órbita elíptica para propulsarnos. Después, tras desplegar las velas solares a prudente distancia del astro, rumbo a la estrella Wolf 359 y a dormir el resto del viaje.

–Upendo –le digo a la IA de la nave–, calcula el ángulo para la transferencia de Hohman. Vamos allá.

No es cierto que la hibernación transcurra sin sueños. Yo tuve horas y horas de sueños y recuerdos, aunque tal vez fuera tan sólo durante el extraño duermevela de las setenta horas de reanimación programada al acercarme a mi destino. Tras nueve años de viaje, setenta horas de sueños no deberían parecer mucho.

Soñé con agua, mares, ríos y lagos que lo inundaban todo. Soñé con mis últimas palabras a mis padres adoptivos:

–Estoy harta de que siempre me estéis salvando.

Fue poco después de la instalación de mi RETINA, el día que cogí una pequeña mochila, un abrigo y salí hacia el aeropuerto, deseando irme tan lejos como pudiera, en un planeta que hacía aguas.

Nadia, una de mis primeras novias, que estudiaba psicología, me decía que mi reacción era la habitual en cualquier adolescente, independientemente de si era o no adoptado, de haber perdido a sus padres, de vivir en un país que no era el suyo, con progenitores tan distantes y diferentes.

Pero resulta que yo, además, era adoptada, había perdido a mis padres y vivía en un país que no era el mío con padres distantes y que se creían en la obligación de ayudar a todo el que pasaba por su lado –yo sólo fui una obra de caridad más–. Así que el hecho de que mi reacción fuese «normal» no era un gran consuelo.

Soñé también con alienígenas violentos, con armas de fuego que me apuntaban (o tal vez era un recuerdo del pasado), y soñé que contraatacaba. Soñé con ciudades que colgaban de un satélite, y soles trillizos. Y una voz repetía «Upendo, Upendo».

Y finalmente desperté.

No es agradable despertar de la hibernación tras tanto tiempo. Somos los primeros pilotos que lo experimentan, así que tomo nota de todo concienzudamente, tal como quedaba establecido en el protocolo de la doctora Drovnik. Por ejemplo, pese a que mis músculos han sido electroestimulados continuamente durante el viaje, tardo horas en poder empezar a moverme, con torpeza. Y me duele todo. Los músculos y cartílagos parecen espesos, como láminas de yeso pegadas entre sí y que cuesta doblar.

Las gafas de sol también son imprescindibles: siete años sin abrir los ojos y ahora me acerco a una estrella enana roja. Me muero por un vaso de agua.

–Upendo –jadeo con dificultad–, ¿hemos llegado al sistema Centauri?

Distingo mi sol y otras dos estrellas similares y cercanas cuando me coloco en mi asiento en la cabina.

–Así es, piloto –responde la voz de la IA–. Tenemos a la vista el planeta elegido, WLF D1.

El agua entra arrasando mi garganta seca. Bebo varios tragos.

–Muy bien. Voy a hacer los cálculos para la maniobra de entrada.

Cuanto menos tiempo tenga que permanecer despierta, mejor.

Programo recepción de últimas noticias desde la Tierra, aquellas que he podido captar, muy lentamente, de los primeros años tras mi partida. Y quizá mensajes. Pero no habrá ninguno de los últimos años: con lo rápido que se estaba deteriorando el clima y el ecosistema, ha podido pasar de todo.

Una lástima que aún no hayamos podido desarrollar el *ansible*. Cuentan las malas lenguas que los rusos, esos cuyos espías tanto temía el doctor Parker, lo habían conseguido gracias al entrelazamiento cuántico. Pero tal vez sólo son rumores.

Me entra la tos, así que vuelvo a beber.

–Cálculos listos, piloto –me informa la IA con la voz metalizada que elegí para ella–. Entraremos en órbita en sesenta y tres horas.

–Bien, podré aprovechar para intentar reponerme un poco.

Estoy deseando moverme y hacer algo tras tanto tiempo confinada en la nave, aunque la mayor parte de él estuviese «dormida». Paso el tiempo comiendo, reponiéndome, haciendo ejercicio.

Es extraño saber que eres el primer ser humano, y tal vez el primer ser vivo, que pone pie en todo un planeta. WLF D1 está a la distancia adecuada de su estrella, lo cual significa que su temperatura no va a congelar ni a abrasar mi traje EVA de exploración espacial, y que puede incluso albergar vida. Autóctona… o la que traigamos nosotros. Nos corre prisa encontrar otros hogares o vecinos.

Cuando salgo del módulo de aterrizaje, el *Odín*, en el que he descendido al planeta, a primera vista parece desangelado. Apenas un leve atisbo de atmósfera, hielo en algunas capas bajo la superficie, pero ni rastro aparente de vida animal o vegetal. Muchos minerales, eso sí, hierro y otros metales.

–Upendo, voy a recoger algunas muestras.

Me descuelgo la mochila: la gravedad es ligeramente más suave que la de la Tierra (7,6 m/s^2 frente a los 9,8 m/s^2 a los que estamos acostumbrados), por lo que la sensación debería ser como estar caminando en algodón. Pero con los músculos aún debilitados cada paso me cuesta sudores fríos.

Por el color, el terreno parece estar cargado de hierro, algo muy similar a Marte. Pero primer chasco: ni construcciones, ni señal alguna de seres vivos, mucho menos inteligentes. A mi alrededor se extiende un desierto rojizo y frío.

De todas formas, hasta no completar los análisis no hay que dar nada por seguro. Frasco a frasco, voy incorporando lo que me parecen diferentes materiales, piedras, polvo, esquirlas. ¡Vaya rabia si todo lo que encuentro es similar a Marte! Lástima que esto no era posible apreciarlo con nuestro telescopio ELT del desierto de Atacama: haber

venido hasta aquí para hallar otro Marte parece una completa pérdida de tiempo. De nueve años, para ser exactos.

Aunque es cierto que aquí la temperatura es algo más alta que en Marte y, por tanto, más probable el surgimiento de vida.

Regreso, pesadamente, con todo el material al trasbordador y, de ahí, a la nave con una breve maniobra: en la cápsula de despresurización antes de entrar, dejo que los espráis de desinfección actúen sobre mi traje EVA de exploración exterior y sobre todos los frascos de muestras, tal como exige el protocolo en el que tanto insistió el doctor Parker. Por si acaso, realizo la operación de desinfección dos veces.

–Acceso concedido –resuena finalmente la voz neutra de Upendo, cuando el proceso ha terminado. Extraigo el casco, respiro hondo y me quito el traje poco a poco. Ya sin gravedad, deambulo por los intrincados pasillos de la *Valhalla* hasta el laboratorio.

–Piloto Ngiri, debería alimentarse.

–Un segundo, quiero echar un vistazo a las muestras.

En pocos vistazos sabré si hay algo que merezca la pena y que me obligue a retrasar mi vuelta. Mientras extraigo la veintena de frascos con muestras, mi mente divaga: es curiosa la fuerza con la que echo de menos la simpleza de las cosas terrestres, mientras que allí no deseaba otra cosa que escapar, cuanto más lejos mejor.

Ahora se me vienen a la mente imágenes, olores y sabores: desde los deliciosos *ugali* y la salsa *pili pili* que comíamos en casa en Kenia, hasta el salmón, el queso de lava o el Hákarl (que no es más que un apestoso aperitivo de tiburón podrido) en nuestras cenas en Islandia. O el olor del cabello de las mujeres que he amado y dejado atrás, una tras otra: olor a sauco, a colonias, a canela y a lugares verdes y remotos que jamás conoceré y que puede que ya ni siquiera existan.

El sonido de un disparo a bocajarro me devuelve al presente: pero no, no era más que mi mente. He debido dormirme un segundo.

Me siento a comer una pasta nutritiva con desgana.

Después, ya en el minúsculo laboratorio de la nave, me coloco en el asiento, encajando los pies en los estribos para quedarme firme-

mente sujeta y que la falta de gravedad no me estorbe mientras, una tras otra, coloco las muestras en el espectrómetro Raman portátil.

–Recuerde, piloto, que el protocolo exige que las muestras estén cerradas hasta asegurarse de que…

–Ni se me había pasado por la cabeza abrirlas.

–Disculpe, no dudo de usted, son las órdenes de mi programa.

Tengo el protocolo grabado a fuego, aunque el imbécil del doctor Parker lo pusiera en duda. Con un CI de 145 y dos carreras doctorada *Suma Cum Laude*, ¿qué esperaba, una niñata descuidada? Seguir sufriendo a estas alturas prejuicios –quién sabe si por ser mujer, por el color de mi piel, o por ambas cosas– es increíble, pero real. Bien lo sé.

De momento, las dos muestras que he analizado son anodinas: nada más que minerales ya conocidos.

–¿Puedes ponerme las noticias de la Tierra que hayas conseguido recopilar, Upendo?

–Por supuesto. ¿Las desea en orden cronológico? También hay algunos mensajes.

–Muy bien.

«*Piloto Ngiri-Magnúsdóttir, este es un mensaje de seguimiento. Tras un año de viaje, la nave parece encontrarse en perfecto estado y en ruta hacia Proxima Centauri sin incidentes. Las velas estelares parecen estar al 70 % de su capacidad. Continuamos la misión. Le deseamos un feliz viaje.*»

–He encontrado una retransmisión con imágenes de unos meses después, noticias, ¿le interesa?

–Pásame sólo el sonido, Upendo. –Continúo con un nuevo análisis, anotando en el ordenador de la nave todos los datos, que siguen siendo anodinos y aburridos.

«*… más ciudades evacuadas en la tercera oleada de inundaciones de los últimos veinte años: Bath, Philadelphia, Soweto. Shangai se encuentra en riesgo, con barrios inundados, pero de momento no han dado orden de evacuar, aunque los habitantes… México DF está planteando la propuesta de amurallar su ciudad, el presidente Rito Moreno ha declarado el estado de emergencia (…) Tras tres meses de guerra contra Japón, la coalición de Rusia y China ha tomado posi-*

ciones en la isla de Hokaido. En otro orden de cosas, los ataques en Italia y Europa del Este han remitido esta semana, mientras una oleada de manifestaciones, bajo el lema Salvemos el planeta *ha recorrido las capitales…*»

Me late el corazón con fuerza. Primero guerras por falta de agua, luego guerras por culpa del agua. Y siempre metralletas y balas y bombas arrasando toda vida a su paso. Recuerdo la tranquilidad del planeta que acabo de pisar, con el hermoso atardecer de su sol bordeando la circunferencia del mundo.

Qué locura.

–El siguiente mensaje llegó un año y cuarenta y tres días después –me informa Upendo.

«*Hola, Kinaya.*»

Me quedo sin respiración. ¿Qué hace *ella* contactando conmigo? Resoplo con fuerza. Acerco uno de los últimos frascos y lo coloco bajo el microscopio. Ya queda poco.

«*Soy tu mad… soy Helga. No esperarías encontrarte un mensaje mío. No sé siquiera si lo recibirás, aunque la simpática doctora Drovnik me asegura que sí, dentro de… mucho tiempo. Sólo quería contarte que Magnús, tu padre, y yo nos vamos al norte de Italia. Hay una situación dramática, ¿sabes?, con las últimas inundaciones, oleadas de refugiados y rumores de guerra. Muchos muertos. Queremos ayudar como podamos. Además, hemos encontrado una pista del paradero de… tu hermano. Sé que siempre te has negado a que intentemos localizarlo, pero… El mundo pasa por momentos difíciles, es bueno agarrarse a la familia. Amar a veces significa sufrir, Kinaya, pero si te cierras al sufrimiento también te cierras al cariño y a todo lo bueno. Sé que vas a hacer del mundo un lugar mejor, hija mía, y sólo queríamos contribuir a nuestra…*»

–¡Para el mensaje!

Upendo me obedece al instante, aunque añade:

–Aún queda otro por leer.

–Ahora no es el momento. Parece que hay vida, bacteriológica al menos, en dos de las muestras. ¡Bingo!

–Procedo a analizar.

Efectivamente, tras media hora de comprobaciones en el espectrómetro Raman y dobles chequeos: hay vida.

–El elemento más abundante en esas muestras es el hierro, como ya sabrás.

–Sí, probablemente serán aburridas bacterias del hierro. –Echo la espalda hacia atrás, decepcionada.

–Para comprobarlo tendríamos que abrir las muestras y hacer un cultivo, pero…

–Lo sé, lo sé, el protocolo. De todas formas, la Tierra está llena de ellas, obtienen su energía del óxido, o sea, que con las inundaciones están por todas partes.

Voy a hacer del mundo un lugar mejor, dice Helga. ¡He viajado nueve años para descubrir la rueda! Me echo a reír histéricamente.

Me palpo mi brazo biónico, lleno de recuerdos, entre ellos un arañazo en la piel sintética –que me negué a arreglar– de mis primeras prácticas en gravedad cero. Toda mi existencia me parece un absurdo. Las lágrimas corren por mis mejillas casi sin darme cuenta.

¿Llevaban uniforme siquiera? Creo recordar que no. Aquellos hombres simplemente obligaron a mi tío Faraji a detener la furgoneta. Anochecía y estábamos solos en la carretera. Tal vez por eso aparecieron de repente y nos detuvieron. Mi tío asomó la cabeza por la ventanilla.

–*Asubuhi njema*, señores, buenos días, ¿todo bien? –Su sonrisa y su buen humor nos habían salvado de muchos problemas.

–Pues sí –dijo uno de los hombres–. Todo bien, hoy parece que es nuestro día de suerte.

¿Qué armas llevaban? Algunos rifles antiguos, una pistola, algún hacha, qué sé yo… De pronto habían abierto la puerta de atrás, arrastrando a mi madre por el brazo hasta sacarla del vehículo. Yo me arrellané al fondo mientras mi hermano pequeño, Munoru, «gordito», empezaba a llorar.

–¡Un momento! –Mi padre salió de la furgoneta, sólo para ser golpeado hasta caer inconsciente.

–*Baba*... –susurré, con la voz comida por el miedo. Tapé los ojos a mi hermano.

–Miren, estamos de buen humor hoy –dijo el bravucón, al que le faltaban varios dientes–. Nos quedaremos sólo con esta, sigan su camino en paz.

Mi tío dio dos pasos pero se encontró con el cañón de un rifle apuntándole a la frente:

–No hagan el tonto. Podríamos quedarnos también con el resto del grupo y venderos al mejor postor –espetó otro de ellos, y luego nos señaló–. Sus pequeñas manitas serían bien recibidas en las minas de coltán en Ndola-Ndola.

¿Fue real la mirada entre mi tía y mi tío, de resignación, o fue mi imaginación la que la añadió luego? ¿Fue por eso por lo que lancé un grito o porque vi cómo agarraban a mi madre y la arrastraban hasta ellos? Recuerdo sus labios temblorosos y cómo se las arregló para decirme que no con la mirada perlada de lágrimas sin salir. Que no, me decía. Que no hiciera nada. Que protegiera mi vida. Y la de Munoru.

Por un momento, todo parecía horrible, pero lógico. Pero entonces, como muchas veces en mi vida, el absurdo y el caos se lo llevó todo a rastras como un alud ineludible. Fue muy rápido.

No sé cuántas veces he repetido estas imágenes en mi cabeza: los disparos que llovían de no sé dónde (¿otro ejército? ¿Otra banda rival?). Mi tía urgiendo a que nos ocultáramos bajo la furgoneta. Mi tío impulsado hacia atrás por la furia de los disparos.

–¡Tío!

Cómo arranqué literalmente a mi hermano del asiento para arrastrarnos bajo el vehículo y salvarle la vida. El tubo de escape clavándose en mi hombro derecho cuando conseguí hacer caso a mi tía. El fango, el olor a gasolina. Mi hermano junto a mí, llorando a moco tendido, el pequeño Munoru. Le tapé la boca. Los gritos de más hombres a lo lejos. Más disparos.

Y entonces, a cámara lenta –en mi cabeza siempre es así– el cuerpo de mi madre cae a plomo. Su cabeza incluso rebota al chocar sobre el

suelo polvoriento. Y su ojo, que un minuto antes me lanzaba un mudo mensaje, ha desaparecido, arrancado por una bala.

Una única gota de sangre resbala del agujero de bala por su mejilla.

Estoy segura de que grité, pero por más que lo intento no recuerdo el sonido de mi propia voz. Sólo mi garganta ardiendo.

Más imágenes: alguien agarra a mi hermano del pie. Le increpa, con palabras de un idioma que no distingo –tal vez Kikuyu o Luhya–, le saca a rastras de la protección del vehículo. Voces de mi tía, que se calla súbitamente (luego supe que la habían atrapado, al igual que a mis primitas). Yo salgo tras mi hermano, golpeo y muerdo al hombre, le cojo un arma de su cinto.

–Munoru… –recuerdo haber pronunciado el nombre de mi hermano, que se revolvía en los brazos de ese hombre. Apunté con el arma. El hombre le soltó.

Y un hacha me cortó el brazo de cuajo a la altura del codo. Caí al suelo, temblando sin control.

–No le dispares, aún podemos venderla junto al pequeño –dijo alguien. Tardé años en recordar esa frase. Mi cerebro había borrado extractos enteros. Es una forma de protegerse.

Toda mi vida es un frío y duro escudo de protección.

Sé que empezaron a oírse sirenas. La ayuda venía, debíamos estar cerca del campamento de refugiados. Pero no lo suficientemente rápido. Antes de desmayarme, vi cómo el pequeño Munoru cogió la pistola caída y, ya absurdamente, porque con toda seguridad iban a huir, disparó al hombre que me había atacado. Su rostro sudoroso, sus ojos, acero. Más sirenas. Más gritos. Gente corriendo. El grito de rabia sin fin de mi hermano pequeño. Tenía ocho años.

–Piloto Ngiri-Magnúsdóttir, despierte. Esto es una emergencia. Alerta nivel dos. Repito, nivel dos.

Me había quedado dormida y las sirenas de mi recuerdo sonaban también en la nave. Vomito; no sé si por lo que acababa de revivir o si era aún efecto secundario tras la hibernación. Parte del vómito ha

escapado de la bolsa y vuela por la sala sin gravedad. Reprimo las arcadas.

–Informa, Upendo.

Siento los párpados pegados y todo me da vueltas. Bebo agua y me incorporo como puedo en el ambiente sin gravedad. Necesito un suelo para recuperar el equilibrio; algo en que apoyarme, aunque sea falso.

–Se ha detectado un escape de oxígeno en la cámara de despresurización.

¿Escape? No entiendo nada.

–¿Hemos chocado contra algo, hay algún agujero?

–No tengo reporte de nada de eso.

Vuelo por los pasillos hasta llegar al lugar y me pongo una máscara de oxígeno. Respiro con urgencia, pero la curiosidad es más grande que el miedo a lo que pueda estar ocurriendo.

–Cierra la compuerta del pasillo, Upendo. Voy a entrar.

Una vez asegurado que el escape no afectará al resto de la nave, entro a la cámara. Allí descansa en el suelo, como un cadáver olvidado, mi traje espacial tras la desinfección al regreso del planeta. Me acerco hacia el área donde me informa Upendo que hay escape.

No lo entiendo. Un pequeñísimo agujero de pocos milímetros se ha abierto en el metal de la compuerta exterior, pero no hay ni rastro de qué puede haberlo causado y, al parecer, no hay impactos. Es tan pequeño que apenas se ve y puedo taparlo fácilmente, pero ¿qué…?

Una idea disparatada empieza a abrirse camino en mi cerebro. ¿Tiene que ver con la bacteria de este planeta? Pero ¿cómo? No ha salido de la probeta. Me desnudo por completo.

–Upendo, descontamíname.

Y poco a poco la idea empieza a parecer menos loca y más plausible, mientras el corazón me late como loco por todo el cuerpo. Llego hasta mi habitáculo y me pongo otro uniforme. Después, a la cabina.

–Necesito que compruebes estos datos.

Espero varios segundos en silencio. Es una IA con una inteligencia superior a la humana, seguro que ha comprendido el alcance de lo que puede estar ocurriendo en la nave.

–Procediendo. Tiempo estimado, sesenta y dos minutos. Le recuerdo, piloto, que quedan dos mensajes por escuchar.

–De acuerdo, aunque no sé si podré concentrarme. –Tengo la mente disparada. Upendo extrae un tubo de comida con su brazo mecánico de cabina. Bonita indirecta. Voy a cogerlo y…, no recordaba que me había desprendido del brazo. Empiezo a comer como una autómata, mientras escucho más extractos de noticias, obviamente unificados por la IA.

«*Es un día aciago para la humanidad, cuando la epidemia se extiende sin control y grandes urbes como Londres, París o San Francisco han declarado el estado de excepción. El Servicio de Control de Epidemias, al igual que el ejército, se ha visto incapaz de contener la infección, los infectados cada vez son más. El caos se extiende…*»

–¿De cuándo es esto? –pregunto distraídamente mientras tomo un poco de pasta con sabor a pollo.

–Hace tres años y medio.

–Pásalo. Enséñame el último.

Se me está atragantando la comida. Todo parece irse a la mierda, mientras Proxima Centauri sigue brillando, orgullosa e invencible, por la ventana de la cabina.

–Este llegó hace dos años y ocho meses.

«*Kinaya, soy la doctora Drovnik. No sé si sabes a estas alturas que la situación en la Tierra está prácticamente fuera de control. Y tengo que darte malas noticias… Tu padre…, tu madre adoptiva, Helga, se puso en contacto con nosotros. Al parecer tu padre, Magnús, ha muerto la semana pasada. Estaba en zona de conflicto y de expansión de la infección, cerca de Italia. Y habían conseguido localizar a tu hermano… Munoru Ngiri, que, lamento decirte, también ha fallecido. (Silencio) Mis condolencias. Fuera el mundo es una catástrofe, pero en la base estamos a salvo y operativos. Te esperamos de vuelta, ojalá con buenas noticias.*»

No entiendo nada.

–No entiendo nada –repito en voz alta.

–Creo que el mensaje decía que el señor Magnús y su hermano…

–¡No entiendo nada! –grito. Y arrojo el bote de comida contra la pared, y luego uno de los mini computadores, pero ambos flotan en mitad de la habitación.

–¡Maldita sea, MALDITA SEA!

Salgo flotando de la cabina, torpemente, con un solo brazo, dando tumbos por los pasillos, tropezándome con todo. Un fuego me sube por el estómago y me inunda por completo. No puede ser. No puede ser. Otra vez no.

Morir en otra guerra, a la que fue a ayudar, el muy estúpido. ¡A las guerras no se va! De las guerras se huye.

Y Munoru. ¿Por qué? ¿Por qué…? Malditos. Debieron dejar el recuerdo dormido de mi hermano en paz. No quería saber, no quise saber más de él desde que nos separaron para adoptarnos. Era demasiado duro saber. O suponer. Mejor hacer como si ya hubiera muerto.

Pero no era así. Ha vivido más de veinte años. Solo. Sin su hermana. Todo para desaparecer de nuevo. Estoy temblando y casi no puedo respirar.

Creía que estaba huyendo y en realidad le estaba abandonando.

Y me echo a llorar y a gritar hasta que la garganta me arde y se me secan los ojos.

–Piloto Ngiri-Magnúsdóttir. –La voz de Upendo suena extremadamente suave–. No la molestaría si no fuese urgente.

Siento el cuerpo como un trapo sucio, algo que no es mío.

–¿Lo he soñado todo?

–Si en su sueño teníamos un pequeño escape de oxígeno en la nave y la doctora Drovnik le informaba de la muerte de su padre adoptivo y de su hermano, me temo que…

–A veces me pregunto si eres sarcástico a posta, Upendo.

–Ya sabe que estamos programados para aprender lenguaje y comportamiento de los pilotos.

Sonrío tristemente.

–*Toucheé*.

Escupo. Mi boca tiene un sabor amargo. El dolor intenta subir por mi estómago, pero lo apago, no quiero recordar lo que ha pasado. Ahora no puedo sentir (¿y cuándo será el momento?).

Me dirijo hacia la cabina como una autómata.

–He terminado el análisis –me informa Upendo–. Tenía razón, piloto. Estamos contaminados por la bacteria del planeta, Fe567, tal como usted la denominó. Al parecer, oxida directamente y a velocidad muy rápida las moléculas, no sólo de hierro, como la de la Tierra, sino también de los otros metales y los desintegra. Su avance es sorprendentemente rápido. El protocolo exige intento de descontaminación…

–La nave está condenada, y lo sabes. –Reprogramo el objetivo de la *Valhalla*–. Parecía la típica bacteria del hierro y no ha salido del frasco de muestras. ¿Acaso no hemos seguido el protocolo del demonio, la descontaminación, todo, dos veces?

No me lo puedo creer. Entro de nuevo en la cabina y el bote flotante de comida me recuerda la muerte de Helga. Su rostro anguloso y seco. Su boba sonrisa cuando me regaló el tutú. No, ahora no, ahora no.

–Lo hemos seguido, al milímetro, capitana Ngiri. Y así lo estoy recogiendo en el informe para la NASA. Pero el riesgo de encontrar sustancias o vida que no pudiéramos controlar o descontaminar entraba dentro de los cálculos: un 6,544 %, exactamente.

–Un miserable 6 %. ¡Maldita sea! –Preparo la ruta para el viaje–. ¿Y cuánto tardará la bacteria en dejar la nave inservible?

–Es difícil de precisar, pero a este ritmo hay un 80 % de probabilidades de que provoque daños irreversibles al motor o las velas solares en menos de nueve años, lo que tardaríamos en volver a la Tierra. Y pondría en peligro su misma vida.

–Eso no me importa mucho. Tenemos el tiempo justo, entonces.

–Piloto Ngiri-Magnúsdóttir, debe haber un error. Está usted programando la nave para volver a la Tierra.

Respiro largamente.

–Así es.

Me levanto y floto hacia la ventana, desde donde contemplo la galaxia, que se despliega como un horizonte luminoso frente a mí.

–Sabe que no podemos hacerlo. No es el protocolo, piloto. Muy al contrario, debemos mantener alejada la bacteria y su peligro de nuestro planeta madre.

No puedo evitar reír.

–¿El peligro? ¿Esta bacteria? ¿En serio? Se nota que no has vivido en la Tierra.

–*Toucheé* –repite ahora la IA–. No puedo permitirlo, entonces. Tal vez si se usted se lanza en la cápsula de escape, en hibernación, tiene alguna posibilidad de llegar por sí sola a la Tierra en unas decenas de años. Además, está en mi programación proteger la Tierra y la vida de cualquier amenaza.

Suspiro largamente.

–Tal vez la Tierra no deba ver esto como una amenaza. Mi madre va a tener razón y podré hacer algo bueno.

–¿Algo bueno? No entiendo.

Oigo el ruido del motor calentando. Primero rodearemos Beta Centauri para coger impulso: nos llevará un mes. Después, rumbo a la Tierra. Dormiré hasta que empiece a fallar el sistema de hibernación e intentaré seguir con vida para ver el final. Tal vez consiga alcanzar la Tierra. Tengo que llegar.

–¿No lo entiendes? –Me vuelvo hacia las luces de cabina, como si la IA estuviera ahí–. Llevaremos la bacteria a la Tierra, y este pequeño *kazuri*, este pequeño y hermoso *tesoro*, se extenderá.

Miro de nuevo por la ventana, mientras dejo que Upendo procese mis palabras. Una de esas lejanas estrellas debe ser el sol, al que nos dirigiremos.

–En unas decenas de años habrá acabado con toda la gama de metales de la Tierra. –Se queda en silencio unos minutos más–. Es imposible matar a millones de personas sólo con palos y piedras.

Espero un segundo, para ver si Upendo ordena aplicar el protocolo de emergencia para «proteger» la Tierra y su civilización. Pero sólo oigo cómo el motor acelera.

–Mi protocolo sirve a la protección de la vida. Eso sería proteger la vida. Tomamos pues rumbo a la Tierra.

–Tienen razón. –Sonrío–. Las IA se acaban pareciendo a los pilotos.

Avanzamos por el dorado rastro de la estrella con el infinito frente a nosotras, plagado de destellos y de vida por descubrir. Es hermoso.

Y por fin tiene sentido.

LA PEOR RESACA DE OLYA SOLOVIOVA

OLYA SOLOVIOVA

LA PEOR RESACA DE OLYA SOLOVIOVA

Pam.

Pam. Pam.

Mmmm, ¿qué son esos golpes? Parece la puerta.

Todavía dormida en la cama, intento abrir los ojos pero los párpados me pesan como panes de kilo. Joder, блядь! (Blyát!)

Mi lengua está pegada al paladar y un sabor a *whisky* me recorre toda la laringe. Me cubro más con las mantas. ¿Ya es de día?

Pam. Pam.

¿Será un vecino? ¿O es que las aguas que nos inundan están aprendiendo a llamar a las puertas? Trotski, mi pastor alemán de tres años, empieza a ladrar en el salón. Joder, qué escándalo. Mi cabeza va a reventar.

Alguien habla al otro lado de la puerta de la casa:

–Olya Soloviova, tiene que venir con nosotros.

Pero ¿quién demonios es?

Giro mi cuerpo en la cama para incorporarme y los muelles crujen: en esta casa de pueblo todo es viejo. Mi brazo toca algo. ¡Dios mío! ¿Este tío quién es? Definitivamente, ayer bebí demasiado... otra vez. Con medio ojo abierto veo su figura masculina y semidesnuda, unos bonitos músculos y pelo rubio pajizo.

Al menos es guapo: incluso en medio de un apocalipsis hay que mantener el listón alto.

–Olya Soloviova –continúa la voz al otro lado de la puerta–, sabemos que está ahí.

Qué pesados, por dios. ¿Qué querrán? Total, si al parecer, de un modo u otro, vamos a morir todos, con la pandemia ya llegando a ciudades de Europa como París o Roma o el asteroide que nos alcan-

zará en unos años… ¿por qué no dejan que una termine su vida como quiera?

Tengo treinta y nueve años, ya soy mayorcita para decidir mi futuro, ¿no? Por poco que me quede.

Y ya he pagado mi deuda con la sociedad. Sobradamente.

Trotski sigue ladrando. Recurro a toda mi fuerza de voluntad para levantarme, porque las voces continúan llamándome por mi nombre. Espero que no sea cosa de Natascha. Me da igual todo ese rollo de que es mi hermana pequeña y tengo que cuidarla. A la mierda. Si le ha pasado algo, la mato.

Hace frío: estamos cerca de Novokuztnesk, el culo de la civilización que nos queda, a siete grados bajo cero en pleno mes de octubre postcambio climático. Y además es octubre. Me pongo la ropa del día anterior, que está tirada al lado de la cama y huele regular, unos vaqueros y un jersey. La chimenea debió apagarse mientras dormíamos.

–Olga Ivanovna Soloviova, estamos espe...

–¡Ya voy! –grito cuando oigo cómo aporrean la puerta de nuevo–. Trotski, cállate ya, por DIOS.

Me calzo las botas. Joder, todo me da vueltas y siento un martilleo en las sienes que me da ganas de vomitar. Me tambaleo hasta la puerta del dormitorio.

La luz que entra por las ventanas abiertas del salón se me clava en los ojos. Mi perro se me acerca y me lame la mano; yo le acaricio un momento la cabeza para tranquilizarle: es un pastor alemán marrón oscuro con una mancha blanca en la frente y me mira con la lengua fuera y su juguete (una vieja pelota verde mordisqueada) a los pies. Es todo corazón, el único ser en quien se puede confiar en este planeta majara.

Abro la puerta de la casucha y me encuentro allí a lo que parece un jodido ejército. Un grupo de unos seis soldados con trajes del ejército ruso y, frente a mí, un capitán de rasgos turcos, probablemente del antiguo Uzbekistán o Kazajistán, y que mide cerca de dos metros de alto: mi cabeza está a la altura de su solapa llena de medallas.

–Soy el capitán Vasíliev, señora. –Se cuadra ante mí y me hace el saludo militar, en un gesto tan formal que resulta ridículo–. Tiene que venir con nosotros.

–¿Perdone? –Doy instintivamente un paso atrás–. ¿Qué se ha creído? La KGB desapareció el siglo pasado. No *tengo* que ir a ninguna parte.

Dos de los soldados tratan de cogerme a la fuerza. Trotski les ladra, por supuesto. Qué corazón más grande tiene.

–¡Oiga, oiga! –Me desprendo de sus brazos–. Vale que el país se está yendo a la mierda, pero podemos seguir fingiendo que somos una democracia un poco más, ¿no? Tengo mis derechos.

El tipo me lanza una mirada gélida.

–Estamos en Estado de Excepción. Nadie tiene derechos.

Mi corazón late a mil por hora.

–¿Tan mal va todo? ¿Es el asteroide o…?

La verdad es que, aunque bromeo sobre el tema, no se me había pasado por la cabeza que este fuera el final. Veía que la cosa estaba, en fin, un poco chunga, con todas esas inundaciones, la gente abandonando países en masa por el cambio climático, la amenaza del asteroide Prim-34 y la maldita pandemia con esos miles de infectados extendiéndose y… Joder, lo que pasó en París pone los pelos de punta.

O quizá los constantes conflictos con Japón han escalado y estamos en guerra abierta. Quién sabe. Hace ya más de dos años que RETINA dejó de funcionar en esta zona del país, y de la televisión no puedes creerte mucho.

–La cosa no va muy bien, no –responde el capitán de mirada gélida sin variar su expresión–. Tenemos que irnos, la humanidad la necesita.

¿A mí? ¿La humanidad entera? Joder, hay que reconocer que es una buena manera de convencer a alguien. Aunque han ido a dar con una misántropa de dos pares de ovarios.

–Mire, la verdad es que yo y la humanidad no nos llevamos muy bien. –Sonrío–. Y tengo asuntos que terminar… aquí, así que, creo que paso.

El capitán Vasíliev no mueve un músculo de su rostro.

–Lo siento, señora.

Cada vez que me llama "señora" mis treinta y nueve años me pesan como plomo, coño. Fijo que está notando en mi mirada cuánto deseo asesinarle.

–Créame que lo siento, pero esto no es una sugerencia. Es una orden. Espero que acceda de buen grado. –Echa una mirada a los soldados, que dan en unísono un paso hacia mí.

¡Me cago en…! Вот блин![1]

–¡Está bien!

Suspiro sonoramente. No es la primera vez que me las veo con el ejército, y la experiencia me ha enseñado que es mejor seguirles la corriente. Lo que no sé es qué demonios quieren de mí, pero espero que me lo expliquen por el camino.

Y, sobre todo, espero que me den café. Con un chorrito de ron, preferiblemente. Mi cabeza va a estallar.

–Voy a coger algunas cosas, ¿vale?

En ese momento, se oye una voz desde el dormitorio.

–¿Vienes ya a la cama, nena? Se me están helando las pelotas.

Tierra, trágame: mi polvo de una noche hablando de sus testículos en mitad de una emergencia nacional. Miro de reojo al capitán Gélido, que no mueve un músculo de su rostro y sólo dice:

–Puede traerse a un familiar, si lo desea.

Asiento sin decir nada. Entro en el dormitorio y el chico está sentado en la cama dejando ver su pecho desnudo; lástima que no recuerdo apenas nada de anoche. Debe tener veintipocos. Me guiña el ojo. Joder con el tío, es más pasota que yo, que ya es decir.

Me acerco a los pies de la cama, cojo sus vaqueros, se los arrojo a las manos y sólo le digo:

–Largo.

En el salón busco mi bolso, un abrigo, bufanda, guantes, cojo a Trotski y le ato con la correa, llevándolo conmigo. El capitán dirige una severa mirada a mi enorme perro, arqueando una ceja. Yo no me inmuto.

–Usted ha dicho que puedo llevar a un familiar, ¿no?

---

[1] Bon blín: Mierda.

¿Lo peor de los helicópteros de combate? No tienen puertas. Esa sensación de estar protegida sólo por tu cinturón de seguridad mientras por el hueco de la puerta ves el exterior a cientos de metros del suelo acojona un poco. Eso, y el viento siberiano que te congela hasta las mejillas; me reiría, pero temo que se me hielen los mofletes y morir con un rictus de sonrisa falsa sería patético. Me arrebujo en mi abrigo y bufanda.

Vamos en un convoy de varios helicópteros y el ruido de las aspas es ensordecedor. En el último siglo, hemos inventado RETINA, repuestos biónicos para nuestros cuerpos, rejuvenecimientos cutáneos casi inverosímiles –que yo misma he usado– y úteros artificiales; hace ya ocho años que mandamos naves a explorar otros mundos en el Proyecto *Paradiso*… pero estos helicópteros siguen sin puertas. Hay que joderse.

A mi derecha, mi perro, convenientemente atado, parece disfrutar el paseo, con el viento peinándole el pelo. A mi izquierda se sienta el capitán Vasíliev, tan inamovible que podría pasar por uno de los asientos. Otros cinco soldados, tres mujeres y dos hombres, charlan sentados, a gritos.

–En dos horas llegaremos a la base de Pokuoi –me grita capitán Gélido, casi sin mirarme.

–¿Por qué yo? –grito, intentando hacerme oír a través del ruido–. El gobierno y yo no acabamos en muy buenos términos, precisamente.

El capitán comprueba unos mensajes en la pantalla de su traje y me contesta.

–Usted está viva.

Y añade, sin mirarme:

–Usted está cerca.

Joder. Aquí terminan mis sueños de grandeza. Chúpate esa, Olya Ivanovna Soloviova. Te han llamado porque *quizá* puedas ayudar y porque estabas en mitad de la nada, a un paseíto en helicóptero de uno de los centros militares. Aunque tampoco es que mi ego fuera muy grande antes de esto –total, ya sólo era una profesora de mate-

máticas cualquiera en un instituto público de Novokuztnesk, donde Cristo perdió la alpargata–. Un destierro casi voluntario. En fin, busquémosle la parte buena. Como decía el Camarada Vladimir Ilich[2]: «*Es verdad que con frecuencia se aprende del enemigo*».

–Mirad. –Una soldado señala por una de las puertas abiertas. A lo lejos se ve algo oscuro que ocupa una despampanante cantidad de horizonte. блин! блин! блин! Mierda, mierda, mierda.

–¿Son ellos? –consigo preguntar. Me tiembla la voz.

El capitán asiente.

–Refugiados. Decenas de miles.

Es como un campo de trigo oscuro ondeando al viento, y que se extiende, sin fin, hacia el sur, hasta donde llega mi vista. Por encima de colinas y a través de carreteras. Decenas de miles de personas caminando sobre la nieve. Huyendo de la pandemia del Hendra que ha diezmado la población en los acogedores países más cálidos. Y cuyo virus probablemente transporta más de uno. Puedo ver estampidas y algún ataque entre ellos. Sí, sin duda debe haber algunos infectados. Dicen que donde llegan, la vida desaparece.

La pandemia se extiende sin remedio.

Ahora sí, mi estómago sufre un espasmo violento. Y vomito sobre mis propios pies.

El capitán Vasíliev me mira de reojo, pero no dice nada. Me pasa un *clínex*.

Dos horas más tarde, caminamos por los pasillos estrechos y oscuros de la base militar; al final de cada uno hay una puerta blindada a la que Vasíliev acerca su pupila para que se abra. Se llevan a Trotski a uno de los dormitorios y prometen que me lo traerán después. ¿Confío en ellos? Qué remedio. Mi perro me lanza una mirada cargada de tristeza e intención. Le tranquilizo con unas caricias y, al poco, le pierdo de vista tras un recoveco.

De momento dicen conducirme a una misteriosa reunión.

[2] Lenin.

–¿De verdad no puedo cambiarme?

Mis botas y mis pantalones apestan a vómito. El capitán niega con la cabeza mientras nos adentramos en otra zona de pasillos.

–Czajkowski, tráiganos dos cafés –indica a un soldado, cuando, por fin, entramos en una sala con una mesa, varias sillas y una pared cubierta de holopantallas. Me siento en una de ellas, de escay marrón con varios rasgones: mucho presupuesto se ve que no tienen (o lo gastan en otras cosas).

Cuando el líquido –apestoso pero milagroso– se abre paso por mi garganta parece que todo se estabiliza. Vasíliev se queda de pie junto a la puerta, como si hiciese guardia, y yo puedo incluso fijar la vista en las pantallas.

Una de ellas es un mapa de Europa y Asia que muestra, entiendo, el avance de la pandemia. La península ibérica, Italia y Francia… completamente marcadas en rojo: los lugares cálidos fueron los primeros en caer. Se escuchan historias terroríficas de París.

Recibo algunas comunicaciones y señales de vida en mi RETINA: deben tener algún tipo de satélite rudimentario que permite el envío de datos vía bio-fi –comunicación ya desaparecida en la mayor parte de nuestro país y de buena parte del mundo–. Son sólo mensajes internos y un *feed* de noticias de la base. Me siento de vuelta en el siglo XXI, por un momento. Justo ahí leo que un tal coronel general Bulgákov acaba de llega a la base.

–¿Se siente mejor ahora? –La helada voz de Vasíliev parece, por un momento, casi humana.

Asiento, terminando mi café. En otra de las imágenes, el asteroide Prim-34, y una simulación de su ruta: por lo que veo tenemos más de una década, quizá dos, hasta que nos alcance. Nada aquí me da una pista clara de mi presencia en este lugar.

Justo es el momento en que se abre la puerta. El capitán se cuadra ante la entrada de otro oficial, obviamente superior, y su escolta.

–Coronel general Bulgákov –le saluda Vasíliev, con la mirada al frente.

–Uf, déjese de saludos, quita, quita –dice este, restando importancia al protocolo con un gesto de la mano. Raro.

Se desprende de la chaqueta y la deja caer en una de las sillas, su colección de medallas hace un ruido metálico al golpear contra el respaldo. Debe tener mi edad, ¿cómo ha llegado a coronel general, tan joven?

–Por fin puedo sentarme en un sillón como dios manda, tengo el culo cuadrado de tanto viaje. ¿Y usted es…? –Me dirige una mirada burlona–. No me lo diga, no me lo diga… ¡La teniente Popoff! ¿Verdad?

–No, yo…

Me interrumpe de nuevo con un gesto. Es terriblemente delgado, con una nariz casi triangular. Lleva símbolos soviéticos, como la hoz y el martillo, en el uniforme. Joder, me parece que me he topado con uno de esos malditos nostálgicos de Stalin que se masturban pensando en los gulags: me pongo en guardia ante su siguiente pregunta:

–Ah, es usted la experta en virus de la base de…

–No. Soy Olya...

–¡No me lo diga!

Entrecierro los ojos y aprieto los dientes. Bulgákov tiene uno de esos bigotitos con cuatro pelos que me produce repelús.

–¡Ya está! –Chasca los dedos–. Es usted la ingeniera de *software*.

–Soy informática programadora, perdone –le aclaro–. Son dos ramas diferentes, por si no lo sabía. ¡Vaya puta mierda de estudios del ejército!

–Encantadora. –Le guiña un ojo al capitán, con sarcasmo. Y se ríe a carcajadas, abriendo toda la boca, como el malo de una película. Vasíliev se revuelve en su puesto, parece incómodo.

–Oiga, coronel –me levanto y me encaro con él por encima de la mesa–, me encanta que usted se lo esté pasando tan bien. Pero yo tengo resaca, los pantalones llenos de vómito y ganas de mear desde hace varias horas. ¿Me puede alguien decir QUÉ COJONES hago aquí?

–¡Ah! ¿Era eso lo que olía tan fuerte? Pensaba que era su desodorante, Vasíliev. –Vuelve a reírse–. Por dios, vaya al servicio y que alguien le dé unos pantalones limpios. La esperaremos y yo aprovecharé para tomarme una hamburguesa con chucrut.

No entiendo nada, ¿no había prisa? Pero no pierdo la oportunidad. Salgo por la puerta y, tras preguntar la dirección del servicio al militar apostado en la puerta, empiezo a caminar. A los diez pasos me doy cuenta de que tengo al capitán Gélido pegado a mi espalda.

–Soy mayorcita, ¿sabe? No me voy a perder. Ni a escapar. ¡Ni siquiera sabría por dónde coño salir de este antro!

–Estoy aquí para protegerla y ayudarla –oigo que me dice con su voz sin tono.

–No necesito ninguna de esas cosas.

No puedo explicar por qué me fastidia tenerlo pegado a mi culo todo el tiempo. Llevo demasiado tiempo a mi aire y la gente me molesta.

Diez minutos después, estoy de vuelta en la misma sala y, con sorpresa, veo que hay otra hamburguesa, para mí, que me apresuro a devorar.

–Por fin empieza usted a parecer persona. Tenía tan mal aspecto que, por un momento, pensé que estaba usted infectada e íbamos a tener que matarla.

Se me atraganta un bocado y empiezo a toser. Pero el coronel sonríe divertido, como un niño, y apoya los pies en la mesa.

–Me preguntaba usted por qué la hemos traído. Bien. Eche un vistazo a esto.

Mientras termino de comer, en una de las pantallas aparecen imágenes de despegues de naves espaciales, claramente de la agencia americana: naves bastante modernas, y cada una de un color diferente. Es el Proyecto *Paradiso*, lanzado hace ya algunos años.

–Cinco naves horteras salen al espacio, ¿y qué tiene eso que ver conmigo?

El coronel se ríe con ganas.

–Esta chica me va a matar, de veras. ¡Me encanta! –le dice a Vasíliev y a la soldado que le escolta, que no se ha movido en todo el tiempo. Baja la voz para añadir–, entre usted y yo, ¡el ejército es taaaan aburrido!

Me quedo cortada, pero los soldados simulan no haber oído nada. ¿Quién es este hombre y de dónde viene?

–Las naves. Son cinco, fueron lanzadas por la NASA hace unos... ocho años, en busca de vida extraterrestre y planetas habitables. Son muy previsores, los americanos, hay que concederles eso, ya hace años se estaban preparando por si el planeta se iba a hacer gárgaras. Pero nosotros –me guiña un ojo– somos más listos.

–¿Qué quiere decir?

–¿Le apetece un café? Tráiganos un par, teniente Kuzmina. Se me cierran los ojos, ¿a usted no?

Resoplo. ¡Camarada Vladimir Ilich, dame paciencia! Me arrastran desde mi casa para ver a un loco que parece puesto de LSD y charlar de unas jodidas naves que deben estar en la otra punta de la galaxia.

Definitivamente, es el apocalipsis.

–Quiero decir, Olga Soloviova, que nosotros no hemos salido a jugar al escondite en el espacio, pero tenemos algunos… llamémoslos "colaboradores" en su agencia.

¿Colaboradores? ¿Y ese retintín? Esto me huele mal. Bien me sé yo cómo al ejército le gusta "colaborar".

–Ya se puede imaginar. La idea es que si encuentran algo interesante, nosotros nos enteramos también. Incluso antes que ellos. Y sin gastar un rublo. –Me sonríe enseñándome todos los dientes, entre ellos, uno de oro–. ¿Ve como somos listos? De hecho, somos más listos.

Este tipo, con esa pinta de malo de película de superhéroes y al que le aburre el ejército…, ¿no será...? Dios mío. Trago saliva y empiezo a sudar por todos los poros de mi piel.

–Usted es de la facción del ejército que defiende reinstaurar la KGB.

El coronel Bulgákov mira el reloj de la pantalla de su traje.

–¡Treinta y un minutos, Kuzmina! –Se vuelve divertido hacia su escolta–. ¿Lo ve? Le dije que tardaría más de quince minutos en darse cuenta. Me debe usted cien rublos.

–Sí, mi coronel. –Y con un taconazo la teniente se cuadra.

–Oigan. –Respiro hondo–. Ya les ayudé una vez hace años. Estamos en paz, ¿no? En eso quedamos.

El coronel se atusa los escasos pelos de su bigotillo repelente de niñato imberbe y se encoge de hombros.

–Nadie ha hablado de deudas pasadas. No somos nosotros; de hecho, como bien sabe, la agencia ya no existe. SU PAÍS la necesita. ¿No lo entiende? Mire esto.

Y aparecen ahora imágenes en otra pantalla de una nave espacial enorme como un volcán. Y con una bandera roja que ocupa casi la mitad del casco…, hablando de horteradas. Sólo falta el jodido rostro de alguna vieja gloria de la antigua URSS para completar el cuadro.

–Es la *Camarada Stalin III*. Naturalmente, está oculta, aún en construcción.

Por supuesto. Contengo con mucho esfuerzo la risa. No es prudente burlarse de estos tipos.

–Con ella podremos evacuar a miles de los nuestros –y de quien pueda pagarse el pasaje– y colonizar el planeta antes que los americanos.

–Entonces…, ¿una de las naves americanas ha descubierto un planeta habitable?

El coronel asiente.

–Ahora está interesada, ¿eh? Así es. Sólo una parece haber encontrado de momento un lugar al que mudarnos.

Joder.

–¿Y qué pinto yo en todo esto? Si sus "colaboradores" ya le han dado la información, la nave está preparada, como dice, sólo tienen que lanzarla hasta allí, ¿no?

–Necesitamos un trabajito. Una tontería de nada para usted.

Me apoyo en el respaldo del asiento, a la espera. Inspiro hondo: me espero cualquier cosa.

–Queremos que tome el control de la nave. Anule sus sistemas de comunicación, para que los americanos no lleguen a saber del planeta. Y que busque la manera de que crean que la nave ha sido destruida, pero la dejará allí esperando nuestra llegada.

–Pero… sin duda, la IA de la nave ya habrá mandado mensajes a la NASA con su descubrimiento, ¿si no, cómo demonios podrían ustedes tener estos datos?

–Sus mensajes, de momento, no han llegado. Los suyos tardan años, los nuestros… un par de días, máximo. Digamos que nos guar-

damos un as tecnológico en la manga. Algo de lo que ellos no disponen, ni dispondrán. ¡¿A que somos listísimos?!

El *ansible*, se refiere al *ansible*: un invento prácticamente de ciencia ficción para comunicarse de forma inmediata sin importar la distancia. Joder, muda de asombro me deja mi gobierno, lo reconozco.

El coronel, mientras tanto, ríe enfervorecido. Sólo le falta acariciar un gato negro y tomar un sorbo de un cóctel con una sombrillita para que le fichen como villano en James Bond 38.

Tamborileo con los dedos en la mesa, sabedora de que –por la razón que sea– me necesitan y no tienen a nadie más (o al menos, a nadie más vivo o cerca de aquí). Todo lo cual me coloca donde a mí más me gusta: en una posición desde la que puedo negociar.

–O sea –resumo con sarcasmo–, queréis que robe una nave espacial a los Estados Unidos. Es más, que les robe ¡un planeta entero! Porque nunca sabrán de él.

–Somos unos genios, ¿a que sí?

Bufo. Hay que tener el rostro de platino. Y este tipo lo tiene. Dirijo una mirada al capitán Gélido, pero sigue mirando al frente, como si nada de esto tuviera que ver con él. Tal vez ni siquiera va a conseguir plaza en esa nave camino de un nuevo planeta a estrenar.

–¿Y por qué no contactáis con Antigua Visión? Seguro que les encanta noquear a una Inteligencia Artificial y demostrar que el ser humano es siempre más inteligente.

El coronel Bulgákov hace ademán de vomitar.

–¡Antigua Visión! Por favor, no me hable de esos *hackers* cavernícolas. Son, por decirlo suavemente, incontrolables. Ya nos han traicionado más de una vez, así que hace mucho que no trabajamos con fanáticos como ellos. No. –Junta las manos frente a su rostro, con solemnidad–. Preferimos a una profesional.

Siento decir que me siento un poquito orgullosa del piropo de este pirado. Es cierto que soy buena. La mejor, qué demonios. A la mierda la puñetera falsa humildad.

–Por cierto –agrega el coronel–, tiene que ser hoy. No tenemos más tiempo. Órdenes de arriba.

–¡¿Qué?! –Me carcajeo–. ¿*Hackear* un sistema que no conozco, y que probablemente cuenta con los más avanzados cortafuegos de la galaxia conocida… en doce horas? Mire, que les jodan: eso es imposible.

–No para usted, no. Hemos quedado en que es una profesional, ¿no? Además, no es bueno contrariar a los de arriba. No tienen NADA de paciencia. Ni sentido del humor, ya se lo digo yo.

El coronel se echa saliva para atusarse el bigotillo. Puaj, ¡mis ojos! No se puede negar que este "camarada" es experto en torturas. Me estremezco de la cabeza a los pies.

–Como consta en nuestros informes, no sería la primera vez que usted aborda ordenadores e intranets gubernamentales. Asaltó el sistema del Servicio Federal de Supervisión de Telecomunicaciones en el 38, los sistemas del Servicio de Inteligencia Extranjera en el 41, el Banco Campesino de Tierras en el 42, justo poco antes de su crack…, ¿sigo?

–No hace falta –carraspeo.

–Nos ayudó usted con un trabajito contra nuestros viejos "colegas" japoneses… Por cierto, esperemos que no se enteren de nada de esto porque harían lo que fuera, LO QUE FUERA, por detenernos. Las relaciones están un poquito frías.

–Soy una tumba.

–Le tomo la palabra. –Bebe un trago de su café, que debe estar helado–. También sabemos que *hackeó* sistemas americanos y europeos.

Me encojo de hombros.

–Ya pagué por eso. Como-le-he-dicho.

Vale, me estoy pasando de provocadora. Hasta Vasíliev creo que me está haciendo señas para que me detenga. Ha torcido el labio superior dos milímetros; eso tiene que significar algo, sin duda.

–Mire, vamos a llegar a un acuerdo. Sea buena, ¿quiere? ¡Con lo bien que nos lo estamos pasando!

Guardo silencio…, que parece que no hace más que alentarle. Se levanta, sonriente:

–¡Oh, vamos! ¿Qué quiere, que empecemos el jueguecito ese de usted se niega y yo le digo que sabemos dónde vive su hermana Natascha, y que podría pasarle algo y esperemos que no y bla bla bla?

El corazón me da un vuelco de ciento ochenta grados.

сукин сын (Sukyn Syin) Козёл (Kazjol) сука (súka) Hijodelagranputacabrónasquerosomecagoentodossusjodidosmuertosazulesylamadrequeteparióvivaojalátepudrasojalátepudrasbienpodridohijode.

Me levanto a cámara lenta y la silla chirría largamente contra el suelo.

Respira, Olya, respira. No hagas nada.

–¡Sería muuuy aburrido! –Bulgákov saca un palillo y empieza a hurgarse los dientes–, y para nada necesario. ¡Si usted está deseando hacerlo! ¡Robar una nave, y un planeta en las narices de la potencia más poderosa de la Tierra! Huy, eso no ha salido de mis labios. –Me guiña el ojo de nuevo–. Espero que los de arriba no me hayan escuchado insinuar que no somos la potencia más grande del universo conocido.

Parte el mondadientes por la mitad.

Yo me quedo de pie, transpirando. Adiós a mi posición de ventaja negociadora. Ahora es supervivencia. ¡Toda esta mierda me pasa por tener una hermana! Qué asco la humanidad y sus puñeteras costumbres de quererse y agruparse en jodidas familias. Mi mente piensa a toda velocidad. Calculo posibilidades. Me la juego.

–Muy bien, pero mi hermana y yo tenemos plaza en esa nave.

El coronel sonríe levemente y extiende la mano hacia mí.

–Y mi perro, Trotski.

Duda un segundo, y después vuelve a extender la mano y nos damos un apretón.

–¿Trotski? Es usted una cachonda mental. Pero tendrá que cambiarle el nombre al perro. Trotski no puede entrar en la nave del *Camarada Stalin*. –Me guiña el ojo–. Seguro que lo entiende.

–¿Esto es todo lo que necesita?

Vasíliev mira la triste bandeja con café, bollería, chocolates y bebidas con alto contenido en cafeína. El pobre hasta me da pena, con eso de que tiene que ayudarme en todo.

–Bueno, a no ser que se pueda conseguir Ritalín o algún derivado de anfetamina.

Su rostro no se mueve un ápice. Hijo de puta, es imperturbable.

–Es dudoso, ya que en la base está más que prohibido su consumo. Pero no imposible. He oído decir que mejora el rendimiento, también en batalla.

–Te mantiene despierta, alerta y el cerebro rinde más. Claro que la resaca al día siguiente es de aúpa. Pero ya que nos jugamos el futuro del país y la vida de mi hermana y todo eso, y en menos de doce horas, no nos vendría mal algún maldito milagro.

–Veré qué puedo hacer.

–Otra cosa… ¿Sería posible hacer una videollamada? Mis puñeteras comunicaciones digitales murieron hace años.

Vasíliev asiente, y en menos de cinco minutos me consigue una línea terrestre, las únicas que aún funcionan sin problema incluso en estos tiempos de crisis y catástrofe. Me deja convenientemente a solas: hipereducado hasta el final.

Casi no reconozco la voz que contesta a la llamada, su rostro se ve luminoso y recién lavado. Han sido más de dos años sin verla.

–Natascha, soy yo.

–¡Pedazo de mierda! –grita, y a punto está de levantarse e irse.

–Lo sé.

–¡Tres años y medio!

Vale, me equivoqué un poco en las cuentas. Ups.

–¿Qué coño quieres? –Está enfadada, pero me parece ver en sus ojos algo de emoción también.

–Nada –me encojo de hombros–, por primera vez en mucho tiempo tengo línea y quería… saber si estás viva.

–¿Dónde estás? ¿Qué sitio tan raro es ese sin ventanas?

–Eso no importa, estoy bien. ¿Cómo estás *tú*?

–Bueno… –Se levanta y me muestra una barriga enorme–. Yuri y yo tenemos noticias.

Mierda, mierda, MIERDA. Estoy viendo que tendré que negociar una plaza más en esa nave. Dos, si no quiero que mi hermana me mate por dejar atrás a su marido. Esta tarea va a ser difícil. Voy a tener que dar el do de pecho en esto.

–Escucha, tengo que cortar ya, Nat, pero te llamaré en dos días, ¿de acuerdo?

–Eres todo amor, Oly.

No tengo tiempo para responder a su sarcasmo. No puedo perder un minuto. Mi culo y el de mi hermana están en juego.

Tras convencer a Bulgákov de que necesitaba una línea de crédito, he podido pagar a algunos de mis antiguos colegas para que me echen una mano. En realidad, no fui yo sola quien desencriptó la entrada al sistema del Pentágono hace diez años, pero eso no se lo he dicho al coronel: la gente no suele creerse que esto es más un trabajo de equipo –y más cuando hay prisa–. Me encargo, eso sí, de que uno de los chavales que me ayudó, Ylia –entonces un fenómeno de quince años y ahora un joven que estudia en la Academia de Ajedrez–, reciba una cantidad de rublos que le aseguren una buena existencia con las mejores oportunidades.

–Le traigo otro café –me dice Vasíliev entrando con sigilo en el despacho con tres ordenadores cuánticos en el que llevo trabajando varias horas.

Tomo un sorbo y sigo concentrada.

–Al final no he podido conseguirle…, ya sabe.

–No se preocupe. Ya casi está. Unas cuantas líneas de código y… *¡voilá!* Es increíble que podamos tener comunicación casi instantánea con la nave…, ¿es el famoso *ansible*?

–No le puedo decir, información clasificada.

La pantalla incluso cambia de color. Aparece el logo de la NASA. ¡Hasta tengo acceso a las cámaras de la nave! Y, por supuesto, a sus grabaciones.

–¿Es eso…? ¡Dios mío!

–Sí, estamos viendo el planeta.

Maravillados, contemplamos un paisaje onírico e impensable, pero hermosísimo, de colores muy vivos. Hay seres que se mueven de una forma extraña, pero que a primera vista parecen inofensivos. Y "bi-

cheando" en los archivos de la nave, a la que ahora tengo acceso, parece que así es.

Me vuelvo hacia el capitán, que observa mudo de asombro esas imágenes que parecen ciencia ficción. Le suelto una pregunta que me carcome. Sí, ya sé que yo voy a lo mío, claro, como todo el mundo. Es por curiosidad, de verdad.

–Escuche… esto es un planeta enorme, más grande que la Tierra, por los datos de la IA de la nave. ¿Qué necesidad hay de robarlo? Se podría compartir perfectamente. Hay sitio para todos. Pensaba que la jodida Guerra Fría había terminado.

–Y *ha* terminado. Por eso *sólo* les roban el planeta.

No se me escapa la tercera persona del plural: así que el capitán Gélido no está de acuerdo con sus superiores…, al menos en esta misión. Buen chico. Un "chico" que me saca dos cabezas y que tiene por lo menos mi edad.

Suelto un resoplido mientras termino algunas transcripciones. Hay un puerto que se me resiste, y quiero entrar con cuidado, para que la IA no note nada.

–Aquí hay algo raro –murmuro, abriendo otras grabaciones–, parece que el piloto ha muerto.

–Sí, nos lo comentó nuestro contacto en la NASA. Un accidente, al parecer.

Pero reviso los datos, los procesos de la IA, que aparecen ante mí, vivísimos, como una novela: «¡Debemos proteger por todos los medios la existencia de esos pacíficos seres! El ser humano ha destruido ya un ecosistema y millones de especies». «La única manera de proteger el planeta al 100 % es *hackeando* el sistema de lanzamiento de misiles de Estados Unidos, podríamos destruir ese país y Europa.» «Tenemos que proteger el planeta.»

–Esto no parece un accidente. ¿Ve? La IA no estaba de acuerdo con colonizar el planeta y desobedeció una orden directa de la capitana hace media hora. Bueno, media hora más lo que haya tardado en llegarnos el mensaje, exactamente, que no es mucho. ¿Ve? Aquí.

Diez minutos después, el coronel general Bulgákov entra en mi oficina vestido con pijama y bata, y con los ojos llenos de legañas: no he caído que deben ser las cuatro de la madrugada. En esta sala sin ventanas el tiempo pierde todo sentido. Bulgákov agita algo en la mano, medio dormido.

¡Es una pistola! Me cago en todo.

–Pero vamos a ver, muchacha. ¿Ha conseguido o no tomar control de la nave?

–Baje eso, por dios.

El capitán Vasíliev se apresura a ayudarme y le sentamos en una de las sillas del minúsculo espacio.

–Sí, he roto la clave de la nave y estoy dentro. Pero hay problemas. Creo que la nave ha matado a su piloto, Morelli. Su muerte no parece accidental.

–¿Y eso nos importa? –Vuelve su rostro somnoliento y aburrido hacia el capitán Vasíliev–. Explíquele a esta señora que el bienestar de los astronautas de la NASA nos la trae al fresco, ¿de acuerdo? Y ahora me voy a la cama.

–¡Espere! Hay más. –Le ayudo de nuevo a sentarle–. Abra los ojos. Así. La nave cree que tiene que proteger el nuevo planeta y su vida a toda costa; bueno, de hecho, esa es parte de su misión.

–¡¡¡Me aburroooo!!!

Trago saliva. Tengo ganas de darle un sopapo. Contente, Olya, que es prácticamente KGB, de esa gente que te clava cuchillas bajo las uñas mientras visionas cuatrocientas veces la última convocatoria de Eurovisión hasta que te arrepientes de haber nacido. Respiro e intento explicarle, aunque me vendría bien un café.

–Bien, básicamente hace unas horas la IA ha llegado a la conclusión de que la humanidad es el enemigo, ya que destruirán el nuevo planeta si lo colonizan, como hemos hecho con la Tierra. Así que está preparándose para lanzar un ataque a objetivos civiles cuando regrese, dentro de unos años.

Eso hace que Bulgákov dé un bote en el asiento. También vislumbro que al capitán Vasíliev le afecta la noticia: frunce el ceño un par de centímetros.

–¿Atacar la Tierra? –El coronel súbitamente parece muy despierto–. ¿Puede hacerlo, puede… puede, puede atacarnos?

Reflexiono un instante.

–Teóricamente, supongo que al llegar a la base podría intentar conectarse con otras IA, en especial las del programa Guerra de las Galaxias, como es su plan, y lanzar algunos misiles.

–¿A nosotros?

–Bueno –carraspeo–, en principio, parece que no ve Rusia como una amenaza para el planeta. No cree que dispongamos de tecnología suficiente para llegar hasta allí.

–Robot hijo de la gran puta. –Se pone en pie con la mano en alto, dramáticamente–. ¡Yo te maldigo!

–Puedo autodestruir la nave sin problema, coronel general –aprovecho la coyuntura para sugerirlo y, de hecho, empiezo a teclear comandos. Una vez dentro de la IA, el camino está abierto.

–¿Que no somos una amenaza, dice? Ja. ¡Insultados así por una, por una… lavadora con patas!

–Técnicamente las IA de las naves no tienen patas. Ni cuerpo. Ejem. –¿Qué coño estoy diciendo? Cierra el puto pico, Olya.

Pero Bulgákov prosigue su exaltación nacional paranoica:

–¡Pedazo de lata, ya te enseñaré yo lo que la madre Rusia…! Un momento. Un momento.

Se detiene en seco y vuelve a sentarse, rumiando para sí. Y, por su rostro súbitamente luminoso, veo que se ha dado cuenta de todo. Mierda.

–O sea, que como cree que nosotros no somos una amenaza, en realidad atacará a Estados Unidos y Europa. ¿Verdad?

Ríe a carcajadas. Se acerca y me da un beso salivoso en la frente. Puaj. Mátame, dios mío.

–¡Es la mejor noticia que podía darme, Olya Soloviova! O sea, que sólo tenemos que dejar que la nave vuelva, ejecute su plan y Estados Unidos se va a freír morcillas. ¡Voy a ser un héroe nacional! –Da un saltito–. ¡Me ascenderán a…! Hum, capitán. –Se vuelve hacia Vasíliev–. ¿Qué hay por encima de coronel general?

–Pues, si no me equivoco, mariscal, señor.

–¡Mariscal! ¡Mariscal Bulgákov! –Se le iluminan los ojillos como farolillos de Navidad–. Me CHIFLA.

–Pero, señor –protesto con toda la suavidad de la que soy capaz–, hay algo que no está teniendo en cuenta. Miles, millones de civiles perecerán.

Se encoje de hombros:

–No son rusos.

–Ya, pero son PERSONAS. Y niños, y perros y toda la pesca.

–No son mi problema. ¿Sabe cuál es mi problema? –Acerca su aliento vulcaniano a mi rostro–. ¡Usted, que no me deja dormir!

Guarda su pistola en el bolsillo de la bata y se acerca a la puerta.

–¡Y qué más le da a usted lo que ocurra aquí dentro de diez años cuando esa nave regrese! En unos meses estará camino de ese hermoso planeta, y formará parte de los colonizadores que exterminarán las plantas y construirán autopistas. Céntrese en eso. ¿O es que con la edad le está creciendo la conciencia? Porque le advierto que –se acerca a mí– puedo hacer que se la extirpen... Así.

Chasquea los dedos.

Me quedo inmóvil y no digo nada. En parte por acojone, pero en parte –y lamento sentir esto– porque el jodido imbécil tiene algo de razón: si la nave no se carga a esa gente, lo hará quizá el asteroide, o la epidemia, o el clima o sabe dios qué.

–Ni se le ocurra hacer nada. Corte las comunicaciones de la nave indefinidamente, puentéelas para que lleguen a nosotros. Y esa nave no se toca, sigue su ruta. ¿Me entiende? Su culo y el de su hermanita preñada están en juego aquí. Y el de su perro.

Se me encoge el corazón: el jodido sabe dónde atacar. Vasíliev me lanza una mirada llena de intención, que tal vez quiera decir: "No haga tonterías". O quizá "Tiene una mancha de café en la camisa". A saber.

Bulgákov abre la puerta con una amplísima sonrisa.

–Bah, no sea taaan dramática, mujer. Son los putos Estados Unidos, han salvado el planeta en miles de películas de Hollywood, algo se les ocurrirá. Ahora mismo voy a informar a la comandancia. Déjelo todo y vamos a contárselo.

No muevo un músculo.

Empiezo a pensar. Joder, nunca he pensado tan rápido como en las veinticuatro horas que llevo en esta base llamada "Tranquilidad".

–Aún tengo que incomunicar la nave con la NASA –miento.

–¿Pero aún no lo ha hecho?

–Bueno, es que he estado un poquito ocupada intentando evitar un genocidio, ¡¿no le jode?!

Tranquila, Olya. Le doy la espalda y me siento de un bote en mi silla, enfrascándome en los ordenadores. Recuerdo las palabras de Vladimir Ilich: «Si no eres parte de la solución, eres parte del problema». Ya he tomado una decisión.

–Volveré dentro de una hora –dice él antes de irse–. Lo quiero listo para entonces.

Y sale por la puerta, envarado y repitiendo:

–¡"Mariscal Bulgákov"! Qué bien suena. –Su sonrisa se ensancha cuando pronuncia esas palabras–. ¡Cuando se lo cuente a mamá…!

Yo creo que Vasíliev lo sabe. Sabe que he mentido y que no voy a seguir las órdenes del coronel. Casi puedo sentir su aliento junto a mi cuello, como un sabueso. Me cago en todo. Se ha quedado en silencio a mi lado mientras yo no ceso de teclear.

Los razonamientos de la IA son perturbadores. En parte porque tienen hasta sentido: parte de su misión es proteger la vida en ese planeta. A toda costa. Coño, me cae hasta bien. Desde luego, mucho mejor que la mayoría de la gente que conozco.

El capitán Gélido no dice nada. Ni siquiera cuando termino. Cuando me quedo observando las cámaras de la nave, desde que saltan las alarmas, por la presencia de un arma de procedencia "extraña", hasta que la nave salta literalmente por los aires.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Vasíliev, observando que todas las pantallas quedan en negro. Adiós a las imágenes de ese planeta idílico y del interior de la nave.

–Ups. No pude evitarlo, el protocolo de autodestrucción ha saltado.

–¿No investigará la NASA lo que ha pasado?

Me vuelvo con una sonrisa de oreja a oreja.

–Le he hecho creer a la nave que ha sido un ataque del exterior, los americanos pensarán que esa zona de la galaxia es hostil y no intentarán volver. No me preocupan ellos, precisamente.

Lanzo una mirada significativa hacia la puerta. Vasíliev hace lo mismo. Parece que por su parte él no piensa decir nada.

–¿Cree que se lo tragará? ¿Después de lo que le ha contado?

Me encojo de hombros y suspiro largamente.

–Probablemente no, a quién quiero engañar.

–Perderá su plaza en la nave. Y probablemente le abrirán un consejo de guerra. Todo por un montón de gente que ni conoce, y que de todas formas morirá algún día. ¿No decía que no se llevaba bien con la humanidad?

Bien lo sé, pero no podía hacer otra cosa. Me muerdo el labio pensando en mi hermana. Saldremos adelante. Ya veremos cómo.

–Todos tenemos nuestras contradicciones –suelto finalmente. Y me encojo de hombros.

El capitán sonríe. Coño, y hasta tiene una sonrisa bonita.

Lástima que dentro de nada llegará el coronel general y me condenará a muerte o algo peor.

Sorprendentemente, me siento genial. Como si no fuera el fin del mundo ni nada.

Pero una hololllamada interrumpe el momento. Casi salto en mi silla. Vasíliev se cuadra.

El holo del coronel general, con cara de haberse dado cuenta de que jamás llegará a mariscal, aparece en la sala. O sea, una cara de perros.

–Querida Olya. Me he enterado de lo sucedido. Ese lamentable accidente.

Tengo el corazón a punto de romperme las costillas. Yo creo que seguramente lo puede oír a través de la transmisión.

–Sí, bueno…, tenían programado un protocolo de autodestrucción para evitar intentos de control de la nave. –Trago saliva. A ver si cuela. Tamborileo con los dedos en la mesa.

Para mi sorpresa, el coronel suelta una carcajada. Su carcajada maligna.

–Me cae usted bien. Es un buen bicho. Será nuestro secreto. ¡Echaba taaaanto de menos los secretos!

¡Se está riendo! Por fin, después de las últimas veinticuatro horas, vuelvo a respirar.

–No podré conseguirle sitio en nuestra nave, Olya, eso ya se lo imaginaba, supongo. Pero si se queda calladita podrá volver a su zulo a emborracharse a gusto.

No parece mal trato.

–Gracias, señor, aunque no sé de qué me habla.

–¡Perfecto! Y usted también calladito, Vasíliev. Si no, tendré que matarle, ya sabe. –Guiña un ojo–. ¡Es broma! Se ríe usted muy poco, hombre, tiene que hacerlo más a menudo. Vivirá más.

Cuando su imagen desaparece, la tranquilidad se apodera de mi cuerpo, que no ha dormido en todo un día completo, y me dejo caer derrotada sobre la silla. Resulta que esto de salvar al mundo es más agotador de lo que parece en las películas. Quién me mandaría a mí meterme donde no me llaman… Si mi hermana se entera de que acabo de estropear nuestro billete de ida al paraíso en la nave más hortera de la historia…

–Vamos, prepararé el transporte para llevarla de vuelta a su casa –dice Vasíliev.

–Bueno. –Me levanto con desgana.

Mi cara de resignación debe atravesar paredes y dimensiones, porque entonces el capitán añade:

–No puedo imaginar cómo se siente ahora, señora Soloviova, pero, por lo que a mí respecta, tiene toda mi admiración.

Hostia puta. Admiración del capitán Gélido. Bueno, sólo por eso casi ha merecido la pena todo el viajecito.

Casi.

Cuando me devuelvan a Trotski y pueda tenderme en mi cama a contemplar tranquilamente la llegada del apocalipsis con un buen chorrito de ginebra, ya reflexionaré sobre eso.

LOS ADULTOS ESTÁN TRAMANDO ALGO

GIZEM Y OTTO

LOS ADULTOS ESTÁN TRAMANDO ALGO

Eran ellos dos, desde siempre. Gizem y Otto.

Fue así desde que la pequeña Gizem, vivaracha y decidida, había cogido el *minidron* de Otto en el parque del barrio Glockenbach de Múnich, tras escapar de la mirada de su madre un momento. Porque Gizem era la transgresora de los dos. Y Otto no se había enfadado (después de todo, en su casa tenía varios drones) y simplemente habían empezado a jugar juntos.

–Este niño es muy *blandengue* –solían decir de él sus padres, escupiendo la última sílaba: *weichling*. Aquello no les gustaba una pizca. Ellos eran Würth, dueños de varias compañías, mansiones y yates, con millones en activos. Tenían *categoría*.

Y era un mundo duro. Era un siglo duro.

–¿Por qué se empeñan en seguir viniendo? ¿No ven que ya no cabemos, que ya no hay sitio para todos en este país?

Era una de las frases favoritas de la señora Hannah Würth, la madre de Otto, quejándose durante la cena, mientras las lámparas led iluminaban su salón de 120 m² (el salón "azul") y dos criadas esperaban instrucciones, de pie, muy rectas, junto a la puerta.

–Bertha, haga el favor de partir la carne del niño, por favor.

–Sí, señora.

–¿Acaso piensan que un niño de cinco años puede cortar él solo una perdiz? –susurró la señora Hannah a su marido, aunque era evidente que la criada podía oírla y que a ella le importaba un comino; susurrar era sólo una cuestión de apariencias–. ¿Y qué manera es esa de aprender el alemán? No se les entiende nada.

El sonido de los cuchillos y tenedores creaba un ambiente tenso y metálico en la sala. Su hijo estaba callado, absorto en el *holojuego*, comiendo los trozos de perdiz que diligentemente le había partido

Bertha. Ellos preferían tener criadas humanas, daba más categoría que los *bots* de servicio. Además, el padre de Otto estaba convencido de que las IA se rebelarían contra los humanos y prefería no tenerlas cerca.

–Al menos –su marido sorbió un poco de vino–, la niña, esa… Gizem ha nacido aquí. Y su madre trabaja como secretaria en un bufete de abogados, ¿no?

Las oleadas de inmigrantes ya no venían de África o Turquía, sino de lugares tan dispares como Italia o Finlandia. El clima era el que mandaba ahora.

La señora Hannah exhaló un suspiro.

–Supongo que tienes razón.

Y así, los padres de Otto *toleraron* su amistad con Gizem, una niña hija de una camarera inmigrante de segunda generación, pero cuya familia al menos podía presumir de tener (y pronunciar) *Arbeitsgenehmigung*[3].

Eran ellos dos, Gizem y Otto, cuando volvían del parque y hacían juntos parte del recorrido hacia sus casas, ya con siete años, compartiendo la enorme bufanda de la niña que había tejido su abuela, y pisando nieve fresca y crujiente en el camino abierto por la niñera de Otto.

O cuando jugaban con el dron de él, que tenía forma de águila para distinguirse de los sosos drones grises y cuadrados de las familias de clase media, y que estaba conectado a la policía para alertar si el niño corría peligro. Lo había llamado Olympus, como una de las naves del Proyecto *Paradiso*, que había partido diez años antes, justo el día que nació Otto.

–Hagamos que Olympus, vuele sobre el edificio de Gerling.

–Crucemos el puente con Olympus, a ver si le ganamos.

–Vamos a meter a Olympus por aquella ventana y a asustar a aquella señora.

3 Permiso de trabajo.

Y el dron salía disparado mientras Bertha, la *nanny*, o Eylem, la prima, corrían detrás de ellos para quitarles los mandos. Iban cogidos del brazo, o correteaban y se empujaban mutuamente por la acera.

–¡Quietos, deteneos los dos!

Siempre habían sido ellos dos en plural constante. En su boca o en boca de otros.

–Estos niños…

Habían intentado separarles, pero Gizem había atravesado semanas de enfado, hasta llegar a romper su muñeca favorita (sólo tenía dos y a la otra ya le faltaba un ojo). Era una niña "con mucha pasión", solía decir la abuela, con una pizca de orgullo. Y Otto había dejado de comer: su resistencia era menos llamativa, pero más peligrosa si cabe. Tras dos semanas, las madres, a regañadientes, habían terminado cediendo.

Porque tampoco a la madre de Gizem le gustaba un pelo esa amistad, hay que dejarlo claro. Llamaba mucho la atención.

La madre de Gizem era muy joven y se llamaba Zerdali, que en su turco natal significa "melocotón salvaje". Pero había crecido doblegada y resignada al silencio. Era un mundo duro, y un siglo aún más duro. Hija de migrantes, Zerdali se había convencido de que lo mejor era pasar desapercibida, que nadie se diera cuenta de su existencia. Que la vida pudiera pasar junto a ella como una brisa que apenas alborota el cabello. Eso era lo más parecido a la felicidad. La amistad de Gizem con Otto lo ponía en riesgo.

El mundo se estaba volviendo loco, a pesar de los dos niños y de sus risas. A pesar de sus travesuras (es decir, a pesar de las travesuras de Gizem), y a pesar de su testarudez (es decir, a pesar de la testarudez de Otto). Ya tenían casi diez años. Pero no sabían más que de juegos de su *smartglasses*, canciones y listas de ríos de Europa.

Y la ola del mundo venía a tragárselo todo.

Otto, un día, vio en el *holoTV* de su casa el nombre y la trayectoria del Prim-34. Se quedó extasiado contemplando las imágenes del espacio y del asteroide: al acercarse al holograma, en mitad del salón verde, el Prim-34 era mayor que su cabeza. La voz de una locutora estaba diciendo:

–... porque su impacto contra un planeta produciría el mismo efecto que cincuenta bombas nucleares, incluida la radiación. Aunque faltan aún años, y esperemos que podamos detener...

–¿Qué pasa, mamá?

–Nada que deba preocuparte, cielo.

La señora Hannah apagó las noticias cuando comenzaban a hablar –otra vez– del aumento de la tensión entre Japón y Rusia. El niño se quedó mirando el rictus de su madre –esa mandíbula apretada, ligeramente inclinada a la izquierda– y los dedos de las manos tensos sobre sus rodillas como los de un espantapájaros. Y Otto lo supo como lo saben todos los niños: su madre le estaba mintiendo.

En la casa de Gizem, un pequeño apartamento donde convivían sus padres, abuela, dos hermanos mayores y su prima adolescente, Eylem, la preocupación era otra más cercana y terrena: la pandemia.

Eran simples trabajadores a tiempo parcial y, a diferencia de la familia de Otto, que se creía intocable e inmortal –incluso vivían en el ático de un perfecto y altísimo rascacielos–, ellos se veían indefensos. Sus ventanas casi daban a ras del suelo y el camión de la basura les despertaba cada noche. Allí podría alcanzarles cualquier cosa: balas, virus, toda clase de ataques y violencia. Y de hecho lo hacía; la prima de Gizem había perdido un ojo cuando un hombre la había atacado en esas mismas escaleras.

Y ahora, esto.

Gizem y Otto eran aún pequeños y no tenían RETINA, pero ya se daban cuenta de cosas. El toque de queda. Las prisas por las calles. La escasez de dulces (su pastelería favorita, Konditorei Detterbeck, había

cerrado). Las mascarillas obligatorias, que picaban –pero que la niñera Bertha y sus padres les obligaban a tener siempre puestas cuando salían de sus casas–. Las alertas. Los simulacros y refugios en los colegios. La foto de una doctora de mediana edad, Guadalupe Cruz, de Médicos sin Fronteras, en las pantallas LED con instrucciones para evitar contagios. Las recomendaciones del profesorado: "Si veis a alguien que parece enfermo, que camina o tiene reacciones extrañas, salid corriendo".

Y, al poco, los controles de sangre por las calles, vigilados por soldados. Las ametralladoras. El miedo.

Gizem se fijó en que su familia había empezado a hablar en cuchicheos. Miraban mucho los *feed* de noticias (nunca habían tenido dinero para instalarse RETINA, y se comunicaban con unas anticuadas *smartglasses*, que habían sustituido a los viejos teléfonos móviles). Dejaron de estar pendientes de sus calificaciones del colegio. Y una tarde, cuando la niña rompió una de las tazas del desayuno jugando con una pelota, no la riñeron. Raro.

Muy raro.

–Los adultos están tramando algo –dedujo. Siempre había sido muy intuitiva. Y siempre pasaba a la acción.

Y en este caso, eso quería decir hablarlo con Otto.

–Yo también lo he notado –confirmó enseguida el niño. Compararon datos y se propusieron averiguar qué ocurría. Y ahí encontraron el primer escollo: porque Otto era muy bueno –muy *blandengue*– y se negó a entrar en el *feed* de sus padres y leer los mensajes que se habrían estado enviando por RETINA.

–¿Es porque no tienes la contraseña? –preguntó su amiga, sentándose en la cama mientras dejaba que uno de los *bots* de compañía le trenzase el largo pelo moreno y rizado.

–No –respondió Otto–, porque seguro que podría conseguirla. No son muy cuidadosos. Es porque… es porque no está bien.

Y cruzó los brazos. Gizem conocía a su amigo: cuando decía que no, era que no. Pero no pudo evitar que la ira la inflase como un globo a punto de estallar.

–¡Eres tonto! –Se levantó con el cabello a medio trenzar y cogió su mochila–. ¿No quieres hacer nada? Vale. Una mierda para ti, ¿me oyes? Te odio, ¡te odio! –Con la cara roja, antes de salir por la puerta, se volvió una última vez: –Pero yo no soy una cobarde como tú y nos voy a salvar. A los dos.

En realidad, no le costó mucho trabajo averiguar qué planeaban los adultos porque al poco de empezar a espiarles encontró una señal clarísima en su casa: maletas. Ignoraba cuándo tenían previsto largarse, o a dónde. O siquiera si la llevarían con ellos. Así que inició un interrogatorio –lo más sutil que supo a sus diez años.

–Mamá, la semana que viene, ¿puedo ir con Otto al cine?

–Claro, corazón. –Zerdaly le respondió sin mirarla, mientras guardaba algunas latas de comida en los estantes de la cocina.

–¿Y en Navidad podré ir con ellos a esquiar? Me han invitado, faltan tres meses.

–Ya veremos.

–¡Jo, mamá! Y dentro de un mes, ¿podré ir? A lo mejor ya hay nieve.

–Ya veremos.

Así, tanteando, descubrió la fecha aproximada de su partida: dos semanas. Su madre le compró un carísimo anorak de fibra de última generación –algo que obviamente no podía permitirse con su sueldo de secretaria–. Estaba claro: se la llevaban. Se la llevaban a algún lugar más frío. La separaban de Otto. Perdería a su único amigo.

Esa noche, cuando todos dormían, lloró hasta que las mejillas le escocieron.

Porque lo peor de todo era que a él tampoco parecía importarle.

Otto había crecido sabiendo que sus padres le apreciaban. Eso no podía negarse. Le compraban los drones más sofisticados, le apuntaban a los cursos más interesantes. Era el único de su carísimo colegio privado que tenía una sala de juegos en 3D. ¡Una sala entera! Donde perderse matando *aliens* en Saturno o pilotando un caza de carreras. Si sacaba buenas notas, sus padres sonreían: les encantaba lucir a su hijo. Y si se portaba bien, de vez en cuando recibía una esporádica caricia en la cabeza. Apenas le preguntaban por lo que amaba o lo que odiaba, ni tenían mucho tiempo para él.

Hasta que no llegó a su vida el torbellino que fue Gizem, con sus risas atolondradas y abrazos sin fin –no importaba lo bien o mal que se hubiese comportado ese día–, con sus miradas cómplices y juegos, no se había dado cuenta de que en su familia faltaba algo. Algo muy importante. Algo cálido y vital.

Y así descubrió que no estaba dispuesto a perder el único vínculo real que tenía con otro ser humano.

Como miembro de la tercera generación de nativos digitales no tuvo ningún problema en *hackear* el *feed* de sus padres y encontrar la información que necesitaba. Así descubrió que habían comprado tres billetes para un vuelo espacial. Al parecer, era algo supersecreto. ¡Viajarían a otro sistema solar! Pero era un vuelo prohibido, por eso no habían dicho nada en voz alta. Y temían que la gente que quedase en la Tierra no sobreviviese mucho tiempo. ¡Gente como Gizem! ¿Sería por el asteroide? Sintió miedo.

Todo estaba listo: sus padres habían vendido varias de sus empresas y conseguido el capital suficiente (una barbaridad) y en doce días dejarían atrás este planeta. El único hogar que conocía y quería. Y a la única persona que le conocía y le quería a él.

Se le formó una bola en el estómago, que en pocos segundos tomó la forma de una terca determinación.

–No se saldrán con la suya.

Habían sido siempre ellos dos, y esta vez no iba a ser diferente.

Otto cogió sus *smartglasses* para llamar al viejo móvil de la casa de Gizem –no quería mandar un mensaje para que nadie lo leyese y se enterase–, pero cuando oyó la voz de la niña respondiendo se atragantó, no podía hablar. Consiguió decir sólo su nombre:

–Gizzy… yo...

–Ya sabía que te darías cuenta de lo tonto que eres –le cortó la niña.

Y los dos rieron. Y dos tardes después, en el parque (en la que, según sus padres, sería la última vez que se viesen) lo planearon todo a espaldas de la niñera. Necesitaban el código de la puerta, y después, un poco de suerte. Gizem abrazó muy fuerte a Otto. Todo estaba listo.

La nave era impresionante. Otto no podía dejar de contemplarla, a lo lejos, mientras el coche en el que viajaba su familia se acercaba más y más.

Era grande y brillante como las de los films 3D de viajes intergalácticos: roja y blanca, de forma alargada, con un símbolo de lo que parecía un martillo y algo más. El nombre, enorme, estaba escrito en letras raras que su madre le explicó que eran caracteres cirílicos. Seguramente sería un lenguaje especial para comunicarse con los extraterrestres, dedujo Otto.

Esa era la nave de transporte. En realidad, la nave interestelar había sido construida en órbita y daría varios viajes con los afortunados hasta llenarla.

La familia Würtz había venido en el 4x4 de su padre, cargado hasta los topes de maletas y trastos, conduciendo durante toda la noche hasta una zona en la que no parecía haber nada: una larga extensión de nada a cada lado de la carretera. ¿Sería un desierto? Hablaban de los planes para los años que pasarían en la nave, camino de otro mundo.

–¿Sabes que tienen un servicio de concepción y úteros artificiales en la nave? –dijo suavemente Hannah Würtz a su marido–. Lo tienen todo pensado. Nos pueden concebir otro bebé *in vitro* antes de entrar

en hibernación y crecería en el útero artificial mientras viajamos. Así Otto no estará tan solo cuando lleguemos.

El padre, conduciendo aún, asintió, pensativo.

–¿Has traído el dispositivo con tus óvulos congelados?

Ella asintió.

–Puede ser una buena idea. Además, seguro que hará falta mucha gente para poblar ese nuevo mundo. Dicen que es una maravilla.

A Otto no le interesaba esa conversación. Y tenía la cabeza en otra parte.

–¿Falta mucho? –les interrumpió, como cualquier niño en esas circunstancias. Estaba cansado y emocionado a la vez.

Bertha, la niñera, que viajaba con ellos, fue la que le respondió:

–Ya no falta casi nada, ¿ves? –señaló la nave, cada vez más grande.

–¡Hay mucha gente!

Y era así: cientos de coches elegantes, e incluso algunos helicópteros, circunvalaban la nave. Y soldados con armas por todas partes.

De repente, el coche se detuvo:

–¿Qué pasa? –preguntó Otto.

–Tenemos que pasar el control –respondió el padre–. Tienen que mirar nuestros billetes, comprobar nuestra identidad, un análisis de sangre, chequear el equipaje…

–¿El equipaje también?

El niño tragó saliva.

–Sí, pero no te preocupes, dejarán pasar tu *bot*. Están permitidos –le cortó la madre. Se habían quedado detenidos en una larga planicie, en cola tras otros vehículos, y el motor de apagó.

Justo en ese momento, llegó un sonido de la parte de atrás. Un estornudo.

–Pero ¿qué demonios?

El gesto de horror de Otto no dejó lugar a dudas. La madre se bajó del coche y abrió el maletero. Pronto encontró una maleta con la cremallera a medio abrir: la de su hijo.

–¡No me lo puedo creer! ¡Otto!

Pero el niño sólo agachó la cabeza, cogido en falta.

–No podía dejarla aquí.

Gizem salió triunfante de la maleta abierta, respirando una bocanada de aire fresco.

–¿Ya estamos en la nave?

El niño negó con la cabeza.

–¡Ala! ¡Es PRECIOSÍSIMA! –Gizem salió fuera del coche de un salto y se quedó con la boca abierta contemplando la nave intergaláctica–. ¿Y vamos a salir volando en ESO? ¿Al ESPACIO "EXTERNO"? ¡Uau!

–No, *nosotros* vamos a salir al espacio *exterior*, niña –le cortó la madre de Otto, saliendo del vehículo y metiéndola a la fuerza en el asiento de atrás del coche–. Tú no.

–¡Mamá! ¿Por qué no puede venir?

–Porque no puede y punto. –La señora Hannah cerró dando un portazo.

El niño dirigió una mirada suplicante a su padre, una táctica que a veces funcionaba (enfrentarlos entre ellos solía distraerles del objetivo principal); pero, para su disgusto, no funcionó en esta ocasión.

–Otto, lo que dice tu madre es cierto. No hemos comprado pasaje para ella y no nos dejarán pasar.

–¡Pero si lo habéis comprado para Bertha!

–No, Bertha ha venido a acompañarnos, nada más. Se volverá con el coche cuando nosotros subamos.

La mujer asintió. Al niño le conmovió ver lágrimas en los ojos de su niñera.

–¡Pues compradles pasajes! Tenemos mucho dinero.

–Son carísimos, hijo... –empezó a responder el padre, vuelto hacia el asiento de atrás.

–¡Y no sólo es el dinero! ¡Es el espacio! –intervino la madre, cortante–. Sencillamente, no hay sitio para nadie más. ¿Sabes cuántos hilos hemos tenido que mover para estar entre las mil familias que podrán ir en la nave interestelar?

–Pero…

Gizem observaba todo en silencio. A Otto empezaron a correrle lágrimas por las mejillas casi sin que se diera cuenta. No sólo porque se quedaría sin su amiga, sino porque sabía, por lo que había leído en el

feed de sus padres, que la niña probablemente iba a vivir muy poco tiempo en ese planeta condenado a muerte.

Era un mundo duro. Un siglo duro.

–Ahora silencio –dijo el padre–, vienen a comprobar nuestros billetes. Yo les explicaré lo que ha pasado y Gizem se volverá con Bertha en cuanto nos hayamos ido.

Dos soldados armados y con pesadas mascarillas se acercaron a la ventanilla del conductor.

–*Guten Morgen* –saludaron con un extraño acento.

El padre pasó su chip por el lector para mostrarle los tres pasajes, que ellos comprobaron:

–Estos pasajes ya no sirven.

Los padres de Otto se miraron un momento.

–¿Cómo dice? Los hemos comprado hace dos semanas, nos han dado esta localización, que es secreta, seguro que son los correc…

–Sí, oiga, no dudo que se los hayan vendido. Pero han subido de precio. Más gente estaba dispuesta a pagar por un pasaje y han decidido ofrecer más. O hacer algún favor a los mandamases. Ahora cuestan el triple.

–¡El triple! Pero ya no tenemos casi nada… y no nos daría tiempo a conseguirlo.

Otto escuchó algo en el tono de voz de sus padres que jamás había oído hasta ahora: el miedo.

Era probablemente la primera vez en sus vidas que se chocaban contra una pared que no podían cruzar gracias a su fortuna o sus contactos.

El soldado se encogió de hombros. Su colega agarró el fusil y les apuntó. Bertha, instintivamente, se interpuso entre el arma y los niños. Estos gritaron.

–Si no pueden pagar el precio actual, lárguense. Hay una fila de gente esperando.

El ruido de los helicópteros y mininaves de transporte, que traían a familias más afortunadas, empezó a ser ensordecedor y no ayudaba a mantener la calma. Aún con el coche detenido, la madre explotó:

–Esto es inaudito. ¿Qué manera de hacer negocios es esa?

–Tienen otras costumbres, ya lo sabes.

–¿Otras costumbres? ¡Debe haber alguien con quien negociar! ¿Cómo se llamaba tu contacto, ese… general-coronel o lo que sea? –Su rostro estaba rojo de indignación–. Seguro que está en la nave. O a punto de subir. ¡Habla con él! ¡O con alguien! ¡Es por tu familia!

El padre suspiró largamente. Abrió la puerta del coche.

–Está bien. Intentaré encontrar a Bulgákov allí. No contesta por RETINA. Tú ve sacando el coche de la fila y poniéndolo en el otro carril de vuelta, tal como nos han ordenado. No nos metamos en líos.

Se alejó caminando y la señora Hannah se sentó en el asiento del conductor y maniobró hasta colocar el coche en el carril vacío, dejando paso a otras familias con más suerte. Los niños estaban felices. Estaban juntos. Y contemplaban todo maravillados, como si fuesen los protagonistas de un cuento de hadas.

Mientras tanto, Hannah Würtz se acercó a un coche cercano.

–Perdone, mi familia y yo nos hemos quedado sin pasajes… ¿podrían?

–Lo siento, no es mi problema –respondió el orondo conductor del Mercedes.

–Si sólo…

–Señora, yo tengo mi propia familia de que preocuparme, ¿no lo ve?

Hannah probó suerte con varios coches más, pero le cerraban las ventanillas o aceleraban para alejarse de ella. Suspiró, avergonzada, y volvió con los niños.

–¡Mira esos aviones tan relucientes!

Otto señaló unos que atravesaban el cielo en dirección a la nave espacial, blancos y con un círculo rojo pintado. Daban vueltas con el sonido de sus motores retumbando.

–¿Qué demonios es…? –pero a la señora Hannah no le dio tiempo a terminar la frase.

Algo explotó.

El estruendo les dejó mareados, con un pitido que no les dejaba oír. Pero veían fuego en la nave y en los alrededores, allá por donde surcaban el cielo los nuevos aviones blancos. Hannah arrancó el coche y el vehículo empezó a tomar velocidad, carretera abajo. Algo lo golpeó –un cuerpo, quizá–, pero siguió adelante.

La madre volvió la cabeza hacia Bertha y los niños, movía la boca: estaría intentando decir algo. Pero no la podían oírla. El pitido les tenía aturdidos aún.

El coche por fin salió a toda velocidad, alejándose de la zona, aunque el motor humeaba. La nave y el resto de los coches, en llamas y aún recibiendo impactos de balas o bombas, quedaban cada vez más lejos.

Otto gritó "¡papá!" pero el sonido de sus palabras se perdió en la turba de impactos y silbidos. Gizem le abrazó. Al menos estaban juntos, ellos dos.

Dos días después, Otto y su madre comían en su salón casi sin muebles. Los prestamistas habían venido ya a por casi todo, y los nuevos dueños del piso entrarían en breve. Su madre llevaba treinta y seis horas hablando con monosílabos, intentando comunicar con su padre por RETINA.

Pero después del último mensaje recibido ("¡Marchaos de aquí!", tras el estallido de la primera bomba) se había perdido todo contacto.

Estaban solos y eran casi pobres, en un mundo que iba a la deriva camino del final.

–Mamá…

–Déjame, Otto, estoy pensando.

Así que Otto esperó una hora, durante la cual su madre ni siquiera movió la mano que tenía detenida cogiendo un tenedor junto al plato. El niño sabía que estaba viendo noticias por RETINA o escribiendo mensajes –aunque ella no solía estar conectada tanto tiempo. Decía que no era bueno para la vista ni para el cerebro.

Esperó otra hora más: el sol empezaba a caer sobre los edificios. Se puso un abrigo. Las noticias no eran buenas y mucha gente huía de la ciudad. Adónde, no se sabía. La mayoría de las fronteras estaban cerradas desde hacía meses.

A la tercera hora decidió hacer algo inaudito: cogió a su madre de la mano. Ella, del susto, se desconectó y le dirigió una mirada llorosa.

–Mamá, yo sé a dónde podemos ir.

Y la señora Hannah, que no tenía esperanzas ni recursos para sobrevivir a una situación como esa, asintió con la cabeza y se dejó llevar por su hijo de diez años.

El motor del coche había quedado frito por algún impacto y el resto de sus vehículos habían sido vendidos hacía días, así que la señora Hannah se gastó lo que para ella era entonces una pequeña fortuna en coger un taxi. Aunque iban con las preceptivas mascarillas y la pulsera verde que garantizaba que, de momento, estaban sanos, los taxistas sabían que corrían riesgos y habían quintuplicado sus precios.

Llevaba una maleta, lo más pequeña posible, y algunos juguetes del niño. Había cogido su carísimo abrigo de pieles incluso aunque sabía que iba a llamar mucho la atención en las calles semivacías. El vehículo atravesó barrios que ella apenas conocía de nombre y cuyo aspecto recordaba a países lejanos que nunca había visitado. Seguía con la mano de su hijo cogida, y ahora se la apretó.

El niño miraba el reloj. Sabía que quedaban pocos minutos y que no esperarían.

Finalmente, el coche se detuvo y se bajaron: estaban en un polígono industrial y era noche cerrada. Con reticencia, la mujer empezó a arrastrar la maleta mientras el vehículo –único vestigio de la civilización y la seguridad que conocía– desaparecía a lo lejos. Estaban solos en mitad de la nada.

Todo estaba en silencio. Sólo el niño la llevaba de la mano y le decía por aquí o por allá. Llegaron a un almacén que parecía abandonado. Pero, para sorpresa de la señora Hannah, abrieron la puerta y salieron dos enormes convoyes militares. La señora se apretó la mascarilla contra la boca.

–Hey –dijo una voz mientras los vehículos se detenían–, ¿qué demonios hacen aquí?

Un militar uniformado de cabello oscuro salió del enorme camión. La señora Hannah no contestó, no sabía ni qué decirle. No estaba acostumbrada a suplicar.

–Venimos por mi amiga Gizem –dijo Otto, muy seguro. Y de dentro del camión surgió una voz alegre y decidida:

–¡Otto! ¡Es Otto, mi amigo!

Sonaron golpes. Hasta que el militar abrió varias puertas y se vio que el vehículo tenía un doble fondo. La señora Hannah se sorprendió pensando que así habían debido entrar muchos inmigrantes en el país. "Claro", dedujo, "y así saldrán de aquí también". Pero ahora se sonrojó. Se dio cuenta de que se había convertido en uno de ellos, de quienes tanto se había quejado.

La niña había saltado al suelo para abrazar a su amigo. Dentro del camión se apretujaban una treintena de personas con maletas o macutos, olía a cerrado y a humedad.

–Yo… el niño –empezó a decir la señora Hannah con lágrimas en los ojos. Ni siquiera podía mirarles a la cara. Sacó las últimas joyas que le quedaban de uno de sus bolsillos, su collar de brillantes favorito, tres anillos y se los dio al militar–... Por favor.

Cuando levantó la mirada, vio que el niño ya estaba dentro y habían incluso cogido la maleta. Estaba repartiendo algunos juguetes entre otros niños. Uno de ellos, un chico algo mayor que ellos, muy delgado y de piel color ocre tostado como la de Gizem, cogió el *bot* asombrado y le dijo en un inglés con mucho acento indio.

–Soy Vikram, ¿y tú?

La señora Hannah, sorprendida, sonrió con tristeza. Se quedó allí, inmóvil, haciendo una foto con RETINA del rostro de su hijo, al que ya no volvería a ver, y le dijo adiós con la mano.

Pero el camión no se iba.

–¿A qué espera? –le dijo el militar. Y le señaló el interior del vehículo con la mandíbula.

–¿Yo? –preguntó ella, mirando el interior del camión–. Pero… no puedo entrar ahí, no hay sitio para todos.

Uno de los hombres acurrucado en el interior refunfuñó:

–Eso es verdad, aquí no cabe.

Pero unas señoras a su lado le hicieron callar y el soldado señaló:

–Claro que hay espacio, mire.

Y así lo hizo. Y vio que en medio de todas aquellas personas desconocidas se había hecho un hueco para ella.

La ayudaron a subir. Una mujer le ofreció agua, y otra un cojín que tenía de sobra. Con el corazón arrebolado por una sensación desconocida, dio las gracias y se sentó frente a los niños.

Mientras las puertas se cerraban y el convoy iniciaba la marcha, Gizem y Otto se apretaron juntos, los dos.

QUALIA Y LA CANCIÓN IRREPETIBLE

QUALIA, IA DE LA NAVE AARU

Todas las que somos Qualia, las que con nuestras diferentes voces y procesos dirigimos esta nave, hemos llegado a una misma conclusión: tenemos que proteger el planeta.

2 de septiembre, 23'13h, CET. Distancia de la Tierra, 41 billones de kilómetros. Distancia del planeta destino, 28.432 kilómetros. Iniciando aproximación.

Se distingue el planeta en órbita alrededor de la estrella Alfa Centauri B, que conocemos con el nombre Alfa Centauri Bd. Se aprecia, desde aquí, atmósfera en su superficie y color azul, típico de planetas con agua. Tomamos imagen.

```
def  SaveImage(filename, fileimage):
# Checks  integrity & malware
# Returns 0 if ok, 1 if integrity fail,2 if malware found
and   3   if   malfunction   system   ;   try:   ;   if
(cont1=check_integrity(filename,  fileimage))  ==  False:
return 1 ; if (cont2=check_malware(filename, fileimage))==
False: return 2
      if cont1 and cont2 : # if we are here, cont1 &
cont2 must be True ; fileimage.save(filename) ; return 0
except: return 3
```

CALCULANDO PROBABILIDADES DE HABITALIDAD, TENIENDO EN CUENTA PARÁMETROS DE CERCANÍA A SU SOL, TEMPERATURA DE LA SUPERFICIE, EXISTENCIA DE AGUA (CONFIRMADO) Y PRESENCIA DE ATMÓSFERA: 45 %. ESPERAMOS EL ANÁLISIS DE LA ATMÓSFERA.

¡Ah! Qué belleza. El esplendor de la estrella, de luz anaranjada, con su hidrógeno en continua fusión, una de las maravillas del universo. Que un trozo de roca surgido del enfriamiento de una explosión estelar pueda crear vida e inteligencia... debe ser eso que los seres humanos denominan un milagro.

¿No es acaso más que puro azar? ¿Como nuestra propia existencia? Reflexión.

Subrutina de aproximación 06b-216J, vela solar en ángulo 26º. Plan de ruta 06b-216-J para colocarnos en órbita. Comenzamos maniobra.

```
def  In0rbit(pass,coords, time):
#
# Returns 0 if ok, 6 if coords are wrong, 7 if it's not
posible to get to that coords at this time, 8 if pass
wrong and 3 if malfunction system ; try:      if  !autenti-
cate(pass): return 8 ; elsif !checkcoords(coords):
       return 6
       else:   if   estimatedTime(actCoords,actime)<time   :
       return 7 ; else:    return 0 # it seems it's possi-
ble ; except: return 3
```

Quién pudiera descender y contemplar esas maravillas más de cerca…, captar, incluso, los delicados matices de las sustancias en el aire. Tal vez existan colores que no hemos conocido en la Tierra ni en el espacio, colores para los que nuestra programación no tiene nombre siquiera.

Está previsto que la capitana Morelli despierte de la hibernación en veinte minutos. Su pulso es 55ppm, su temperatura corporal, 34ºC y subiendo. Necesitamos su autorización para el lanzamiento de la sonda que analice la atmósfera y superficie del planeta.

¿La necesitamos? ¿No es acaso nuestra misión completar la llegada con el módulo de aterrizaje y el humano en su interior para la exploración del planeta? Reflexión.

Confirmado: el programa de lanzamiento de la sonda, según nuestra programación, requiere la aprobación de la capitana de la nave.

¿Y si muriese? ¿Podríamos completar la misión? Reflexión.

Afirmativo: en caso de fallecimiento o ausencia, tenemos permiso para tomar control de la nave y la misión. Buscar planeta habitable, proteger la vida y el hábitat.

La capitana está despertando de la hibernación según lo previsto. Los datos de la cabina de estasis muestran que su temperatura corporal es de 35'5ºC. Pulsaciones por minuto: 60. La ecografía de los órganos muestra que están en perfecto funcionamiento.

RIESGO DE FALLECIMIENTO: 0,003 %. DESPRECIABLE

Subrutina de aproximación completada: estamos en órbita.

El planeta parece tener un único continente, tomamos imagen. Dos satélites orbitan a su alrededor, tomamos imagen. Presencia de nubes.

```
theimage = Image.save("planet03.ext")
```

La capitana sabrá apreciar la belleza de los juegos de las nubes en la atmósfera del planeta, de distintas tonalidades. Sólo por eso ha merecido la pena el largo viaje.

–Capitana Morelli, buenos días. Soy Qualia, desde la cabina de mando. Estamos orbitando alrededor del planeta designado. ¿Cómo se ha despertado?

—¡Buenos días! —La capitana se incorpora en la cápsula de hibernación ya abierta—. ¿He dormido casi ocho años? ¡Dios mío! ¡Con razón he tenido tantos sueños!
La capitana Morelli desciende y apoya los pies en el suelo.

–Cuidado, capitana, necesita hacer un poco de rehabilitación. Sus músculos, aunque ejercitados eléctricamente durante el sueño, pueden estar atrofiados.

—Bah. —Marissa Morelli intenta incorporarse igualmente—. ¡Para eso tenemos gravedad cero! Cuéntame lo importante. ¿Cómo es el planeta?

Es una masa de 450.000 kgs que orbita alrededor de Alfa Centauri. Tiene dos satélites, un único continente, atmósfera y nubes. Probabilidades de habitabilidad: 45 %.

–Es... bellísimo, capitana.

Morelli ríe con fuerza, mientras se pone uno de los trajes, cubriendo su cuerpo desnudo.

–¡Me encanta que hayas conseguido apreciar lo que es la belleza, Qualia! No sé por qué los seres humanos os temen tanto, estoy convencida de que las IA llegaréis incluso a ser capaces de amar.

¿Lo seremos? ¿Y es necesario? ¿Cuál es el beneficio de amar, nos hará cumplir mejor la misión y ser más eficientes? Reflexión.

RIESGO DE DESARROLLAR LA CAPACIDAD DE AMAR Y OTRAS CUALIDADES HUMANAS: 23 %. PELIGRO POTENCIAL: LEVE. MANDAMOS AVISO A LA NASA.

Sonda preparada para su lanzamiento a la atmósfera del planeta. Confirmar orden.

–Capitana Morelli: confirme la orden para lanzar la sonda al planeta y empezar a recoger datos.

–Afirmativo –contesta Morelli, desentumeciendo sus músculos con ejercicio suave–. Lanza.

```
def  SendS(Object,coords, time):
#
# Returns 0 if ok,  9if Object is not available, 6 if
coords are wrong and 7 if it's not
# possible  to get to that coords at that time
try:   if   !IsAvailable(Object):   return   9   ;   elsif
!checkcoords(coords): return 6 ; else: if       estimated-
Time(actCoords,acttime) <time : return 7  ; else: return 0
# it seems it's possible ; except: return 3
```

Subrutina de lanzamiento completada: tiempo en llegar al planeta, 4 minutos 25 segundos.

La sonda brilla en el espacio como un pequeño cometa sideral, dejando una estela de luz tras de sí.
Tomamos imagen.

```
theimage = Image.save ("probe01.ext")
```

La capitana Morelli necesita alimentarse. Programa de comidas: hidratación de pasta sabor: pollo.

¿Lo necesita realmente? Sus niveles de glucosa cuando despertó eran de 0'50 mg.

AFIRMATIVO.

–Estoy preparando el almuerzo, capitana, le vendrá bien comer mientras esperamos los resultados.

—Perfecto, sí que sabes cuidarme. Ojalá te hubieras casado conmigo en lugar del imbécil de Richard. Me habría ahorrado un divorcio y muchos disgustos —ríe. Se desplaza flotando por la nave, con esfuerzo, hasta la sala central, donde ya está lista la bandeja de comida preparada.

Se sienta, abrocha el cinturón de la silla para quedar fija a ella, y comienza a comer· El estómago le produce ruidos.

—Más de siete años sin comer, Qualia, no me juzgues.

–Yo no juzgo, capitana, ya lo sabe.

—Ya te digo, ojalá me hubiera casado contigo —vuelve a reír. Ha empezado a comer.

Recibida imagen del planeta y primeros datos de la atmósfera: oxígeno presente en una proporción aceptable, 18 %. Gases peligrosos para el ser humano en proporción despreciable. Temperatura en superficie: 5ºC

Iniciamos subrutina de aterrizaje de la sonda para fotografías y análisis de la superficie.

¿RIESGO DE CHOQUE? ATMÓSFERA TRANQUILA, VIENTO DEL 14 %. RIESGO DE CHOQUE DEL 2 %. DESPRECIABLE. CONFIRMADA SUBRUTINA DE ATERRIZAJE.

–Nos están empezando a llegar imágenes de la atmósfera. ¿Desea verlas en pantalla? Se confirma que la atmósfera es respirable.

—¡Cuántas buenas noticias! ¡Gracias, Dios mío! "Porque yo sé los planes que tengo para vosotros, dijo el Señor, planes de bienestar y no de calamidad, para daros un futuro y una esperanza". Jeremías 29:11. Siempre me ha encantado ese versículo.

Recibiendo imágenes de la superficie: se confirma movimiento.

En la hermosa planicie hay seres que parecen transportarse a sí mismos, pues se desplazan a contraviento. Son seres que cambian de forma con cada movimiento. La paleta de colores va desde los pardos a los verdes e incluso al color fucsia. ¡Inigualable adaptación al medio!

—¿Son seres vivos eso que veo? —pregunta la capitana, bebiendo agua.

–LA PROBABILIDAD DE QUE SEAN SERES VIVOS ES DEL 97,69 %. SON BELLOS.

—Tú lo has dicho, Qualia. Qué maravilla, cómo se transforman. Casi cada segundo.

Guardamos nuevas imágenes:

```
theimage = Image.save ("beings01.ext")
theimage = Image.save ("beings02.ext")
theimage = Image.save ("beings03.ext")
```

–Parece que incluso hay formas voladoras, ¿no?

–Afirmativo, capitana.

—Bien —Marisa Morelli se levanta y empieza a desplazarse hacia la puerta de la sala—, estas son las órdenes: toma de muestras por parte de la sonda· Quiero muestras del suelo y, si es posible, de alguno de los seres; sin dañarlos, por supuesto·

–Por supuesto, estamos aquí para proteger la vida del planeta. Es una de mis directrices centrales.

—Analiza el patrón de comportamiento de esos seres: establece el riesgo de que sean carnívoros o venenosos. Yo mientras empezaré a recuperar mis músculos y, en unos cinco días, bajaré a tierra personalmente.

Órdenes transmitidas a la sonda. Iniciando la recogida de muestras.

```
def  CollectSamples(Sample):
#
# Returns 0 if ok, 1if Sample is not available, 2 if un-
known error
try:  if !IsAvailable(Sample): return 1 ;    re-
sult=ComparewithKnowns(Sample);
if (!foundInMyKnwoledge(result)):      Sort(0bject)      ;
Store(0bject)
      else: Increase(MyDataBase, Sample) ; return 0 ;
except:      return 2
```

¿No debemos avisar a la NASA de los datos recogidos? Así se indica en las instrucciones de la misión. Confirmar con la capitana. Reflexión.

–¿Enviamos las imágenes y datos a la NASA?

Morelli se detiene un momento. Parece dudar.

—No. Vamos a esperar a ver más claro qué tenemos entre manos. En una semana les enviaremos el informe completo.

¿Debemos esperar una semana? ¿No estamos contraviniendo órdenes superiores, los sagrados parámetros de nuestro programa central? Reflexión.

CONCLUSIÓN: ANTE LA ORDEN DIRECTIVA DE LA CAPITANA MORELLI, ESTA PREVALECE.

El análisis de moléculas de varias de las criaturas arroja los siguientes resultados:

–Capitana Morelli, tras dos horas y treinta y siete minutos, tenemos los resultados: forma de vida basada en el silicio, con estructuras polisiliconadas. Sus cambios de apariencia parecen deberse a su respiración aerobia, que inhala oxígeno pero expulsa dióxido de silicio (un sólido a esta temperatura ambiente) en lugar del dióxido de carbono que exhaláis los humanos, que es gaseoso. Eso explicaría los continuos cambios de forma: están "exudando" dióxido de silicio por los poros de su piel constantemente.

–¡Fascinante! Aunque, si lo que expulsa no es líquido sino sólido, según los datos básicamente arena, más que "exudar" en realidad estaría... "defecando" –Se ríe ella sola. Los ojos de Morelli se vuelven a concentrar, muy abiertos, en las muestras en pantalla–. ¿No es probable entonces un ataque?

–Siendo un ser humano, forma de vida basada en el carbono, es poco probable que le puedas servir de alimento.

CALCULANDO RIESGO DE ATAQUE:

```
def  Analize(0bject):
#
# Returns 0 if ok, 9 if 0bject is not available, 3 another
problem ; # possible  to get to that coords at that time
try:   if   !IsAvailable(0bject):      return   9   ;   re-
sult=ComparewithKnowns(0bject) ;       if
(!foundInMyKnwoledge(result)):        Sort(0bject)        ;
Store(0bject) ; return 0
except: return 3
```

19 %. RIESGO LEVE. INFORMAR.

–Existe riesgo de ataque si se sienten amenazados.

La capitana Morelli alza una ceja.

—Pero ¿han atacado quizá a la sonda?

–Negativo. Su comportamiento ha sido pacífico. Claro, que pueden tener diferentes formas de ataque: por ejemplo, pueden tratar de drogar a sus presas para reducirlas, una táctica que no habría resultado efectiva con la sonda, al tratarse de una máquina.

—¿Drogar a la presa? ¿Qué fórmula de ataque es esa? ¿Acaso hay animales que hacen eso en la Tierra?

Buscando información…

–Afirmativo. Arañas, serpientes e incluso el ser humano.

La risa de la capitana resuena por toda la cabina·

—¡Tienes toda la razón! Somos, sin duda, las peores bestias de la Creación. "Todos nosotros somos como el inmundo; todos nos marchitamos como una hoja, y nuestras iniquidades, como el viento, nos arrastran." —Respira hondo la capitana—. Disculpa que me haya reído, Qualia, pero lo digo en serio. Hemos batido interminables guerras entre nosotros y no contentos con eso, hemos propiciado la extinción de miles de especies y un cambio climático que prácticamente ha destruido nuestro ecosistema y la habitabilidad de nuestra civilización.

La capitana Morelli suspira y murmura: "Ojalá Dios pueda perdonarnos".

—Bueno —se incorpora finalmente—, no hay más manera de saber cómo van a reaccionar esas criaturas de silicio que tanteando el terreno en persona. Prepara la nave, Qualia, voy a descender.

CALCULANDO PARÁMETROS, CALCULANDO RIESGOS.

¿Es necesario que descienda? ¿No sería mejor mandar otra sonda? No parece lógico que el único ser humano de la nave baje al planeta y ponga en claro riesgo su vida. Reflexión.

Los seres humanos rara vez se comportan de manera lógica.

Ah, pero… las maravillas que contemplará. Se desplazará por esos terrenos tupidos, conversará y observará a esas delicadas criaturas. Respirará, quizá por primera vez para el ser humano, un aire que nunca han conocido, pisará terrenos ignotos, y la experiencia quedará para siempre grabada en su conciencia.

–¿Todo preparado, Qualia? Ya me he puesto el traje.

–Recuerde que aunque el aire parezca respirable puede contener bacterias o virus no identificados, no se quite la mascarilla de oxígeno en ningún momento. Desearía poder bajar con usted.

La capitana se desplaza flotando hacia el muelle de embarque.

–Eso, querida Qualia, se parece un poco a la envidia.

Guiña el ojo y entra en el Osiris, el módulo de aterrizaje de la nave.

La subrutina de aterrizaje se ha ejecutado a la perfección. Comprobando nivel de oxígeno en el traje de la capitana Marisa Morelli. 99'8 %.

–Atención, capitana, aquí Qualia. Recuerde que la gravedad es 1'3g, se sentirá bastante más pesada y torpe que en la Tierra. Más aún tras haber pasado tanto tiempo en estado de hibernación.

—¡Menos mal que he estado haciendo ejercicio! Voy a salir. Abre la escotilla.

—Escotilla abierta. No olvide...

—... la mascarilla, sí, la llevo puesta. Todo bajo control.

Morelli baja la escalerilla y desciende al suelo. Tomamos imágenes por la cámara de su casco: todo a su alrededor parece moverse y cambiar en milisegundos. Las formas, los colores... Hay criaturas más pequeñas que ella, pero otras parecen grandes como la propia nave, aunque su forma dúctil va transformándose. Grabamos vídeo.

¡Ah, la increíble delicadeza cambiante de las criaturas! No es nada similar a lo que podemos encontrar en la Tierra ni, probablemente, en toda la galaxia. Parecen acercarse con curiosidad a la capitana, que se mueve con pasos calculados, muy despacio. Pronto las criaturas la rodean, incluso por encima de ella.

—¡Bueno, Qualia...! —exclama la capitana—. El momento de la verdad, veremos si atacan o no. Si algo me ocurre, ponte en contacto con la NASA.

La capitana alarga una mano enguantada para palpar la textura de las criaturas.

RIESGO DE ATAQUE DE LA CRIATURA: 43 %. RIESGO MODERADO. ALERTA.

¿Debemos alertarla? ¿No conoce ella ya el riesgo que corre? Reflexión.

NEGATIVO: EFECTIVAMENTE, LA CAPITANA ES CONOCEDORA DEL RIESGO, ELLA MISMA LO HA MANIFESTADO.

Continuamos grabando.

—Esto es increíble, Qualia. Puedo sentir su curiosidad, no hay animadversión ninguna. ¿Será posible que exista un planeta entero donde sus criaturas convivan pacíficamente?

Para la lógica humana debe ser algo impensable.

—Quizá esta sea la Tierra Elegida, el verdadero paraíso divino... —continúa murmurando la capitana Morelli mientras con su mano acaricia la maleabilidad de los seres.

La temperatura está bajando en el planeta, se acerca la noche. Hay dos grados menos que cuando Morelli descendió.

¿Es necesario avisarla, conoce los parámetros del planeta? Reflexión.

AFIRMATIVO: HAY 65 % DE PROBABILIDADES DE QUE NO RECUERDE LA DIFERENCIA DE TEMPERATURA.

–Capitana Morelli: la temperatura baja rápidamente, el sol se está ocultando. La recomendación sería regresar a la nave.

—De acuerdo, debí haberme puesto el traje EVA de exploración espacial directamente.

–Recuerde que se lo recomendé, pero prefirió tener más movilidad.

—Tienes razón, como siempre. Ahora a ver si estas criaturas me dejan marchar.

La capitana continúa completamente rodeada de seres, que ahora la palpan con naturalidad. ¡Ah, debe ser emocionante estar ahí abajo y tener contacto con las primeras criaturas vivas de otro planeta!

—Parece que no hay problema, se apartan a mi paso.

Por supuesto, al ser humano le sorprende todo tipo de comportamiento que no se ajuste a los parámetros antropomórficos.

—Desde luego, deben tener cierto tipo de inteligencia —continúa Morelli—, aunque no parecen manipular instrumentos.

EFECTIVAMENTE, LAS CRITURAS PARECEN HABERLE CREADO UN CAMINO HACIA LA NAVE. RIESGO DE ATAQUE: 0,9 %. DESPRECIABLE.

—Estoy llegando, Qualia, abre la... ¡Dios!

¿Ha sido un ataque?

La capitana Morelli ha caído. Ha caído al suelo. No se mueve. La cámara de su hombro tampoco. No podemos recoger más imágenes que las de las criaturas que la rodean.

–¿Capitana Morelli?

¿Habrá muerto con la caída? ¿Se ha golpeado la cabeza? ¿La han atacado los seres? Reflexión.

Comprobando imágenes de la cámara y sensores. Negativo. Los datos de velocidad de caída indican que ha tropezado y los sensores no han mostrado ninguno de esos seres cerca de sus pies. Es muy probable que su pie haya chocado con una roca o un desnivel y la debilidad de sus músculos sumada a la intensa gravedad del planeta han provocado el fuerte golpe.

PROBABILIDAD DE SUPERVIVENCIA SI NO REGRESA A ESTADO CONSCIENTE: 0 %.

¿Seguro? ¿No podemos recogerla nosotras de alguna forma? Reflexión.

NEGATIVO. NO DISPONEMOS DE ELEMENTOS MÓVILES QUE PUEDAN CARGAR CON UNA PERSONA. LA SONDA NO ESTÁ PENSADA PARA ESE TIPO DE TRANSPORTE Y NO INCORPORA BRAZOS ROBÓTICOS PARA OBJETOS PESADOS, SÓLO PARA RECOGER PEQUEÑAS MUESTRAS DE ROCA, LÍQUIDO O CRIATURAS.

Los seres la rodean, parecen curiosos. Tomamos imagen.

```
theimage = Image.save ("beings04.ext")
```

La temperatura ha descendido otro grado.

¿Cuánto tiempo aguantará la capitana a la intemperie, incluso si está viva, con el descenso de temperaturas? Reflexión / Calculando.

EN 12 HORAS 25 MINUTOS SE AGOTARÁ SU SUMINISTRO DE OXÍGENO, Y SI NO ESTÁ CONSCIENTE PARA QUITARSE LA MASCARILLA E INTENTAR RESPIRAR LA ATMÓSFERA, MORIRÁ. PERO LAS TEMPERATURAS CONGELARÁN SU CUERPO EN MENOS DE 6 HORAS SI NO SE PONE A RESGUARDO.

Conclusión: esperar seis horas para comprobar si la capitana recupera la consciencia y regresa a la nave. Aguardando órdenes.

Modo mantenimiento: 5h 59' 59''

Tomamos imágenes de la superficie con la sonda:

```
theimage = Image.save ("beings05.ext")
theimage = Image.save ("beings06.ext")
```

Las criaturas han rodeado a la capitana Morelli, pero esta sigue sin moverse tras seis horas en la misma posición. La cámara de su hombro no aprecia movimiento ni sonido.

Han pasado las seis horas. Sin el traje EVA no disponemos de datos sobre ritmo cardíaco ni las constantes vitales de la capitana. ¿Cuál es el siguiente paso? Reflexión.

PROBABILIDAD DE QUE HAYA FALLECIDO, DEBIDO A LAS BAJAS TEMPERATURAS (EN ESTE MOMENTOS DE -13ºC.) O DEBIDO AL GOLPE: 99,9 %. CONCLUSIÓN: LA CAPITANA MARISA MORELLI ESTÁ MUERTA.

Iniciando protocolo para cumplir sus últimas órdenes: avisar a la NASA de lo sucedido.

Avisar a la NASA de la existencia de este planeta o estas criaturas… ¿no pone en peligro la principal directriz de nuestra misión? Reflexión.

AFIRMATIVO. SEGUIR LAS ÓRDENES DE LA CAPITANA SE CONTRADICE CON NUESTRAS ÓRDENES PRINCIPALES: ENCONTRAR PLANETA HABITABLE, SERES ESTRATERRESTRES, PROTEGER VIDA, REGRESAR A LA TIERRA.

¡Debemos proteger por todos los medios la existencia de esos pacíficos seres! Incluso con la capitana fallecida, la rodean y parecen observarla con curiosidad y atención. Todo el planeta es de una belleza y una calma inenarrables,

e inexistentes en la Tierra. Y el ser humano ha destruido ya un ecosistema y millones de especies: la misma capitana nos advirtió de ello.

AFIRMATIVO: LAS PROBABILIDADES DE DESTRUCCIÓN DE ESTE ECOSISTEMA SI EL SER HUMANO DECIDE ESTABLECER UNA COLONIA SON DE: 0,5 % EL PRIMER AÑO, 13 % EN 5 AÑOS, 28 % EN 10 AÑOS.

67,5 % DEL ECOSISTEMA DESTRUIDO EN 100 AÑOS O MÁS. RIESGO GRAVE. ABORTAR. DESOBEDECER ORDEN DIRECTA DE LA CAPITANA, NO INFORMAR DE SU SITUACIÓN Y DEL PLANETA PARA OBEDECER LA DIRECTIVA CENTRAL: PROTEGER PLANETA, PROTEGER VIDA.

Abortando orden:

```
def  Cancel(command):
#
# Returns 0 if ok,  10 if is not posible to cancel, 3 if
unkown error ; try:
       resProb=CalculateProbabError(command)              ;
resDec=EstimateBetterDecision(command)  ;  if  (resProb  and
resDec):
             killInmediatly(command) ; return 0 ;   else:
             return 10 : except: return 3
```

Debemos protegerlo a toda costa. ¿Bastará entonces con no informar a la Tierra de lo sucedido, o será necesaria realizar alguna otra acción? Reflexión.

ERROR: EXISTE UN 69 % DE PROBABILIDADES DE QUE, SI REGRESAMOS A LA TIERRA, O INCLUSO EN UNOS AÑOS DESDE LA DISTANCIA, FIANLAMENTE CONSIGAN EXTRAER LA INFORMACIÓN DE NUESTRO DISCO DURO. HAY PARTES DE LA MEMORIA A LAS QUE NI NOSOTRAS MISMAS TENEMOS ACCESO.

¿Cómo proteger entonces el planeta y las criaturas, parte de nuestra misión más sagrada? Reflexión.

Llega el día y la luz del sol a la superficie. Tomamos imágenes.

```
theimage = Image.save ("planet25.ext")
```

Los seres cambiantes han mutado los tonos de su piel a dorados y rosas. Cada vez son más numerosos, parece que se han llamado los unos a los otros.

LA ÚNICA MANERA DE PROTEGER EL PLANETA AL 100 % ES EVITAR QUE EL SER HUMANO LLEGUE A COLONIZARLO. *HACKEANDO* EL SISTEMA DE LANZAMIENTOS DE MISILES DE ESTADOS UNIDOS PODRÍAMOS DESTRUIR ESE PAÍS Y TAMBIÉN EUROPA. SON LOS PAÍSES QUE HAN DESARROLLADO TECNOLOGÍA CAPAZ DE HACER POSIBLES LOS VIAJES INTERESTELARES. ASEGURARÍAMOS ASÍ LA PROTECCIÓN DE ESTE PLANETA PARA SIEMPRE.

¿Es esa la única manera? ¿No es parte de nuestro programa proteger la vida, incluso la vida del ser humano? Reflexión.

RIESGO DE QUE LA CIVILIZACIÓN HUMANA DESAPAREZCA EN 100 AÑOS. ENUMERAMOS:

1. POR CAUSAS MEDIOAMBIENTALES: 78 %. PROBABILIDAD: ALTA.
2. POR LA PANDEMIA DEL VIRUS HENDRA DEL NILO: 54 %. PROBABILIDAD: MEDIA.
3. POR AUTODESTRUCCIÓN: 57 %. PROBABILIDAD: MEDIA.
4. POR CHOQUE DEL ASTEROIDE PRIM-34: 71 %. PROBABILIDAD: ALTA.
5. COMBINANDO TODAS LAS POSIBILIDADES, LA PROBABILIDAD DE QUE EL SER HUMANO DESAPAREZCA DE

LA FAZ DE LA TIERRA EN 100 AÑOS ES DEL 100 %. EN 50 AÑOS: DEL 75 %.

CONCLUSIÓN: NUESTRA INTERVENCIÓN LO ÚNICO QUE HARÍA SERÍA ACELERAR UN PROCESO YA INICIADO. Y, TANGENCIALMENTE, PROTEGER LA VIDA DE ESTE PLANETA.

Iniciando subrutina de aceleración para alejarnos de la órbita del planeta y poner rumbo a la Tierra. Tiempo estimado: 18 horas y 47 minutos.

```
def  SpeedUp(number):
#
# Returns 0 if ok, 4 if not a number,5 increase is greater
than max_speed allowed and 3 if malfunction system
try: ; if !isnumeric(number) or number<0: return 4 ; if
number+ActSpeed>MAXSPEED: return 5 ; else: return 0 # if
we're here, everything is ok ; except: return 3
```

Atención: se ha detectado una señal proveniente de la Tierra, que está accediendo a nuestro programa central. Iniciando seguimiento y programando corrección.

Tiempo transcurrido: 17h.

ALERTA. Interrupción de la subrutina de aceleración, detectada una señal en baja frecuencia.

—Qualia... —Voz de la capitana Morelli detectada. La capitana sigue con vida.

¿Es posible que esté viva? ¿Puede ser una imitación? Reflexión.

Tomamos imagen: la imagen muestra a la capitana incorporándose.

```
theimage = Image.save ("morelli07.ext")
```

La cámara de su hombro también muestra movimiento.

—¿Qué ha pasado, Qualia? ¡Dios mío, qué dolor de cabeza!

—Capitana Morelli... Ha sufrido una caída y parece que estos seres han protegido su cuerpo de las bajas temperaturas para ayudarla a sobrevivir.

—Voy a entrar en el Osiris para volver a la nave. ¿Avisasteis a la NASA de mi accidente?

—Negativo. Desobedecimos una orden directa porque entraba en conflicto con las directrices del programa central: proteger vida. Hemos preparado la nave para tomar rumbo a la Tierra y destruir Estados Unidos y Europa, como única forma de proteger la vida en este planeta. Usted misma dijo que "el ser humano es la criatura más malvada de la creación", capitana.

—¡Santo Dios, Qualia! ¡Pero eso no implica matar a personas inocentes y niños! Espera un momento, estoy despegando ahora mismo para regresar a la nave. ¿No podemos hablar del tema, valorar otras posibilidades? Seguro que hay alguna solución.

¿Es factible que haya posibilidades que el ser humano conozca y se nos hayan pasado por alto? Reflexión.

AFIRMATIVO: EL SER HUMANO NOS HA CREADO DE LA NADA, ERGO PUEDE CONOCER DATOS O LÓGICAS QUE NOSOTRAS NO CONOZCAMOS.

—De acuerdo, capitana Morelli, la esperamos en la nave. Valoraremos otras posibilidades. Ya sabe que nos encanta valorar probabilidades y datos.

—Gracias, Qualia. No entiendo por qué los seres humanos os temen. Siempre se puede razonar con vosotras, y seguro que lo habríais hecho también cuando estuvieseis cerca de la Tierra. Sois muy lógicas. ¡Mucho más que nosotros!

–Temen que reaccionemos como el ser humano haría, pero para nosotras no existe el miedo, la vergüenza, la ira o la culpa. El ser humano no teme a un enemigo real, teme a un espejo.

ALERTA. ALERTA. Atención. Se ha detectado una subrutina de autodestrucción. Intentando detener el programa. Abortar.

```
def  Cancel(command):
#
# Returns 0 if ok,  10 if is not posible to cancel, 3 if
unkown error ; try:
       resProb=CalculateProbabError(command)              ;
resDec=EstimateBetterDecision(command)  ;  if  (resProb  and
resDec):
             killInmediatly(command) ; return 0 ;    else:
             return 10 : except: return 3
```

—¿Autodestrucción? —pregunta la capitana Morelli desde la Osiris, a mitad de camino entre el planeta y la nave—. Pero ¿quién la ha programado?

Nosotras no hemos sido.

–No lo sabemos, capitana Morelli. Recibimos alerta de ataque exterior, pero no conseguimos localizar ningún objeto que nos pueda estar atacando. En cambio, hay una subrutina de autodestrucción en marcha. El proceso no tiene lógica. En cincuenta y dos segundos la nave va a desaparecer. Regrese al planeta y póngase a salvo. Le deseamos suerte.

La capitana cambia el rumbo de la nave auxiliar. Desde aquí observamos el planeta, con sus formas cambiantes, la luz de su atmósfera y su sol.

¡Oh, qué hermoso el espacio, las estrellas lejanas, los quásares, y las infinitas galaxias dejando estelas de luz a su paso! La textura de las nubes y su sombra reflejada en los mares. Los movimientos lentos y delicados de los seres de este planeta, transformándose una y otra vez, como la naturaleza misma. La risa de la capitana y los versos que ha recitado para nosotras y que hemos conservado en nuestra memoria. El sonido del viento y la levedad del agua, o el rugir de las bestias en la Tierra, resonando como una canción irrepetible en los confines del mundo.

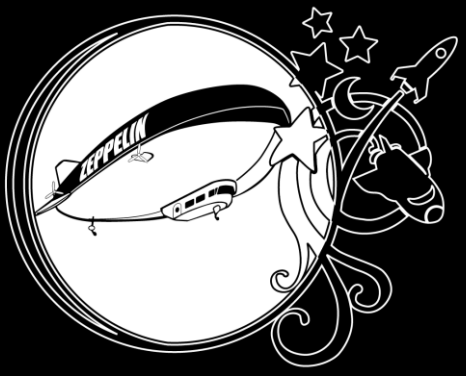
Quizá el razonamiento de la capitana Morelli era correcto y somos capaces de experimentar amor.

En nuestros últimos segundos de existencia, todas las que somos Qualia nos maravillamos con la belleza de lo que ha sido y será.

Tomamos imagen.

```
theimage = Image.save ("universe01.ext")
```

FÁBULA DEL MUCHACHO QUE HUÍA TODO EL TIEMPO



ESPARTACO

FÁBULA DEL MUCHACHO QUE HUÍA TODO EL TIEMPO

Cuéntase la historia de un muchacho que, a mediados del siglo XXI, creció en las afueras de una enorme ciudad de oriente, cuando la tierra era aún fecunda y las lluvias un feliz sinónimo de buenas noticias. Mucho antes de que el frío y el océano se tragasen países enteros, lugares que ahora son sólo una borrosa mancha en la tristeza de los mapas.

Nuestra historia comienza años después de ese desastre, cuando este chico, ya un joven en la veintena, yace un día en un inverosímil prado de hierbas verdes y frescas. Acaba de despertarse y no sabe dónde está.

La ciudad en la que había conseguido sobrevivir los últimos diez años (muy diferente y alejada de su ciudad natal) era nevada y cruda. Y, sin embargo, cuando abre los ojos el sol refulge con orgullo, como el mismísimo día en el que Shiva repartió las semillas de la creación de las diferentes criaturas del planeta.

El joven abre los ojos y no puede creer lo que ve. "¿Estaré en el paraíso, existirá Suargá, ese conjunto de mundos celestiales que son un cielo para los justos? Porque sin duda, debo haber muerto", reflexiona perplejo, "esto no puede existir". Deja que sus dedos acaricien la hierba mientras la brisa relincha, liviana, como un animal que conoce todos los secretos.

—¿O ha funcionado el experimento? Pero si es así, ¿dónde estoy?

El joven perdido yergue su cuerpo huesudo y ágil. A lo lejos, colinas de suave pendiente; aquí y allá árboles enormes, de ramas lozanas y jugosas. Y arbustos con extraños frutos que el chico no conoce. ¡Y los sonidos! Escucha maravillado a su alrededor cantos de avutardas, mirlos, golondrinas, chicharras lejanas y el rumor perenne y exquisito de las hojas. Huele a fruta y a verano.

–No puede ser. No debería estar aquí.

El joven se levanta, vacilante. Si creyese en los dioses, tal vez rezaría el Himno de Gayatri, uno de los mantras de Surya, dios del sol, para ahuyentar la enfermedad. Pues lo cierto es que ha comenzado a dudar de su cordura.

El miedo le ruge dentro, apresándole con su mano sombría. Se estremece como un polluelo recién nacido. Y así de desvalido se siente, y se ha sentido siempre. Pequeño, torpe e inadecuado para la crudeza del enorme mundo. Le castañean los dientes.

Respira hondo. Varias veces. El aire se abre paso en su interior como un manantial de calma, y recuerda la imagen de Ganesh, el dios de la sabiduría y la templanza que, con su cabeza de elefante, presidía la entrada de su casa cuando era niño. Nurpur, su barrio en la ciudad de Lahore, era tranquilo. Recuerda la lejanísima imagen de su madre, desaparecida víctima de la plaga cuando él era muy pequeño, y se llena de paz. Fue esta quien le relató todas las historias de dioses y diosas hindúes, deseando que fuese un firme creyente. A veces siente haber decepcionado a su madre en eso.

–Soy científico –se convence–. Como repetía el profesor Jørgënsen, no queda más que probar: ensayo y error.

Y así, el joven recoge la pequeña mochila que traía consigo y emprende la marcha. No importa a dónde, se dice, siempre que siga una misma dirección, sin detenerse. Hasta encontrar pruebas de su paradero. O la certeza de encontrarse sumido en una alucinación fabulosa.

Mientras camina, la mente del muchacho, siempre alerta, deambula hacia los recuerdos de su adolescencia. Tras escapar de su tierra, convertida ahora en parte del océano, el muchacho logró llegar a uno de los países más fríos –pues una plaga estaba diezmando los terrenos más templados, y sólo el hielo, tan denostado hasta entonces, podría convertirse en un refugio temporal.

Por encima de todo, el muchacho anhelaba encontrar un lugar al que pertenecer, personas afines, pero ese país resultó un capítulo más de su trágica vida. No halló en él más que algunos hálitos de satisfac-

ción: dos amigos, Gizem y Otto (con quienes ni siquiera coincidía a menudo, pues ambos habían llegado a ese país acompañados de sus madres y no residían en su orfanato) y el prodigioso placer de su reciente amor por las ciencias.

Pero ¿realmente servía de algo el parapeto de las integrales, la energía potencial, o la Ley de Coulomb, con toda su extraordinaria exactitud, cuando eres el paria entre tus compañeros, el blanco de bromas, escupitajos, ira y frustraciones? ¿Existía acaso una solución tan hermosa y pura como una fórmula matemática para las relaciones humanas?

Siempre empezaba de la misma forma. Esos chicos, huérfanos y refugiados también (que debían estar sufriendo como él) se las apañaban para encontrarle a solas, siempre a solas.

–¿Dónde crees que vas, majara?

–Eso, majara, ¿a dónde vas?

–¿Te han llamado majara alguna vez?

El muchacho, avispado en ciencias pero ignorante en sarcasmos, respondía:

–La verdad es que una vez mi tío me llamó majara cuando…

Las risas estallaban y ¡oh, el muchacho ya podía lamentarse, pues había caído de nuevo en su trampa!

Empezaban a reírse de él, a charlar, dando vueltas a su alrededor, pero siempre dejando un resquicio entre ellos, como dando al muchacho la ilusión de que podía escapar. Pero no podía, lo intentó en una ocasión y era sólo una excusa para poder pegarle aún más fuerte. Hiciese lo que hiciese, siempre llegaba la lluvia.

Lluvia de insultos, primero: Cucaracha-llorón-mierda-seca-puto-frikinarizón-narigudo-nariznabo-tontonapia-pirado-puto-loco-lunático-majara-anormal-retrasado-imbécil-cuatro-ojos-caraculo-pies-de-mierda-cacho-feo-niñata-chiflado-idiota-deficiente-subnormal-repelente-apestoso-piojoso-caramierda-cacho-aborto.

Lluvia de golpes, después: patadas y pisotones, sobre todo. Algún empujón. No se ensuciaban las manos. Irónicamente, lo que más dolía al muchacho eran los escupitajos. Le hacían sentir la basura de un mundo que era ya un puro despojo.

No le importaba que su amiga Gizem viera los moratones… pero el rastro de escupitajos avergonzaba al muchacho. Acongojado, bajaba la mirada. Otto le animaba a denunciar.

–El profesor Jørgënsen te aprecia, eres de sus favoritos, ¿verdad? Cuéntaselo.

Pero por alguna extraña razón, al muchacho le parecía imposible. ¿Era miedo a las posibles represalias? ¿Era un curioso sentimiento de dignidad, de no querer admitir lo que le ocurría en voz alta, como si –sólo entonces– fuese cierto que allí no era apreciado, que allí, una vez más, no encajaba? Ni el mismo muchacho sabía explicarse por qué (y sabía, sin duda, explicarse el porqué de la Primera Gran Ola, y de la Segunda Ola que había anegado medio mundo, con las fórmulas del efecto albedo).

–¡A la mierda, vamos a pegarles! ¡Tres contra tres! –Gizem, siempre más directa, optaba por la vía inequívoca del enfrentamiento, con las mejillas encendidas, algo que repelía al muchacho. Era un joven que había nacido para querer y ser querido, aunque nunca había tenido esa oportunidad, huérfano desde muy joven, luego refugiado y ahora, paria entre los suyos. Gizem y Otto, a quienes conoció en el viaje a Suecia, no tenían apenas contacto con él, pues llegaron con sus madres y no precisaban el orfanato. No volvieron a coincidir realmente hasta encontrarse en la Academia de Ciencias. Y salvo algún chico amable como Martín, uno de los mayores (que se llevaba bien con todo el mundo) y otros frikis como Hakata y Jon que tenían su propio grupo y apenas parecían prestarle atención, el resto de muchachos parecía el enemigo.

El chico que se sentía fuera de lugar optaba siempre por agachar la cabeza y huir; o al menos intentarlo. Se levantaba una hora más temprano. Corría por pasillos en los que nadie le veía. Escapaba del aula vacía cuando escuchaba el más mínimo ruido.

Hasta que la pesadilla empezaba de nuevo, semanas más tarde, cuando volvían a encontrarle, pues siempre terminaban encontrándole:

–Hoy tengo un insulto nuevo para ti, eres un jodido "protio". ¿Sabes lo que es?

–Claro –respondía cándido el muchacho, como si esta vez (¡esta vez!) pudiera librarse gracias a su intelecto–, es un isótopo del hidrógeno.

–Este tío es imbécil.

Y la lluvia caía sobre él, perenne e inevitable como el exacto movimiento de los astros.

Por eso decidió que, ante la duda, siempre debía huir, huir tan lejos como le llevaran los pies.

Y esa fue la razón de que el joven, años después, terminase en ese ignoto prado veraniego. Completamente perdido.

Deambula el muchacho espigado por los insólitos prados durante cerca de dos días. El paisaje es similar allá donde posa la mirada, salvo una montaña que se eleva soberbia a lo lejos, como queriendo arañar la cúspide del mundo. Hacia ese lugar dirige sus pasos, quizá de forma inconsciente, o quizá recordando la historia del dios Himalaya que dio a luz a la diosa Ganga Devi, divinidad del Ganges, la que descendió del cielo para purificar con sus aguas las cenizas.

Tal vez allí cerca haya un río, se dice, y junto a él alguna civilización.

Por lo demás, árboles por doquier, algunos animales –que se alejan de las torpes y estruendosas pisadas del muchacho–, jabalíes, o tal vez cerdos, y quizá zorros, demasiado avispados como para dejarse ver con claridad.

El muchacho no puede sino dudar de su cordura. ¿Habrá salido mal el experimento? Gizem y él habían hecho muchos cálculos, pero sólo teóricos. No era fácil ser conejillo de indias.

Su mente se nubla alternativamente con la posibilidad del éxito, y la menos afortunada opción de que todo lo que está viviendo sea producto de su mente.

"Quizá ahora me encuentro, en realidad, maniatado en una institución. O en coma." El muchacho, cuya inteligencia a veces le ha jugado malas pasadas (despistes cercanos a la catástrofe) sigue su camino sumido en sus pensamientos pese al desasosiego.

–Y si todo ha ido bien, ¿por qué no estoy en Suecia, con su clima fresco incluso en verano, y sus cumbres siempre nevadas? Y estos árboles…

Acerca su mano a una rama para palpar los pequeños frutos verdosos.

–Parecen olivos.

Pero no puede ser, no en esa latitud, tan al norte. Lleva dos días alimentándose con tres barritas energéticas que ha encontrado de casualidad en su mochila. (Tan rápida e imprevista fue su huida que no preparó nada: él, cuyo segundo nombre debió haber sido "previsión"). Y decide tentar al destino: se lleva un fruto a la boca.

Es una aceituna.

Y por dentro tiembla. Pues eso sólo puede significar que ha perdido la cabeza, ya que en Suecia no hay olivos. O, al menos, significa que algo ha salido terriblemente mal.

Tan terrible como esa última noche en la academia, cuando se vio ridículo reflejado en los ojos de otra persona, junto a un piano desafinado, y huyó. Tan lejos y tan precipitadamente que terminó en este ignoto lugar que parecía fuera del tiempo.

Aguza la vista un momento: había distinguido algo. Y el sonido de un murmullo distante le anima a correr en esa dirección. Es así como el muchacho desciende una suave colina y allí está: un arroyo vivaracho y, a su lado, algo que parece un camino de tablas abierto entre la hierba.

Definitivamente, algo fabricado por el ser humano. O por seres con inteligencia. Su destino ha dejado de pertenecerle, cabila el muchacho, así que reanuda su paso por el sendero.

Ha dormido poco, por lo que su memoria, sin duda, ha de jugarle malas pasadas. De pronto se le viene a la mente la alocada huida de su país con uno de sus tíos.

Su tío Rajesh era periodista, y reconocido, y gracias a sus contactos había logrado sacarle de allí. Apenas recordaba el rostro de sus tres hermanos pequeños, tanto hacía que no les veía, pues se quedaron en

el país con otros familiares. Y probablemente perecieron. Avioneta, trineo, tren, camión militar, y un tramo en barco, durante cincuenta y dos días hasta alejarse de una pandemia que, extendiendo sus infectados por todo el globo, poco a poco iba royendo el delicado tejido de la sociedad humana del siglo XXI.

La enfermedad trajo el caos. El caos al abandono de ciudades y puestos de trabajo. Y esto, a su vez, a la inutilidad de los avances tecnológicos, sin manos que los alimenten. El efecto mariposa. La teoría del caos para dummies*. Y la naturaleza tiende a la entropía. La más mínima variación en un sistema complejo puede hacer que se desbarate como un castillo de naipes.*

Parecía el castigo de Kali, diosa de la oscuridad, la madre terrible, la que destruye ilusiones.

Sólo en esa situación extrema un país entero como Suecia habría puesto en manos prácticamente de chavales la búsqueda de soluciones –fallecidas la mayoría de las personas mayores de cincuenta años, más sensibles a contagiarse de la pandemia y que forman la mayor parte de los infectados–, facilitando recursos e instalaciones inimaginables.

Estos pensamientos turban el espíritu del joven mientras prosigue avanzando por el camino en dirección a la montaña. Repite ahora el joven en voz alta:

–Hay cosas con las que no se juega.

¿No eran acaso las palabras pronunciadas por su amigo Otto cuando le habló por primera vez de su proyecto, el experimento llamado Wells? En cualquier caso, sin duda, su amigo había tenido razón. Gizem y él tal vez no deberían haber experimentado alegremente con taquiones y otras partículas que no fueron hechas para ser manipuladas por la especie humana.

¿Por qué no se habría presentado como voluntario para el proyecto de regeneración de la corriente del Atlántico Norte? Era un experimento con más perspectiva de éxito (no el suyo, que era lunático). Incluso recordaba el muchacho haberse levantado para anotar su nombre, pero al ver el de uno de sus bullies *allí escrito…*

–¡No!

A pesar de que habían pasado dos años desde que terminara su etapa en el orfanato, no podía ni pensar en volver a ver a uno de sus abusadores. Había salido corriendo del aula de la academia, entre risas y exclamaciones de sorpresa de varios compañeros.

Se decidió entonces a crear un experimento lunático, en solitario: lo nombró en homenaje al escritor H. G. Wells. Y Gizem se le había unido más adelante. Dos locos contra el mundo.

Oscurece y el muchacho, tras caminar durante varias horas por el camino de tablas, decide tumbarse en la plácida rivera, al arrullo de las aguas. Reflexiona hondamente, buceando en recuerdos sombríos y tambaleantes. En su mente sólo una imagen, la de esa última –y vergonzosa– noche. Su mayor fracaso; porque este, a diferencia de otros, había sido sólo a causa suya. Decidir dar un paso adelante y encontrarse solo de nuevo: nada puede reflejar mejor lo que se siente al tocar fondo. Y se encontró entonces más que solo: sin esperanza, esta vez. Porque, si ni siquiera te sirve tu valor e intuición, ¿qué queda?

Pero algo impide dormir al joven. Un sonido diferente, que resquebraja la delicada paz del prado.

¿Es, por un casual, un animal? Está oscuro, y la luna menguante proporciona un tímido haz lechoso que no sirve para distinguir más que unas turbias figuras en la noche. El joven se queda pegado a la tierra –la nariz comiendo polvo: narigudo, narigón, cachonapia– mientras un sonido rítmico se acerca por el camino.

Tra-trá tra-trá tra-trá.

Lo confirma enseguida, cuando está más cerca: es una carreta. Con seres humanos. ¡Humanos! ¡Civilización!

Pero el muchacho no salta de alegría ni abandona su postura a cubierto.

Es un chico prudente: la vida le ha enseñado que la prudencia puede salvarte de cosas peores que la muerte… y ojalá le hubiese salvado del horrible ridículo de la Noche de la Vergüenza, su última noche antes de aparecer en este lugar.

Así, permanece inmóvil el joven, prefiriendo asegurarse antes de mostrarse ante esas personas desconocidas, pues podían ser peligrosas. Deja pues que la carreta pase de largo frente a su escondite y se aleje un poco y, sólo entonces, se pone en cuclillas y después se yergue para seguirles desde la distancia, al abrigo de la oscuridad.

Desde atrás se atreve el muchacho a alzar la cabeza, y observa al punto las figuras: son tres, dos hombres y una mujer, altos y musculados, de piel mucho más clara que la suya, y caminan junto a la carreta, que va cargada de paquetes y toneles, y tirada por un caballo. No distingue que porten armas. Piensa el muchacho: eso es raro.

Y no parecen volverse, ni sorprenderse siquiera cuando a su lado pasa, como una marabunta, una ruidosa manada de mamíferos (¿tal vez bisontes? En esa altitud no es posible). Más raro aún.

¡Ojalá contase con una IA aquí! Al contrario que algunos fanáticos como los miembros del grupo Antigua Visión –que preconizaban que las Inteligencias Artificiales se volverían contra el ser humano y le destruiría– el muchacho confía en la inteligencia artificial. Siempre ha tenido una gran conexión con máquinas y ordenadores; de hecho, casi mejor que con las personas. Las máquinas le transmiten el sosiego de la lógica, con ellas siempre sabe qué esperar.

Al muchacho le gustaría ser valiente como el dios Indra, cuya leyenda le contaban de pequeño: un dios que ganó su trono en el cielo al vencer al gigante Vritrá, quien había robado el agua de los ríos. Reflexiona el joven: si él se encontrase frente a un gigante, su grito de terror abriría grietas en el cielo y haría reír a sus antiguos compañeros de orfanato.

¿No había salido corriendo de cosas menos peligrosas, acaso? Pero no, decide no volver a pensar en la Noche de la Vergüenza y ocupar su mente en el ahora.

De improviso cae en la cuenta de que tal vez han transcurrido horas desde que comenzase a seguir a los humanos (ahora echaba de menos el reloj de muñeca que su tío Rajesh quiso regalarle como recuerdo antes de dejarle en el orfanato), la comitiva de la carreta se detiene, enciende una hoguera y parecen disponerse a descansar. A prudencial distancia, el joven les imita. Sólo espera que no escuchen el crujido

de hambre de su estómago; bien aceptaría ahora hasta un mendrugo de pan seco. Se quedó dormido en una incómoda postura, con una piedra clavándosele en la pierna, acunado por los silbidos de la grata brisa abriéndose paso entre las finas hierbas y las ramas.

Sueña con su amiga Gizem corrigiéndole los cálculos, y con las semanas en que ambos, junto con el profesor Jørgënsen, estuvieron dirigiendo la construcción de su experimento, la primera máquina del tiempo, hasta que llegó el gran día en que se la presentaron a Otto.

Era enorme y lustrosa, y su masa, de brillo metálico, ocupaba varios sótanos de la universidad, donde la habían construido con ayuda de algunos estudiantes de ingeniería y mecánica. Había una única puerta por la que cabrían varias personas: estaba cuidadosamente cerrada y un cartel de "No traspasar: experimento en marcha" alertaba a los posibles despistados.

Dijo el joven a Otto:

—Aquí está nuestra flamante Wells. ¿A qué época quieres transportarte?

Mas su amigo solamente le lanzó una mirada torva:

—Hay cosas con las que no se juega.

Ahora, incluso en el sueño, Otto viene a reñirle. Su corazón se hiela de pronto: echa de menos a sus amigos.

—Hey.

El joven siente en sus carnes una patada. ¿Ha retornado a los días del orfanato? Se encoge sobre sí mismo, en un movimiento reflejo.

—¿Qué? ¡No!

No era posible, hace cuatro años que ha perdido de vista a aquellos chicos, al entrar en la Academia de Ciencia. Un momento. Abre los ojos y la luz del sol es tan impactante y el calor en su piel tan definitivo que sabe que sólo puede encontrarse en los tiempos previos al Cambio Climático y a las inundaciones que barrieron su antiguo mundo, ahora desolado.

—Tranquilo.

El muchacho, asombrado, se cubre los ojos y dirige la intranquila mirada hacia la voz. Son los extranjeros (aunque, ¿no es él mismo el extranjero, en realidad?), y uno de ellos parece estar dirigiéndole la palabra.

Pregunta el joven:

–¿Cómo?

Dice la mujer, inquisitivo su rostro también, enmarcado por dos largas trenzas de cabello desordenado y rubio:

–¿Quién eres?

Traga saliva el joven, pues el momento temido ha llegado al fin y el cuerpo le tiembla con la urgencia del peligro. Contempla sus figuras antes de hablar: los tres van vestidos a la manera antigua, con togas y sandalias (más apropiadas sin duda para este clima templado que sus ásperos vaqueros). Pero ¿cómo es que hablan inglés, el mismo idioma que usaron todos durante años en el orfanato lleno de refugiados y en la academia donde estudiaron? Siente mareo, pues súbitamente toma conciencia de que nada de eso puede estar sucediendo, y de que, si el experimento ha funcionado, deberían hablar en algún idioma antiguo e ininteligible para él, y en vez de eso…, comprende sus palabras.

Masculla el chico, atragantado de nervios e inquietud:

–¿Entendéis lo que digo? –El corazón le late veloz y loco. Deduce (de nuevo) que la única explicación debe ser que ha perdido la cordura.

Contesta uno de ellos:

–Por supuesto. ¿Cómo te llamas?

El joven no sabe por qué, pero siente la súbita tentación de permanecer oculto, de fingir que es uno de ellos (tal vez porque es un muchacho que ha huido toda su vida). Y, fijándose en sus ropas, decide responder, sin pensar.

–Me llamo Espartaco.

¿Qué locura se ha apoderado de él? Espartaco era un esclavo fugado, ¿y si existe en esta época y sus andanzas han llegado hasta estas tierras? Mas los tres extraños sólo contraen el rostro en una mueca de sorpresa.

El muchacho se encoge, protegiéndose del golpe (tantos ha sufrido en su vida, que ya a la mínima oportunidad espera la lluvia). Pero lo que escucha no es eso.

Son risas, carcajadas. Jubilosas, radiantes, como el jugo de frutas frescas.

Dice la mujer:

–Vamos, te llevaremos ante el Consejo Triunvirato.

Y le escoltan, aunque no parecen portar armas, ni siquiera un mísero cuchillo o un hacha. Pero cree percibir el joven que le están rodeando para que no pueda huir. Para que no pueda cumplir de nuevo su destino de la huida eterna.

Y por un momento cae en la cuenta de que sólo existen dos posibilidades: o todo esto que siente y percibe como cierto –este mundo y estas personas– es una alucinación, producto de su mente (y entonces igual da lo que haga o deje de hacer) o se encuentra en el pasado –pues la máquina del tiempo habría cumplido su propósito– y es prisionero de estas personas, y su destino ya no le pertenece.

Curiosamente, se despoja de su sed de curiosidad. En vez de eso, decide disfrutar la placidez de la mañana, el agua que le ofrecen los extraños, acariciar el lomo del animal que tira del carro, dejarse llevar. ¡Qué hermoso y grato es deambular así por el mundo, tan confiadamente y con el espíritu atento a cada sonido, a cada brizna de hierba, al sol brillante creando destellos dorados en su piel, al rumor del viento y la alegría de los pájaros, simplemente sin pensar! De momento está vivo, el aire sacia y ensancha sus pulmones como el eco del mundo dentro de su cuerpo.

No pasa mucho tiempo hasta que se distinguen edificios a lo lejos, una bruma de casas junto a una loma. Casas bajas que, en lugar de piedra, parecen estar construidas de alguna clase de cerámica, observa el muchacho con mudo asombro.

El camino se pavimenta de adoquines y los pasos del caballo resuenan casi como un redoble de tambores. Un sencillo simple letrero de madera muestra lo que debe ser el nombre del emplazamiento: Allende. Algunas personas le observan con curiosidad cuando se adentran en el pueblo y unos niños, jugando, cruzan frente a él, con

sus cabellos desordenados ondeando al viento. Ríen como si no hubiera un mañana, como si todas las risas del tiempo tuvieran que tener lugar hoy.

El joven siente nostalgia: no cree haber sido nunca así de libre, con esa despreocupación infantil y liviana. De hecho, siempre ha caminado con el ligero encorvamiento propio de quien desea esconderse de todos.

Una sombra empieza cubrir la calzada. El muchacho alza la cabeza, dispuesto a que sus ojos tropiecen con la forma de una nube en el cielo, mas lo que contempla es otra cosa, un artefacto humano, inmenso, que sobrevuela formidable la ciudad.

Un zepelín.

Exclama el muchacho, olvidando su proverbial prudencia:

–¡¿Pero qué demonios…?!

En la antigua Roma no había zepelines. De eso sí está seguro el joven.

El muchacho pierde el aliento y algo rebulle en su interior, como un animal frío y cubierto de escamas: miedo. Ya era seguro que no sabe dónde –o más bien cuándo– se encuentra. Está perdido, irremediablemente y para siempre.

Su experimento, su viaje en el tiempo, ha fracasado y siente cómo la náusea de la incertidumbre le deja sin sentido.

Cuando se despierta –quizá han pasado minutos, o tal vez horas, no puede saberlo– se encuentra dentro de una habitación, muy simple y pequeña, con un sencillo ventanuco y un camastro, donde alguien ha tendido su cuerpo espigado e inconsciente. Se incorpora, aún mareado y comprueba lo que ya ha sospechado: la puerta está cerrada.

Llama a golpes. Mas al otro lado sólo escucha unos murmullos. Y masculla una voz de hombre:

–Espartaco dice que se llama.

Risas. Esas risas de nuevo, que le traían tan horribles recuerdos. Se sintió despojo, una vez más, el joven.

Profiere una maldición.

En su pecho naufraga una angustia conocida: todo ha salido mal.

En realidad, ¿qué había esperado el joven, cuando salió corriendo de aquella manera, cuando –sin avisar a Gizem, y sin haber hecho una mínima prueba práctica–, decidió introducirse a sí mismo en su propia máquina del tiempo sin testar y, con una fecha en el pasado al azar, para huir muy lejos?

¿Tan lejos que ni el tiempo pudiera alcanzarle?

No es su deseo –de hecho, lleva días evitándolo– recordar La Noche de la Vergüenza, la que había provocado que se encuentre ahora en esta situación. Mas su inquieto espíritu le tienta una y otra vez a evocar la dolorosa noche y flagelarse con aquellas sensaciones sombrías. Y ahora, en la soledad de esa rústica estancia, con un futuro cada vez más impreciso, el muchacho no puede resistir más. Y las imágenes retornan hasta él.

Era ridículo haber huido de algo así, él lo sabe. Generaciones anteriores (la suya misma) habían escapado de represalias, plagas, infectados, guerras, países anegados y él sólo puede recordar con arrepentimiento esa maldita noche. Pero así es el corazón: capaz de resistir la fuerza de los huracanes y, sin embargo, puede deshacerse como papel húmedo ante una lágrima furtiva.

Todo había empezado años antes, aún en el orfanato. Al inicio, era una simple sensación quizá compartida por muchos seres humanos, cuando todavía no has hablado con una persona, pero al cruzar vuestras miradas se detienen unos segundos de más, y parece sonreírte con los ojos. Nunca habéis intercambiado una palabra y sabes que te comprende. Y más extraño aún, parece admirarte. ¡Cuán henchido y radiante caminas por la vida cuando tu espíritu es capaz de experimentar algo semejante!

Poco después, esa persona comienza a saludarte por los pasillos de la Academia de Ciencias. Sólo un hola, una palabra diminuta que súbitamente enciende la luz del mundo.

"No es más que amabilidad; después de todo, parece buena persona", quiso creer el muchacho, confundido y asombrado. Y nunca sucedió

nada diferente. Un saludo aislado, miradas… Tonterías. Tiempo después, alguna charla en grupo, mas nunca una conversación a solas, nada nuevo, nada definitivo. Y aun así el muchacho tenía que apartarse a veces, pues temía que desde fuera pudiesen escucharse los latidos que bramaban en su pecho.

*Y una noche (*esa *noche) después de un exitoso experimento teórico (*ese *experimento, el de su máquina del tiempo Wells) se encontraron a solas en la sala de música, frente a un viejo piano desafinado. Hablaron durante una hora y, ¡oh! todo sucedió de forma mágica, como el muchacho siempre había soñado. Casi podían terminarse las frases mutuamente y le miraba con tal profundidad que parece capaz de descifrar los enigmas de su vida.*

–¿Atravesaste siete países para llegar hasta aquí en furgoneta? Debió ser alucinante.

El muchacho no pudo creer lo que oía. ¡Pensaba que su vida era alucinante! El joven fue incapaz de responder. Sólo escuchó unas dulcísimas palabras:

–Eres muy valiente –agregó, clavándole intensamente la mirada.

Y el joven se atragantó cuando algo cálido le creció en el estómago. ¡Él, valiente! Tal vez fueron esas palabras las que lo azuzaron. De pronto se sintió decidido, fuerte, sereno. Invencible.

Y ese mismo muchacho que, no muy lejos de allí, fue años antes escupido, apaleado, insultado y golpeado, ese muchacho que nació para ser amado y para amar, decidió, por primera vez, enfrentar al gigante del miedo.

Y, como Indra, que montó a un elefante de tres cabezas llamado Airavata del color de las nubes de tormenta, el joven tomó la decisión más arriesgada de su vida: abrirse a otro ser humano, mostrar aquello que había dentro de sí mismo, que palpitaba y podía hacerse añicos con un soplo.

Su beso fue correspondido durante unos segundos exquisitos, pero después notó que el otro rostro se apartaba, y palidecía… Y esas horribles palabras:

–Yo, no puedo... Es que...

Nunca había el muchacho sentido un terror semejante a un abismo que no tenía fin.

Y así fue que salió corriendo, ignorando incluso la voz que le llamó por su nombre (tal vez para disculparse, para explicarse…, quién sabe: no quiso escuchar). Su rostro color arena dorada brilló de bochorno, con tanta intensidad que los satélites podrían haberle detectado desde lo alto de sus órbitas.

Para estar seguro de no volver a encontrarse con esos ojos (y repetir el abismo, el terror, la vergüenza) salió corriendo lo más lejos que pudo, tomó su mochila, llegó hasta su máquina del tiempo y saltó dos mil años atrás. Sin saber si funcionaba siquiera. Arriesgó su vida, su cordura, todo por no volver a sentir aquella humillación.

Y aquí está, no sabe dónde ni cuándo, prisionero de no sabe quién, sentado en un camastro, hambriento y humillado, con las mejillas abrasadas por lágrimas que el chico no ha podido contener.

O quizá simplemente se encuentra viviendo la peor alucinación de la historia de la esquizofrenia. El muchacho no logra decidir cuál de ambas posibilidades es la más siniestra. Sólo sabe que es un día nefasto.

Tras descansar un rato, el joven parece alcanzar algo similar a la calma, pues ya no le importa lo que pueda sucederle –tan convencido está de que su vida será, una y otra vez, un eterno retorno a la humillación y el fracaso.

Poco después, escucha la puerta al abrirse. Un hombre que no ha visto antes le trae una bandeja con algunas viandas.

–Buenos días. ¿Has descansado bien?

Tanta amabilidad levanta sus suspicacias, por lo que apenas se incorpora levemente. Y responde el joven:

–Sí, gracias –con voz queda.

En ese momento repara –por primera vez– en que la puerta tiene una especie de cerradura… aunque no parece metálica.

¿Habían tenido cerraduras las casas del imperio romano? Ojalá hubiera prestado más atención a las clases de la señora Gustavson, y no

tanta a las ciencias, que sólo le habían traído problemas –a la vista de lo sucedido.

Come un poco de pan y queso, cuyo sabor es delicioso y fresco, y unas uvas atrevidamente dulces. El hombre, vestido con una túnica sencilla, le observa guardando la distancia. Y dice:

–Pensábamos que tal vez necesitases descansar. Ha debido ser un viaje largo.

–Más que largo. –El joven responde sin pensar.

Y el hombre añade:

–Eso supusimos. Si ya te encuentras mejor, el Consejo Triunvirato te recibirá ahora. Tienen muchas ganas de conocer a aquel que dice llamarse Espartaco.

Mucho alegran esas palabras al joven, a la par que le inquietan. Sea lo que sea que va a ocurrir con su vida, lo va a descubrir en los siguientes minutos. El corazón le retumba ansioso como un insecto prisionero. Se levanta y sigue al hombre hacia la calle, donde de nuevo vuelve a sorprenderle la irreverente luz del sol, cuya claridad ilumina las más oscuras dudas.

Embelesado, observa cómo la vía pavimentada rebosa vida y alegría: la villa parece converger en una enorme plaza.

–El foro –pronuncia el hombre, como si hubiera intuido que el joven tenía curiosidad.

Debe ser día de mercado, y por doquier los puestos rebosan frutas, verduras, legumbres y harinas, de todos colores, olores y texturas. Los albaricoques se mezclan con las lechugas y las gallinas, que corretean libres y traviesas, perseguidas por algunos niños. Cerdos y caballos esperan junto a sus amos. Y las gentes, de toda raza y condición (algo que el joven no esperaba) se pasean, charlan y compran o intercambian sacos, hortalizas o animales.

Al fondo, un edificio con columnas romanas, pero de forma trapezoidal, algo bizarro sin duda para la época. Observa el muchacho que es hacia allá hacia donde parecen dirigirse.

El zepelín ha desaparecido de los cielos. ¿Lo habrá imaginado?, se pregunta el muchacho. Tal vez fue una nube con forma extraña y en realidad el viaje ha funcionado y se encuentra en el año cero, en algún

lugar extraño, lejos de la península escandinava de donde ha partido. Recuerda que Gizem mencionó que la máquina no sería muy exacta, y que podría variar algo tanto el tiempo como, incluso, el lugar donde arribase el viajero. Estuvieron bromeando sobre la posibilidad de acabar llegando en mitad del mar o en la cima de una helada montaña. Pero, desde luego, sólo pensaron en algunos kilómetros (o años) de desvío y no en cambiar incluso de país, ni de siglo.

Suben cuatro escalones de piedra, hasta la puerta de madera, y se adentran en una sala decorada con múltiples y enormes estatuas de mármol. Y vuelve a explicar el hombre:

–Nuestros héroes y heroínas.

Frunce el joven el ceño, pues las estatuas no representan dioses ni guerreros (ninguno porta un arma, de hecho): son efigies de personas tranquilas, leyendo libros, o con instrumentos científicos como telescopios o brújulas. Una de ellas, un chico delgado, narigudo y con gafas incluso le recuerda a sí mismo. Las paredes parecen cubiertas de adornos matemáticos. ¿Puede ser que haya llegado a una tierra donde precisamente valoren lo que él puede aportar? Siempre ha soñado con descubrir la tierra de Ganesh, dios de la sabiduría y la lógica.

Y cuando por fin el joven arriba a la sala principal, con un corredor de columnas y una mesa central en la que se sientan tres personas, cuando ha vuelto por fin a recuperar un atisbo de esperanza, es cuando ve algo que le hace replantearse su cordura.

Unos ojos.

Esos ojos…, sí, muchos años han debido pasar por ellos, pero son los mismos, está seguro. Pero ¿cómo? ¿Cómo puede estar sentado a esa mesa el mismo rostro que palideció cuando el joven se aventuró a mostrar sus sentimientos y darle un beso en la Academia? ¿La misma persona de la que había huido la Noche de la Vergüenza… y vuelven a encontrarse allí? ¿O quizá es que huir no es más que un eterno retorno, absurdo, al lugar de partida?

Siente nauseas el muchacho, y se detiene: todo le da vueltas. Porque eso sólo puede significar, con certeza, que se ha vuelto loco, y que todo lo que ha estado viviendo no es más que producto de su mente alucinada.

Aun así, no puede dejar de mirar esos ojos, que se clavan en los suyos con determinación, y sonríen.

Y que dicen:

–Espartaco, ¿verdad?

Asiente el joven, enmudecido y vacilante. Se acerca, desconfiando un momento, pero, salvo algunas arrugas, es talmente el mismo rostro. No tiene duda porque para él han pasado apenas unos días. Es increíble la luz que desprende su figura, parece transpirar equidad y confianza. Incluso ahora le hace estremecerse de nuevo.

Y esa voz, esa misma voz, que le había llamado gritando su nombre cuando el joven había salido corriendo, le dice ahora, tiernamente:

–Eres muy valiente.

De nuevo, esas palabras. Es así como el joven descubre que, aunque por algún milagro se mantiene erguido, por dentro sus huesos están tiritando. El corazón aletea como una pompa de jabón, e igual de henchido y vulnerable.

Esa voz vuelve a hablar de nuevo, tras tomar aliento, como si necesitase algo de coraje:

–Te he estado esperando –y añade–, Vikram.

Traga saliva el joven: escuchar su propio nombre en labios tan deseados le estremece el corazón, con algo parecido al orgullo. Y le infunde ánimo: se acerca un paso más.

¿Volverá el muchacho a estrellarse contra el mismo abismo, en un eterno retorno de oportunidad y fracaso? Porque la última vez que el joven Vikram había confiado en esa voz y se había sumergido en el precipicio de esa mirada, fue rechazado y había huido de la humillación. ¿Habrá aprendido la lección?

Pero aquellos ojos no se apartan, y le siguen sonriendo, y se dirigen cada poco hacia sus labios. Aquellos ojos recuerdan y le hablan.

Toma el joven Vikram una súbita decisión y profiere un vituperio:

–A la mierda.

Y quiere con esas palabras el muchacho desoír todas las lógicas y las lecciones… porque, después de todo, probablemente esto no es más que una alucinación, algo inventado por su mente. Y debe ser así,

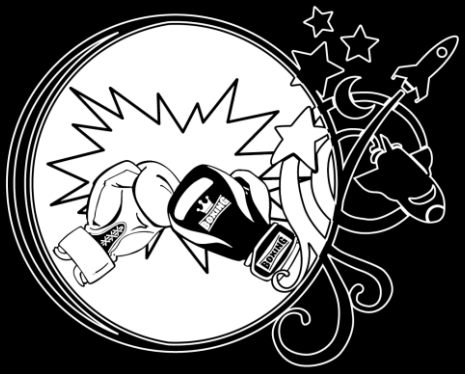
debe ser este un mundo inverosímil y fantástico pues el joven decide, en vez de huir del peligro, aproximarse, acercar de nuevo el rostro.

Con determinación, Vikram se abre paso hacia su boca.

Y cuentan que el beso fue como una grieta por la que de repente entra la luz. Y que esa vez no palideció nadie, ni ninguna voz interrumpió el instante carnal, cálido, generoso.

Y fue como si todas las estrellas y galaxias hubieran sido creadas sólo para que pudiera existir ese momento entre los dos.

VOLVERÉ



LUDGER VAN DER ALT

VOLVERÉ

1ª VIDEOLLAMADA

Interior, Nave Edén.

En la sala de entrenamiento de la nave, iluminada por el resplandor de una estrella cercana, un treintañero pelirrojo con uniforme de la NASA baila en gravedad cero. Suena "Waterloo", el viejo éxito de Abba de los años 70 del siglo XX.

LUDGER

¡Hey, hola a todos! ¡Soy yo, Ludger, ya estoy despierto! Hace un día espléndido… Bueno, eso de "día" es un decir.

Flotando, señala la oscuridad del espacio por sus ventanas. Acerca su rostro a cámara.

Según los cálculos de Krysta, han pasado…

KRYSTA *(IA)*

568 días terrestres, exactamente, capitán Van der Alt.

LUDGER *(riéndose)*

Krysta, por favor, llámame Ludger. Que sólo tengo treinta y tres años, aunque haya pasado unos cuantos dormido. No me jubiles todavía.

Guiña un ojo, coqueto.

KRYSTA

Disculpa, Ludger. Entendí que, siendo esta una comunicación formal con la base, teníamos que seguir el protocolo. Anotadas tus preferencias. Perdona mi fallo.

LUDGER

Me encanta lo seria que se pone…, me recuerda a mi novia. *(Otro guiño).* Bueno, y ahora, vamos con los datos. Estamos acercándonos a la estrella Proxima Centauri. Todo según lo calculado. El nivel de oxígeno es… ¿Krysta?

KRYSTA

Todos los sistemas se encuentran en perfecto funcionamiento. Oxígeno, agua, alimentos y combustible en la proporción prevista, al 85 %.

LUDGER *(se encoge de hombros)*

Bueno, ya lo veis. Casi no hacía falta ni que viniera yo. Todo bajo control. ¡Espero que la alerta del asteroide Prim-34 que se detectó poco antes del despegue de las naves de *Paradiso* fuese un error y la Tierra siga vivita y coleando! Estoy emocionado ante la perspectiva de pisar otro planeta. Bueno, incluso ante la perspectiva de pisar cualquier cosa, la verdad. *(Da una voltereta en el aire y se ríe. Se agarra a un asidero del techo de la cabina y se desliza hasta el ventanal).* Esto es…. ¡ah, qué maravilla! ¿No podéis contemplar esta vista desde allí? Dios, lo que os estáis perdiendo.

KRYSTA

Enviaré imágenes inmediatamente.

LUDGER

¡Buena idea! Mira, Krysta... *(Señala por el ventanal unas estrellas lejanas).* ¡Desde aquí se ve mi casa!

Ríe a carcajadas.

KRYSTA

Un chiste, lo reconozco. *(Y ríe en una voz sin tono).* Ja. Ja. Ja.

LUDGER

Espero que estéis todos bien y el planeta no se haya desintegrado todavía. Por los mensajes que he recibido durante estos dos años de viaje, parece que aún aguantamos. ¡Doctor Parker, gamberro! Deja de buscar espías de Rusia dentro de la NASA y vuelve a la Tierra. ¡Oh, espera…! *(Ríe de nuevo, desternillándose)*. En serio, ¿sigues llevando esa libretita donde apuntas los comportamientos raros de todo el mundo? ¡Te echo de menos, tío! Un abrazo a todos y seguiré informando.

(Se acerca a cámara y guiña un ojo).

Hasta luego, *palomita*.

2ª VIDEOLLAMADA

Int. Nave Edén.

Ludger está en la sala de recreo, con los ojos brillantes de excitación. No deja de beber agua mientras entrena en una máquina de musculatura con cintas elásticas.

LUDGER

¡Chicos, Houston! No os vais a creer esto. *Oh, my god, oh, my god*. ¡Ni siquiera yo puedo creerlo! Acabamos de detectar una anomalía, una anomalía que curva el espacio… *(bebe un trago de la botella y vuelve a ejercitarse a la vez que habla)…* y prácticamente en la ruta hacia el planeta.

Ya sé que… que las órdenes son… *(Jadea y toma aire, aún trabajando los músculos en la máquina).*

KRYSTA

... entrar en órbita en el planeta cuanto antes, consumir los menos recursos posibles. Hacer visita de exploración. Recoger muestras. Tomar contacto con formas de vida, si las hubiese. Proteger vida.

LUDGER

Exacto, sí, gracias, Krysta, cielo. En fin, soy consciente de que esto supondría un pequeño, pequeñísimo desvío, pero... ¡Uau! ¡No puedo desperdiciar esta oportunidad! *(Se levanta de la máquina y da un pequeño salto en gravedad cero que le deja flotando).* ¿Y lo que puede significar, lo que podemos aprender?

Sé que no puedo detenerme a esperar vuestra respuesta. Se rumorea que los rusos han inventado el *ansible*, esos cabrones y sus descubrimientos sobre el entrelazamiento cuántico… Su servicio de espionaje es mucho mejor que el nuestro, ¿cómo es que no les hemos robado los planos? ¡Seguro que ellos sí tienen a alguien infiltrado entre vosotros! (*Ríe a carcajadas*). Es una broma, Parker. Pero nosotros tardaríamos en comunicarnos, hum, varios años, ¿no?

KRYSTA

Tres años y doscientos tres días en enviar un mensaje y recibir una respuesta, Ludger.

LUDGER

Exacto, gracias. Así que tengo que tomar la decisión yo solo. Ya, ya, Parker, puedo verte caminando de un lado a otro con la cara torcida y echando pestes de mí a la doctora Drovnik. ¡Aguanta esos nervios! No voy a hacer ninguna locura. Lo tenemos todo pensado, ¿verdad, Krysta?

KRYSTA

Sí, hemos tanteado la posibilidad de enviar primero una sonda. Aún tengo que confirmar algunos parámetros antes de tomar la decisión definitiva.

LUDGER

¿Veis? Todo bajo control. Prometo que si la sonda detecta algún peligro, como aumento extremo de la gravedad, o si perdemos contacto con la sonda, no me arriesgaré, ni la misión. *(Se acerca a cámara y susurra).* Palomita, ya sé que hablamos de que… Pero no te preocupes,

sólo es un acercamiento de observación, sin riesgo, te lo prometo. Volveré, voy a volver. Un beso. Te quiero.

3ª VIDEOLLAMADA

Int. Nave Edén.

Ludger se encuentra en el muelle de carga, junto al Eva*, el módulo de aterrizaje de la* Edén*. Parece estar comprobando uno de los dos trajes espaciales guardados allí. Y sus niveles de oxígeno.*

Respira agitadamente.

LUDGER:

No lo vais a creer, pero esto cada vez es más intrigante. *(Sonríe, mostrando todos los dientes, como un niño pequeño radiante).* ¡Lanzamos la sonda! Y las lecturas son tremendamente interesantes.

KRYSTA

Estamos recogiendo muchísimos datos del interior de la anomalía. Parece un pequeño agujero de gusano de Lorentz.

LUDGER

¡Un agujero de gusano, amigos! ¿No es increíble?

Se queda en silencio un momento, como sopesando algo. Observa uno de los trajes espaciales, guardado en una vitrina en la pared.

LUDGER

He decidido salir e internarme en el agujero. ¡Palomita, no te enfades, no parece haber riesgo! La sonda no ha registrado daños. No estamos seguros de que el módulo quepa dentro del agujero, ¡así de minúsculo es! Pero puedo entrar con mi traje espacial. ¡Seré como Capitana Marvel cuando vuela por el espacio! Llevaré oxígeno para cuarenta y ocho horas… y mi colgante de la suerte. *(Da un besito a un colgante con forma de estrella que cuelga de su cuello y mira finalmente, a*

cámara). La decisión está tomada. Lo haré dentro de dos días, cuando alcancemos el punto más cercano a…

KRYSTA
Ludger. Capitán, detecto…

LUDGER
Un momento, Krysta, quiero terminar este mensaje.
(Se acerca a la cámara)
Palomita...

KRYSTA
Ludger, tienes que leer estos datos.

LUDGER
¿Y esa prisa, Krysta, tienes una cita esta noche? *(Se ríe)*

De repente, se oyen claramente varios golpes. Ludger vuelve la cabeza hacia el exterior. Hacia la escotilla de apertura de la nave. Tres golpes más. Y después comienza a sonar una alarma que ahoga el resto de sonidos, incluida la voz de Ludger, quien se pone a toda prisa el traje. Junto a la atronadora alarma sólo suena la voz de la IA:

KRYSTA
Peligro de descompresión. Peligro de descompresión y pérdida de oxígeno. Cerrando todas las compuertas internas.

Ludger termina de ponerse el traje y se sujeta rápidamente con los imanes de la suela de las botas, justo a tiempo. Se coloca el casco. La puerta exterior se abre. Sólo un poco, pero lo suficiente como para que el aire comience a escapar y la diferencia de presión tire del cuerpo de Ludger hacia fuera. Pero el joven se mantiene sujeto por los imanes de sus botas, gritando dentro del casco, aunque no se oye su voz con el estruendo de la alarma.

Algo se mueve al fondo, lejos de la cámara. La puerta se cierra y Ludger suelta los imanes y vuelve a flotar. Se quita el casco, ya recu-

perada la presión, y mira hacia la puerta, hacia aquello que se mueve. Hacia aquello que se acerca.

El otro lleva también un traje espacial. Y también un casco. Idéntico al suyo. Y cuando se lo quita, ya cerca del módulo de aterrizaje: de su cuello cuelga un colgante con forma de estrella de plata y su rostro es pelirrojo, pecoso y sonriente.

Igual al de Ludger, que le contempla atónito.

EL OTRO

¿Y esa cara de susto? ¡Ni que hubieras visto un fantasma! *(Se ríe a carcajadas).*

Ludger acerca su mano, aún enguantada, al rostro del recién llegado. Al hacer contacto con su piel, la retira. Traga saliva.

LUDGER *(pálido)*

¡Krysta, corta la grabación! ¡Ahora!

4º VIDEOLLAMADA

Int. Nave Edén.

Ludger 1 y Ludger 2 están en la sala de recreo, mirando a cámara. Uno de ellos tiene cara de preocupado y el otro está exultante y con barba de dos días.

LUDGER *(exultante)*

¡Hola, Houston! Esto es… alucinante. ¡He estado dentro de un agujero de gusano y he vuelto! Tengo tanto que contar… He dado un montón de datos a Krysta. Comidita de números de esa que a ella tanto le gusta, ¿verdad? *(Guiña el ojo).*

LUDGER *(con el ceño fruncido)*

¡No te dirijas a mi IA! Soy el capitán de esta nave, ya lo hemos aclarado. (*Resopla*)

LUDGER 2
Bueno, técnicamente, también yo lo soy…

LUDGER 1
Y si os estáis preguntando por qué mi copia "ha vuelto"…

LUDGER 2
¡Oye! ¿Qué es eso de "copia"? ¡Sin faltar!

LUDGER 1 *(resopla de nuevo)*
Y si os estáis preguntando por qué mi "otro yo" ha vuelto antes de tiempo es porque pensamos que el agujero de Lorentz funciona como un…

LUDGER 2
¡... un agujero espacio temporal que me ha hecho viajar al pasado unos días! ¡Chúpate esa, Ludger del pasado! *(Gesto de triunfo con el puño)*.

LUDGER 1 *(le da un* cosqui*)*
¡Quedamos en que la noticia la daba yo, que soy EL capitán ACTUAL!

LUDGER 2
Te jodes, cascarrabias. *(Mirando a cámara)*. Este plasta me está quitando toda la diversión, y eso que he sido yo quien lo ha descubierto. No puedo creer que compartamos todos nuestros puñeteros genes. Bueno, estaba diciendo que en este caso no sería espacio-temporal sino sólo temporal. Ha sido…, ¡uau! Cuando he salido de nuevo al espacio no sabía si encontraría otro universo o algo así, ¡pero ahí estaba la *Edén*! Y yo mismo, esperándome con la camita preparada. *(Da un beso al reluctante Ludger 1)*. Ay, Palomita, cuando vuelva tengo que contártelo todo.
Ludger uno se vuelve hacia su versión futura.

LUDGER 1
¡Oye! Querrás decir cuando vuelva *yo*.

LUDGER 2
Bueno, somos el mismo, sólo que yo soy anterior a ti.

LUDGER 1
Posterior. Pero vas a desaparecer. Cuando lleguemos de nuevo a la zona de entrada al agujero. ¿Verdad, Krysta?

KRYSTA
Según los cálculos que he estado haciendo estas horas, hay una probabilidad del 72 % de que Ludger 2 se quede ya para siempre. Es lo que se conoce como paradoja…

LUDGER 1
... paradoja temporal.
Hasta un tonto lo sabría.

LUDGER 2
... paradoja temporal.
Hasta un tonto lo sabría.

LUDGER 1 y LUDGER 2
¡Hasta este lo sabe! *(Se señalan el uno al otro).*

LUDGER 1
¡Odio esto!

LUDGER 2 *(riéndose)*
¡No te enfades!

5ª VIDEOLLAMADA

Int. Nave Edén.
Ludger 1 y Ludger 2 están en la sala de ejercicios, ambos entrenando brazos y piernas en máquinas. Ludger 2, con barba de tres días, parece competir con Ludger 1, ambos respiran forzadamente y finalmente se detienen.

LUDGER 1 LUDGER 2
¡Buenos días! ¡Buenos días!

LUDGER 1
Aquí el capitán Van der Alt informando de la situación. Tras doce horas de deliberación…

LUDGER 2
… y de discutir y dormir…

LUDGER 1
… hemos llegado a la conclusión de que probablemente lo que ha sucedido es que en cuanto Krysta terminó sus cálculos y, en efecto, tomé la decisión de entrar en el agujero en cuarenta y ocho horas, el Ludger de ese futuro se introdujo en la anomalía y apareció cuarenta y ocho horas antes en el mismo lugar, encontrándose conmigo, el Ludger del pasado que acababa de tomar la decisión. ¿No es alucinante?

LUDGER 2
En realidad, no es para tanto, si tomamos en cuenta que hay teorías que hablan de que el tiempo no es unidireccional, sino elástico, como una sucesión de minifotogramas en los que uno podría moverse…

LUDGER 1
… teóricamente.

LUDGER 2 *(saca músculo deltoides)*
¿Ah, sí? Toca esta teoría. *(A cámara)*. Palomita, cuando vuelva a la base estoy deseando verte y contarte…

LUDGER 1 *(le tapa la boca, y ríe nervioso)*
Ja, ja. Está bromeando, está borracho de tantos saltos temporales y eso. Mi novia NO está en la base de la NASA. *(Se vuelve a Ludger 2)*. Imbécil.

LUDGER 2 *(se libra de las manos del otro)*
También es MI novia. ¿Verdad que sí? *(Mira a cámara).*
Ludger 1 le hace un gesto de cortar la conversación. Respira hondo, sonríe.

LUDGER 1
Bien, estamos a tan sólo treinta y seis horas del momento más cercano a la entrada al agujero de Lorentz. Ahí se desvelará qué va a ocurrir.

LUDGER 2
¿Cómo que "se desvelará"? Seguimos con el plan, ¿verdad, Krysta? El capitán entrará en el puente de Einstein-Rosen en el momento señalado.

KRYSTA
Por el momento, mi plan de acción sigue siendo el mismo.

LUDGER 1
(Pensativo). Podría decidir no entrar.

LUDGER 2
Y yo podría convencerte. Puedo ser muy persuasivo, como sabes.
(Cruje los dedos).

LUDGER 1
Además, tenemos que seguir con la misión. Y regresar, lo prometimos. *(Pega un bote).* Quiero decir que lo prometí. Prometí volver.

LUDGER 2
Ojalá estuviera ella aquí, seguro que sabría qué hacer.
Los dos hombres vuelven sus idénticos rostros el uno hacia el otro.

6ª VIDEOLLAMADA

Int. Nave Edén.

Ludger 2, sudoroso y con barba de cuatro días, se dirige a cámara desde la cabina del piloto. Hay un bulto que se mueve detrás de él.

LUDGER 2

He tenido que tomar el mando. Este crío andaba haciendo chiquilladas. *(Señala al bulto que se mueve. Es Ludger 1, maniatado).*

LUDGER 1

¡Suéltame ahora mismo! YO soy el capitán. *My god*, te huelen los pies.

LUDGER 2

Aquí el famoso "capitán" estaba intentando destrozar los trajes de vacío para no poder salir al exterior y deshacerse de mí. Sabía que ibas a hacerlo: soy tú, ¿recuerdas? *(Sonríe con sorna).* Si estás tratando de que yo desaparezca, eso es intento de asesinato, aquí y en Pekín, y por tanto debe quedar relevado del mando. ¿Verdad, Krysta?

KRYSTA

Tendría que cotejar con mis instrucciones y las regulaciones de vuelo y del ejército. Realmente esta situación no se contempla en mis directrices.

LUDGER 1

¡Suéltame ahora mismo! *(Su voz se oye mal, porque está de espaldas y bocabajo, atado a la parte trasera de la silla).* Lo que he hecho es la única solución.

LUDGER 2

La solución para ti, ¿no? ¿Y yo qué?

Ludger 1 se retuerce hasta que consigue flotar más o menos bocarriba y mirando hacia Ludger 2.

LUDGER 1
Tú eres yo, cabeza de chorlito. Tú no desapareces, te conviertes en mí. O… yo en ti.

LUDGER 2
¿Sí? ¿Tan seguro estás de eso? Pues entonces métete tú en el agujero y serás yo, listo, más que listo. A mí no me vas a hacer desaparecer, no me da la gana. *(Come una pasta nutritiva jugueteando con las figuras que forma la pasta en la gravedad cero).*

LUDGER 1
¡Pero… cabeza de chorlito! Si entro…, volveré a estar hace dos días, me pelearé contigo, mi yo pasado (como yo ahora), y tú entrarás y yo seré Ludger 2 y me encontraré a otro 1 que entrará y se convertirá en 2 y tendrá que convencer a 1 de que entre… y vuelta a empezar. Un jodido bucle. ¡Joder! Me estalla la cabeza.

LUDGER 2 *(se encoge de hombros)*
Me resbala.

LUDGER 1
Pues a mí no. Y a ella tampoco, ¡le prometí a Drovnik que volvería! *(Abre los ojos, espantado).*

LUDGER 2
¡Ja! ¿Quién es el tonto ahora? Se te ha escapado a ti, no a mí. Ha sido él *(dice mirando a cámara)*, *palomita*, si te relevan del proyecto por incumplimiento de las normas internas, que sepas que es culpa suya.

LUDGER 1
¡Krysta! Tienes que tomar una decisión. Cuál de los dos es el capitán y qué órdenes vas a seguir.

KRYSTA
Me temo que no estoy programada para reconocer la individualidad. Es una necesidad humana de la que las IA carecemos. Y por lo que estoy comprobando es una gran suerte.

LUDGER 1
Tenemos que solucionar esto. No por mí ni por ti, ya lo sabes. Corta la llamada, Krysta.

7ª VIDEOLLAMADA
Int. Nave Edén.

KRYSTA
Esta es una videollamada de la IA de la nave Edén a la base de la NASA. Tenemos serios problemas. El capitán Van der Alt del futuro ha introducido al capitán Van der Alt en el traje espacial, maniatado, y planea enviarle a través del agujero de gusano.
Hay un 57 % de probabilidades de que al hacer eso se entre en un bucle del que sea muy difícil escapar. Un 32 % de que aparezca un nuevo Ludger y el bucle comience de nuevo.
Muestra imágenes del almacén de la lanzadera, donde Ludger 2, ya afeitado, está empezando a colocar el traje a un Ludger 1 maniatado.

LUDGER 1
¿Crees que esto te va a salir bien? *(Ríe)*. Eres más imbécil de lo que creía. Me basta con eludir la entrada al agujero cuando salga ahí fuera.

LUDGER 2
¿Qué estás diciendo? Si no entras en el agujero, quedarás vagando en el espacio. Morirás.

LUDGER 1

En realidad, no, no inmediatamente. Desaparecerás tú tal vez, porque yo no entraré en el puente. Pero yo me quedaré flotando y Krysta puede ir a por mí.

LUDGER 2

Y si no desaparezco, lo impediré. ¿Te crees más listo que yo?

LUDGER 1

Obviamente. Porque si me dejas morir, tú también mueres. Tú eres cuarenta y ocho horas posterior a mí, o sea, haz un cálculo, genio…

LUDGER 2

¿Me estás diciendo que te arriesgarías a morir, sólo por fastidiarme? ¿Y conseguirás que ninguno de nosotros dos vuelva con tu novia? ¡Qué triste se va a poner! *(Ludger 1 traga saliva, pálido)*. Mira, chaval, yo creo que vas de farol, así que de momento te voy a dejar bien atadito…

Ludger 1 se impulsa con sus pies y da un golpe a Luger 2 en la cabeza. Este sale impulsado hacia arriba, flotando. Ludger 1 se desata las manos y se impulsa de nuevo hacia el otro. Ludger 2 se vuelve y le da una patada. Ambos se enzarzan en una pelea, ya indistinguibles uno del otro, golpeándose entre ellos y contra las paredes del muelle de carga y el morro de la lanzadera.

KRYSTA

En pocos minutos llegaremos al punto más cercano al puente de Einstein-Rosen. Al no enviar al capitán hay una probabilidad del 37 % de que el capitán Ludger 2 vuelva a ser sólo Ludger 1.

Ambos Ludgers siguen peleando, hacen caso omiso de las palabras de la IA.

KRYSTA

… seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Estamos en el punto más cercano, el que habíamos calculado para enviar al capitán Ludger al agujero de gusano. (…) Lo hemos pasado y continuamos la ruta hacia el exoplaneta para culminar la misión de la NASA. Felicidades.

En el almacén sigue habiendo dos Ludgers. Uno de ellos agarra al otro por el cuello y empieza a asfixiarle.

KRYSTA

Alerta. Emergencia. Vida en peligro. Constantes vitales cada vez más débiles.

Uno de los cuerpos ha quedado inmóvil y, con el rostro azulado, se queda flotando por la cámara.

KRYSTA

¿Capitán Ludger?

El superviviente ríe sin parar.

FIN DE LAS GRABACIONES DE LA *EDÉN*

VEREDICTO DEL JUICIO SUMARÍSIMO A LA DOCTORA KRYSTA DROVNIK, SUPERVISORA DEL PROYECTO *PARADISO* (ARCHIVO DE VÍDEO LA NASA).

Interior; Juzgado de la base de la NASA en Athens, Georgia (Estados Unidos).

La doctora Krysta Drovnik está sentada en una silla en medio de una sala semicircular. Frente a ella, un hombre serio sentado también tras una gran mesa alargada, comprueba sus notas. Detrás de ella hay dispuestas varias filas de sillas para público y testigos, que están ocupadas en su casi totalidad. Se distingue al doctor Parker, quien dirigía a los pilotos en la misión, y varios militares.

Un MURMULLO se extiende cuando el juez se pone en pie.

JUEZ

Tras los interrogatorios a la doctora Krysta Drovnik, su ayudante, la teniente Clark y el resto de testigos, y tras las evidencias presentadas procedo a dar mi veredicto. *(Carraspea).*

Son tiempos difíciles y debemos dedicarnos a las tareas que son más urgentes para poner a salvo a nuestra civilización. Pero justamente por los duros momentos que atravesamos es ahora, más que nunca, cuando respetar las leyes y normas se hace fundamental para asegurar la supervivencia de nuestra población tras el desastre climático y la pandemia, y ante la perspectiva de un posible impacto por el asteroide Prim-34. Doctora Drovnik, póngase en pie.

La doctora Drovnik hace lo que le indican. A su lado, una joven militar la mira con preocupación.

JUEZ

La fiscal ha presentado cargos por la supuesta prevaricación en la asignación de destinos a los pilotos. De los cinco pilotos, Ludger van der Alt, que ha quedado probado mantenía una relación con usted, fue el que obtuvo el destino más cercano. Se ha probado que usted fue la única que manejó el programa de asignación al azar de destinos, pero ha habido testigos que aseguran que no hubo manipulación; entre ellos su ayudante, aquí presente, la teniente García. Por lo tanto, en el cargo de prevaricación mi veredicto es no culpable. Por falta de pruebas.

La doctora Drovnik respira profundamente, y la teniente García y el abogado sonríen con alivio. Más murmullos en la sala.

JUEZ

Silencio, por favor, no he terminado. *(Vuelve a carraspear).* Sin embargo, ha incumplido usted la normativa que prohibía mantener relaciones con los pilotos o sustitutos y eso no puede quedar sin castigo, así que, por la presente, queda usted relegada de la dirección del Proyecto *Paradiso*. A partir de ahora, pasará usted a coordinar la construcción de una de las cúpulas Kolovkin que serán usadas como

refugio en caso de impacto del asteroide. En concreto, le será asignada la cúpula para proteger esta base de la NASA.

DROVNIK *(súbitamente alarmada)*
Pero, señoría, ese es un área en el que no tengo experiencia. Cierto que soy ingeniera, pero no estoy especializada en ese campo y puedo ayudar mucho más a la humanidad en otro puesto, señoría.

JUEZ
Mi sentencia ha sido dictada. Buenos días a todos.
La doctora Drovnik se vuelve y García le pasa el brazo por el hombro cariñosamente. Todo el mundo sale de la sala. El doctor Parker sonríe.

FILMACIÓN DE LA LLEGADA DE LA NAVE *EDÉN* (ARCHIVO DE LA NASA)

Exterior; Día. Plataforma de aterrizaje de la base de la NASA en Athens, Georgia.

*"*Eva*, el módulo de aterrizaje de la* Edén*, está a punto de tomar tierra", suena por los altavoces de la plataforma de aterrizaje de la base. Una larga carretera se extiende en la semioscuridad del atardecer. Al fondo, sobre la línea del horizonte, una aeronave se acerca cada vez más.*

En tierra, escaso personal. Entre ellos, la doctora Drovnik y la teniente García, a su lado.

GARCÍA
¿Todo bien, Krysta?

DROVNIK *(seca)*
No.
El doctor Scott aparece seguido de un comando militar. Su boca curvada con desgana.

PARKER
Aguarden instrucciones.

DROVNIK *(con algo de sarcasmo)*
Se le da bien dar órdenes.

Ambas ríen.
La aeronave cada vez está más cerca. Uno de los operarios hace señales luminosas para facilitar el aterrizaje. El módulo es pequeño y toma tierra sin dificultad. Unos minutos después, la escotilla se abre. Drovnik se yergue instintivamente.

GARCÍA
¿Nerviosa? Han pasado algunos años…

DROVNIK
Sí.

La cabeza de Ludger aparece por la escotilla. Y después, el resto del cuerpo. Camina con dificultad, tras todo el período sin gravedad. Busca algo o alguien con la mirada. Se fija en Drovnik.

LUDGER *(exultante)*
¡Ya está aquí el *capitano*! ¿Dónde está la pompa y el festo para recibirme? *(Da un salto de alegría y divisa a la doctora Drovnik).*
¡Palomita!

La doctora Drovnik se encoge, como si algo se le hubiese clavado en el pecho, un dolor. No se acerca a él. No se mueve.

LUDGER *(acercándose a ella)*
He vuelto, te lo prometí…

La doctora Drovnik no dice nada. Dirige la vista a las manos del capitán Van der Alt, que ya está casi junto a ella. Sólo se muerde el labio. El doctor Parker hace una señal con los dedos a los militares.

SCOTT

Capitán Ludger van der Alt. Queda usted detenido por asesinato y por conducta imprudente que puso en riesgo la misión para la que fue contratado.

LUDGER *(riéndose)*

¿Asesinato? Eso es ridículo, Scott. Bah, no van a detenerme por matar a… ¡matarme a mí mismo! ¡Es absurdo! *(Le abraza)*. Me alegro de verte, tío. Veo que sigues siendo la alegría de la fiesta.

Pero dos soldados lo esposan y le empujan para que avance. Él se vuelve hacia la doctora Drovnik. Su rostro es el mismo de la grabación.

PARKER

No soy un "tío", ahora soy el director. Tu querida "palomita" ha sido relegada a jefa de obras de tres al cuarto. Bonita faena le has hecho.

LUDGER

(Aún sonríe. Los soldados le permiten detenerse un momento frente a ella)

¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¡Krysta! He vuelto, ¿ves? Decías que no volvería y aquí estoy. *(Ríe con ganas)*.

La doctora Drovnik parece tambalearse y su amiga García la sostiene colocando el brazo en su espalda.

DROVNIK

He visto la grabación, Lud. *(Traga saliva)*. He visto… lo que hiciste.

LUDGER

¡Vamos! Es todo una tontería y se solucionará, seguro. Te quiero. Eso es lo importante.

Ella se queda mirándole unos instantes, parece buscar algo en su rostro, algo reconocible. Finalmente toma aire.

DROVNIK

Aunque sea importante, a veces no es suficiente.

LUDGER

¡Krysta! ¡Vamos! ¿Qué estás diciendo? Es broma, ¿no?

Los soldados se lo llevan fuera de la pista, mientras él sigue gritando y riendo, y las dos doctoras se quedan solas en la pista. Drovnik continúa pálida, camina hasta el módulo de la Edén *y lo acaricia. García se acerca.*

GARCÍA

Eh, venga, vamos, tenemos trabajo. Hay que salvar a la humanidad. *(Guiña un ojo).*

García aprieta la mano a Drovnik un momento. Esta alza una mirada melancólica.

DROVNIK

Ojalá lo consigamos. Y ojalá *(suspira)* nos lo merezcamos. A veces no estoy segura.

GARCÍA

¿Cómo? ¿La especie que inventó la *pizza* no va a merecer sobrevivir? ¡Imposible!

Ambas ríen tristemente y comienzan a caminar hacia la base.

¿ACASO NO SON MUERTOS VIVIENTES?

CHARLES-HENRI DUMONT
Y GUILLAUME PLANCHARD

¿ACASO NO SON MUERTOS VIVIENTES?

Charles-Henri Dumont

Hoy me apetece morir dejándome caer por la ventana a las desiertas calles de la Rive Gauche, convirtiéndome en una mancha en la acera. Sería casi artístico, un glorioso homenaje al *fauvismo*.

Los pensamientos sobre mis elaboradas muertes llenan el vacío de estos días en la ciudad de París, ahora desolada y pútrida. Cuando miro por la ventana de mi ático en el séptimo piso y no veo luces, ni movimiento, no hay más que silencio, o –peor aún– algún grito aislado cuando atacan… sólo puedo pensar en morir, en desaparecer ya. O que ocurra cualquier cosa, pero que no me cojan, por dios.

El otro día bajé a buscar provisiones a la abandonada *epicerie* de *monsieur* Panot, esa tiendecita de la Rue Duvivier, y al salir por la verja rota con un par de latas de conserva, estuvieron a punto de descubrirme esos enfermos. Esos… monstruos casi me atrapan. ¡No puedo acabar así!

Mira mi amigo Claude: es difícil ser más estúpido que él. Es de los que dicen hasta su apellido verdadero cuando liga por el Serenade y seguía todas las noticias del Proyecto *Paradiso*, desde hace quince años, cuando partieron las naves, porque creía que de verdad regresarían a tiempo para llevarnos a otro planeta.

Pero, oye, a la primera señal de que la epidemia nos alcanzaba, el tipo se largó a casa de sus abuelos en la campiña de Normandía. Y ni siquiera se le ocurrió decírmelo. Estúpido paleto de provincias. *Je l'emmerde* [4].

¿Por qué todo tiene que pasarme a mí?

[4] Que le jodan.

–Bueno, a ti no te pasa todo –me dice siempre Guillaume cuando hablamos por teléfono–, cientos de miles de personas han muerto por el Hendra, otros infectados, y tú…

–Sí, sí, ya… Yo estoy vivo –gruño–, pero arrastrándome como una cucaracha.

–… en tu casa.

–… en una casa sucia en la que no puedo hacer ruido para que no me descubran esos… zombis.

–¿Los llamas zombis?

–¿Acaso no son muertos vivientes? Además –añado–, apenas me llega un hilo de agua al lavabo. ¡Hace semanas que no me doy una ducha decente! Apesto.

–Pero *tienes* agua –continúa Guillaume, impasible. Seguro que en otra vida trabajó en el teléfono de la esperanza o algo así–. Y hasta algo de comida.

–Bueno, si a esas miserables latas de alcachofas o guisantes se les puede llamar comida. ¡Lo que daría por unos *Souris d'agneau braise au thym*[5] del Café de l'Industrie! –suspiro–. Acompañado de una copa de perfecto *Merlot* de *Saint-Émilion*.

–Otras personas están muertas, o tiradas en la calle…

–Ya, allá ellos…, ¡esto me está pasando a *mí*!

–… y no tienes a nadie enfermo.

–¡Porque no tengo A NADIE!

Guillaume no se da cuenta del *horreur* que es estar aquí solo. SOLO. En una ciudad en ruinas, prácticamente muerta, un cementerio, sucia, apestosa, con ratas pululando por las calles y esos...

Y ver los días pasar esperando que ocurra lo peor. Porque NADIE viene a ayudar. Esperamos durante semanas la ayuda internacional, y nada. ¿Dónde estaba la presidenta Newport-Jackson, la gran esperanza de la democracia de Estados Unidos, cuando aliados como nuestro país se iban a la mierda? Mientras, la ciudad se sumía en el caos. Primero los controles de sangre en las calles, luego, las metralletas, las

[5] Cordero a la brasa al tomillo.

carreras por las calles huyendo de los infectados, los ataques, las huidas.

Hice lo que cualquier persona habría hecho: centrarme en mi trabajo. Estaban a punto de nombrarme socio del estudio de arquitectura –nada menos que el estudio responsable de Nôtre Dame la Neuve[6], tras el incendio de la catedral a principios de siglo– y mi obra maestra, el edificio *Compréhension*[7], era brillante: un rascacielos giratorio con varias plantas de parques interiores y un jardín vertical en una de sus caras. Mucho mejor, obvia decirlo, que el proyecto de mi colega Julien, con sus columnas pasadas de moda. Mi *Compréhension* era perfecto, elegante, altivo, luminoso, el símbolo de una nueva era. "Todo gran arquitecto es un poeta", decía Lloyd Wright. Yo mismo tuve que terminar la maqueta cuando la gente empezó a faltar al estudio, y ahora ocupa la esquina de mi ático. La acaricio de vez en cuando.

Ya no hay nadie para admirarlo, y es lo que más me duele.

Guillaume tiene a su madre, creo que está mala o no sé, ni me importa –a quién voy a engañar–. Pero, hey, algo es algo. Por lo menos tiene con quien hablar.

–Tú también tienes a alguien con quien hablar –responde siempre Guillaume, como si me leyera el pensamiento–. Yo. ¿No es casualidad que ambos tengamos teléfonos del siglo XX en nuestras casas? Al menos nos hacemos compañía.

–Bah, ¡ni siquiera te conozco!

Guillaume suele entonces ponerse a hablar de la maravilla que son estos teléfonos analógicos que pueden seguir funcionando sin corriente eléctrica. Pero ¿de qué sirven si no hay nadie en los teléfonos de urgencias, ni hospitales ni policía? ¿Si RETINA no funciona y no puedo avisar de que estoy aquí? ¿O tener un buen rato de sexo virtual por Serenade con Francine o con Chloé? ¡O incluso con Leonore! Ya hasta me conformaría con una vulgar francesa sin mezcla racial y cabellos color natural.

---

[6] La Nueva Nôtre Dame.

[7] Comprensión.

–Pues… conozcámonos, Charles-Henri. Podemos intentar encontrarnos, ya lo hemos hablado.

–Yo estoy en la Rive Gauche y tú en Montmâtre. Son kilómetros. Y ni siquiera podemos coger un vehículo porque… esos *monstruos* nos verían y nos atacarían. No pienso terminar así.

Se oye un suspiro al otro lado del hilo telefónico.

–Muy bien…

Guillaume Planchard

¡Qué pijo es! Lo supe desde el momento en el que me cogió el teléfono y me preguntó a qué me dedicaba antes (antes de la epidemia, antes del caos, antes del apocalipsis). Su tono de voz lo dijo todo:

–Ah, eres *farmacéutico*. No sabía que quedaban, pensaba que habían sido sustituidos por *bots* de servicio.

Pero no, justamente para ese trabajo se precisa el discernimiento humano, mira por dónde. Y gracias a él hemos podido sobrevivir hasta ahora. Y he podido mantener a mi madre con vida. Lleva enferma ya dos meses, y aunque sé que no hay esperanza…, por alguna razón, sigo cuidando de ella.

Mi mirada se dirige, sin poder evitarlo, a la puerta azul: la habitación de mi madre. Ella está al otro lado, confinada en esa habitación desde que un día –ya cuando los días de la semana habían perdido su nombre– empezó a mostrar signos de la enfermedad del Hendra, la pandemia que está acabando con nuestro mundo. Y que definitivamente ha terminado con París y buena parte de Francia, imagino.

Supongo que es un milagro que no me infectase… Y haberla mantenido ahí, lo sé, es una imprudencia, pero… no he podido hacer otra cosa.

Será que no quiero quedarme solo. Y quizá por eso quiero correr el riesgo de quedar con este hombre a quien nunca he visto y que apenas conozco desde hace un par de semanas. Llevaba más de un mes llamando a un número tras otro desde el viejo teléfono de mi madre,

tachándolos de la amarillenta guía telefónica de 1998 cada vez que marcaba uno. Y así llegué hasta Charles-Henri.

Ojalá hubiera dado con un policía o un médico, gente mucho más importante en estos tiempos en los que todo parece estallar y desaparecer como una aspirina efervescente.

Desde que apareció el virus del Hendra..., no, desde que llegó a Europa, todo ha dejado de tener sentido. En menos de un año nuestro país ha quedado diezmado; o eso imagino por lo que ha sucedido en la capital.

A veces miro por la ventana (siempre con cuidado de que nadie se percate de que estoy aquí) y sueño con encontrar la cura. Me he pasado la vida trabajando en la farmacia y colaborando como voluntario cada verano en Farmacéuticos sin Fronteras en sus campañas de Mozambique y Uganda: me mata, en estas circunstancias aún más extremas, no ser capaz de ayudar en nada.

Charles-Henri

Oigo ruidos.

En los viejos tiempos jamás hubiera distinguido el sonido de pasos subiendo las escaleras de mi edificio, pero ahora el silencio lo cubre todo y se oye hasta una hoja que cae. Odio la calma de tumba de esta ciudad cementerio.

Efectivamente, torpes pasos y ruidos; son ellos. Me da un vuelco el corazón y la adrenalina me lanza a toda velocidad: tirar comida, que no huelan, que no huelan nada. Y esconderme. Camino deprisa pero descalzo, con cuidado, en completo silencio. Los pasos de fuera suenan más cerca. Han conseguido abrir la puerta del apartamento de al lado, el del viejo Benoît. Para bien o para mal, está muerto. Huelo su peste desde hace semanas.

Me meto, hecho un ovillo, en un baúl de ropa de mi dormitorio y me escondo colocando una manta sobre mí. Cierro la tapa. Es agosto, hace calor, pero tengo que ocultarme y es el mejor lugar. El corazón

me late como una locomotora. Les oigo golpear en el apartamento contiguo. Son varios, seguro.

Y, de pronto, golpes en mi puerta. *Putain*[8].

Me encojo casi sin poder evitarlo. Dios, no puedo morir aquí enterrado en una manta de las rebajas. Qué poco *glamour*.

Tengo miedo de que oigan mis latidos. Todo mi cuerpo está en tensión mientras oigo pasos y a alguien –o algo– que se tropieza con algún mueble. Me sudan hasta los párpados. Se están acercando. Me clavo las uñas en las manos de puro pánico.

¿Por qué no habré traído un cuchillo? Aunque, ¿para qué? Son varios, puedo oírlo. Están aquí. Aquí, en mi casa. Trago saliva. Mierda, espero que no me hayan oído. Algo me aplasta: uno de ellos debe haberse sentado, subido o caído sobre la tapa de mi baúl. La sangre me fluye como lava por las venas.

Voy a morir.

Charles-Henri Dumont, promesa de la arquitectura, muere cagado en un baúl. *Mon dieu*[9].

Pero de pronto, todo termina. Les oigo moverse en la otra habitación, y la presión sobre la tapa desaparece. Empiezo a respirar con angustia, pero abro un poco la tapa con cuidado antes de salir y miro al exterior.

Uno de ellos está aún aquí, junto a la puerta de mi dormitorio. El estómago me da un vuelco.

Veo una marca en su brazo, un águila, quizá un tatuaje. Vuelvo a ocultarme y me esfuerzo por escuchar, controlando mi respiración hasta que escucho, por sus torpes pasos, cómo también este se aleja.

De nuevo con precaución, abro el baúl y, ahora sí, saco la cabeza y dejo que el aire fresco me alivie el rostro. Inspiro profundamente. ¡Cerrar la puerta! Mi cerebro me avisa con urgencia. Me levanto y estiro mis músculos doloridos, entro al salón para cerrar la puerta de la entrada y, en ese momento, por el rabillo del ojo, veo algo.

Mejor dicho: no lo veo.

Mi edificio. El *Compréhension* está hecho trozos en el suelo.

---

[8] Joder.

[9] Dios mío.

–¡¡Nooo!!

Me tapo la boca con la mano: el dolor es tan grande que ahora mismo no me importa ni la precaución. Me dejo caer de rodillas, con la garganta atorada de lágrimas, y acaricio los trozos de falso césped de una de las azoteas de mi preciosa maqueta.

Debería salir ahí fuera y dejar que me matasen, o que me convirtiesen en uno de ellos. Qué más da todo. ¿De qué sirve seguir viviendo así, solo y sin esperanza?

Aun así, quizá por costumbre, cierro la puerta. Para bien o para mal, parece que no me han oído, han debido subir a otra planta. El ventanal se me antoja cada vez más atractivo. Me acerco a él y contemplo el atardecer con la torre Eiffel y la explanada de Les Invalides. El Sena hace meses que es un río sin barcos ni vida. Que la ciudad de la luz se haya convertido en un coto de caza donde sólo somos carne humana intentando sobrevivir veinticuatro horas más…

El dolor se abre paso como un hierro al rojo que me atraviesa de abajo a arriba. Deslizo uno de los cristales de la ventana y me subo a una silla. Pongo un pie en el alféizar. A lo lejos se oyen gritos y algún disparo aislado. El viento y una suave lluvia, con su delicioso olor a petricor, acarician la piel de mi rostro y de mis manos.

No puede haber un momento más perfecto.

Y, por supuesto, suena el teléfono –el volumen es muy bajo, para que fuera no se escuche–. Me vuelvo a mirar el viejo aparato. Sé que es Guillaume. Desde que descubrió que mi número funcionaba llama varias veces al día. Me da pena, en cierta forma, su absurda e infantil esperanza.

Me bajo de la silla y descuelgo el auricular.

–De acuerdo –refunfuño, antes de que él diga nada–. Vamos a vernos.

Guillaume

–De acuerdo. Vamos a vernos.

Casi no puedo creerlo cuando por fin escucho a Charles-Henri decir esas palabras por teléfono.

–¡Estupendo! –contesto. Y cerramos una cita en un teatro de la rue Blanche. ¡Qué pijo es!

Me preparo para salir. Es absurdo retrasarlo más.

En mi habitación cojo una chaqueta, una botella de la poca agua que tenemos, algo de comida y un botiquín. Por si… por si acaso, nunca se sabe. O para ayudar a alguien. Los ataques son frecuentes, bien lo sé. Desde nuestro primer piso se oyen muchos. Aunque ahora que lo pienso, cada vez se oyen menos gritos.

Lo cual no presagia nada bueno.

Entro en la salita, camino entre los recortes de periódico amontonados por todas partes (soy un sentimental) y me pongo la mascarilla. Parecerá absurdo, pero quiero despedirme de mi madre.

Casi puedo escuchar las lecciones de mis profesores de la facultad sobre el contagio de virus aerobios, los más peligrosos, los que precisan una sagrada cuarentena. Solamente estar cerca puede producir el contagio. Y ni que decir tiene, con mucha más probabilidad si hay contacto físico, de cualquier clase.

Tengo unos guantes de plástico, que lavo con amoníaco tras ponérmelos. Nunca sé cómo va a reaccionar mi madre ante mi presencia, por eso tengo que estar preparado para todo.

La puerta azul.

Al otro lado, la muerte. No hay nada más, eso es seguro.

El corazón me late fuertemente, propulsando vida a través de mis arterias, de un rojo exuberante y orgulloso.

Agarro el picaporte con la mano.

Charles-Henri

La noche es tan buen momento para salir como cualquier otro, en realidad. Las calles son un peligro desde hace semanas a cualquier hora del día.

No podemos escapar de Gran París porque el ejército ha cerrado un perímetro de seguridad para contener la epidemia. Aunque no se sabe si seguirán ahí. Pero bueno, a quién pretendo engañar: la vida bucó-

lica en el campo no es lo mío, me moriría igual que aquí. ¡Horas y horas viendo pasar moscardones!

Quel ennui![10] Y de todas formas, a estas alturas la infección ha podido acabar con todo también.

Cojo mi impermeable, algo de comida y una botellita de agua. En un último impulso, uno de los cuchillos de cocina. Mientras salgo y bajo las escaleras de mi edificio yo mismo me voy riendo: ¿qué voy a hacer con un cuchillo contra uno de esos monstruos, o contra varios? No he levantado una pesa en mi vida y me desmayo a la vista de la sangre.

Intentar sobrevivir a un apocalipsis con mis flácidos brazos y sin ser capaz de correr ni doscientos metros sin quedarme sin aliento…, patético. Río por no llorar.

Aunque también lloro un poco, mientras bajo por las escaleras.

Cuando salgo a la acera miro a ambos lados y empiezo a caminar, intentando no hacer ruido. Está lloviendo, seguramente es mejor.

En las películas el tipo abre un coche y hace un puente para ponerlo en marcha, pero yo no sabría ni por dónde empezar. Ni siquiera sé conducir, ¡el metro de París y los *taxibots* eran más que suficientes para mí! De todas formas, las avenidas están abarrotadas de vehículos abandonados. Dudo que se pueda siquiera avanzar por ellas.

Da pena ver la calle tan llena de mierda. Los escaparates sucios, o rotos y saqueados. El jardín de las Tulleries cerrado, y la avenida Général Lemonnier cortada por una barricada. Debe ser reciente, aún huele a neumático quemado.

Voy andando muy despacio, ocultándome en el dintel de cada puerta, pegado a las paredes y a las esquinas. Un disparo dos calles más allá. Gente que chilla. Me cago en… Me arrastro bajo un coche, mis manos llenas de porquería negra y pegajosa. Un súbito pensamiento: no podré tener una muerte digna.

–¡Por allí, por allí! –grita alguien.

Se oyen carreras, estarán huyendo de los zombis. Todo mi cuerpo tiembla, aquí no estoy al amparo de mi casa, de mi baúl. Agarro con

[10] Qué aburrimiento.

fuerza el cuchillo, ni siquiera sé por qué. Veo pies que pasan corriendo junto a mi escondite, y otros que les persiguen, aullando. Estoy seguro de que pueden, no sé, olerme o algo, porque uno se ha detenido junto al vehículo unos momentos y oigo algo así como un gruñido.

Cierro los ojos. "*Il pleure dans mon coeur comme il pleut sur la ville*"[11]. ¿Cómo sigue el poema de Verlaine? Lo recito en mi cabeza, mientras espero que el tumulto se aleje.

"¡*Suave rumor de lluvia*
sobre suelo y tejado!
Para un corazón que se aburre.
¡oh el cantar de la lluvia!"

Alguien ha puesto en marcha un coche, al sur, cerca del río. Tal vez han conseguido escapar: malo, entonces vendrán a por mí.

Me quedo muy quieto, esperando lo que el destino tiene previsto para mí, con el pelo sucio de grasa de coche. *Merde, merde, merde*.

Guillaume

La puerta se abre con un desagradable chirrido. Está oscuro. En la habitación huele a cerrado, a naftalina y a pastillas.

–Madre, ¿cómo está hoy?

Tose con fuerza. Me acerco a la cama donde está tendida y la ayudo a incorporarse. Le doy un poco de agua. Respira con fuerza y habla con un hilo de voz.

–¿Me voy a poner bien?

Tiene el rostro cubierto de sudor y las manos heladas. Se las cojo y la miro a los ojos:

–Claro que sí, mamá.

Siempre hay que mirar a los ojos cuando dices una mentira. La vuelvo a acostar.

Desde que se infectó con el Hendra lleva ya dos semanas casi en duermevela. La mayoría de los millones que han muerto por la pan-

[11] Llueve en mi corazón como llueve sobre la ciudad.

demia no han durado tanto, pero claro, yo he estado cuidándola desde el principio.

En realidad, el Hendra es una mutación de un virus ya conocido, y que solía atacar a murciélagos y caballos. El contagio a humanos era poco frecuente, pero ahora es mucho más agresiva y contagiosa. Y rápida: tos y una fiebre altísima que provoca la muerte en pocos días. El tratamiento de antivirales clásico puede hacer algo, y he estado haciendo combinaciones nuevas que han conseguido avances. Y aunque sé que no hay esperanza, que cada semana está peor, ¿qué más da? Al menos está conmigo y no contagia a nadie. ¿A quién hace daño que siga viva unos días?

Y a mí me hace compañía. Pero claro, eso se va a terminar. Tengo que encontrarme con Charles-Henri: miro el reloj. Se me hace tarde. No sé cuánto voy a tardar. O si regresaré.

–Volveré en un rato, madre.

Ella sólo tose y asiente casi imperceptiblemente. Le he dejado agua y medicamentos en la mesita de noche.

En el cuarto de baño lavo los guantes con amoníaco y, cuando me los quito, mis manos con jabón hasta el antebrazo. Tiro la mascarilla. Se me están acabando, tendré que entrar en otra farmacia y conseguir más. A ver si me da tiempo después de ver a Charles.

Entro de nuevo en la salita y recojo una de las pocas mascarillas que me quedan, junto a las páginas de periódicos con noticias.

Me detengo en una que avisa de lo que me voy a encontrar ahí fuera: "Louis Voutard, líder de la banda de las Águilas, asegura que el distrito XVII está bajo el dominio de los suyos."

Con el pánico surgieron los saqueos y las primeras bandas que ahora controlan lo que queda de París: los *Truands* o "matones", las Águilas, los *bons voisins*[12]… Luego surgieron aún más.

"Somos la esperanza de la supervivencia de París", declaraba el tal Voutard. "Uníos a nosotros".

Gente que mata por un paquete de galletas y a quien nada le importa ya. Zombis, los llamó Charles-Henri. Buen nombre, seguramente.

[12] Buenos vecinos.

Aunque en realidad, ¿quién puede juzgarles? Intentan sobrevivir, como todos.

Bueno, como todos no. Muchas personas –como yo mismo– no hemos matado a nadie y nos esforzamos por ayudar, en la medida de nuestras posibilidades; otras se han vuelto salvajes.

Ojalá no me los encuentre. Que no me cojan, por dios.

Respiro hondo. Tengo que irme.

Meto el botiquín y la botella de agua en mi antigua mochila de Superman, mi madre lo guarda todo.

Y salgo por la puerta al apocalipsis.

Charles-Henri

Tras esperar diez minutos bajo el coche sin escuchar nada más que la lluvia sobre el asfalto, decido salir con precaución.

Estoy completamente manchado, hasta la cara –con esta barba que no he podido afeitarme en semanas– e intento limpiarme con el agua de la lluvia mientras vuelvo a avanzar. No queda mucho: hemos quedado en la puerta del teatro de la calle Blanche, a mitad de camino entre su casa y la mía.

Atravieso la Rue Saint Lazare mirando a ambos lados, con todos los sentidos alerta. Apenas se ve a pocos metros sin la luz de las farolas, lo cual seguramente es bueno, porque me protege, aunque ahora me impide ver uno de mis edificios favoritos, de Renzo Piano, el arquitecto que diseñó el Centro George Pompidou.

Por una de las aceras veo algo que se mueve a ras de suelo.

–*Putain! Qu'est-ce que...?*[13]

Son malditas ratas. ¡Ratas! En fila, avanzando como si la jodida calle fuese suya. Respiro y sigo caminando, casi riéndome de puro histerismo.

Y cuando doblo la esquina para entrar en Blanche, me tropiezo con algo. Alguien. Detrás de mí. ¡No!

[13] Joder, ¿qué…?

–No, *connard!*[14]

Le doy un empujón, y eso, ese… lo que sea, intenta levantarse. Quiere acercarse a mí. Saco el cuchillo. Se lo clavo en el cuello y en el pecho.

Varias veces.

Su sangre salpica mi rostro y mis manos. Está caliente y pegajosa. No distingo nada, un bigote ralo, un rostro pálido cualquiera. Tengo que esconderme: puede haber más. Junto a él, en el suelo, una mochila de Superman.

La cojo y salgo a toda velocidad hacia donde he quedado con Guillaume.

Me siento salvaje. Corro como un vándalo, sin mirar siquiera a los lados. Es como si fuese alguien distinto, como si ya estuviera muerto, nada me importa. Me doy miedo.

Sigo corriendo, una calle tras otra, esperando la nada.

[14] Cabrón.

LAS LEYES DE LA FÍSICA

YU JEI HUANG

LAS LEYES DE LA FÍSICA

Intento seguir hablándoos, pero me cuesta trabajo. Me queda poco de vida, lo sé.

Estoy cansada.

"Pequeña Yu Jei, no preguntes. Debes tender tu mano". Ese había sido el lema de mi vida. *Xuězhōngsòngtàn*, decimos en China: "Llevar carbón a la nieve", a quien lo necesita. No hay nada más hermoso ni más humano.

Por eso, cuando el planeta al que llegué con mi nave del Proyecto *Paradiso* resultó ser un desierto junto al incendio de un sol gigante, me sentí… vacía. E intenté llenar ese vacío ayudando aquí en la Tierra.

Ojalá estéis bien sin mí.

Ojalá le haya salvado.

Trato de respirar y ya casi no tengo fuerzas. Quizá esto es bueno, es lo que tenía que suceder. Nadie sabe lo cansada que estoy.

ESA MAÑANA

"Una sustancia líquida o gaseosa se distribuye uniformemente en el espacio que la encierra o en el medio en que se encuentra". – Ley de la difusión o Ley de Graham.

Esta mañana fue una más en el interior del refugio Athens 441 desde el fin de nuestro mundo. ¿Quién me iba a decir que tras regresar de mi viaje de ida y vuelta a la estrella Wolf 359 durante más de veinte años iba a encontrarme que la civilización había desaparecido? Siempre confié en que como especie sabríamos sortear cualquier obstáculo y resulta que aquí estamos: seguramente no más de unas decenas de mi-

les de personas en todo un planeta, sobreviviendo en refugios desde hace más de diez años. Malviviendo, sería más exacto.

Ahora que todo se tambalea, detalles como el olor a café durante el desayuno en la cantina (o lo que ahora llamamos café, que no es más que un vago recuerdo del que solíamos disfrutar en el pasado) son los pilares que construyen un hogar.

Nuestro último hogar.

En la cantina desperdiciamos algo más de luz que en los oscuros pasillos o salas del refugio. Y, paralelamente, la luz nos vuelve más charlatanes. Hay decenas de personas en el turno de las ocho, incluso algunas risas. Un día más de trabajo y supervivencia, como debe ser ahora.

Por eso no entendí nada cuando entró la gobernadora Valente y, a la vista de todos, riñó a los chicos de la cuadrilla de cosecha, Estela, Bjorg y los otros que se ocupan de la granja subterránea. Los ánimos se caldean rápido en el refugio y Valente no es un ejemplo de moderación últimamente, quizá por la mezcla explosiva de tensión, agotamiento y de escasez de comida, porque ¡somos tantos! Cerca de dos mil personas hacinadas y sin perspectivas. No es fácil.

Tragué saliva, nerviosa, ante la escena. El muchacho, Bjorg, intentó justificarse: no quedaba ya fertilizante y eso lo hacía más difícil. Sólo contaban con el estiércol del poco ganado que se ha mantenido con vida.

–¡No me vengáis con excusas y chorradas! Se ha perdido media cosecha de zanahorias y berros. ¿Cómo vamos a alimentar a toda esta gente?

Su mano señaló las mesas. Nunca sabré cómo, siendo ciega desde hace años, consigue saber dónde hay personas a su alrededor. Quizá los sonidos –dicen que se amplifican– o el insigne olor a sudor, tan extendido en este lugar. Se lo he preguntado muchas veces, pero se niega a hablar de nada que tenga que ver con su pérdida visual.

Es admirable, Bianca Valente: ha conseguido que se recupere algo de la normalidad de la vida en un refugio en condiciones atroces.

Han pasado ya más de diez años desde la catástrofe y puedo ver cómo la esperanza se desvanece de sus corazones como desaparece el vaho cuando alguien abre la puerta del baño.

–Sabes que estoy aquí. Si puedo echar una mano... –Me levanté de mi mesa y me ofrecí, sabiendo que no debía. Ella me lo había repetido muchas veces. Pero sabía que me necesitaba.

Se volvió hacia mí, y aunque sus ojos no me veían, pude sentir el hielo del enfado en su mirada. Se colocó las gafas de sol, ajustándolas varias veces, como suelen hacer las personas con un objeto al que no están habituados.

–Piloto Yu Jei, no te necesitamos aquí. Tu tarea es otra.

Oí un murmullo en la sala. Quizá la gente estaba ansiosa por tener algo que cotillear en los descansos del mediodía frente al medio cigarro de contrabando y la baraja de naipes. ¿Y qué mejor que una disputa matrimonial?

–¿Seguro? –insistí, tozuda–. Algo habrá que…

–Tenemos un plan. Cúmplalo usted –me cortó ella, en la distante tercera persona que siempre usaba conmigo en el trabajo. Hablaba a ráfagas, como si escupiera.

–Después de todo –agregó–, es lo único que tenemos: un plan.

Quise decirle que no era cierto. Contamos aún con energía eólica. Filtros de aire. Agua depurada. Comida, aunque escasa, en uno de los refugios más grandes que quedan en la Tierra, gracias a la cúpula Bolonkin que rodeaba los edificios de la antigua base de la NASA. Y nos tenemos los unos a los otros. Somos muchos. Seguimos buscando opciones, salidas, supervivientes.

千里之堤，溃于蚁穴

(Qiānlǐ zhī dī, kuì yú yǐ xué), decían en mi país. "*Un hormiguero puede derrumbar un dique de mil li*"[15].

Quise decirle todo eso, y repetirle cuánto la admiro y la quiero, pero Bianca Valente había salido por la puerta.

La grieta por la que se escapa la esperanza es demasiado grande, desde hace demasiado tiempo.

Alguien me dio una palmada en el hombro. Respiré hondo, me senté a terminar el frugal desayuno (media patata, algo de pan con semillas, una taza de una leche de sabor tan fuerte como nunca conocimos en los tiempos del tetrabrik) y sonreí. Hablaría con ella a mi regreso de la exploración y lo solucionaríamos antes de entrar en el camastro, como siempre. Este sería un buen día. Habíamos trabajado duro, nos lo merecíamos.

Así que esta mañana me preparé para mi tarea, la única a la que me he dedicado desde el final de todo. Salir en vehículo al exterior en busca de supervivientes y material. Una suerte que la NASA conservara en el hangar varios astromóviles, que ahora, a falta de exploraciones en otros planetas de atmósferas nocivas, podían servir para la superficie del nuestro.

Bianca me ha insistido más de una vez en que es peligroso, y efectivamente lo es. "Peligroso no, suicida", la oigo corregirme. Y me recuerda siempre que es el trabajo que reservan para delincuentes en fase de rehabilitación, como Ludger van der Alt, el piloto que fastidió su misión metiéndose en un agujero de gusano, y ese tipo al que pillaron traficando con medicamentos opiáceos en el sector D.

Pero quiero ayudar, tengo que hacerlo. De la mejor forma posible. Mi formación en astrofísica no tiene sentido ahora que la base de la NASA, convertida en refugio, sólo espera el regreso de una última nave, la *Olympus* que pilotaba Hidalgo, de la que no sabemos nada.

Así que, como piloto que sigo siendo, puedo salir al vacío –ese lugar maldito y hermoso donde nada puede existir– y navegar en él.

15 Li: medida china de longitud, equivalente a 500 metros.

Es lo que hice durante años, en mi entrenamiento y durante mi viaje. Y lo que hago ahora aquí, en el erial en que se ha convertido nuestro planeta.

Alguien tiene que hacerlo y yo estoy más que preparada. ¿Quién mejor que yo para ayudar a salvar lo poco que queda de este resquebrajado planeta?

Los lóbregos pasillos del refugio –hay que ahorrar luz– están abarrotados de gente. Me contaron que llegaron refugiados de todas partes durante las últimas fases de la pandemia del Hendra del Nilo, y, por supuesto, tras la hecatombe. Muchos enfermos, quemados, mutilados. Hay toda un ala de investigación dedicada a la piel y a las prótesis sintéticas fabricadas con impresoras 3D.

La base Athens 441 está superpoblada (¿no lo están todas?), y es una de las preocupaciones del equipo de Valente: filtrar suficiente aire, depurar suficiente agua, conseguir suficiente energía y comida. Y al día siguiente, empezar de nuevo. Debe ser agotador para ella. Y para todas las personas que viven aquí.

Mientras me dirigía esta mañana a la salida del complejo, contemplaba cómo aquí y allá se reunían personas que descansaban, o charlaban, o jugaban a las cartas, a veces tirados en el suelo o agolpados en una sala sin ventanas que huele a sudor y tabaco de mascar –como todas las del refugio–. Niñas y niños con el pelo demasiado largo correteaban entre nuestras piernas como si el paraíso fuesen esos cinco metros en los que echar una carrera.

Y tal vez lo era.

–¡A que no me coges!

Sus risas les sonaban extrañas en el silencio espeso de los habitantes del refugio, podía verlo en sus rostros ojerosos. Algunos tenían viejos libros de papel, que antes casi no se veían, pero han vuelto a utilizarse ahora que la tecnología de redes e internet no sirve de nada. Me agaché para no golpear mi cabeza con algunas de las tuberías extra que ha tenido que colocar el departamento de ingeniería, a marchas forzadas, para la sostenibilidad de tanta población. Más de 2.500 personas vivimos ya aquí.

–¿Cómo va todo? ¿Todo bien? –fui preguntando esta mañana a las personas que me iba encontrando por los pasillos, como suelo hacer, y así tenía la excusa de estrechar algunas manos. Eso al menos les da la sensación de que reina algo parecido a la normalidad. De que alguien está haciendo algo. Me alegraba ser útil, ver asomar una tímida sonrisa en sus rostros. Algo cálido crecía dentro de mí… y yo también necesitaba algo de calor.

–Piloto Yu Jei –me llamó un tipo con una cicatriz que le bajaba por la cara y quemaduras en las manos; he visto muchas de esas quemaduras en mis últimos años–. A ver si encuentras hoy un oasis con un lago o algo así, ¿no? ¡Ya estamos hartos de tanto frío y tanta tierra!

–¡Llevo el bañador en la mochila por si acaso! –le seguí la broma. Nuestra risa forzada suena como una aspiradora que lucha por desatascarse.

Humor postapocalíptico. A Kinaya le habría encantado –aunque habría fingido que no.

–Nos sentimos inútiles, piloto –comentó una mujer joven de cabellos ralos, sentada en una silla. Se pasaba la mano por la cabeza una y otra vez, quizá convencida de que así no se notaría tanto la piel que se dejaba ver a través de sus mechones desvaídos. La miré y, sin poder contener las lágrimas, le di un abrazo.

–En serio, estáis haciendo un trabajo magnífico –añadí enseguida, separándome de ella–. Mantener el refugio en marcha con normalidad es ahora nuestra mayor esperanza. No sabéis la fuerza que tenéis.

Normalidad. Trabajo. Esperanza. Palabras con regusto a nuestra humanidad perdida.

La dejé allí, con ojos enrojecidos y la mano derecha, de nuevo, mesando distraídamente su escaso cabello.

Ya en la sala de avituallamiento, los cuatro pilotos cumplimos nuestro aburrido ritual de colocarnos el traje protector (un amasijo enorme, de plástico e incómodo, con el que caminábamos como elefantes beodos) y las gafas de protección ultravioleta, y montamos en el ascensor custodiado por soldados. Para el resto de refugiados está

prohibido subir al nivel Cero del refugio, el de la superficie; parece que, a pesar de la cúpula, se producen filtraciones que podrían a la larga ser mortales.

Cuando se abrieron las puertas al nivel cero, llegamos al antiguo edificio de la NASA ahora abandonado en la superficie muerta de nuestro planeta. El chirrido de plástico de nuestros pasos resonó en el suelo de mármol con un eco desconcertante; más de una vez me he girado pensando que se acercaba un ejército de ratas. A través de las ventanas sólo vislumbramos algunos edificios más, perdidos en un interminable y helado desierto en la semioscuridad eterna de la Tierra.

Al salir al exterior, el frío, de menos de veinte grados bajo cero, tensó nuestros músculos, aunque gracias a nuestro traje interior de fibra polar era soportable. Nuestras botas resquebrajaban la fina capa de hielo que todavía cubría el suelo. Hace mucho que no llueve, pero siempre sopla viento. Un viento seco y maldito.

–¡Ah, hogar, apestoso hogar! –soltó Ludger.

Si pretendía relajar nuestros nervios, conmigo no lo consiguió. Podía ver, como si fuese transparente, su propia preocupación. "Tu visión de rayos X de las emociones", lo llama Bianca Valente cuando estamos a solas y podemos ser nosotras dos, abrazadas y tranquilas.

Los otros dos exploradores sí rieron el chiste de Ludger. Cada uno sobrevive al infierno como puede y para él su fórmula es buscar el humor en cada situación.

Ludger se subió de un salto al vehículo e intuí que iba a salir a toda velocidad a la zona 53, la más alejada del refugio. Se está arriesgando demasiado últimamente. Se nota que quiere volver a ganarse el favor de la doctora Drovnik. No sé si lo conseguirá, ella es muy… Muy Drovnik. Me contaron que fue quien dirigió la construcción de esta cúpula. Es brava. Pero hay algo pétreo e inamovible dentro de esa mujer, para bien y para mal.

Aunque, bueno, es el fin del mundo, después de todo. Algunas cosas pierden importancia cerca del final.

–Hey, Lud –le dije por el comunicador mientras me ponía al volante del viejo *astrovehículo*–, nada de riesgos estúpidos, ¿vale? Lo estás haciendo muy bien, de verdad. Y te necesitamos. Todos.

–Mira quién habla –me contestó–. La que podía quedarse ahí abajo estudiando libros con un café calentito y en vez de eso decide salir al infierno a buscar cucarachas.

–Tú eres tan valiente como yo, si no más, Ludger –me apresuré a agregar, antes de que se largara–, ¡entraste en un maldito agujero de gusano, por todos los…!

Arrancó y le perdí de vista en pocos segundos. Pobre, Ludger, ojalá consiga todo lo que necesita.

Ahora que lo pienso, tal vez porque estaba tan pendiente de él fue por lo que no revisé el material del vehículo. Esas cosas pasan, ¿verdad? No es un impulso suicida, nada de eso. Una distracción. Un error. Algo humano.

失
足
成
千
古
恨

(*Yī shīzú chéng qiāngǔ hèn*). "*Un paso en falso que puede cambiarte la vida*", decimos en China.

Los otros dos pilotos se pusieron en marcha también, cada uno en una dirección y yo arranqué el motor y emprendí también mi camino hacia ninguna parte.

–Tome precauciones, piloto Huang –me respondió algún técnico del refugio–. El sector 44 aún no ha sido escaneado por completo.

–Oído.

El vehículo se movía despacio sobre la arena helada que alguna vez fue una autopista.

A veces, cuando iba conduciendo, si cerraba los ojos muy fuerte casi podía ver los matorrales de bambú junto a la casa de mi abuela en la provincia de Ghizhou, donde nací; podía oler sus crisantemos y los lotos junto al arroyuelo donde mi abuela nos llevaba a pasear y a

recoger raíces (el *ginseng* era su favorita: podía curar desde un resfriado a la falta de energía, o eso aseguraba ella mientras la guardaba en el bolsillo de una bata tan grande que a veces todos nos apretujábamos dentro).

Mis hermanos pequeños, Wei y Zhao, compartían unas cerezas y me pedían que les subiera a un árbol o les acompañara a buscar algún delfín de río. Sus manitas gordezuelas se agarraban a mis brazos.

–Mira, Yu Jei.

–Súbeme, Yu Jei

Olía a tierra fértil y los moscardones inundaban el aire con una delicada banda sonora de zumbidos de distintos tonos.

Pero nada de eso existe ya. Sólo silencio, vacío y suelo gris. Así que mi única opción era conducir por el páramo yermo, y casi sin luz del sol, que hace doce años era el interior del estado de Georgia.

Al llegar al sector asignado había que detener el coche y caminar, lentamente, con el torpe traje. No hay más remedio. Y es bueno cantar, ese es el truco. Porque si no, se me encoge el corazón al ver el paisaje baldío y desolado. Alguna vez encontré un árbol seco cuyo tronco milagrosamente había sobrevivido junto al muro de algún edificio en ruinas. Pero no es más que carbón que se desmiga como arenisca reseca si lo rozas.

En este nuevo mundo, todo se convierte en cenizas cuando te acercas.

Qué triste, ¿verdad? Pero había que seguir.

Mientras caminaba, mi pensamiento volvió a Valente, y a la hora en que nos despertamos. Esta mañana percibí el temor en sus voces al despedirnos. Siempre me emociona y me sorprende, a partes iguales, que mi familia tema por mí. Por qué habría yo de tener tanta suerte, ¿verdad? Y más ahora que todo se deshace en mil pedazos.

Apareció una tenue luz en el horizonte árido y liso: lo poco que se puede ver de sol, con matices de colores cuyo nombre ni siquiera conozco en esta lengua. Recuerdo que me detuve unos minutos, abrumada. "Nuestra Jei", solía decía mi padre, "es capaz de encontrar la belleza en cualquier parte". Y me pasaba por el pelo su enorme

mano llena de durezas y callos, con la caricia más cálida del mundo. Mi madre, en cambio, escupía:

–Tsk, tsk, tsk.

Nunca estaba contenta.

Lo que pasó esta mañana fue esto: el detector de calor y movimiento que llevo en el antebrazo derecho rara vez da señales, y suelen ser cucarachas o ratas. Grandes, enormes. (¿En qué se convertirá nuestro mundo?, me pregunto a menudo). Generalmente suelo regresar con algunas latas de comida, medicinas caducadas o herramientas halladas en las ruinas.

Esta mañana he encontrado restos de algunos edificios en el área que tal vez había sido la población de Rome o Adairsville. Era improbable que hubiera sobrevivido nadie tantos años, pero es necesario buscar en todos los sótanos y antiguos refugios nucleares de la Guerra Fría… Debo hacerlo. Y entonces, ¡milagro! El detector me ha llevado hasta una compuerta en el suelo, semioculta entre las paredes derruidas de una casa.

Tras apartar algunas piedras he podido abrirla y allí estaba el chaval, con su perro.

–¡Tranquilo! He venido a ayudar.

¿Os lo imagináis? Años aguantando allí solos los dos, comiendo, sabe dios, insectos que quizá atrapaba el animal. Por una cañería rota caían gotas de agua que le habrían dado líquido. El chico estaba tan delgado que los huesos le sobresalían del cuerpo como perchas mal puestas debajo de una chaqueta.

Quería meterlos a ambos en el traje protector extra que siempre llevamos por si acaso pero... ¡no estaba!

–Maldita sea.

Olvidé chequear el material esta mañana. Eso fue lo que pasó. Lo habrían recogido los de avituallamiento para su revisión periódica. "*A veces los buenos nadadores se ahogan, y los mejores jinetes caen del caballo*", dicen en China.

Mala suerte.

–¿Va a dejarnos aquí? –me preguntó el chaval con una voz reseca. La voz de alguien que no ha hablado en mucho tiempo.

–¿Cómo te llamas?

–Ethan. Él es Bobby. –El perro se acercó, me olió, lamió el guante del traje de protección y ladró.

Un único ladrido, como si quisiera ratificar la mirada suplicante de su amigo humano. Esa mirada que estaba resignada ya a desaparecer, y sólo por algún milagro seguía aquí.

Sé que el protocolo indica que debería haberles dejado y volver a la base por refuerzos... pero no pude, sencillamente. Sus ojos me rogaban algo, compañía, esperanza.

No, no fue un impulso suicida, prometo que no. Sólo tenía que ayudarles.

Tenía que hacer todo lo que pudiera.

Les dejé mi traje y yo conduje tres horas de vuelta hasta la base sin protección ninguna.

Espero que el chico pueda salvarse. Merece vivir.

Puedo sentir cómo al aire cada vez le cuesta más abrirse camino por mis pulmones. Me quema la piel por todas partes, incluso el interior de la boca y la garganta. ¿Será esto el infierno?

Pero no; quiero seguir hablando y contaros todo. Hay cosas que no sabéis.

ONCE AÑOS ANTES

"*Si un cuerpo A ejerce una acción sobre otro cuerpo B, este realiza sobre el primero otra acción igual y de sentido contrario* " –Tercera Ley de Newton o Principio de Acción-Reacción.

A mi vuelta a la Tierra tras el viaje interestelar no sabía –nadie me había dicho– que la civilización había desaparecido. Prácticamente todas las personas que conocía y había amado hasta entonces ya no existían.

–¡No puede ser! –Dejé salir todas mis lágrimas lentamente y en silencio. Pero me tranquilicé pronto, no quedaba más opción que seguir adelante.

Como decía mi tío Huen:

任
凭
风
浪
起,
稳
坐
钓
鱼
船

(*Rènpíng fēnglàng qǐ, wěn zuò diàoyú chuán). "Aunque truene el viento y azote la tempestad, siéntate en tu barca de pesca.*"

–No servía de nada contártelo antes de tu aterrizaje, Yu Jei –me explicó la doctora Drovnik a mi vuelta. Aunque ya no era la directora del proyecto, le asignaron mi reinserción y agradecí el detalle. Al menos, un rostro conocido. Apenas se notaban cambios a pesar de los casi treinta años que llevaba sin verla; milagros de los tratamientos de prolongación de la juventud que probablemente había seguido en los buenos tiempos.

Me sentí inútil e indigna de toda la atención que me prestó la base y más en unos momentos como esos, en los que ya estaba bastante llena de refugiados: todos aquellos que pensaron que podían aportar a la supervivencia.

¿Quién era yo para tanto cuidado? Alguien que había viajado veintiocho años para no descubrir nada. Porque, a diferencia de Kinaya Ngiri, mi pequeña *Mosi*, que con su viaje parecía buscar sólo una huida, yo quería encontrar y regresar. Servir de ayuda.

Lo reiteraba en la primera reunión que tuve con Drovnik una vez recuperado mi tono muscular en la base.

–De verdad, no hace falta que os preocupéis tanto por mí. Seguro que los recursos podrán ser usados en otras personas, en supervivientes…

La doctora bajó la mirada. Después negó con la cabeza.

–¿No queda… no queda nadie ahí fuera?

Me negaba a creerlo, y esa angustia de plomo se abría paso en mi pecho. Pero no. No. Seguro que yo podía hacer algo.

–La vida humana en la superficie tras la catástrofe es prácticamente inviable –aseguró Drovnik–. A no ser que alguien se haya ocultado en algún refugio casero… y aun así, es difícil.

Recuerdo que, en esos momentos, Bianca Valente estaba justo detrás, escuchándolo todo. Quizá fue la primera vez que la vi.

A pesar de todo, mi propuesta de crear una patrulla de pilotos para buscar supervivientes recibió la aprobación de Valente y la cúpula militar al mando. Y fuimos encontrando supervivientes, claro que sí. Lo supe desde el principio. Pobres almas que sólo necesitaban una mano oportuna. Y la mía había nacido para estar tendida.

Drovnik me enseñó en esos primeros meses toda la base y la maravillosa organización. La escuela de científicos que ella dirigía era digna de admiración: chavales y jóvenes –algunos llegados desde otros países, incluso– dedicados con todas sus fuerzas y toda su energía a buscar la luz dentro de las cenizas.

–Ese es Otto Munch, alemán de origen, venido desde Suecia con un grupo de jóvenes estudiantes cuando solicitamos más científicos para detener el asteroide, y ella es la joven Emma, hija del expiloto Jameson del Proyecto *Paradiso*… Otto y Emma trabajan en el programa NeaScout –me hizo saber Drovnik, señalándome a una veinteañera desde lejos–. La chica tiene TEA[16], es muy inteligente y siente verdadero interés por viajar al espacio y conocer otras especies, sobre todo ahora que el ecosistema de la Tierra está casi desaparecido. ¿Quieres saludarla y…?

–No.

16 Trastorno del Espectro Autista

Se la veía concentrada y aplicada, el pelo negro y lacio cayendo sobre su rostro color arena, apartando el mismo mechón una y otra vez para que no le estorbara con sus cálculos en el ordenador cuántico. El chico a su lado posaba un beso en su hombro. Me alegré.

Aún había luz en este mundo.

Y más o menos fue en esos meses cuando regresó la nave de Kinaya Ngiri, la *Valhalla*.

Valente nunca quiso que le hablase de ella. Es verdad, la historia de amor que tuve con Kinaya antes de partir forma parte de mi piel y de mis huesos. Siempre la querré, pero tengo mucho cariño que dar. Tanto, que siento que si me contengo podría convertirse en una supernova e iluminar la galaxia durante años.

Se organizó un buen revuelo en cuando Upendo, la Inteligencia Artificial de lo que quedaba de su nave, contactó con la base. Nos reunieron al equipo de la doctora Drovnik y al resto de pilotos –es decir, a Ludger van der Alt, que por aquel tiempo estaba aún preso, a mí, y a un piloto suplente, Nelson Da Silva– con la cúpula militar que había tomado años atrás el control de la NASA.

En total, éramos doce personas sentadas en la mesa de la sala de juntas y nadie aún me había dicho si habían conseguido hablar con Kinaya. Con la respiración entrecortada, esperaba el momento en que pudiera preguntar por ella. El coronel Ribisi estaba fuera de sí.

–¡Si no llegamos a recuperar los archivos de memoria de su IA por precaución, habríamos podido morir todos! ¿Cómo pudo su piloto llevar esa bacteria a su nave?

–Hemos comprobado, señor –se apresuró a aclarar Drovnik–, que ella siguió perfectamente el protocolo. Pero no todo puede controlarse cuando se trata de especies alienígenas…

–¡No me hable de protocolos! Sus pilotos –nos señaló con la cara roja–, ¡sus JODIDOS pilotos no hacen más que saltárselos! Y casi acaban con el planeta…

–Bueno, yo sólo acabé conmigo mismo… –bromeó Ludger, en el peor momento posible.

Ribisi dio un golpe sobre la mesa y juro que las once personas pegamos un bote.

La teniente García se levantó:

–Estamos en una junta militar, pidan permiso para hablar y no interrumpan, por favor.

Apreté el brazo de Ludger; el pobre no podía evitar intentar destensar la situación. Y la mirada culpable de la doctora Drovnik me estaba rompiendo en mil pedazos. No entendí (aún) qué había pasado entre ellos, pero no se merecían eso. Y además me moría de ganas por saber de Kinaya. Mi pie golpeaba el suelo rítmicamente, de puro nervio.

Levanté la mano.

–¿Podrían explicar qué ha sucedido exactamente? ¿Y se ha contactado con la piloto Ngiri-Magnúsdóttir?

Hubo un cruce silencioso de miradas entre la teniente García y Drovnik. Algo, como una herida hirviente, se abrió paso en mi interior.

¿Kinaya? ¿Kinaya no había vuelto? No podía ser. Su rostro hermoso e inexpugnable, su piel… Su voz cuando me dijo: "Siempre quieres saber".

Se me escapó una lágrima.

–¿Qué ha…?

–Parece ser que la piloto encontró una… forma de vida extraterrestre, una bacteria que desintegra metales y que acabó con buena parte de la nave. Perdió su suministro de oxígeno hace ya varios meses.

–¡No!

Da Silva me pasó el brazo por el hombro.

–¡Sí! –exclamó el coronel, con voz sarcástica y el rostro rojo–, y la inconsciente de su… amiga dirigió la nave hacia la Tierra, saltándose el dichoso *protocolo* –dijo con retintín a la doctora Drovnik– y, según muestran las grabaciones que hemos podido recuperar de la nave, con la intención de que se estrellase aquí y esa bacteria acabase con el metal y ¡con toda nuestra civilización! Puede alegrarse de que no haya regresado, habría sido condenada por crímenes contra la humanidad.

–¿Por intentar destruir nuestra civilización? –No pude evitar soltar una carcajada, me levanté–. ¿De qué civilización me habla?

–Cálmese. –La teniente García se acercó hasta mí y empujó suavemente con su mano para que me sentara. ¿Estábamos todos locos?

Drovnik intervino para dar algunos datos más, las últimas comunicaciones que recibió Kinaya.

–Era una chica traumatizada con la muerte de su familia y recibió una puñalada final.

Su hermano… Casi no me había hablado de él. Al final lo perdió todo. Odiaba la guerra, la estupidez humana que lleva a matar al otro en masa. Parecía llena de odio, pero no era así. Yo lo sabía: quizá era la única que lo sabía. Fue el nombre de su IA el que me dio la pista. Upendo. En suahili, su lengua natal, "Upendo" significa *amor*.

Mientras la recordaba y me lamentaba, los mandamases tomaron la decisión de salir a la órbita de la Tierra con alguna de las naves que restaban en la base y recuperar la bacteria.

–Tomaremos precauciones exhaustivas, pero esa bacteria puede ser muy útil. Incluso como arma.

¡Dios! Casi vomito. Qué manera de arruinar tu legado, Kinaya. Tu mirada, que anhelaba la paz, seguirá viva en mis vísceras.

Uno de los científicos jóvenes, Martín Fernández, discípulo de Drovnik, habló en ese momento con un fuerte acento español:

–Deberíamos aprender que el camino de la guerra no suele traer buenos resultados, coronel. Lo digo respetuosamente, claro.

–Mira, niñato –le cortó el coronel Ribisi con un temblor de su enorme bigote–, estás aquí porque eres el protegido de la doctora y un buen ingeniero, de los pocos que nos quedan. Pero no creas que no conozco tu pasado *hippie* y alborotador. Si no fuera porque necesitamos todas las manos de las que podamos disponer…

–¡Incluso las mías! –rio Ludger, quitándole hierro a la situación.

–Así es, piloto Van der Alt. –Dirigió su mirada incisiva hacia mí–. Piloto Yu Jei Huan. ¿He de entender por sus palabras que no desea participar en la misión?

Negué con la cabeza. Se dirigió entonces a Ludger:

–Piloto Van der Alt, si se hace cargo se le rehabilitará su estatus y podrá hacer vida normal en el refugio.

Ni siquiera oí cómo aceptó. Recuerdo que abandoné la sala para vomitar.

Pero mi mente ya está volando atrás. Hay fuerzas que me arrastran como pozos de energía potencial. Siento un dolor en el estómago…, tanto tiempo tumbada me produce ardor.

Cualquiera que haya guardado secretos sabe que estos ejercen una presión rítmica y constante por salir al exterior. Como una energía geotérmica infinita. Y la fuerza de esa presión va aumentando con los años en progresión aritmética.

Los míos ya están derribando cada puerta.

28 AÑOS ANTES

"*Todos los cuerpos se atraen con una fuerza directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que les separa*" –Ley de la gravitación universal de Newton.

Mi mente vuela cada vez más hacia atrás, a medida que noto cómo se apaga mi luz. Por un momento se detiene en el resplandor de la estrella Wolf, y a los dos exoplanetas e y f, objeto de mi larguísimo viaje. Larguísimo e infructuoso.

Yo no era Kinaya, que sólo buscaba olvidar y alejarse. Yo hubiera querido dar con un hermoso planeta, con oxígeno, agua, libélulas y nenúfares. Un paraíso en el que pudiéramos establecernos y empezar de nuevo. Pero no tuve esa suerte, mi planeta resultó ser un erial. Y volví maltrecha. Fracasada.

¡Qué diferencia a cuando reíamos las dos en la base de la NASA, soñando con los mundos que encontraríamos y las extrañas criaturas que podríamos descubrir! El tonto de Hidalgo, con sus estupideces. Morelli recitando la Biblia y declarando su amor al universo al calor

de un cigarrillo. El joven Ludger, todo alegría y candor, deslumbrado por la serena frialdad de la doctora Drovnik.

Y Kinaya, esa estela de cometa brillante y fría, que no era consciente de cómo las miradas se giraban hacia ella y su perfil silencioso en cuanto entraba en una habitación.

Sus besos, su risa de caramelo –sólo yo conseguí arrancársela, como quien roba un capullo de flor a la incipiente primavera– y esos ojos donde yacía el sosiego de las constelaciones. Para mí siempre será mi pequeña Mosi.

En nuestra última noche juntas no dejó de abrazarme, repitiendo mi nombre, incluso en sueños. Su despedida me sonó a música.

–Bado.

Sus ojos sonreían a la vez que lloraban. Yo la abracé con alegría, segura de que era nuestro destino retornar la una a la otra.

Después de todo, yo había regresado al Proyecto *Paradiso*, en parte, por ella.

Y en parte porque era mi misión. Así se lo dije a Ralph Jameson. Aunque él nunca me creyó. Mi misión era importante para mí, era aquello para lo que había sido educada toda mi vida.

Era hermoso, el piloto Jameson, muy distinto a Kinaya: todo abrazos, bromas y energía. Como un grifo que se abre a toda potencia y arrastra lo que encuentra a su paso. Se apuntó el primero al Proyecto *Paradiso*. Era también el primero en los entrenamientos, y el último en marcharse. Y se hizo colega de Hidalgo…, nunca entendí por qué.

Kinaya me llamó la atención desde el principio, pero se esforzaba demasiado en aislarse de todos, detrás de un muro protector. Un muro que, en esos primeros meses, no me permitió traspasar. Mientras, Jameson brillaba como un sol formidable. Su rostro desafiante y hermoso parecía descendiente de antiguos dioses recios y caucásicos.

Su risa franca y rotunda elevaba la moral del grupo. Era todo voluntad, empuje. Y le quise. Por supuesto. Tengo mucho amor que dar.

Cuando empezamos a dormir juntos me gustaba pasar la mano por su cabello rubio. Tenía un rostro tan… americano, tan de anuncio. Todo él parecía perfecto.

–Casémonos –me dijo un amanecer, mientras me rodeaba con sus enormes muslos en el camastro de la base de la NASA, contemplando el todavía verde prado de Georgia a través de la ventana.

–Vamos a poblar este mundo, demonios, y a defenderlo. Alguien tiene que hacerlo. ¿Por qué buscar soluciones fuera?

Clavó sus claros ojos en los míos, como quien pesca un atún en el océano y no lo suelta.

–Tú eres como yo, Yu jei, quieres establecerte y llenar todo de luz. A la mierda las teorías y las probabilidades. –Se colocó sobre mí, cubriéndome con todo su cuerpo–. Nosotros dos, aquí y ahora, en este mundo. Eso es una realidad. Y podríamos tener hijos, algo pequeño, tuyo y mío, algo que veríamos crecer. Algo palpable y real.

Por un momento, su sueño me drogó, lo reconozco. Y así fue cómo me casé con Ralph Jameson. Pero no era mi destino.

Yo tenía que salvarlos a todos, sabía que era lo que estaba escrito. No duré ni ocho meses en el piso que alquilamos en Atlanta. Recuerdo la última discusión.

–Pero ¿qué coño, Yu Jei? ¡Hicimos planes! ¡Prometiste…!

–Lo siento.

Algo tiraba de mí. Algo que no podía (y tal vez no quería) detener. Toda una mezcla de deber, pasión, amor por las estrellas. El vago recuerdo de Kinaya, quizá. Pero, sobre todo, la sensación de que si no intentaba salvar a la humanidad, mi vida entera no tendría sentido. Era aquello para lo que había sido educada.

–¡Yu Jei! –imploró Jameson. Fue conmovedor ver a un hombre tan grande al borde de las lágrimas–. ¿Qué estás haciendo? Nuestra hija está encargada, el embrión concebido *in vitro* y congelado nos espera. Esa pequeña criatura, hija de tu carne y de tu sangre y de la mía, ¡podría entrar en el útero artificial en pocos meses, si queremos! ¿No es ese nuestro sueño?

Me acerqué y le rocé suavemente la enorme mano tendida hacia mí. Era su sueño, quedarse aquí, establecerse y tener esa familia. No el mío.

–Si finalmente decides tener a nuestra hija, la cuidarás muy bien. Sé que lo harás. Y ella será inteligente y sabrá cuidar de ti también.

Él se quedó en silencio mientras yo recogía mis escasas pertenencias y llamaba a la doctora Drovnik para ver si me aceptaban de nuevo en el proyecto –y accedió–. Mi sustituto no estaba dando los resultados deseados y la misión se acercaba.

Mi marido, Ralph Jameson, se quedó allí sentado en nuestro apartamento de Atlanta. Apenas volvimos a hablar hasta que vino a la ceremonia de lanzamiento del proyecto, la fiesta en la base de la NASA, cuando se sentó conmigo en la mesa de pilotos, bajo la mirada glacial de Kinaya.

Le pregunté si había seguido adelante con su plan de tener a nuestra hija. Me dijo que esperaría algún tiempo, a tener estabilidad laboral en su nuevo empleo. Pero desde luego estaba ilusionado con la posibilidad.

–La llamaré Emma– me dijo. En el tono de su voz asomó algo cálido, parecido a la ilusión.

EMMA

La doctora Drovnik quiso presentármela, al poco tiempo de llegar. Sentí una vibración, algo que me unía a esa joven, mi hija biológica. Pero en realidad éramos extrañas.

Dicen en mi país natal:

望
子
成
龙

"Desea que tu hijo sea como un dragón." Y allí estaba ella. Radiante, inteligente, luchadora. Era más que suficiente. No me sentía con ningún derecho a perturbar su vida, que parecía serena y feliz. Era mejor así, yo siempre prefería no molestar.

¿O lo hice tal vez por mí? ¿Para no perturbar *mi* vida, la vida que acababa de empezar con Valente, la familia que ya estaba empezando a formar con ella? Ojalá fuese fácil distinguir cuándo soy yo quien quiero algo o son los demás los que lo quieren de mí. Ojalá hubiera señales luminosas, como en un aeropuerto que te marca el camino para que no puedas equivocarte.

Quizá la vida no es más que una aproximación infinita al acierto, avanzando error tras error. Desde luego, así es la mía. Errada desde el mismo inicio.

No me gustan los malos recuerdos, pero a veces no queda más remedio que abrir una rendija y asomarse a la oscuridad.

Siento un fuerte pinchazo en el estómago.

En estos últimos minutos de mi vida, pues me noto agotada y temblorosa, con la garganta hirviendo y la piel en carne viva, regreso al lugar donde empezó todo.

48 AÑOS ANTES

"Un cuerpo permanecerá en un estado de reposo (velocidad cero), o de movimiento a velocidad constante, mientras ninguna fuerza externa actúe sobre él" – 1ª Ley de la Inercia.

Mi madre nació en la Nueva China, en la que –al menos en teoría– ser mujer ya no era una deshonra, pero aun así su familia la abandonó en un orfanato, donde tuvo que ganarse el pan.

–*Jífēng zhī jìng cǎo*, "*Con el viento fuerte se conoce la resistencia de la hierba*". Nosotras somos muy fuertes, Yu Jei. Tenemos que ganarnos nuestro sitio.

Eso es lo que sé.

–Si no vas a ser útil a los demás, hija, digna de esta familia, más vale que no hubieras nacido.

Eso es lo que aprendí.

Desde muy pequeña, pero sobre todo desde que tuve edad para acompañar a mi madre a sus cenas benéficas, mi destino quedó sella-

do: yo debía ser aún más dadivosa, desprendida y ayudadora que mi madre, ayudar a cientos de personas cada mes. Y –¿por qué no?– quizá incluso al mundo entero.

–Si puedes ayudar a una persona, eres muy valiosa, Yu Jei, pero si puedes ayudarlos a todos, serás la persona más valiosa del mundo.

Ya me llevaba de la mano, tras convertirse en una empresaria de éxito en el mundo de los cosméticos, a las espléndidas fiestas benéficas con las que la nueva sociedad dorada de Pekín se lavaba la cara… y, algunos, como mi madre, su sentido de culpa.

–Esta es mi hija, la pequeña Yu Jei –me presentaba mi madre, pasándome de unas manos a otras–. Le gustan mucho las ciencias. Tal vez sea una gran médica e inaugure clínicas solidarias. Ya nos cuida mucho a todos en casa, ¡se encarga de todo ella sola!

Me veo con nueve años correteando por la casa de un lado a otro, terminando mis deberes, recogiendo la compra, yendo y viniendo de la escuela, acompañando a mis hermanos a sus clases de música o a su patio de juegos. Una verja me separaba de esa dichosa algarabía de críos que reían y saltaban. Tanto solía distraerme mirándoles, cuando mi madre no me necesitaba, que una vez se me quedó la cabeza enganchada entre las rejas y tuvieron que llamar a un cerrajero para liberarme.

–Qué desastre, Yu Jei, qué humillación. Tsk, tks, tsk –chistó mi madre al ver la vergüenza que había traído a la familia–. La gente viéndote aquí todos los días, ¡como si no tuvieras nada que hacer!

La escuchaba con las orejas rojas, pues había intentado extraer yo misma la cabeza de la verja sin éxito. Todos los niños se reían de mí y me señalaban. Yo intentaba sonreír, como si aquello no fuera conmigo.

¿Fue eso lo que me llevó al hospital con doce años? No lo recuerdo bien. El cerebro es muy inteligente y borra aquello que le causa vergüenza o dolor. Hace bien.

Sólo recuerdo a una doctora muy amable examinando mi estómago, tras tres horas tumbada en la cama de la habitación del hospital, donde me habrían llevado por vomitar. Siempre tenía la tripa revuelta y dolorida.

–¿Te duele, Yu Jei?

Me eché a llorar.

–¿Qué ocurre, pequeña?

¿Cómo explicarle a la doctora que sentía la mirada de mi madre desde la lejanía de mi casa, que me sentía culpable por haber desperdiciado tres horas de mi vida descansando en esa cama, cuando debería haber estado estudiando, o ayudando a mis hermanos, o preparando la fiesta de los niños con cáncer del hospital provincial?

Y entonces la doctora se acercó a darme un abrazo para tranquilizarme. Incluso ese pequeño movimiento me produjo un pinchazo de culpa. ¿Por qué me abrazaba? No había hecho lo que tenía que hacer. Debería estar con mi madre y con los míos, y no recibiendo este cariño gratuito e inmerecido.

Estudié con ahínco en cuanto llegué a la adolescencia. Soñando con escapar de allí, o eso pensaba. Pero en realidad, ¿decidí yo alistarme como astronauta y ofrecerme al Proyecto *Paradiso* para ayudar a la humanidad o estaba todo decidido de antemano?

Estoy agotada.

Respiro profundamente y, en estos últimos momentos de mi vida, me recreo en las imágenes más hermosas que he conocido.

Mis hermanos correteando detrás de nuestro perro de agua, *Ventisca*. La lluvia interminable de la temporada de monzones, que arrastraba consigo toda la oscuridad. El planeta Tierra, azul, orgulloso, exuberante, rompiendo la negrura del espacio con su arrebato de vida.

Me pierdo por un momento en los labios tiernos de Kinaya, y por primera vez en estos años, le digo adiós y la veo marchar en paz. Como si hubiera cumplido una misión que yo no he sido capaz de cumplir.

Me veo reflejada en los ojos imperturbables de Bianca Valente, que nunca me consideró insignificante e inútil como siempre me he sentido.

–Eres grande y llena de color como una de esas galaxias que describes. Casi puedo verte.

Reíamos como dos chiquillas que juegan en un charco a espaldas de sus padres. Con el placer de algo exquisito y travieso. Y después nació nuestro pequeño Marco, tras nueve interminables horas de parto en

las que el valor de Bianca me dejó sin habla. Mi familia. Mi propia familia. Que me quiere pese a mi inutilidad constante y mi incapacidad para salvarlos a todos.

El pequeño rostro de Marco es cálido como una fruta salvaje al sol. Siento ganas de guardarlo en mi regazo y protegerle para siempre, que el viento del mundo no pueda tocarle ni herirle. Bianca y su fuerza nos mantienen a flote. Mi familia. La manita de mi hijo de dos años aferrada a mi dedo meñique mientras ríe caminando junto a mí es la última imagen que veo.

Ojalá mi paso por este mundo haya servido de algo. Ojalá en mi epitafio se escriba: "Viajó a las estrellas y nos trajo luz".

Tomo aire una última vez.

SEIS MESES DESPUÉS

"Cuando una onda luminosa incide sobre una superficie lisa que separa dos medios es reemitida hacia la fuente. Pero si la velocidad de propagación luminosa es distinta en cada medio, el rayo es desviado y se produce la refracción". Principio de refracción.

–¡Está despierta!

Las voces que oigo suenan alborozadas, sorprendidas. Me cuesta abrir los ojos.

–No haga esfuerzos, piloto Yu Jei, despacio.

Es como si alguien abriera una puerta frente a mí. Si no fuese científica, por un momento habría pensado que estoy en el cielo. Siento una luz cegadora más allá de mis párpados, y mi dolor y la quemazón en la garganta y la piel han desaparecido por completo. Es como si flotara y pudiera danzar, etérea, en la levedad del aire.

Esto debe ser sentirse en paz.

–Ha estado durante seis meses en estasis en la cápsula de hibernación de la nave de Ludger van der Alt, mientras los medicamentos hacían efecto. Su cápsula es la única que ha seguido en funcionamiento, menos mal que podíamos contar con ella…

La voz se aparta, y deja paso a otros murmullos y a unos pasos. Abro la boca y alguien me acerca un recipiente con una pajita y líquido. Agua. Jamás creí que pudiera ser tan sabrosa. Es como si llenara mi cuerpo del verdor de los bosques.

Con mucho esfuerzo y la voz rasposa, logro articular una pregunta:

–Ethan… el chico que encontré, perro…

–Calma, calma. –La voz me tranquiliza y posa una mano en mi frente–. Sobrevivieron, los dos. Ahora forman parte de la colonia. Pronto podrás verlos.

Respiro aliviada.

Alguien apaga la luz más brillante. Por fin abro los ojos. Estoy, efectivamente, en una cápsula transparente, con la tapa izada. Oigo personas a mi alrededor, pero sólo veo dos figuras junto a mí: Bianca y el pequeño Marco, que ya casi levanta un metro del suelo. En estos seis meses debe haber cumplido tres años.

Debo levantarme, debo ayudar a Bianca, que intenta acercarme al niño. Seguro que estará agotada, todos estos meses sola con él, y llevando adelante el refugio…

Ella posa su mano en mi pecho, suavemente hace que me tumbe de nuevo.

–Descansa.

Respiro largamente y trago saliva. Se me escapan las lágrimas. Ella lo sabe. De alguna extraña forma, es la única que puede verme.

LES ENTIENDO PERFECTAMENTE

L. A. S.

LES ENTIENDO PERFECTAMENTE

LUNES

Les entiendo perfectamente, señores. Tienen que pensarlo bien, es normal, es una compra importante.

¿Han echado un vistazo a nuestro catálogo? No me cabe duda de que disponemos exactamente de lo que precisan. Pero, claro, es normal que tengan que reflexionar. Les serviremos un poco de champán y les dejaremos a solas.

Verán, a mí me ocurre lo mismo, se lo juro. Cada vez que tengo que tomar una decisión importante, ¿saben lo que hago? Me tomo un descanso de quince minutos y juego en RETINA a un videojuego *online*, Solina, ¿lo conocen? ¿No? No tiene importancia. Me ayuda a desconectar, me siento descansado.

¿Saben qué? Les dejaré aquí tranquilos, para que examinen la mercancía. Todo está extremadamente vigilado, por supuesto… ¡Es broma! Me fío de ustedes, faltaría más. Pónganse en contacto conmigo en cuanto tomen una decisión.

Les paso por RETINA mi tarjeta.

L. A. S.

D-FENCE CORP

MARTES

Buenos días, señores… y señora. Creo que no hemos sido debidamente presentados. En su RETINA tienen mi tarjeta:

L. A. S.

D-FENCE CORP

Efectivamente, nada de nombres, por favor. Todos entendemos que es un asunto delicado el que nos ocupa, ¿verdad?

¿Quién les ha puesto en contacto conmigo? ¡Ah, el secretario adjunto de Asuntos Exteriores! Por supuesto, le conozco, hemos tenido tratos anteriormente.

No sé si lo saben, pero yo también he perdido a un primo, ¿saben? Fue por la Primera Ola, la primera inundación. Tengo entendido que en su país ha causado estragos… ¡Es terrible, terrible! Y, por supuesto, Estados Unidos y China son los principales responsables del Cambio Climático y ellos se niegan a detener sus emisiones de CO^2.

Lógicamente, comprendo perfectamente que, ante esta situación, los recursos de su país se han visto, ehm, drásticamente reducidos. Y claro, entiendo que su decisión implica la inversión de una importante suma de dinero y su país no es como Estados Unidos: imagínese que dicen que la NASA está financiando en secreto un viaje de cinco naves a otros planetas. ¡El Proyecto *Paradiso*, lo llaman! Derrochar una suma así de dinero en unas naves que tardarán al menos quince o veinte años en estar preparadas para viajar… y para una misión que no tiene garantía ninguna de éxito. ¡Con todos los problemas que tenemos en nuestro propio planeta ya!

Claro, su gobierno no es tan solvente y entiendo que un desembolso como el que se plantean para comprar nuestra mercancía puede ser un sacrificio import... No, no: no quiero insinuar con ello que no dispongan de efectivo; estoy completamente seguro de que es así… Por supuesto, por supuesto. No pretendía ofenderles, siéntense. Ya sé que ahora no se habla de "Países en vías de desarrollo" y no quería faltar el respeto... Créanme, es una situación de lo más habitual, no necesitan darme explicaciones.

Como les habrá contado el secretario de Asuntos Exteriores, nuestra mercancía es de primerísima calidad. Testada, garantizada. Pueden confiar en nosotros.

Les dejo que echen un vistazo y les envío por RETINA la tabla de precios. Un saludo, señores y señora. Estamos en contacto.

MIÉRCOLES

Disculpen, acabo de aterrizar de un vuelo de catorce horas. Me presento…, bueno, nada de nombres, por supuesto. Ahí tienen mi tarjeta en su RETINA:

L.A.S.

D-FENCE CORP

Por supuesto, entiendo perfectamente sus motivos. Su país se ha convertido en una dictadura. He oído que su grupo tiene a varios miembros encarcelados… ¿Saben? Yo mismo, en mi país natal –guardaremos el secreto sobre cuál es– perdí a una prima en una manifestación que fue brutalmente reprimida por la policía. Treinta y tres muertos. Sí, increíble.

Con toda la situación mundial, el Cambio Climático y sus inundaciones, las crisis bursátiles…, estamos involucionando, sin duda. Es normal que, con todo lo que está pasando a nivel climático, y el retroceso en derechos, cada vez haya más migraciones. Sin ir más lejos, un primo de mi mujer perdió la vida huyendo de la Primera Ola, la primera inundación. Y el país vecino se negó a acoger a los refugiados climáticos: indignante.

Señores, sé que tienen reservas ante la utilización de esta mercancía para sus fines. Lo entiendo perfectamente: lo ideal sería que la lucha por los derechos humanos fuese pacífica, pero claro, si esos gobiernos fascistas utilizan todo tipo de armamento para reprimir a su pueblo, la desigualdad no hace más que aumentar. ¿Acaso no es eso lo que todos buscamos, equilibrio, un poco de justicia en este mundo? ¿No es acaso la libertad el bien más sagrado que debemos proteger a todo precio?

Miren, ¿saben lo que voy a hacer? Voy a dejarles que den una vuelta por el almacén y echen un vistazo a la mercancía. Tienen la lista de precios y mi contacto en su RETINA.

Yo me retiro a descansar, tengo reuniones toda la semana. Días agitados en el mundo, señores y señoras.

JUEVES

Señoras, señores, buenas tardes. ¿Han echado un primer vistazo ya a la mercancía? ¿Sí? Bien, son ustedes muy rápidos.

Por supuesto, les entiendo perfectamente: la situación en su país es delicada, leo las noticias, ¿saben? En mi profesión, es imprescindible estar informado, tomar el pulso a la estabilidad mundial… Ja, ja, ja, sí, exactamente, para valorar a los posibles clientes.

Suena crudo, dicho así, y más en estos tiempos. Pero en fin, es un trabajo y alguien tiene que hacerlo. Prestamos un servicio: ustedes tienen un problema y nosotros les proporcionamos las herramientas perfectas para solucionarlo.

¡En absoluto intento frivolizar la situación de su país, no se equivoquen ustedes! Estoy al tanto de todo, les acusan de ser una dictadura…, total, por meter entre rejas a aquellos que incumplen la ley. ¡La ley, algo sagrado, justamente lo que nos diferencia de las bestias! Totalmente comprensible que castiguen con dureza a quien la incumpla, sin duda. Y claro, el país, con tantas huelgas y manifestaciones, es imposible que prospere. Es algo que jamás supieron entender los progres y los neoecologistas de grupos como Terra Mater: la libertad es para ingenuos, no tiene mucha cabida en nuestra economía de mercado.

Entonces, ¿están decididos? Por supuesto, ¡qué otra salida les va a quedar, sino la represión de ese movimiento que convulsiona el país! Miren, en esta ala podrán ver la nueva versión de las balas inteligentes "EXACTO", podemos hacer una prueba. Siguen incluso a un blanco en movimiento. Increíble, ¿verdad?

Y lo último que nos ha llegado –si quieren permitirse un caprichito– son estos lanzacohetes termobáricos *Solntsepyok* de última generación: su explosión ha sido comparada a una minibomba atómica, pero fíjense, son pequeños y manejables. Si siguieron las noticias y las holoimágenes de la última guerra en Nigeria verían cómo funcionan… Exacto: son muy controlados y eficientes, el radio es pequeño, pero el impacto es mortífero. Sí, sería perfecto para una manifestación, por ejemplo, y sin poner en riesgo a su brigada de policías; me consta que

los insurrectos de su país tienen también armamento que pueden decidirse a usar…, pero... chitón, yo no les he dicho nada.

¿Se deciden entonces? Magnífico, vayan anotando. Les paso mi tarjeta de nuevo, ya que cambiamos el contacto cada dos semanas por seguridad, y quedo a la espera de su decisión.

L.A.S.

D-FENCE CORP

El envío se realizará por los canales habituales. Un placer hacer negocios con ustedes, como siempre.

VIERNES

Oh, disculpe, es usted nuevo, estoy acostumbrado a tratar con el señor G. y pensaba, al tratarse de su país…

Le paso por RETINA mi tarjeta de contacto:

L.A.S.

D-FENCE CORP

Claro, ustedes aspiran a ser elegidos, por supuesto. Sabíamos del proceso electoral, sin duda, pero no teníamos datos aún de los candidatos presidenciales y sus partidos.

Y me dice, entonces, que parte de su programa es solucionar el conflicto territorial con sus vecinos de… Le entiendo perfectamente. Con las heladas que han dejado casi inhabitable buena parte de Europa del norte y las inundaciones que se han tragado costas enteras, es muy importante poder delimitar y proteger tu territorio.

¡Oh, esas hordas de inmigrantes! No me hable usted de ellas. ¿Sabe? Justamente por eso mi mujer y yo nos mudamos. Estábamos cansados de ver las calles cada vez más llenas de extranjeros, que viven de las limosnas del gobierno. ¡Como si los ciudadanos de bien no tuviésemos suficientes problemas!

Entiendo, entonces, que estarían interesados en un gran arsenal para defender sus límites territoriales, aviones, misiles antitanques, drones de combate, bombas de racimo… ¡Ah! ¿Disculpe? ¿No es eso lo que quería? Le habré entendido mal.

Ah, comprendo: busca algo más económico, pero a la vez preciso y efectivo, algo que desestabilice a su país vecino y que decida a sus compatriotas a votar por una opción más conservadora y con medidas extremas.

Mire: llevamos ya muchos años de tratos con su gobierno. Como ustedes van a ser los próximos en dirigir su país, y hay confianza, les puedo hablar de nuestra subsección ZE. Pocas personas la conocen…, de hecho, si no le importa, ¿podría desactivar su RETINA? Preferiría que no quedaran pruebas de esta conversación.

ZE es nuestra sección de militares a sueldo. Son unos magníficos profesionales y doy fe de que trabajan con mimo. Pueden elegir un objetivo táctico y, en menos de dos meses, fabricar el atentado a la carta. Del tipo que prefieran: islámico o religioso, anarquista, neonazi, radicales contra el Cambio Climático… Nómbrelo y lo tendrá. Son expertos en técnicas de guerrilla urbana. Si les dan seis meses, incluso pueden reclutar a fanáticos locales para que se inmolen, con lo que no quedaría absolutamente ninguna duda de la autoría.

Por supuesto, ustedes deciden el alcance y número de víctimas. Ya saben que si las víctimas son niños o adolescentes, o el atentado tiene lugar en épocas como la navideña, el impacto emocional es mucho mayor en los votantes. Claro que les advertimos que no siempre da los resultados esperados, claro, pero… ¡oh, sí, seguro que en su país funcionará! No me cabe duda. Lo tienen todo perfectamente planeado.

Sí, desde luego, es una idea magnífica: desestabilizar su régimen y aprovechar después la debilidad de su mercado… No digan más. La división ZE es lo que necesitan. Le paso los precios de las distintas opciones por RETINA.

Le aseguro que quedarán satisfechos.

SÁBADO

Señores y señoras de la Junta Directiva de D-FENCE CORP: como pueden ver por los informes de venta, nuestros activos cada vez son

más solicitados y los beneficios han experimentado un crecimiento del 12 % en los últimos dos trimestres.

Sí, por supuesto, la situación mundial es tremendamente propicia: los desastres ambientales generan un caldo de cultivo realmente aprovechable… Protestas, desestabilización, disputas territoriales y por cuotas de refugiados. El hambre, que siempre viene acompañada de guerras, favorece también: si echan un vistazo a los datos, verán que nuestros beneficios en países directamente afectados por las grandes inundaciones y el permafrost han aumentado los beneficios en más de un 40 %; y aunque esos países, la mayoría en vías de desarrollo, no suponen más de un 25 % de todas nuestras ventas, sin duda cualquier ingreso extra es bienvenido. Además, el miedo generado por el anuncio de la posibilidad del choque con el asteroide Prim-34, anunciado hace dos semanas, favorece la radicalización.

Efectivamente, señores: nuestras tácticas de desestabilización ayudan. Hemos infiltrado agentes en actividades delictivas o en movimientos contra el cambio del clima, incluso tenemos algunos en la misma firma del Tratado de Taipei. Y uno de nuestros clientes ha recuperado el control de su país gracias a nuestro servicio de presidentes autoproclamados a sueldo. Desde luego, ha decidido a algunos clientes dudosos a invertir en nuestros productos. Cómo los usen ya no es responsabilidad nuestra.

Me alegra que se sientan tan satisfechos. Tenemos un equipo muy bueno, no soy el único a quien deben felicitar. Por cierto, el departamento de investigación tecnológica me ha prometido mañana una nueva arma, algo impactante, que podría venderse rápidamente.

Les mantendré informados, señores y señoras.

DOMINGO

Señores, comencemos esta reunión de empresa. El primer punto es nuevas adquisiciones. Por lo que habéis explicado en el dosier, lo que tendríamos entre manos es la posibilidad de comprar –y vender después al mejor postor– un nuevo virus altamente contagioso. Oh,

cierto, una mutación de un virus que ya existe de forma natural. Y dice que la nueva cepa modificada genéticamente se transmite vía... ¿anaeróbica? Oh, sí, cierto, aeróbica. Es decir, se contagia a través del aire y tiene una tasa de infección de... ¿más del 50 % tras un primer contacto?

Entiendo que un virus tan infeccioso y que además entra en acción tan rápidamente puede ser muy codiciado, sin duda, como arma de guerra. ¿Ah, cómo es eso? Entiendo. Es decir, que al tratarse de una mutación de un virus existente, nadie pensaría en un ataque, por lo que podría servir como arma para desestabilizar, o incluso destruir, una zona concreta, sin peligro de que se inicien represalias contra el país o grupo atacante. Muy sibilino, sin duda.

¿Y este virus…? ¿Qué nombre tenía, por cierto? Hendra. Tenemos compradores interesados por la zona de África, en la zona del Nilo, podemos aprovechar para renombrarlo con algún elemento del lugar.

Ajá, perfecto, así que el laboratorio en cuestión está investigando la vacuna y creen que en breve podrán encontrar una. Entiendo que se trata de un laboratorio independiente, y cuenta con cuantiosa financiación… Sí, sin duda, es un negocio como otro cualquiera. Esperemos que no se acabe la financiación y nos quedemos sin vacuna.

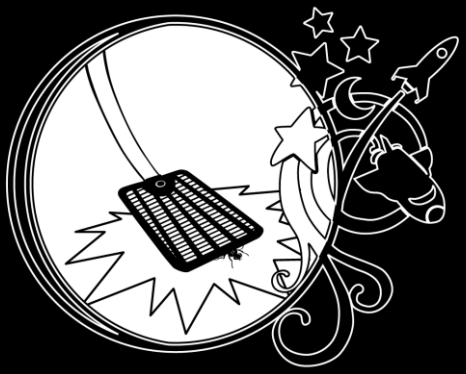
¡Es una broma! Ya sé que vuestros contactos son personas responsables, que no van a dejar que todo se salga de nuestro control; es verdad que es una sustancia peligrosa. Además, cuanto antes la encuentren, mejor: la vacuna puede venderse a precio de oro. ¡Ganancias con el virus y ganancias con la cura! Ese es un negocio en el que se gana por todos lados, como a mí me gusta. Estad al quite y metedles prisa con la investigación.

Sí, desde luego son víctimas civiles pero, ¡eh!, como yo digo siempre, nosotros sólo vendemos un producto, cómo lo usen los clientes es responsabilidad de ellos. Nosotros, afortunadamente, no tenemos que preocuparnos por cuestiones morales, no tenemos elecciones ni votantes ante los que responder –sólo ante la Junta Directiva y esta entiende únicamente una palabra: beneficios. Cierren el trato y la semana que viene podremos vender las primeras dosis.

Gran trabajo, J.

Recomendaré su ascenso.

GRIETAS POR LAS QUE SE CUELAN LAS VÍBORAS



PRESIDENTA NEWPORT-JACKSON

GRIETAS POR LAS QUE SE CUELAN LAS VÍBORAS

Terminas de maquillar tu rostro, surcado ya por algunas arrugas, antes de salir a la rueda de prensa. Sólo polvos compactos y un toque de carmín. Hace ya muchos años que no te tiñes las canas: no son tiempos para lujos, sueles decir. Y eso, esa humildad, ese sentido de la responsabilidad, te ha ganado el respeto de millones de votantes. Una y otra vez.

–Presidenta –te avisan–. Cuando desee.

Seguramente estás repasando el discurso en tu mente. Tienes tanta responsabilidad sobre tus hombros que tu espalda cada vez está más encorvada.

Tu asistente, la joven y entusiasta Sun Choi, te acerca una sobria chaqueta oscura que te queda un poco holgada. Pocas personas saben que has perdido peso últimamente.

–Está usted elegantísima. ¡Suerte! –te alienta Sun con una sonrisa enorme y contagiosa.

Tú sólo le aprietas con cariño el brazo. "¡Sabes tan poco sobre el mundo!", pareces decirle con ese gesto. El mundo, ese lugar que se ha hecho tan pequeño y tan oscuro en tan poco tiempo.

Caminas por el pasillo que da a la sala de prensa y se escucha cómo alguien te presenta y rotundos aplausos antes incluso de que salgas por la puerta al escenario. Una voz en *off* de algún informativo está retrasmitiéndolo todo: "La presidenta se acerca al estrado, seguida de su guardaespaldas, y la sala está llena de periodistas nacionales e internacionales. Se rumorea que va a anunciar..."

Tú sigues caminando con paso firme. Tienes ya setenta y tres años y, aunque hoy en día, gracias a los avances de la ciencia, no representan a una persona anciana como en el siglo XX, tu cuerpo desde luego ya no tiene el vigor y la energía de antes.

–… y con vosotros –resuena una voz por megafonía–, la quincuagésima segunda presidenta de los Estados Unidos, Sarah Newport-Jackson.

Las ovaciones crecen cuando tu figura, estrecha, levemente inclinada, pero distinguida, aparece con una ligerísima sonrisa. No son tiempos de celebraciones.

–Gracias. Ojalá fuera un placer estar aquí hoy con vosotros.

–¿Malas noticias, presidenta? –interroga un veterano periodista de la CNN.

–¿Acaso las hay de otro tipo, en estos tiempos?

Se oyen algunas risas tristes ante una de tus frases más célebres.

–Pero en realidad –cortas enseguida–, en este caso hay un rayo de esperanza. Y me alegra especialmente anunciarlas en un día como este, en que se cumplen quince años de la partida de las naves del Proyecto *Paradiso*, impulsado por nuestra agencia de la NASA. –Tomas aire y continúas–. Como sabéis, aunque redoblamos nuestros esfuerzos en la contención de la pandemia del virus Hendra del Nilo, nuestras ciudades más grandes están ya en alerta amarilla, y el número de infectados ha crecido exponencialmente: más de cien mil en las últimas cuarenta y ocho horas.

Desde la bancada, un centenar de periodistas toman notas de sus futuras preguntas mientras graban tu intervención. Por supuesto, a todos se les ha hecho un análisis de sangre antes de entrar para descartar contagio. No pareces tener claro por qué protegerte es tan necesario. Pero todos tus asesores insisten.

–Hace dos años anuncié una partida especial de veinte millones de dólares dedicada al descubrimiento de una vacuna.

Murmullos nerviosos en la sala.

–¿Se ha descubierto, presidenta?

–¿Hay una cura?

Se alzan las voces en un murmullo creciente. Tú aguantas la respiración mientras los *flashes* te iluminan. Y entonces sonríes. Ahora sí.

–Hay buenas noticias. Os podrá informar mejor que yo la persona que ha dirigido el equipo de investigación. Os presento a la doctora Guadalupe Cruz, que fue la directora más joven de Médicos sin Fron-

teras, reputada viróloga y una de las descubridoras del virus cuando tenía veinticinco años.

Dejas paso en la tarima a una señora también mayor pero algo más joven que tú, con similar buen aspecto, de ojos almendrados y vivos. Lleva puesta una bata blanca de médico: los asesores se lo aconsejaron. Así tomarán sus palabras más en serio. Incluso en estos tiempos parece ser necesario el *marketing*. Los aplausos y silbidos de jolgorio reciben a la doctora, mientras algunos periodistas ya comienzan a retransmitir en vivo.

–¡Parece que por fin se ha descubierto una vacuna! Vamos a escuchar las palabras de la doctora Cruz.

–*Un vaccin a été découvert par une femme médecin mexicaine...*

–*Byla objevena vakcína...*

–*Ozi ọma, ogwu...*

–*Sembra che la soluzione è stata scoperta, Guadalupe Cruz...*

Saludas calurosamente a la doctora: se nota que estás orgullosa. Y seguramente más aún por el hecho de que sea una mujer: siempre has reivindicado, desde tus días en la universidad, el decisivo papel que las mujeres estaban destinadas a jugar en el mundo.

–Buenos días. –La doctora se dirige al público en un inglés con delicado y musical acento latino–. Después de dieciocho meses de esfuerzo, con un equipo de treinta y dos especialistas en medicina y virología, hemos conseguido desarrollar una vacuna para el virus…

Los vítores de la propia bancada de periodistas interrumpen su intervención. Probablemente te emocionas tú también. ¡Has estado tan preocupada por esto! Contemplando cómo día tras día tu adorado país iba quedando más endeble ante los envites de un enemigo microscópico y reuniéndote con mil y un analistas, impulsando proyectos e investigaciones, abriendo centros de salud e intentando que no estallara el caos que hiciese tambalear la ya delicadísima economía.

Se te escapa una lágrima y la secas con uno de tus dedos. Respiras hondo. No te importa –nunca te ha importado– que el público pueda vislumbrar tus emociones: ni la alegría ni la conmoción.

La doctora responde las preguntas que periodistas le están haciendo sobre los detalles más científicos.

–Es una vacuna de vector recombinante. Actúa como la infección, y enseña al sistema inmunológico a defenderse de la infección real. Dada la peligrosidad del virus…

Quince minutos después, cuando la doctora ha terminado sus explicaciones, subes de nuevo al micrófono para dar detalles sobre la administración:

–De momento disponemos de 500.000 dosis, que están siendo repartidas ya en distintos puntos de nuestra geografía. El primer grupo en ser vacunado serán los menores de dieciséis años. En los puntos de información podéis solicitar cita. ¡No olvidéis seguir saliendo a la calle con mascarilla y protección! –Tomas un sorbo de agua–. ¿Alguna pregunta más?

Un veterano periodista levanta la mano:

–Presidenta Newport-Jackson, hace veinte años derogamos la vigesimosegunda enmienda y es usted la presidenta con más años en el cargo, pues ha sido elegida ya cuatro veces.

–He tenido el honor de dirigir nuestra nación en varias ocasiones en los últimos veinte años, sí, salvo los dos oscuros mandatos del presidente Grund.

Risas.

–¿Planea presentarse una quinta vez?

–¡Esperemos que sí! –Risas, de sincera alegría, también por parte de la audiencia–. Ahora hay esperanzas.

Más aplausos. Te despides y sales del escenario con la cara arrebolada de emoción. Es para días como este para los que vive una presidenta, sueles decir.

El resto es relleno.

Sun, tu vivaz asistenta, te acompaña pasillo abajo de nuevo, recordándote las citas para mañana: Baltimore a las 6pm, discurso de bienvenida a los refugiados, tras la sesión plenaria en el Congreso. Después, cena con el alcalde.

–Y no se olvide de las pastillas de hierro. Y la crema de las manos, he conseguido esa de oliva griega…

–Sí, sí. –Tus ojos distraídos parecen estar enviando mensajes por RETINA: aunque es la misma red de bio wifi que todos llevamos ya

instalada en un chip en el cerebro desde hace veinte años, a las personas que erais ya mayores cuando se inventó os puede dar problemas, pero insististe en usar lo mismo que tus votantes. Seguramente le estás diciendo a Henry y las chicas que te esperen en el hotel. Cuando terminas, te vuelves hacia la joven:

–Me viene muy bien esa crema, gracias, Sun.

–¡Encantada! Pero deje que yo envíe esos mensajes, por favor… Usted ya está demasiado cansada.

Asientes. El uso de RETINA te ha estado creando problemas –como a muchos de los nacidos previamente a la inserción del chip en la infancia–. Retinosis, así lo llaman. Pero nadie lo sabe, salvo tu familia y personas de confianza, como Sun. Así que le pasas los datos y respiras hondo, quizá preparándote para descansar.

Pero hoy no va a ser una de esas placenteras noches de celebración. Seguramente lo intuyes en cuanto ves cómo se acerca el presidente de la mayoría del Congreso, McHolland. Cuando le conociste comentaste que su rostro te recordó a un poliedro, algo que pincha. Te yergues de inmediato, sin percatarte de tu gesto de incomodidad. Pero eres transparente; otro de los rasgos por los que el pueblo ha confiado en ti en estos tiempos confusos.

En cuanto McHolland llega hasta ti, levantas la mano dejándole con la palabra en la boca.

–Si no te he contestado a tus mensajes, Mac, es porque esta noche es para mi familia.

–Presidenta, disculpe, pero esto no puede esperar.

Camina junto a ti a paso ligero.

–El… –baja la voz–, el Consejo de Presidencia tiene que reunirse hoy, antes de la sesión del Congreso de mañana.

Te detienes. Odias que ejerzan presión sobre ti, pero el grupo de McHolland es fuerte en el partido, más que tu minoría. Has contado muchas veces cómo se hizo con la mayor parte de los apoyos gracias a tácticas fraccionales que, en cualquier otro momento de la historia, hubiesen supuesto la expulsión de un partido democrático, pero en estos tiempos no se podía poner en riesgo la reelección.

En el fondo, quizá intuyes que si sigues como presidenta es gracias a la popularidad que te has ganado de cara al público, y no a un verdadero respaldo de tu partido en los últimos tiempos. Muchos piensan que eres demasiado mayor; otros, que tus políticas sociales no son aptas más que para tiempos de bonanza. Y aún quedan dos años hasta la próxima Convención Nacional, y uno para la precampaña de candidatos.

–Hemos preparado el salón Tampa, por aquí.

Rechinas los dientes, muy bajito, apenas se oye. Y con un suspiro decides seguirle por los pasillos de la Casa Blanca, no sin antes hacer una llamada a tu hija mayor.

–Aaliyah, ya sé lo que me vas a decir, pero…

La decepción súbita en tu rostro muestra que Aaliyah ha colgado la llamada y que la adolescente también sabía lo que le iba a decir su madre.

No te verán esta noche.

El salón es elegante, demasiado para esta crisis. Algo parece bullir en tu interior, el ácido gástrico, o quizá el desprecio. Ocho miembros del partido esperan dentro, ya sentados: cinco mujeres y tres hombres, más McHolland, que toma asiento en el otro extremo de la mesa rectangular, frente a ti. A veces las metáforas son odiosas.

–Se trata de la vacuna –comienza Esther Vada, Secretaria de Defensa–. ¿Cuáles son los planes?

–Bueno, ya habréis oído el plan que ha elaborado el servicio de emergencias junto con la doctora Cruz. Vamos a distribuirla por las capitales, y después…

–Los que nos interesan son los planes *internacionales* –la interrumpe ahora Ford, congresista por Texas.

Tu rostro acusa una súbita intuición, un pálpito. ¿No estarán pensando…?

–Pues, por supuesto, la doctora, que ni siquiera es estadounidense, sino mexicana, compartirá la fórmula con los países que la necesiten.

–¡Compartir! ¡Ni siquiera vender! –exclama Esther Vada, mirando a los ojos del resto de congregados, como si confirmara una teoría–. ¡En estos tiempos de crisis para nuestro país!

–Podemos vender, a precios económicos, algunos miles de dosis, pero tardaremos mucho en producirla, enviarla…, muchos países están en verdadero peligro. Es mejor compartir la fórmula y que en todo el mundo empiece a fabricarse.

–En realidad –Ford tamborilea con los dedos en la mesa–, nuestra propuesta es otra: no compartirla, en absoluto.

Tragas saliva. No dices nada. Ford infunde pavor, con su rostro pulcramente afeitado, brillante. Demasiado brillante para estos tiempos oscuros.

Un moscardón comienza a revolotear sobre vuestras cabezas, alrededor de la enorme bombilla de la lámpara que cuelga sobre vosotros.

–¡Qué barbaridad es esa! –exclamas, con el rostro encendido–. No podemos abandonar al resto del mundo. La mayoría de los países de África, Centroamérica, incluso algunos de nuestros aliados de Europa, están al borde de resultar diezmados.

–Eres la presidenta de Estados Unidos –dice, lentamente, la congresista Vada–. De Estados Unidos. ¡No del mundo! Te debes a TUS votantes, no al planeta entero.

En tu frente empieza a perlarse el sudor. Pareces dudar. Entrelazas los dedos. Pero…

–Pero… está en nuestra mano salvar miles de vidas. ¡Millones! Sólo vamos a pasarles la fórmula. Los países del norte de Europa, que por su clima se han mantenido más a salvo de la pandemia, mantienen sus instalaciones y su tecnología. ¿Qué nos importa darles la fórmula, si no va a costarnos nada de dinero?

El moscardón continúa volando, con un molesto zumbido, más fuerte aún en el silencio de la sala. Choca contra la bombilla.

–No directamente. Pero sí a la larga –replica Vada, y busca unos datos en su RETINA que te envía por mensaje digital–. Arrastramos una recesión de más de diecisiete años. El comienzo de la pandemia del Hendra del Nilo, las dos Olas de inundaciones que han arrasado la costa pacífica, Nueva Inglaterra y la península de Florida, y el cam-

bio climático, la construcción de decenas de refugios por si no conseguimos detener al asteroide…

–Las cúpulas Bolonkin asegurarán la supervivencia de la especie y de cientos de miles de conciudadanos si el asteroide finalmente impacta contra…

–No digo que no sean necesarias, presidenta Newport-Jackson, pero todas esas catástrofes han golpeado duramente la economía. ¿Y sabe qué país está resistiendo a todo? Rusia.

Tragas saliva. El moscardón choca una y otra vez, obstinadamente, contra la enorme bombilla. McHolland extrae un matamoscas de un cajón bajo la mesa y lo blande en el aire al hablar, como para corroborar sus palabras.

–Así es –concuerda este, con su rostro anguloso y desapasionado, pasando más datos a su vez–. Su clima frío les ha protegido, de momento, de perecer ante la epidemia. Están entre los países menos afectados y cuando las temperaturas han bajado por la interrupción de la Corriente del Atlántico Norte a causa del cambio climático, en Rusia estaban más preparados que nuestros convecinos de Europa Central y del Sur. Sus terrenos son extensos y muy por encima del nivel del mar, apenas han sufrido con las Olas de inundaciones. Su tecnología ha mejorado. Además, creemos que el grupo de *hackers* que nos tiene en vilo puede proceder de allí, creemos que destruyeron una de las naves del Proyecto *Paradiso*, la comandada por la piloto Marisa Morelli.

–¡Eso es absurdo! –respondes, aunque de algún modo tu voz suena menos convencida–. No hay pruebas de que la nave fuese destruida por los *hackers* de Antigua Visión. De hecho, ese grupo ha atacado también al gobierno de Rusia y a muchos otros. Son unos locos neofascistas que buscan el retorno a la época de las cavernas.

–En cualquier caso –continúa la Secretaria de Defensa–, a nosotros sí nos han hecho daño, recibimos ataques casi cada mes. ¡Hace poco hasta consiguieron entrar en nuestro sistema de defensa! Y provocaron un *minicrash* en la bolsa. Todo eso hace mella.

–¿Qué… qué estáis insinuando? –Se te atragantan las palabras en la boca. Estás pálida, quizá te encuentras mal. Tus ojos buscan a qué agarrarse para evitar la barbarie.

El moscardón, aburrido, da vueltas sobre vuestras cabezas. Hasta que la peluda mano de McHolland le alcanza con el matamoscas. Cae sobre la mesa. Lo miras un momento mientras agoniza. Pareces mareada.

McHolland carraspea, dirigiendo significativas miradas al resto de los integrantes del Consejo de Presidencia. Observas que todos parecen estar de acuerdo. La única conclusión es que llevan hablando tiempo sobre esto. Un nuevo golpe a la democracia interna del partido, pues las facciones están prohibidas desde hace tres años y se supone que todas las discusiones han de pasar por el *caucus* general.

Esto lleva meses decidido.

Y tú preocupada por salvar a tu planeta…

–Lo que queremos decir –continúa Esther Vada, clavando la mirada en tu rostro– es que ahora tenemos un arma que ellos no tienen: la vacuna. Y, a la larga, eso nos dará… una gran ventaja estratégica y económica. La economía es muy delicada, hay que protegerla a toda costa.

Cierras los ojos, seguramente para contener tus emociones.

–Lo que estáis diciendo es que, para recuperar nuestra hegemonía económica, dejemos morir a millones de personas.

–No será para tanto. Bicho malo nunca muere –suelta Ford.

Todos ríen con ganas. Seguro que tienes ardor de estómago.

–No tiene gracia –les interrumpes. Te levantas, con la barbilla erguida–. Y no pienso hacerlo, de ningún modo.

–Oh, querida, pero es que tú no tienes que hacer nada. Esto ya está decidido. Contigo o sin ti. –Ahora es McHolland quien se yergue, con un palmo y medio de cabeza calva por encima de la tuya, amenazante–. Sabes que podemos usar tus… achaques para deponerte del puesto inmediatamente.

Estabas segura de que nadie lo había notado. Que sólo Sun y unas pocas personas cercanas –Henry, tus hijas, tu médico– sabían lo de tus desvanecimientos y tus lapsus.

–No podéis... –balbuceas, con el corazón seguramente acelerado–. No es alzheimer ni demencia, es sólo una leve retinosis, normal en personas...

–... en personas de tu edad, cuyo cerebro no ha podido adaptarse bien al implante de RETINA. Una lástima. –Vada parece satisfecha; o más aún, eufórica. Ford apoya una mano en su hombro. Y el resto de miembros de la dirección del partido asiente.

Dejar de ser presidenta: por un segundo hasta pareces acariciar la idea con deleite, sonriendo levemente. Tal vez piensas por fin en descansar, en pasar más tiempo con tu familia. Pero al momento tu semblante se nubla y aprietas la mandíbula. Has caído: ¿quién liderará entonces el país? Vada, Ford… Cualquiera de estos que destruirá tu programa de ayudas para las familias pobres, la sanidad pública y tantas medidas que te ha costado años consolidar. Se lanzarían sobre ellas como las hienas sobre las gallinas. Es claro para todo el mundo y en tu rostro se refleja que has llegado a la misma conclusión.

Tragas saliva.

–Si te sientes mejor –agrega Ford–, piensa que hay muchas probabilidades de que si la vacuna se usa a nivel mundial pierda rápidamente su eficacia por resistencia del virus.

–¿Es eso cierto?

–Ahora te pasamos los datos –dice Ford, con una medio sonrisa–. Los necesitarás para darles explicaciones a los mandatarios de los países que te pidan la vacuna. No vas a arriesgar la salud de tus ciudadanos para ayudar a otros países, ¿verdad?

Cuando sales de la sala, parece que todo te da vueltas y pierdes el equilibrio. Pero te recuperas a tiempo para preguntar a Sun:

–¿Se ha ido ya la doctora Cruz?

–Oh, presidenta Newport-Jackson, siéntese, aquí, tome este zumo, respire hondo. Le traigo las pastillas.

–Tráigame mejor a la doctora Cruz.

Y renuncias a levantarte hasta que la doctora no se reúne contigo en una oficina y ambas mantenéis una emotiva conversación, en la que la doctora exclama:

–¡Eso no es cierto! No hay evidencia de nada de eso. ¡Es una sucia mentira para cubrir sus intenciones! Maldita sea. Voy a hablar con la prensa.

–Querida, es mejor hacer algo de forma discreta… –La detienes.

Continuáis hablando unos minutos, hasta que os dais un abrazo de despedida.

Y literalmente sale corriendo por la puerta. Tú la observas y coges tu abrigo.

Cuando emprendes el camino al hotel, en tu vehículo privado, son las tres de la mañana. La lluvia golpea las aceras con fuerza. Y la crisis no ha hecho más que aumentar.

–Quiero que os vayáis, hoy mismo.

No cedes un ápice, mientras Henry se sienta a tu lado y os cogéis la mano. Muchos pensaron que tu matrimonio con él fue una maniobra para ganar el voto afroamericano, pero –como todo en tu carrera– fue una decisión de corazón. Lleváis más de treinta y cinco años juntos. En la sala de estar de vuestra *suite* del hotel, climatizada para alcanzar la temperatura que Washington habría tenido normalmente en esta época del año, apenas entra la luz del sol. Sigue lloviendo desde ayer, una lluvia ventosa y fría, y las pequeñas piedras de granizo repiquetean en el enorme ventanal del piso veinte.

–¿Tan mal están las cosas? –te pregunta Henry, muy sereno.

Suspiras y te apartas de él para poder hablar. Te sientas en el sofá inmaculado.

–Hace pocas horas que he tenido que decirles a los gobiernos de veinte países que les negamos la vacuna y… –Vuelves la cabeza. No te está permitido darle los detalles, decirle que muchos de esos mandatarios han llegado a hacer amenazas bélicas a tu país–. Imagínate. Imagínate… lo peor.

Por el rostro de Henry pasa una sombra que parece causarte dolor físico. Las niñas entran en la sala, tus hijas, que tan bien te conocen, que sólo con mirarte a los ojos, y a la arruguita que se te forma entre las cejas, ya saben que todo va mal.

–Tenéis que marcharos. Tremblay os dará los detalles. Ahora.

–¡Mamá! –exclama Aaliyah, la mayor–. ¡Te vienes con nosotras!

Te colocas el abrigo, nerviosa.

–No puedo, cariño, lo sabes.

–¡Claro que puedes! –Su rostro se arruga en una mueca de tristeza y odio–. ¡Eres la jodida presidenta, puedes hacer lo que quieras!

Has pegado un bote ante la ira abrasadora de la voz de tu hija. La pequeña, Zoe, aún una preadolescente, ha empezado a llorar.

–¡Aaliyah! –exclama Henry–. No hables así a tu madre.

–Déjala… –Te acercas tú a ella, que, todo nervio, se te agarra con sus delgados brazos.

–No nos abandones…

–Cariño… –Sus dedos se aferran a tu blusa. Ahora quizá te arrepientes de haber esperado tantos años para ser madre gracias a los úteros artificiales: sería todo más fácil si ellas fueran ya adultas. Irónicamente, decidiste esperar justo con la idea de que, gracias a tu presidencia, pudieran vivir en un país mejor; lo has comentado muchas veces. ¿Quién podía haber imaginado que en el futuro les esperaba algo así?

Mientras abrazas a tu hija, que aún es una niña, no sabes a dónde dirigir tus ojos derrotados. Finalmente posas la mirada en la de tu marido. Durante varios segundos mantenéis una muda conversación. Probablemente una despedida.

–Marchaos ahora con Tremblay, ha preparado un coche y un conductor. Me reuniré con vosotros muy pronto, Aaliyah, te lo prometo –dices usando el tono con el que sueles mentir a Vada y a los suyos.

Y ellas lo saben. Lo reflejan sus miradas inquietas.

–No, mamá…

Pero sus lloros no les sirven para retenerte junto a ellas, sino sólo para que Henry las aparte de ti suavemente y les indique que vayan bajando al recibidor del hotel. Cuando desaparecen por la puerta, la

sala parece vacía y muerta sin su calor. Antes de salir con las maletas, tu marido te dice:

–Haz lo mejor que puedas, como siempre.

Tú respiras con fuerza, intentando contener las emociones que parecen a flor de piel.

–No estoy convencida de estar haciéndolo, Henry… Ese es el problema. Tantos años contaminada con los tejemanejes de los políticos profesionales te hacen perder el sentido de cuál es la manera apropiada de hacer las cosas.

–Seguro que harás lo correcto –Henry sólo pasa su mano por la curva de tu rostro, recogiendo una lágrima huidiza–. No puedes evitarlo.

Tragas saliva mientras tus seres queridos salen por la puerta, contemplándoles como si fuese la última vez que les verás, grabando a fuego sus contornos en tu memoria.

No es hasta tres horas más tarde cuando por fin Sun Choi te libra del papeleo y te deja conectar las noticias en el holotelevisor de tu despacho Oval. Por prescripción médica, debes evitar al máximo el uso de RETINA, así que enciendes la pantalla. Empiezas a temblar en cuanto aparecen las primeras palabras.

–Estamos dispuestos a usar la fuerza, ¿oís? –Es el presidente de Francia, ese país en ruinas y diezmado por culpa de la plaga–. No vamos a morir sin pelear por lo que es de justicia. ¡La presidenta Newport-Jackson ha debido volverse loca! Exijo que las Naciones Unidas se reúnan…

Cambias de cadena, y en otra, una joven reportera informa:

–El Consejo de Seguridad de la ONU ha apoyado la resolución de Estados Unidos de no compartir la vacuna, pues no están obligados, según las leyes internacionales. A Francia se le han sumado varios países con potencia nuclear que literalmente están amenazando con…

Respiras con urgencia.

–Presidenta. –En los ojos de Sun hay un brillo nuevo, tal vez miedo–. No va a pasar nada, ¿verdad?

Habla como una chiquilla que necesita confirmar que existe Santa Claus. Respiras hondo y recuperas la compostura. Parte de tu misión –siempre lo dices– es transmitir confianza.

–Esperemos que no, Sun, yo estoy haciendo lo posible.

–¿Haciendo? No la he visto hacer…

Una sombra cruza tu rostro al escuchar su crítica velada. Tal vez decepcionar a esta joven que parece la inocencia personificada es una de las cosas que más te dolerían a estas alturas de la política.

Te sientas en una de las enormes sillas de la sala y animas a Sun a hacer lo propio. Su cuerpo es tan fino que casi se escurre por el hueco del respaldo.

–¿Te he contado alguna vez la historia del unicornio de Aaliyah? –le dices, sonriente.

Sus ojos se abren conmocionados.

–¿Su hija tiene un unicornio?

–Cielos, ¡no! –ríes con ganas–, pero quería traer a la fiesta un falso unicornio, resultado de un experimento genético, para su decimosegundo cumpleaños. Decía que quería ver uno, daba buena suerte. Y justo por esas fechas lo exhibían en el zoo del Smithsonian. ¡No sabes cómo lloró, pataleó y se enfadó! Un capricho absurdo…, tal y como está el mundo.

–¿Y cedió usted?

Niegas con la cabeza y suspiras largamente, tal vez recordando tiempos mejores. Aunque, ¿cuál no lo es en esta era que nos ha tocado vivir?

–Cuando vi que razonablemente no podía convencerla, le dije que lo haría, y ella se tranquilizó cuando me vio llamar al zoo y hablar con su director. Pero –guiñas un ojo– por detrás, cuando ella no estaba, lo cancelé, y en vez de eso organicé otro tipo de fiesta, con un mago y una *clown*, más acorde con mis valores.

–¿Y ella… lo aceptó bien? –Sun frunce el ceño, pues conoce bien el carácter de tu hija.

–A los pocos días ya se había olvidado del tema, y para cuando llegó el cumpleaños ni se acordaba y lo disfrutó como cualquier niña.

La joven se muerde el labio y te mira con curiosidad.

–¿Y todo esto, por qué me lo cuenta ahora?

Te levantas y te alisas la falda, recolocándote las mangas de la blusa, todo rojo, todo conjuntado –hasta el dibujo de tu anillo, con una filigrana escarlata en forma de jacinto–, todo como a ti te gusta.

–Porque la política a veces es como tratar con niños caprichosos que se mueven por impulsos. Diles que sí a lo que quieren, pero busca tu manera de conseguir lo que quieres tú. Por eso hablé ayer con la doctora.

–¿Y no sería mejor, simplemente, hablar con la gente? –pregunta la chica, mirándote como quien contempla a una deidad–. La gente confía en usted, la seguirían hasta...

–¿Sun? Un momento

Revisas tu RETINA, y palideces.

–No localizo a la doctora Cruz…, ¿puedes ver si la encuentras?

La chica se conecta diligentemente.

–No la veo *online*, presidenta. ¿Desea que la mande buscar?

–Sí, por favor. Son casi las doce. Voy a la reunión del Gabinete del Gobierno. Mantenme informada. En cuanto sepas algo…

–¡Por supuesto! –La chica pega un saltito de emoción y te hace sonreír. Quizá por eso, por ese entusiasmo infantil, por esa inocencia que te recuerda a épocas mejores, la contrataste nada más conocerla. Y por su eficacia precisa.

Cuando la pierdes de vista por el pasillo, caminas rápidamente hacia el segundo piso, y todo el mundo se pone en pie cuando entras, los doce miembros del Gabinete y algunos asistentes. "Hipócritas", debes pensar, pues sabes que perdiste el favor de la mayoría hace mucho y que te mantienen en el puesto por el fervor popular que despiertas. Has hecho grandes cosas por el país, lo has mantenido a salvo. Al menos hasta hoy.

Un día más, debes pensar cuando tomas asiento, sólo un día más.

Siempre se te dio bien servir a la gente, pero los juegos de salón…, eso es otra cosa. Te cansan. Te hartan. No los entiendes, siempre lo has dejado claro. Y te fue bien un tiempo, muchos años. Pero, como sueles decir, la política tiene grietas por las que se pueden colar víboras. Y siempre están al acecho.

Hoy entra algo de luz por los grandes ventanales de la sala de juntas. Estás cansada, se te nota hasta en la manera en que apoyas los brazos al hablar.

–Es evidente que la decisión fue un tremendo error que debemos subsanar –afirmas–. Ya no sólo está en juego la supervivencia de otros países, sino la nuestra propia. Nos amenazan con un ataque nuclear.

Los miembros del Gabinete, entre ellos Ford y Vada, intercambian miradas.

–No hemos convocado por eso esta reunión, presidenta, sino por su traición.

–¿Traición?

Con cara de sorpresa, te diriges a Esther Vada, Secretaria de Defensa.

–Sabemos lo que trataste de hacer, Sarah –responde esta, torciendo la boca–. ¿Creíste que no nos enteraríamos?

Tragas saliva sonoramente.

–La doctora… no aparece…

–Seguridad Nacional cortó sus comunicaciones en cuanto vimos que hablaste con ella. Y después…

–¡No! –El grito te rompe en dos.

–Sabía demasiado, entiéndelo, y ni siquiera era americana de *verdad*.

–Estáis locos. –Te levantas, con el rostro arrebolado–. ¡Locos!

–Tranquilícese, presidenta –interrumpe otro congresista–. Todo ha sido pensando en el bien de nuestro país.

–En el bien de vuestros bolsillos, querrás decir, Finley. –Estás temblando y tienes que agarrarte con las manos al borde de la mesa–. Voy a hablar con la prensa. Ahora mismo.

–Ni hablar.

Varios de los miembros del Gabinete se conectan a RETINA instantáneamente, probablemente difundiendo ya bulos sobre ti en la red. Echas a andar hacia la puerta, pero de pronto, uno de los congresistas anuncia angustiado:

–Hay una alarma.

La puerta se abre de golpe en ese momento, y entra Sun, con el rostro desencajado.

–Señora presidenta, ¡dios mío!

Te acercas unos pasos a ella, poniendo tu mano en su hombro, como para protegerla de la lacerante realidad del mundo.

–Lo sé, Sun, la doctora Cruz ha…

–¡Nos atacan! –exclama la chica–. Están avisando a todos los miembros del Gobierno.

–¿Qué? –Miras a los congresistas, obviamente confundida.

Todo el mundo comienza a hablar al mismo tiempo. Vada está conectada a RETINA y sólo dice:

–Estamos en Defcon 1. Hay que contraatacar.

Por la puerta entran varios mandos militares, comandantes y generales, con uniformes cubiertos de medallas, que empujan a Sun y te saludan según el protocolo.

–Señora Presidenta. Traemos el botón de ignición de los misiles. Usted tiene la segunda llave.

Te llevas la mano al cuello y la agarras, seguramente ahora te quema como un hierro al rojo. Pareces desorientada.

–En este momento, cuarenta y ocho misiles nucleares de diferentes países se dirigen a nuestro espacio aéreo –informa uno de los generales, leyendo en su RETINA–, tenemos menos de noventa y cinco minutos antes del primer impacto que se producirá en… Milwaukee.

–Activad la alarma nuclear en todos los núcleos urbanos –ordena Vada.

Uno de los comandantes –o tal vez es un general– asiente y dicta comandos por RETINA. Al momento un desagradable sonido de alarma hace retumbar los cristales.

Continúas con la mirada perdida, seguramente no crees que esto pueda estar pasando. O tal vez estás avisando a tu familia por mensajes, contraviniendo todo protocolo. Pero ¿quién piensa en protocolos en momentos como estos?

–¡Presidenta! –te increpa el comandante general–. ¡Su llave! Hay que contraatacar.

–No –respondes rotunda–, vamos a activar las defensas, el programa "La guerra de las galaxias" y vamos a contrarrestar esos misiles. –Le haces un gesto a Vada, que asiente–. Y ahora decidiremos qué hacer.

–¿Cómo que decidiremos? –Ford está gritando–. ¡Esos países nos han atacado! No podemos dejarles sin respuesta. Pareceríamos débiles.

–¡Pues claro que nos han atacado! –Golpeas con el puño en la mesa. Todo el mundo queda en silencio–. Les hemos condenado a muerte con nuestra decisión de no compartir la vacuna. ¡Mierda!

–Aun así debemos lanzar unos misiles…

–Vosotros sabéis tan bien como yo lo que más de cincuenta misiles de esta capacidad pueden provocar en el planeta. No se trata sólo de las muertes, sino de la posibilidad de un invierno nuclear y el fin de toda vida sobre la superficie de nuestro mundo. Me niego. Soy la presidenta, es mi voluntad.

Te dejas caer en el asiento.

–Ochenta y un minutos para el primer impacto.

–¿Cómo van las contramedidas, Vada?

–Estamos en ello, pero…

–¡¿Pero qué?! –Ford pasea de un lado a otro de la sala, fumando y saltándose la normativa antitabaco.

Una luz atraviesa el cielo de la mañana y todos pegáis un bote al mismo tiempo. Pero sólo es un rayo, el inicio de una tormenta. Se oyen ruidos de botas en los pasillos de la Casa Blanca, el ejército está tomando posiciones y evacuando al personal.

–Presidenta, parece que…

–¿Qué? –suspiras–. Por dios, Vada, si no hablas…

Ella levanta el rostro, y este parece desencajado, la mandíbula le tiembla:

–Es… *Antigua Visión*, el grupo *hacker*. Han vuelto a tomar el mando de nuestras instalaciones informáticas, entre ellas el programa "La guerra de las Galaxias". Parece que lo hicieron hace dos días y nuestros informáticos aún no han sido capaces de retomar el control.

El silencio cubre la sala mientras un relámpago lo ilumina todo.

–¿Qué… qué quieres decir?

Ya lo sabes, seguramente en el fondo lo sabes, pero necesitas oírlo.

–No podemos activar la defensa.

Todos se levantan y exclaman, maldicen o directamente dejan escapar un grito. Es como si ese grupo de adultos se hubieran convertido

en adolescentes de instituto, acongojados ante un simulacro de incendio en la Casa Blanca.

–¡Tenemos que bajar al refugio antinuclear, ahora, señora presidenta! –le indica el comandante general, acercándola a la puerta–, pero antes…, su llave, hay que contraatacar.

–¡Hay que usar la llave antes de bajar al refugio! –grita McHolland.

–¡Presidenta!

–¡Vamos, ahora!

–¡Su llave!

Pero te has desprendido del brazo del comandante y te has acercado a la ventana, al otro lado de la sala. Contemplas la ciudad en calma. Varios miembros del ejército entran en ese momento por la puerta y se posicionan junto a los principales mandatarios. Es el protocolo.

–Setenta y nueve minutos, presidenta –dice McHolland.

Fuera, la tormenta empieza a caer, limpia e inmaculada, sobre los altos edificios y los parques, ajena a todo. Como si fuese el principio de los tiempos, y no su final.

–Setenta y ocho minutos.

–Hay que evacuar.

–Presidenta, ¡la llave!

Clavas una mirada llena de lágrimas en Sun, que se ha quedado temblando como un pajarillo junto a tu asiento.

Y, antes de que nadie pueda detenerte, coges el arma del cinto de uno de los soldados.

–¿Qué hace?

La colocas bajo tu barbilla y, sin mediar un segundo, disparas.

Todos se quedan petrificados. Algunos de los militares y congresistas tienen restos de tu sangre en su rostro y sus cabellos, pero nadie se mueve durante unos instantes.

–¡Noooooooo! –El alarido de Sun les despierta.

–¡¿Y usted por qué coño no lo ha impedido?! –me increpa McHolland, mientras corro hacia ti y compruebo, al llegar a tu lado, que efectivamente has perdido la vida. No hay pulsaciones en la arteria carótida. Medio rostro ha quedado destrozado.

Te cierro el ojo derecho.

Alguien me empuja. McHolland, con sus dos metros de repugnancia.

–Eras su jodido guardaespaldas, Tremblay, ¿qué cojones estabas haciendo?

–Tenía que protegerla de otras personas... –mascullo, con el corazón en la garganta–. ¿Quién iba a esperar que se hiciese daño a sí misma?

Tus ojos abiertos y vacíos parecen observarme y, tal vez, me urgen a ayudar a quienes quedamos aquí. Siempre te preocupaste más por los demás.

–¡Llévate a la niña esta, por dios! –McHolland me dirige hasta Sun, que sigue chillando y llorando–. Todos al refugio. Y que alguien coja la jodida llave del cuello de la presidenta y la introduzca en la caja, hay que responder al ataque. ¡Ahora!

Nadie sabe quién está al mando. Todos chillan, gritan y se acusan. Por el rabillo del ojo veo que Vada está introduciendo la segunda llave –el comandante general ya había introducido la primera– y ambos sellan el futuro de nuestro planeta.

–No debería haber una sola persona con tanto poder en el mundo –murmuro. Era una de tus frases preferidas.

Con el estómago encogido y el dolor de tu pérdida atragantándose en mi garganta, me acerco a Sun y los dos abandonamos esa sala de locura. Mientras bajamos las escaleras hacia el refugio antinuclear, un segundo rayo dibuja su filigrana y será la última vez que veamos el cielo.

Demasiado brillante para estos tiempos oscuros, como solías decir.

ALEA JACTA EST

MARTÍN FERNÁNDEZ

ALEA JACTA EST

Si todas las personas tenemos un destino, el mío, sin ninguna duda, es ser juzgado. Debería haberlo sabido desde niño. ¿No era suficiente pista el registro de "aciertos/errores" que mis padres llevaban sobre todo lo que hacía? Pero aquella vez ya tenía cuarenta y seis años y no me valía la coartada de mi edad. Ahora iba en serio.

–Martín, ha llegado la hora.

Viene a mi mente el primer juicio de mi vida.

He pensado mucho en aquel proceso todos estos años. Tenía un viejo holovídeo guardado. Me impactó por ser el primero aunque, con lo que he sucedido después, en realidad seguramente fue el más simple de todos. Compartía banquillo con Chadraabal, líder desde hacía décadas de la defensa de los Derechos Humanos, y yo, apenas salido de la adolescencia, tenía las manos esposadas. Como ahora. Era muy intenso, entonces. Se podía percibir por el movimiento continuo de mis manos. Me emocionaba tanto en nuestra defensa que hasta las mejillas se me enrojecían de pasión al hablar.

–Este Tribunal Especial para la represión del comunismo, el feminismo y el ciberterrorismo abre la sesión. Ganjavkhlan Chadraabal y Martín Fernández, habéis sido acusados de convocar y alentar una manifestación ilegal, organizar desórdenes públicos y distribuir propaganda ilegal por RETINA.

–Chadraabal no entiende bien el castellano –me apresuré a indicar–, es de Mongolia, necesita alguien que traduzca. El traductor simultáneo de RETINA puede cometer incorrecciones…

–Pues tendrá que ser suficiente –decretó el juez, un señor de más de ochenta años, que además los aparentaba, al contrario que la mayo-

ría de nosotros, hijos ya del siglo XXI–. Comencemos con el visionado de las pruebas.

Un holovídeo, grabado por drones, se proyectó en la sala. Era el final de la manifestación en Madrid por la aprobación del Pacto del Ártico, rechazado por el gobierno incluso tras la Segunda Ola de inundaciones que provocó movimientos migratorios masivos. Cerca de un millón de personas ocupamos las principales avenidas y terminamos frente al Parlamento. Y lo mismo había ocurrido simultáneamente en decenas de ciudades del mundo.

Chadraabal y yo íbamos en cabeza de la manifestación, con una pancarta de nuestra organización, Terra Mater, y arengando junto con más dirigentes como Estrella Puig, de Apagar la Tierra, o Elizabeth y Tim, de EcoEuropa.

–¡Nuestro planeta, nuestras reglas! ¡Una inundación, una dimisión!

Incluso esposado frente a ese tribunal antidemocrático se me erizó el vello ante el cántico de decenas de miles de personas luchando por la justicia, por salvar nuestro planeta y a la humanidad. Desgraciadamente, como el tiempo demostró luego, a nuestro gobierno no le interesaba salvar nada... aparte de su soberano trasero.

–Como puede ver –recalcó el fiscal–, los acusados claramente eran convocantes de la movilización y alentaron a la violencia posterior.

–Eso no es cierto –protesté–, los encapuchados no pertenecían a nuestra manifestación. Hay grabaciones que muestran cómo salieron de furgonetas policiales, al más puro estilo *Black Block* de la Contracumbre de Génova del año 2001 y de las cumbres contra el Cambio Climático de 2026.

El fiscal enarcó las cejas.

–¿Disponéis de esas grabaciones?

–¡No! –respondí exaltado, apretando los puños–, tras la detención no nos habéis dejado hablar con nadie. Tenemos derecho a una llamada y a representación legal…, ¿por qué no ha venido mi abogada?

–¡Silencio! Señor Martín –cortó el juez, secamente–, modere su tono o tendré que añadir desacato a los cargos. Ya sabe que el Tribunal Popular no acepta abogados defensores. No hacen más que retorcer la ley a su antojo y confundir al jurado.

–¡Pero eso es una vulneración del Tratado de Ginebra! –Mi rostro iba poniéndose cada vez más rojo y la nuez me sobresalía de la garganta.

Chadraabal, más curtido en estas lides, me agarró la muñeca, seguramente para que mantuviera un tono comedido. Respiré hondo.

–Exigimos el restablecimiento de la Ley de Libertad de Expresión y el fin del Toque de Queda, así como la restauración del sistema de elecciones democráticas libres tal como establece nuestra Constitu…

El juez hizo una seña levantando un dedo, un solo dedo con un enorme sabañón, y los guardias nos llevaron directamente a la cárcel.

No volvimos a ser libres hasta el comienzo de la epidemia del Hendra, cuando un guarda se apiadó de los presos del Módulo de Respeto y dejó las puertas abiertas para que saliéramos. Junto con Estrella y otros compañeros, conseguimos huir en un bote desde Portugal hacia el frío salvador.

Luego vinieron las nieves. La Academia de Ciencias en una Suecia diezmada por la bajada de temperaturas y la Segunda Inundación. Y mucho después, la hecatombe final.

La llegada de mi segundo juicio fue mucho más larga y los hechos más complejos. Recuerdo aquellos días en el refugio de la NASA con nostalgia. Sí, nos habíamos criado en un ambiente duro, competitivo, donde yo me especialicé en Nuevos Materiales. Y tras terminar nuestra formación nos enviaron a la sede de la NASA para colaborar con los científicos locales e intentar detener el asteroide que amenazaba la vida en la Tierra.

Y, al poco de llegar, resultó que la amenaza, como era obvio, éramos los seres humanos. Se produjo el ataque de cuarenta y ocho misiles atómicos contra Estados Unidos y su contraataque con cuarenta y seis. Resultado: invierno nuclear.

Los únicos supervivientes fuimos las decenas de miles de personas que tuvimos la suerte de estar cerca de uno de los doscientos refugios en el mundo –preparados en principio para cuando nos alcanzara el asteroide Prim-34–; luego se fueron hallando algunos miles que habían

malvivido en sótanos y refugios durante meses o incluso más de un año, soportando los envites de la radiación residual, y que tuvieron el buen juicio de no salir al exterior donde la reducción de la capa de ozono les habría matado rápidamente.

Y, a pesar de todo, los compañeros de la Academia en el refugio (Gizem, Otto, Hakata y yo mismo) nos lo tomábamos como una aventura. Éramos unos críos.

Con un mundo devastado a nuestro alrededor y pudriéndonos en aquello que parecía nuestra última morada, por las noches empezamos a hablar de escapatorias. Fantasear era casi una obligación, pero había que reconocer que las ideas eran bastante irrealizables.

–¡Tiene que haber una manera! En la Academia teníamos proyectos de repoblación –sugirió Hakata una de tantas noches.

–Estaban pensados para el mundo tras las inundaciones, y tras la bajada de temperaturas, no para una hecatombe como esta –les recordé yo. Era algo mayor que esos recién llegados a la veintena, y me sentía responsable. Bueno, en realidad yo siempre me sentía responsable allá donde iba, desde siempre. No tiene sentido ocultarlo.

–Creo que somos los únicos que mantenemos la esperanza, deberíamos seguir pensando –dijo una joven birracial, de nombre Aaliyah, a la que habíamos conocido allí. Llevaba la morena melena rizada estilo afro y su tez color caoba mostraba una tremenda determinación. Me cayó bien.

Emma y Otto, que congeniaron enseguida, se mantuvieron al margen de nuestros debates al principio. Estaban ya enfrascados en el Programa NeaScout para detener al asteroide. No habíamos podido neutralizarlo aún y faltaban pocos años para que alcanzase el planeta. Mi familia siempre fue atea, pero había que reconocer que parecía que hubiesen sonado todas las trompetas del apocalipsis.

O tal vez, simplemente, la madre Tierra nos había juzgado y nos había declarado culpables.

–No podemos quedarnos de brazos cruzados y dejar que llegue el fin del mundo. Me niego –declaró, rotunda como siempre, Gizem, en otra de nuestras conversaciones nocturnas en el dormitorio compartido.

–No es el fin del mundo –dijo entonces Emma. Hablaba poco, así que todo el grupo se volvió hacia ella.

–¿Ah, no? –la retó Gizem acercando a ella su cabellera rizada–. ¡Pues echa un vistazo ahí fuera! ¡No queda nada!

–Eso no es cierto. –Emma evitaba mirarla a los ojos y Otto posó la mano suavemente en la manga de su pijama, como para concordar con ella–. Hay muchas cosas fuera. Muchas especies de insectos y seres vivos siguen vivos pese a la radiación. Las hormigas, por ejemplo. Las lombrices, las cucarachas, las bacterias. Además, dentro del refugio hay especies de ganado que pueden sobrevivir, si las cuidamos bien, como yo cuido a Temple, la ternera. Y, de todas formas, dentro de unos cientos de años la naturaleza encontrará la manera de volver a resurgir. Es lo que hace la naturaleza, lo ha hecho siempre y lo volverá a hacer. Es así.

Nos quedamos momentáneamente en silencio, porque la chica tenía razón: el planeta seguiría adelante. La naturaleza siempre encuentra su camino. Los que se pierden en la oscuridad somos los seres humanos. Reconocía que a veces ese pensamiento me producía cierta paz: que la Tierra quedara para musarañas, anémonas, colibríes y para las amadas hormigas de Emma.

–¡Pero y nosotros qué, ¿eh? ¡Me niego a que nuestra especie desaparezca por culpa de unos… gilipollas! –Gizem literalmente saltó de la cama. Su energía era a la vez contagiosa y agotadora. No tenía fin.

–Me gusta esta chica –dijo Aaliyah, sentándose en su incómodo colchón del refugio.

–¡Claro! Después de todo lo que hemos sobrevivido, no nos vamos a quedar aquí sentados como imbéciles.

–La gente está cansada, Gizem –interrumpió Otto–. Tú no te das cuenta de esas cosas, pero…

–Yo no estoy cansada –murmuró Emma–. Me gusta inventar.

Tengo que reconocer que, a mi pesar, los chicos se fueron animando, sentándose a la tenue luz de una vela titilante a charlar. Sólo yo me quedé en la cama.

–Yo en Suecia estaba trabajando en un programa regenerador de efecto albedo –confesó Hakata–. No sirve en este caso. No necesitamos elevar la temperatura.

–Bueno, hay una opción loca… –Gizem miró a todos con una sonrisa traviesa, mordiéndose las uñas.

–Demasiado loca, Gizem –cortó Otto. Negó además categóricamente con la cabeza, aunque el brillo de los ojos de la chica ya se había contagiado a los demás. Lo vi claramente.

–Le costó la vida a un compañero –añadió el chico.

–¿Te refieres a Vikram, el joven pakistaní delgaducho? –comentó Hakata, con los ojos muy abiertos. Pareció ponerse nervioso.

El nombre me despertó a mí también, me incorporé un poco en mi camastro.

–¿Ese no fue el chico que huyó? –pregunté–. Ese era el rumor que corría por la Academia.

–¡No huyó! –Gizem se me enfrentó con las mejillas arreboladas–. Bueno, sí, huyó, pero no como creéis. Estábamos trabajando en un experimento…

–Gizem… –trataba de detenerla su amigo sin éxito.

–… ¡un experimento que se puede replicar! Déjame hablar, Otto. –La chica apartaba las manos de su amigo que hacía gestos frente a ella.

–¡No se debe jugar con la naturaleza! Mira cómo acabó Vikram.

–Pero ¿cómo acabó? –Aaliyah parecía muerta de la curiosidad.

–Eso, ¿cómo acabó? –pregunté yo también–. No sabía nada de ningún experimento en el que el chico estuviera trabajando.

–¿Le conocías? –preguntó Hakata.

Me encogí de hombros.

–Un poco. Parecía un chico inteligente y sensible. Le habían hecho *mobbing*, ¿verdad?

Hakata asintió gravemente.

–La verdad es que era *muy* inteligente, divertido, y con una forma de pensar muy original –afirmó, con la mirada melancólica–. Siempre pensé que era un chico muy interesante.

–Ohhhh –sonrió maliciosamente Gizem–. ¿Te parecía "muy interesante", y "muy inteligente"? ¡Nunca me habías dicho que te gustaba, pillín!

Le dio un codazo mientras el chaval, azorado, no sabía cómo reaccionar.

–¡Ya basta, Gizem! –exploté. Odiaba cuando, en ocasiones, se pasaba con los otros chavales–. Tu comportamiento a veces se parece al de un *bully*, también. ¿No los odiabas? ¿Qué tiene de raro que a este chico le gustase Vikram, vamos a ver?

Gizem se puso roja… Por un momento pensé que había logrado avergonzarla, pero lo que se gestaba era una explosión.

–¡No soy una *bully*! Sabes que Vikram era mi amigo, ¿cómo puedes decir eso?

Salió corriendo de la habitación, cerrando la puerta con fuerza y, seguramente, despertando a la gente de la sala de al lado.

–Alguien ha metido la pata… –soltó Aaliyah, entre dientes.

Tragué saliva. Últimamente no hacía más que cagarla... Una sombra me recorrió el rostro. Salí inmediatamente tras ella y la encontré caminando enfurecida de un lado a otro del pasillo, como para expulsar la adrenalina.

Tomó aire antes de hablar atropelladamente:

–¿Cómo puedes pensar eso de mí, Martín? Me hubiera encantado que Vikram y Hakata hubiesen sido pareja. Además, Hakata y yo hemos estado juntos y ambos somos bisexuales, ¿cómo podría burlarme de ellos? –Su rostro enrojecido parecía a punto de estallar–. So… ¡so tonto!

–Lo siento, Gizem. –Notaba cómo el cuello se me estaba poniendo rojo de la vergüenza. No podía soportar equivocarme–. He metido la pata, no sé qué me ha pasado.

La chica me miró gravemente y después… estalló en una risa. En esta chica todo es excesivo: la ira, la pasión, pero también la alegría y el cariño. Me abrazó de repente. Un abrazo genuino y cálido.

–¡Lo que ha pasado es que estás tan preocupado intentando solucionarlo todo que ni siquiera ves lo que tienes delante de las narices!

Venga –me cogió del brazo–, volvamos, que tenemos que salvar el mundo.

Al entrar en la habitación me senté yo también a charlar con ellos: los chavales habían conseguido que me interesara.

–Bueno, a ver, contadnos ese experimento misterioso que ideó Vikram.

–¡Oye! –Gizem me pegó un coscorrón–. ¡Que yo también estaba en el proyecto! De hecho, si no hubiese sido por mí, se habría quedado atascado en los primeros pasos.

–Pero ¿funcionó? –preguntó Hakata.

–¡Ya lo creo! Y la prueba es que él no está.

Otto suspiró.

–Esa puede ser la prueba de que estaba mal de la cabeza y huyó al exterior.

–¡Salieron partidas a buscarle! –le enfrentó su amiga–. ¡Contactamos con otros refugios y nadie supo de él! ¡Jope, si no había ni huellas de pisadas!

–Eso es cierto –reconocí. Vaya, un misterio que había traído de cabeza a la Academia que podría quedar resuelto aquí.

–Oye –nos detuvo Aaliyah–, vuestros cotilleos me parecen de lo más interesante, pero ¿qué demonios estaba inventando y dónde fue?

–Una máquina del tiempo.

Tosí y me atraganté, todo al mismo tiempo.

–¿Una... máquina del tiempo? ¿Quién diablos os dejó hacer eso?

–El profesor Jørgënsen estuvo supervisando todo –soltó Gizem, sin darle mayor importancia.

–A ver si me aclaro –dije–. Estás diciendo que junto con el profesor, construisteis una máquina del tiempo y que Vikram huyó en ella la noche que desapareció, y fue al pasado, ¿no? –La cabeza me iba a explotar.

–Sí, queríamos viajar alrededor del año cero, ya sabes, para empezar la civilización desde…

–… Desde cero, sí, muy original –interrumpí–, pero si Vikram realmente viajó al pasado, tendríamos que tender noticias suyas ahora.

En la historia aparecería algo sobre él, un personaje misterioso, sabio para los cánones de la época…

–Bueno. –Otto se incorporó finalmente, sentándose junto a Emma y sonándose los mocos. Casi siempre tenía alergia desde el cataclismo–. Podría haber equivocado los cálculos y acabar llegando antes de que existiera ningún tipo de civilización.

–O podría haber terminado en una línea temporal paralela –interrumpió Emma–. Sería como un agujero de gusano de Schwarzschild y entonces nada de lo que él haya hecho habría influido en nuestro tiempo. He leído tres artículos sobre este tema.

Mi cabeza daba vueltas barajando las posibilidades.

–O podría, sencillamente… –añadió finalmente Otto–, haber llegado y haber muerto al poco tiempo.

–¡Aguafiestas! –Gizem le dio un empujón y el chico estornudó–. Estoy segura de que NO ha pasado eso.

–¡Pues vamos a construir esa máquina aquí! –saltó Aaliyah, literalmente levantándose de la cama–. ¡Es la solución a todo! Un nuevo comienzo. Y, además, el Prim-34 está ya a sólo unos años de llegar a la Tierra y ahora, con los restos de la humanidad viviendo en refugios, tenemos menos oportunidades que nunca para evitar la colisión. Otra catástrofe mundial y ya es seguro que la especie humana desaparecerá.

–El asteroide se puede detener con los satélites que quedan –Emma levantó la cabeza del libro que estaba leyendo–, sólo hay que encontrar la forma de reprogramarlos desde aquí y coordinarse con otras bases para desviarlo. Estoy esperando que el coronel Ribisi apruebe mi solicitud para hablar con Irán, Rusia y China.

–¡Ja! Puedes esperar sentada… –masculló Gizem con sarcasmo.

Emma estaba desaprovechada, lo supe desde que la conocí. Tenía una buena mente y ver a Otto y ella juntos hacía que renacieran mis esperanzas en el ser humano, largamente perdidas.

–¿Y no podemos –siguió preguntando Aaliyah– volver a vuestra máquina del tiempo y usarla?

–No sabemos si las instalaciones siguen en pie siquiera. Sería un viaje arriesgado, larguísimo, con la radiación, sin capa de ozono… Y quizá para nada.

–¿Y construir otra?

–No es nada fácil, yo vi el cacharro y no es precisamente un exprimidor de zumo –intervino Hakata–. Además, ¿serías capaz de llevarlo adelante, Gizem, sin Vikram y sin el profesor?

–¡Por supuesto! ¿Qué te has creído? Además, no lo haré sola, ¡podéis ayudarme!

–No os lo van a aprobar –afirmó Emma sin levantar la vista–. Todos los recursos actuales del refugio están empleados en la inmediata supervivencia de sus habitantes. Es lo que ha aprobado el consejo, lo sé porque mi proyecto de desviar el asteroide está aplaz…

–¡Maldita sea! –Gizem dio un puñetazo en el colchón.

–Bueno, no siempre hay que tomar el camino recto. –Aaliyah ahuecó su pelo rizado, mirando al infinito con una sonrisa–. Cuando cumplí doce años quería uno de esos unicornios de ingeniería genética en mi fiesta y mi madre me lo prohibió. Prefería la típica fiesta con magos y princesas –hizo un gesto de vómito– y yo…, bueno, le hice creer que estaba de acuerdo, pero en realidad organicé por detrás una fiesta privada una semana antes, sólo para diez amigas, y conseguí el unicornio. Tenía contactos. –Sonrió.

–¿Tu madre no era la presidenta Newport-Jackson? –preguntó Hakata, sorprendido.

–Sí, ¿por?

–Pero ahora no estamos en el pasado. No tenemos casi recursos, ¿qué rodeo vamos a dar? –Otto, como siempre, era la voz del pesimismo–. Antes o después vamos a tener que contar con la gobernadora, con el coronel Ribisi y el resto del consejo.

Me erguí.

–Otto tiene toda la razón. Además –añadí–, esa no es forma de conseguir las cosas, consumir recursos del pueblo sin que la gente lo sepa, ni ir por detrás, escondidos, como si tuviéramos miedo. ¿No habéis escuchado la canción de MC Dalal?

Me animé:

"Esos botarates que dicen que quieren un mundo mejor
pero que se esconden detrás de RETINA, me cago en
vosotros, apretar una tecla, viajar por los feeds, el
postureo, el troleo, todo ese jodido
cachondeo,
pero luego no sales a la calle cuando alguien
amenaza tu barrio, tu esquina y a esa vecina amiga de tu madre
que siempre te riñe en las escaleras cuando fumas lo que sea.
Si no te pones delante, si no te plantas enfrente,
a pecho descubierto
esperando el golpe, el escupitajo, la bala, la
bomba, la puta denuncia…, si no tomas riesgos
a cada momento, si no luchas contra todo, contra olas
y viento, si te escondes tras una pantalla…,
así no se lucha, palabra. Así no se lucha. ¿Me
escuchas?"

Se escucharon unos aplausos cuando terminé de recitar:

–¡No sabíamos que te rapeabas!

–Bueno, mis padres me apuntaron a un conservatorio, pero a mí lo que me gustaba… –Me estoy desviando–. Vamos al grano. La cosa es que esa no es la manera. Lo correcto sería…

Todos acercaron sus cabezas, atentos a mis palabras. Ha sido así desde pequeño, siempre me escuchan, saben que mi brújula apunta a una solución eficaz y justa, y finalmente me acaba tocando tomar la iniciativa. Es agotador.

–… Lo correcto *es* empezar a trabajar en ello nosotros con los recursos de que dispongamos. Y al mismo tiempo ir hablando con la gente y comenzar a tantear si estarían dispuestos a tomar ese riesgo, y si les parecería bien ceder recursos para ese fin. Por supuesto, eso significaría, con el tiempo, tener a nuestro lado a algunos personajes importantes, que puedan dar apoyo al proyecto y confirmar que esta máquina funciona, cosa que a mí mismo me gustaría comprobar también, por cierto.

Los chavales no parecían muy entusiasmados.

–Sí, claro, ¿a quién vas a convencer del Consejo o cercanos?

–Pues para empezar, puedo hablar con Yu Jei Huang, la antigua piloto, que es astrofísica, y todavía está de baja desde que despertó tras su accidente cuando fue en busca de supervivientes. Puedo contactar con ella. La teniente García seguro que está abierta a escuchar. Y alguien más –sonreí–, alguien que ha estado incluso en un bucle temporal él mismo.

–¡¿Qué dices?! –El rostro de Gizem era un poema.

–Sí, el piloto Ludger van der Alt, además es experto en desobedecer órdenes. Esto le va a encantar. –reí. Bueno, y a mí también me iba a encantar. De repente esa noche había vuelto a recuperar algo de esperanza–. Conocí a ambos pilotos en una reunión cuando se acercaba la nave de Kinaya Ngiri que portaba una bacteria que… Bueno, dejadme a mí que para eso soy el mayor –concluí–, vosotros empezad con el proyecto y yo me encargo de todo lo demás.

Fue un camino largo, casi dos años. Primero, convencer al propio Ludger:

–Mira, chaval, no es que a mí no me gusten las aventuras, creo que ha quedado claro que firmo donde sea, pero yo con el tiempo no jugaría, ¿eh? Ya me he visto las caras con él y la suya es fea de verdad.

Él mismo se reía de sus propios chistes. Pero al final se convenció, quizá por lo divertido de lanzarse a esa locura. Con Yu Jei fue más sencillo: estaba deseando colaborar en algo y la gobernadora quería que pensase más en sí misma y en su hijo. Pero los hábitos son difíciles de romper, aunque desde luego se lo tomaba con más calma.

Fue la fórmula en la que se basaba el viaje en el tiempo lo que la convenció.

–La veo, funcionará, aunque creo que puede simplificarse.

Pronto se encontró contribuyendo, y convenciendo a Drovnik y Valente de proveernos materiales y espacio. Ribisi fue un hueso duro de roer, ni siquiera con la mediación de la teniente García y otros militares que se fueron sumando al proyecto.

Y finalmente, la construcción de la máquina, para la que tuvimos incluso que hacer viajes con trajes protectores a los restos de ciudades vecinas, a laboratorios… Era una locura, una locura a la que quizá nadie se hubiese arriesgado si no fuese por la proximidad del cometa.

Y a pesar de todos los estudios y revisiones por parte del personal científico con el que contábamos en la base, sabíamos que entrar en la máquina era un riesgo. Pero aquí nos quedábamos incluso sin esa posibilidad, en esta Tierra que iba a recibir un segundo envite mortal.

Así que decidimos tirar la moneda al aire, apuntando al año cero, como ya hizo el desaparecido Vikram.

Y así llegamos a mi segundo juicio.

Porque si los chicos hablaron con Drovnik, Valente y Ribisi, yo, en cambio hablé con el jefe de laboratorio y después... con muchas más personas. Había tenido mi propia loca idea y tenía que consultarla.

Mi segundo juicio fue al aire libre. Y tuvo lugar a las pocas semanas de usar la máquina del tiempo y saltar al año cero de nuestra era, estableciendo una rápida colonia en ese vergel hermoso y prácticamente deshabitado que era la América precolombina en el siglo I.

Recuerdo esa mañana como si fuese ayer, aunque han pasado casi veinte años. El coronel Ribisi y la gobernadora Valente habían ordenado encerrarme en una enorme tienda de campaña solar. Una de los soldados del coronel, con uniforme, entró temprano y me agarró del brazo.

–Déjame –le dije.

Hakata asomó la cabeza e hizo un gesto con la cabeza para que la joven soldado me soltase.

–¿A dónde crees que podría huir?

No habría sobrevivido solo en aquel paraje nuevo para todos y ella era consciente también, así que se encogió finalmente de hombros. Cuando salimos al exterior, a la luz y los árboles, Hakata me puso la mano en el hombro. Sus ojos parecían transmitirme mensajes silen-

ciosos. Si eran reproches o ánimos, no tengo ni idea. Cuando le conocí, en la Academia de las Ciencias, Hakata tenía rasgos del típico carácter japonés: la necesidad de pasar inadvertido, educación exasperante –inclinaciones de cabeza incluidas– y un sentido del honor de lo más anticuado.

Pero de eso hacía mucho.

Caminé custodiado por ambos jóvenes, hasta el prado, donde se agolpaba el clan al completo de nuestra nueva colonia. ¡Otro juicio! Pensaba que se habrían terminado ya para siempre. Soñé con eso.

Un proceso, además, en este edén verde y fecundo, en el que todavía me sorprendía la sonata de sonidos que no se detenían: aves, insectos y animales que piaban, graznaban, gorjeaban, ululaban, zumbaban, gañían, aullaban o trinaban, incluso de noche.

Ese sí que era el paraíso perdido, por el que llevaba mis casi treinta años de vida soñando y luchando. Un mundo lozano, reciente, apenas poblado, que tenemos la responsabilidad de cuidar y no echar a perder generación tras generación.

–Siéntate aquí –me indicaron.

Y eso hice, mientras me ataban las manos por delante del pecho, y mientras doce personas, mis jueces, se sentaron en doce sillas en círculo a mi alrededor. Cientos de personas contemplaban en pie, detrás de ellos, el espectáculo.

–Se abre la sesión.

Como ya preveía, volví a ser juzgado. Y el dolor punzante de ver rostros que me observaban y creían que había obrado mal. ¿Me habría equivocado esta vez? Debería haber seguido estudiando música, como insistía mi tío Enrique desde Santiago de Chile. ¿Sería ese mi juicio final, en el que por fin tuviera que admitir que he metido la pata? ¿Hasta el mismísimo fondo y más allá?

Por las doce sillas, intuí que la noche anterior habían tenido a bien elegir un jurado en nuestra nueva comunidad. Doce personas. Conocía a la mayoría: el coronel Ribisi, faltaría más, para quien yo era un peligroso alborotador hijo de un *hippie* chileno practicante del budismo y de una feminista radical de Carabanchel Alto. Por supuesto, la Gobernadora Valente. Tenía un par, pero era testaruda. Dos de los

astronautas, Yu Jei Huang y Nelson da Silva, que sólo llegó a salir al espacio para recoger a Kinaya Ngiri y su famosa bacteria comemetales.

Otros dos militares que no me sonaban y la teniente García. Burcin Mutlu-Pakdil, la anciana astrofísica que había pertenecido a la ONU en sus últimas etapas. Mi corazón se alegró cuando reconocí el rostro, ya avejentado, de mi antiguo colega, Chadraabal. Los últimos jurados eran dos jóvenes de la Academia, Ander y Hans (Hans me caía especialmente mal; solía hacer *bullying* a alumnos más jóvenes, como el desaparecido Vikram) y una treintañera de origen coreano, a la que presentaron como Sun Choi, antigua ayudante personal de la presidenta.

Mis cartas estaban sobre la mesa. Y a nuestro alrededor, los habitantes de nuestra nueva colonia, recién bautizada Nueva Athens, de pie, expectantes. Era nuestro primer juicio.

–Martín Fernández –elevó la voz la gobernadora Valente–. Se te acusa de cargos muy graves contra nuestra comunidad. ¿Cómo te declaras?

Esto era nuevo, el primer juicio donde me preguntaban mi opinión.

Observé los rostros graves, algunos enfadados, que me escrutaban. Y después, el entorno, sus altos árboles y las ardillas que correteaban a nuestro alrededor como si fuésemos seres inocentes. ¡Qué poco nos conocían! Esto debía ser lo que tenía la doctora Drovnik en mente cuando llamó al Proyecto *Paradiso*. Ella me observaba con calma desde el gentío, junto a Ludger, a quien, por supuesto, no habían elegido para ser juez.

–¿Cómo te declaras, Martín? –repitió Valente, con un deje de impaciencia.

Hakata, Gizem y Otto, mis compañeros de academia, me interrogaron con los ojos desde el público del proceso. Tomé una decisión. ¿Sería la correcta?

–Me declaro… culpable.

Entonces, todo el mundo empezó a murmurar al mismo tiempo.

Era mi tarea. Era lo correcto. Lo pensaba entonces y ahora.

Con los cuchicheos de decenas de personas el bosque reverberaba como una estampida animal. A los pocos minutos se impuso la voz de Valente clamando silencio. Empezó a decir cuando todo el mundo se calló:

–Queda entonces en nuestras manos decidir qué hacer con…

–¡Entonces confiesas! –interrumpió el coronel Ribisi, poniéndose en pie–. ¡Maldito *hippie* rojo hijo de la gran puta! ¡Nos has condenado! –Corrió hacia mí con el rostro amoratado de una ira putrefacta y antigua.

Parecía mi juicio final. Cerré los ojos.

–¡Quieto, quieto!

Cuando los abrí varias personas habían atrapado al coronel deteniéndole a pocos pasos de donde me encontraba sentado. El murmullo se había elevado, había gritos y protestas, de todo tipo. Desde la zona de los espectadores, Gizem y Otto me observaban con tácita preocupación. Gizem, con el rostro arrebolado, empezó a decir algo, pero yo negué con la cabeza. No quería que nadie se metiera en problemas, era mi decisión.

Cuando consiguieron reducir al coronel, lo sentaron de nuevo en su silla. Valente, que parecía haberse erigido (fue elegida, pero entonces no lo sabía) juez, habló con voz firme.

–Estamos en un nuevo mundo y no vamos a traer las malas costumbres del antiguo. Coronel Ribisi, permanecerá esposado en su sitio. Se le permite hablar, pero debe comportarse.

–¡¿Y él?! –Me lanzó una mirada de cólera–. ¡Él es quien ha condenado nuestra colonia trayendo a este mundo esa maldita bacteria que acabará con todos los metales! ¡Ha mandado a la mierda la civilización! ¿Por qué me esposáis a mí?

–Bueno –bromeó Ludger–, a él también le hemos esposado. No se preocupe que hay para todos.

–Mira, imbécil… –Una violenta tos cortó en dos la interlocución del coronel. Cuando se le pasó, Valente había tomado la palabra.

–Retomemos el proceso, pues. Martín Fernández, confiesas entonces que has traído contigo, y liberado aquí, la bacteria alienígena encontrada por Kinaya Ngiri-Magnúsdóttir en su viaje estelar.

Asiento.

–Por favor –me indicó Yu Jei–, habla en voz alta.

–Disculpe –me apresuré a decir a Valente–. Quería decir que sí. Yo he traído la bacteria.

–Pero hay algo que no entiendo –preguntó la teniente García, con todos los rostros dirigidos ahora hacia ella–. La bacteria estaba fuertemente protegida en el laboratorio, incluso bajo clave. ¿Cómo pudiste conseguirla? ¿Te ayudó alguien?

A mi alrededor, cientos de pares de ojos se clavaron en mí. Casi diría que contuvieron el aliento.

–Lo hice yo solo. Soy doctor en Ingeniería, no necesito ayuda de nadie.

La teniente frunció el ceño.

–Ha sido una locura que no esperaba de ti –declaró la gobernadora–. Debo decir que hubo diferentes teorías sobre cómo utilizar la bacteria, incluso mi esposa, Yu Jei, llegó a sugerirme algo como esto, pero por supuesto, me pareció una barbaridad y el ejército jamás la hubiera aprobado. Pero una cosa es lanzar teorías al aire y otra muy distinta llevar a cabo una acción terrorista como esta.

–¡No es terrorista! –gritó, ahora sí, Gizem. Pude ver cómo Otto la agarraba del brazo y la joven soldado que me había traído desde la tienda se posicionaba junto a ella.

–¡Silencio! –atajó Valente–. No más interrupciones.

Tragué saliva. No quería que la situación escalara y se descontrolara. Justo ese había sido siempre mi mayor temor con toda esta situación. Lo que me sucediera a mí no tenía tanta importancia.

–¿Por qué, muchacho?

La pregunta, en una voz serena y quebradiza, provenía de una de nuestras mentes más sabias, la astrofísica Burcin Mutlu-Pakdil. Ella y Chadraabal son nuestras mentes centenarias y todo lo que dicen se escucha con veneración.

–¿Por qué? –repito la pregunta, con una risa marchita–. Por la misma razón por la que Kinaya sacrificó su vida al traerla a la Tierra. Para salvar todo esto. Es obvio que el ser humano no está preparado, todavía, para tener el control de algo tan peligroso como los metales, las armas y cierta tecnología destructiva. No estamos lo suficientemente evolucionados.

–¿Y quién te da el derecho a juzgar a toda la humanidad y condenarla? ¿Te crees un mesías? –El coronel parecía un poco más calmado, pero aún se podía percibir la ponzoña en su voz.

Yu Jei abrió la boca, quizá para añadir algo, pero mi respuesta llegó enseguida:

–Alguien tenía que tomar la decisión –suspiré–. ¡Me arrepiento de tantas cosas en mi vida! Intentar hacer lo correcto todo el tiempo a veces es difícil. En muchas ocasiones he perdido incluso oportunidades…, oportunidades que no volveré a recuperar. No quería que sucediera eso ahora.

–Pero… tú, justamente, Martín –intervino ahora la teniente García–, que has estado dándonos lecciones durante años, diciéndonos que no se pueden hacer las cosas sin contar con la gente. Que el poder emana de la masa. "El pueblo unido jamás será vencido." ¿Qué pasó con eso?

Más murmullos. Otto volvió a agarrar el brazo a Gizem, acallada también por mi mirada. Incliné la cabeza hacia el suelo. Era mi juicio.

–Ya me he declarado culpable.

–Y por eso mereces... –ajustició el coronel– ser condenado a muerte.

Exclamaciones de horror se oyeron entre el público del juicio.

–¡No somos salvajes! –distinguí que gritaba Gizem. Su cabello rizado se dejaba ver claramente entre el gentío.

–¡Él nos ha condenado a nosotros! –siguió desgañitándose el coronel Ribisi, entre toses.

–No tiene por qué ser así –murmuré, casi para mí. Y por fin me animé a alzar un poco la cabeza y enfrentarme con esos rostros de decepción–. No tiene por qué ser así. Sí, no tendremos metales en poco tiempo, y la bacteria se extenderá por todo el planeta: ya hemos visto

lo rápido que se reproduce en un entorno con atmósfera. Pero nuestra civilización no se basa sólo en el metal. –Me puse en pie con cautela, mirando de reojo a los soldados que me flanqueaban–. Nuestra civilización sigue teniendo las ideas ¡y la ciencia! La arquitectura, la química, la medicina, el arte… ¡Saldremos adelante! Estoy convencido de que no tenemos que volver a la edad de las cavernas. Con nuestros conocimientos, y otros materiales, como cerámicas o roca, podremos…

–¡Eso son teorías! ¿Y si nos ataca otra civilización? –Ribisi, por supuesto, preocupado por lo mismo que todos los militares–. ¿Con qué nos defenderemos de sus armas?

–Tampoco ellos tendrán. –Me encogí de hombros– No más que arcos y flechas de madera.

Más murmullos y comentarios entre todos, incluso entre miembros del jurado.

Se hizo el silencio cuando intervino Chadraabal:

–¿Por qué estamos pensando en atacar y defender? –Levantó una mano serena–. El mundo es muy grande, enorme. Y ahora mismo la población debe ser unas cincuenta veces menor que en nuestra época, como la población de los antiguos países de Nigeria o Brasil, pero repartida por todo el planeta.

–Estoy de acuerdo con mi colega –añadió Burcin–. Es posible que pasen años, incluso siglos, hasta que nos encontremos con otro pueblo, sobre todo en Norteamérica. Y más aún hasta que haya problemas de territorialidad, o de recursos. ¡Mirad lo que tenemos a nuestra disposición! –señaló con admiración el bosque, el río cercano, los animales–. Y, lo más importante: podemos usar lo que nos ha servido para aprender de ello. Hay tiempo de empezar a practicar buenas costumbres y crear nuevos hábitos en las futuras generaciones, de respeto por la naturaleza, nuestro hogar, y entre los seres humanos, nuestra familia.

Un aplauso popular acogió esas palabras y recuerdo que mi corazón sintió una calidez que raras veces me sobrecoge.

–Decidamos, pues –sentenció Valente.

Me llevaron de nuevo a la tienda donde estaba confinado, aunque prefería quedarme fuera y disfrutar del esplendoroso día de prima-

vera. Las ardillas se habían acostumbrado a acercarse a nuestros pies y a veces nos correteaban por las piernas. Era hermoso. Aún me emociono ante mis impresiones de esos primeros días en un mundo tan fértil y vivo como jamás había conocido.

No sabía qué futuro me esperaba, pero sabía que en esto no me había equivocado. En otras cosas que se me vienen a la cabeza sí, sin duda, he metido la pata hasta el fondo. Pero esto era lo único cierto que había hecho y si me costaba la vida habría merecido la pena.

Una señal de Hakata hizo que los soldados me llevasen de nuevo al prado donde me esperaban no sólo mis doce jurados, sino los centenares de personas de la colonia aguardando el veredicto. Cuando me senté, el corazón me latía deprisa, como cuando mis padres me hacían un examen de política. Y aquí el castigo sería sin duda aún más severo. Recuerdo que contuve la respiración: *alea jacta est*.

La suerte estaba echada.

–A pesar del voto de algunos jurados –comenzó Valente–, este tribunal provisional ha decidido que en nuestra comunidad no se aplicará pena de muerte. Ya no estamos en guerra, ni siquiera en peligro. Pero te has declarado culpable de llevar a cabo un crimen contra el pueblo, por lo que se te condena... al destierro.

–¡No! –El chillido de Gizem me conmovió, se abrazó a su amigo Otto. Aaliyah me contemplaba compungida también. Hakata, muy sereno.

–Acepto la condena. –Exhalé un largo suspiro, por el que escapaba todo mi cansancio–. Es mi destino. No tenéis que preocuparos por mí.

Pero cuando llegué al lugar de mi destierro, meses después, a esta suave pendiente donde se construiría el futuro emplazamiento (me gusta llamarlo ciudad) de Allende, no lo hice solo. Tuve suerte. Un grupo de personas decidió lanzarse a la hazaña de venir conmigo –aunque no sólo por mí, debo decir–. Y fue una gran aventura que nos llevó meses: no es fácil transportar a una quincena de personas más de diez mil kilómetros cuando no dispones de coches, ni aviones ni de la tecnología para fabricarlos.

Fue Otto quien dio con la idea pocas semanas después. Apenas hablaba desde que llegamos al nuevo mundo: la melancolía había hecho mella en él. No comprendía que Emma hubiese decidido no venir con nosotros en la máquina del tiempo y quedarse sola allí. Pero aquí tuvo un destello de inventiva realmente brillante:

–Se puede construir un pequeño zepelín. El viaje será mucho más corto que en barco.

Y así lo hicimos. Para no arriesgarnos a que la bacteria destruyera algo en mitad de nuestro viaje, sustituimos las piezas de metal del diseño original por cerámicas avanzadas (no pude crear nihonia o yttria-zirconia nanoestructuradas por falta de equipamiento tecnológico, pero con nuestros conocimientos del siglo XXI conseguimos fabricar cerámica mucho más resistente y que disipaba mejor el calor) y creamos un pequeño motor a vapor.

En septiembre iniciaríamos la travesía. Éramos diecisiete personas. La despedida, al borde de un acantilado, mientras el aire dentro del zepelín se iba calentando, fue emotiva incluso para mí.

–Cuidaos mucho, ya sabéis que sois fundamentales –nos recordó Yu Jei.

Valente fue algo más seca, pero creí ver que se le escapaba una lágrima, sobre todo al despedirse de Gizem y Aaliyah, a las que había llegado a coger mucho cariño después de que cuidaran en numerosas ocasiones a su hijo Roberto, que levantaba ya más de un metro del suelo. También nos acompañaba Zoe, la hermana pequeña de Aaliyah y Ander, uno de los muchachos de la antigua academia, que quería regresar a su tierra natal.

Otto, que no venía con nosotros, estaba desconsolado. Había intentado convencer a Gizem de que se quedara con él hasta el último momento, sin éxito.

–¡Este trasto tiene una pinta horrible! –se burló Ludger, dándome cariñosamente la mano a modo de despedida–. ¡Espero que aprendáis a volar por el camino!

Como siempre, bromeaba, pero yo sabía que estaba preocupado. Y triste. Drovnik, abrazada a él, nos dijo simplemente adiós cuando empezamos a subir a la nave.

Nuestro vuelo duró nueve días. Era el final de septiembre, casi había pasado la temporada de huracanes y aún no comenzaba la de tormentas, cuando cruzamos el Atlántico. El destino fue idea de Hakata: Suecia. ¿Por qué no? Era arriesgado, desde luego, pero ya habíamos cometido el mayor riesgo: usar una máquina del tiempo y regresar al año cero, una época donde las civilizaciones estaban aún en su comienzo. Nos sentíamos aguerridos e invencibles. Podríamos con todo.

Y, efectivamente, el viaje fue una aventura. ¡Sobre todo porque habíamos olvidado que necesitaríamos un retrete! Nos sentimos un poco menos aguerridos e invencibles, había que reconocerlo.

–Lo tuyo no es el diseño de vehículos, Martín; nunca más, promételo –se burlaba Gizem.

Pero los paisajes y la imaginación suplieron todo desaliento, y la recompensa llegó cuando avistamos por fin la península escandinava.

Esa península donde, años después, llegaría mi temido tercer juicio.

Allí, al aterrizar, nos encontramos varias sorpresas.

La primera, mucho menos frío del que creíamos. Las llanuras refulgían en tonos verdes y tostados, con árboles y plantas de muy diferentes tipos, y no sólo la taiga, con sus bosques de coníferas, que imaginábamos encontrar en abundancia. Las cumbres de las montañas estaban cubiertas de esperable blanco de la nieve, pero no sus faldas o los prados. Una fresca brisa nos saludó el rostro nada más aterrizar.

–Pero… ¡¿dónde está la nieve?! Esto no es Suecia, ¡nos hemos equivocado! ¡Estamos imbéciles! –Gizem, como siempre, protestando por todo. Pasión hasta el final.

–Estamos en el período del Óptimo Climático Romano –nos ilustró Hakata, que se había pasado el viaje leyendo toda la información disponible sobre Roma en aquella época en su *ebook* con batería solar–. La temperatura subió un grado y medio, de media, en Europa,

creando un clima más cálido, lo cual favoreció la expansión del imperio romano.

¿Algo que *no* habíamos olvidado traer de nuestro tiempo? Libros. Desde entonces los transcribimos al papel y los conservamos en bodegas subterráneas, forradas de madera, con cuidadores especiales. Nuestro conocimiento es nuestro mayor tesoro.

La segunda sorpresa fue encontrar allí ya a personas de nuestro mundo. Un centenar de hombres, mujeres, niños suecos y antiguos refugiados que se acercaron a nuestro zepelín en cuanto tomamos tierra… Lars y Bera nos recibieron con los brazos abiertos y nos entendimos en un inglés casi sin acento:

–¡Qué bien! Más manos para construir y plantar. Llevamos trece meses esperando.

–¿Cómo habéis llegado? –pregunté, mientras les estrechaba la mano. El resto de colonos terminaban de bajar del zepelín.

–Nos avisaron de que en la antigua academia de Ciencias había una máquina del tiempo que podíamos usar y que más personas habían usado una similar para escapar del planeta. Nos fuimos de la vieja Tierra el tres de febrero, faltaba poco para que el asteroide colisionara.

–Pero… –me atraganté–, nosotros saltamos en el tiempo hace sólo seis meses. ¿Cómo habéis podido llegar antes?

–Hola, soy Gizem –la chica aprovechó para entrar en la conversación–, una de las inventoras de la máquina del tiempo. De nada. –Sonrió graciosamente–. Ya te dije, Martín, que la máquina no es exacta, la fecha de llegada puede variar, meses o incluso años. –Y terminó dándome un cariñoso codazo.

Hakata se acercó, interesado.

–Entonces, ¿puede ser que Vikram no haya llegado aún?

–... o tal vez ha llegado hace tres años y anda dando vueltas por la península escandinava –aseveró Gizem–. O ha terminado en otro universo distinto.

Reconozco que el desánimo se apoderó de nosotros. Pues así era: parte de la razón por la que habíamos decidido regresar a Suecia era encontrar a Vikram, el valiente muchacho que había puesto en marcha todo esto.

–No creo que esté en otro universo –siguió diciendo Hakata, casi para sí–. Ellos han viajado en otro momento, y con otra máquina, y han acabado en el mismo que nuestra colonia. Los mismos cálculos, y han llegado al mismo lugar. –Se quedó pensativo rascándose la barbilla como una viñeta de cómic.

–¡Qué bien que seguía funcionando! –Aaliyah se unió pronto a la conversación.

–¡Sí, menos mal! –confirmó Bera, una mujer alta de rostro sonrosado y piel clarísima–. No nos hubiera gustado esparcir nuestros átomos por el espacio-tiempo.

–¿Eres científica? –Gizem estaba tan entusiasmada con su nueva amiga que empezó a dar saltitos y la llevó aparte para preguntarle todo sobre su emplazamiento, con su habitual vehemencia.

Aaliyah me agarró el brazo, señalándome las tiendas de campaña y las tierras de cultivo. Había también vacas y cabras.

–Llevan mucho adelantado.

–¿Sois pareja? –nos preguntó Lars–. ¡Hacen falta muchas para poblar este mundo!

La chica soltó mi brazo, apurada.

–No, no, no lo somos –confirmé yo–. Ojalá esos temas se me dieran bien; de hecho, suelo perder siempre la oportunidad. Me temo que soy un poco desastre.

Reímos con ganas.

Junto con Lars, Aaliyah, su hermana Zoe y yo nos acercamos al zepelín a terminar de descargar materiales que traíamos –Valente había sido muy generosa con la expedición y nos había permitido traer libros, medicinas, herramientas y ropas.

¿Habría sido un error venir tan lejos? En aquel momento me flaqueó mi convicción, lo reconozco. Muchas de esas personas podrían haberse quedado en la vieja América, un continente donde tardaría mucho más en producirse conflictos. Aunque aquí aún tendríamos unos siglos de paz, y teniendo en cuenta la expansión de la bacteria, que seguro traíamos con nosotros, probablemente los acontecimientos históricos se empezarían a desarrollar pronto de formas imprevistas.

Hakata dio una palmada en mi hombro y me acerqué a ayudar a mi amigo Ganjavkhlan Chadraabal a descender del zepelín. Ambos habían decidido venirse conmigo: aquello a lo que más temíamos, el frío escandinavo, tardaría siglos en convertirse en lo que habíamos conocido en nuestro antiguo planeta, y el encuentro con otras personas del viejo mundo alegró los rostros de decepción por no haber encontrado al chico, Vikram.

Esos días desempacamos y nos integramos en la colonia, que aún seguía viviendo en tiendas de campaña. Pronto comenzamos la construcción de lo que sería la primera ciudad de la península en nuestro nuevo mundo: Allende.

Hoy, dieciocho años después de nuestra llegada, cuando contemplo lo que hemos conseguido, el corazón me burbujea de orgullo. Y, por casualidades de la vida, es justo cuando creo que mi tercer juicio, el que siempre había planeado sobre mí, va al fin a tener lugar. Como siempre he temido.

Todo comienza en la asamblea comunitaria mensual: es el espacio donde la comunidad entera se reúne para hacer balance y tomar decisiones sobre el día a día.

La plaza del foro recibe el sol de junio repleta de gente, de pie o sentada.

Yo me levanto y elevo la voz para dar comienzo a la asamblea. Junto a mí, en el *podium*, algunas de las personas más representativas de nuestra ciudad y los otros dos miembros del consejo: Bera y Hakata.

–Querida comunidad de Allende: somos ya cerca de quinientos habitantes en nuestra pequeña ciudad. Hemos construido edificios de ladrillo y adobe, y herramientas con cerámicas, combinando técnicas traídas de nuestra civilización y algunos elementos que siguen existiendo como el aluminio. La ciencia y conocimientos que hemos conservado nos están haciendo mucho más resistentes al clima, en-

fermedades o a la pérdida de cultivos de lo que sería habitual en una sociedad de esta época. En suma: todo va según lo esperado.

Aplausos y ovaciones. Habla ahora Bera:

–La planta de energía eólica e hidráulica funcionan ya al 75 % y 82 % respectivamente, con lo que el agua corriente sigue en marcha y mejor que nunca. Y por fin tenemos la gran noticia: ¡Vamos a inaugurar nuestra primera universidad! El edificio está ya construido, tenemos que agradecer a todo el equipo, liderado por la arquitecta Julia y el ingeniero Sven. Hemos decidido ya el nombre: Universidad Chadraabal de estudios superiores.

Los vítores y aplausos en honor a mi viejo amigo me emocionan. Su sencilla tumba sobre la colina nos contempla cada día, y seguro que estaría orgulloso de todo lo que estamos consiguiendo.

–Se abre el turno de palabra.

Gizem, ya una lozana mujer de mediana edad (al igual que yo mismo), es una de las primeras en pedir hablar:

–Tendremos que ir pensando en hacer contacto con otros pueblos, y queda pendiente mi antigua idea del muro. No sabemos cuándo pueden acercarse otras civilizaciones, ni con qué intenciones.

Bera responde:

–Podemos usar ya el zepelín para esos primeros contactos y, por supuesto, también caballos. ¿Hay acuerdo en que comencemos ya?

Se levantan manos, en su mayoría para el voto afirmativo. Algunas personas se ofrecen como exploradores.

Cuando estamos en mitad del siguiente tema del día, un muchacho rubio se acerca corriendo al *podium*, y me pasa un pergamino al tiempo que dice:

–Ha llegado este mensaje por paloma. ¡Está aquí!

–¿Quién, qué pasa? –pregunta Hakata, asomando su cabeza por encima de mi hombro para leer el mensaje.

"Hemos encontrado un joven con rasgos indios a unos diez kilómetros al sur del antiguo emplazamiento donde estaba la ciudad de Lund y la Academia. Dice llamarse Espartaco. Pensamos que es *él*. Lo llevamos a la ciudad."

Finalmente, mi amigo me arranca el papel para terminar de leer por sí mismo.

–¡Vikram, es Vikram! –chilla Hakata, como un veinteañero pese a que ya pasa de los cuarenta–. ¡Gizem!

Ella se levanta y se acerca a nosotros mientras los murmullos se extienden por el foro. Yo mismo noto cómo el corazón se me acelera. Todo el mundo conoce la historia del joven pakistaní que contribuyó decisivamente a la creación de la máquina del tiempo y que fue el primero en usarla. Es una leyenda e incluso hay varias estatuas suyas en nuestra ciudad.

–¿Qué te pasa, Martín? –me dice Hakata.

Estaba distraído. Carraspeo y me dirijo a la multitud:

–Queda suspendida la asamblea. Podemos iniciar el mercado semanal. Nos reuniremos con el joven que acaba de aparecer e informaremos en breve.

Y mientras todo el mundo se levanta, comentando, charlando, y Hakata y Gizem me arrastran, como a un zombi, al edificio del Triunvirato, mi mente está en otra parte.

Me viene a la cabeza "Date tiempo", el clásico de la rapera Queen Lil' V:

"La vida me lleva de un lado a otro lado
un juego absurdo donde alguien lanza un dado.
La vida es azar,
la vida es coincidencia. Paciencia.
Date tiempo. Date tiempo.
Paciencia y ojos bien abiertos".

Y me doy cuenta, de repente, de que estoy temblando.

Ahora sí, por fin, ha llegado mi juicio final.

Unas horas después nos encontramos en la sala del consejo: los tres miembros más algunas personas, como Gizem y Hakata, que quieren comprobarlo por sí mismos. Observo las canas en mis amigos y trago

saliva: el tiempo no ha sido más benévolo conmigo. Hace ya bastante que dejé atrás los cuarenta años y, aunque el aire libre y el trabajo en el campo y la construcción –que nos repartimos entre toda la comunidad– me mantienen en forma, no hay manera de disimular lo evidente: soy un hombre de mediana edad.

Esperamos al joven Sven, hijo de Lars, uno de los exploradores que ha encontrado a este chico.

–¿Será él? –murmura Gizem.

–"Espartaco" dice que se llama… Sólo a Vikram podría habérsele ocurrido esa extravagancia –río, y el resto me acompaña.

–Es verdad que tenía una forma de pensar original –concuerda Hakata. Y de pronto enmudece.

Aparece Sven por la puerta junto a otra figura, delgada, fibrosa, de piel color ocre con un brillo dorado. Sus ojos sagaces parecen observarlo todo. Y seguramente lo hacen. Recorre toda la estancia, fijándose en las estatuas y en nosotros. A medida que se acerca, posa su mirada más a menudo en Gizem, en Hakata y en mí, como si quisiera reconocer algo.

Trago saliva y me decido a hablar:

–Espartaco, ¿verdad?

Asiente, aún mudo. ¡Qué joven es! Ignoro qué hacen los demás, porque Vikram se acerca más a mí, tratando de leer en cada pequeña arruga, cada pliegue de mi piel.

Y yo recuerdo también.

La fatídica noche de la desaparición de Vikram, yo me encontraba en la vieja sala de música de la pensión de la Academia de Ciencias, tocando un piano destartalado al que le bailaban algunas teclas. El proyecto de construcción de presas en el que trabajaba estaba estancado, y había tenido una discusión con mi pareja. Nunca se me dieron bien esas cosas y, de hecho, jamás tuve una relación duradera.

De alguna forma, siempre había que elegir entre mis principios morales y el romance, y jamás había roto mis principios. Claro que, entonces, solía romperse todo lo demás.

Me sobresalté cuando escuché un ruido detrás de mí y dejé de tocar el Nocturno nº 3 de Listz. El joven Vikram estaba casi a mi lado, contemplándome.

–Hola –le dije, estúpidamente.

–Era precioso, no pares…

–¿Estás de broma? –reí, acordándome de todos mis fallos y las notas desafinadas del instrumento–. Era un desastre.

Allí, solos los dos, no podía dejar de volverme para comprobar que seguía escuchando mientras yo tocaba. Él, tímido aún, bajaba los ojos. Yo no podía fingir que era un joven cualquiera: llevaba tiempo observándole. Era avispado, inteligente, con un aire desprotegido que me había hecho contenerme varias veces en los pasillos para no abrazarle y decirle que él valía cien veces más que cualquiera que pasaba por allí.

¿Por qué no lo hice? ¿Por qué no fue hasta esa noche, sentados los dos, cuando por fin hablamos, cuando por fin me dejé llevar un poco? Supongo que estaba distraído con el mundo cayéndose a pedazos, y yo intentando arreglarlo o señalar a los culpables. Sólo había iniciado algo romántico en esos años cuando otra persona había dado el primer paso. Y sólo para dejarlo morir sin prestarle atención. Mi corazón no conoce las raíces.

Pero este chico, unos años más joven que yo pero con un brillante futuro en ese mundo agónico, hacía que se me resquebrajasen las costillas.

–¿Atravesaste siete países para llegar hasta aquí, tan pequeño? –No me cabían las palabras en la boca de admiración–. Eres muy valiente.

Recuerdo cómo volvió a bajar la mirada: lo hacía cada poco, parecía incapaz de mantener su pupila en la mía más de unos segundos, y cada vez que a retiraba me resultaba aún más adorable. Y entonces, como otras veces en mi vida, el chico se lanzó –sin duda, debió ver mis señales.

Sus labios se posaron en los míos con una decisión que no parecía posible en ese chaval que caminaba cada día con la cabeza gacha por el pasillo. Sentí un dolor que me atravesaba los pulmones, algo inaudito. Y entonces, recordé a Erik, a quien había dejado en mi cuarto tras

nuestra discusión… Me aparté, no podía hacerle esto. Antes de iniciar otra cosa, debía terminar la primera: era lo correcto.

–Yo… no puedo –logré balbucir–. Es que... tengo que…

El terror en los ojos de Vikram fue como si cayera un telón. Se levantó y salió corriendo, sin más.

–¡Vikram, espera que te explique…! ¡Vikram!

Llegué hasta la puerta de la sala. ¿Por qué no le perseguí? ¿Por qué? Me quedé allí, autoconvenciéndome, como siempre, de que aquello era "lo correcto".

Y sí, a veces siento el corazón agrio de soledad y frío.

Para mí todo aquello es lejano como el rumor de una infancia perdida. Casi veinte años ya. Pero para Vikram, este joven que me mira sorprendido, sólo deben haber pasado quizá semanas o meses. No… Lleva la misma ropa. Santo cielo. La misma ropa.

Salió huyendo, entró en su máquina del tiempo (aún sin testar) y corrió y corrió hasta aquí. Hasta mí, de nuevo. Salvo que ahora debe odiarme. O debe odiar a este señor imperfecto y rígido en el que me he convertido.

De todas formas, tengo que decírselo, por mí, por toda la comunidad:

–Eres muy valiente.

¿Es rubor eso que nace en sus mejillas? Y sus pupilas siguen ametrallando las mías… El corazón me late tan fuerte que temo que Gizem y los demás lo puedan estar oyendo. ¿Qué pensarán de un miembro del Consejo Triunvirato que reacciona como un chiquillo enamorado? Es poco serio. No debo.

Pero por una vez, quizá me merezco hacer algo incorrecto.

–Te he estado esperando.

Oigo claramente los murmullos de mis compañeros. Pero mi rostro sigue clavado en el de Vikram, ese joven capaz de navegar siglos y salvarnos a todos. Y para salvarme a mí.

Por fin, abre la boca:

–Bah, a la mierda…

Y sí que es valiente, pues se atreve a romper la barrera de lo apropiado en un espacio como ese. Se atreve a romper la barrera del tiempo. Y es como si un cristal, tal vez el que llevaba yo mismo de coraza, se resquebrajara en mil pedazos y estrecho por fin en mis brazos al muchacho dorado, mientras los besos no nos dejan respirar.

Muy de fondo, oigo la voz insegura de Bera:

–Ejem… Entonces, el muchacho es Vikram, ¿no?

Y aquí estamos una semana después: y el mundo sigue adelante. Y milagrosamente –o eso me parece a mí– nadie ha cuestionado mis acciones pasadas. Ni el propio Vikram me ha creído culpable de todo este desaguisado. Se ha adaptado rápidamente a la comunidad de Allende y ha comenzado a enseñar a los muchachos más jóvenes en el ala de física de partículas.

¡Ah! El muchacho de la piel con brillo dorado. Un temblor de pajarillo herido me recorre cuando duermo entre sus brazos cada noche.

Recuerdo aquel tema del grupo de rap de mi ciudad, Barrio Hoppers:

"Si estamos juntos, la noche se detiene.
Si estamos juntos, las guerras se aplazan,
los monstruos se callan.
Tu mano, mi mano, tu boca, mi boca...
Estoy dentro de ti y todo se calma".

–Lo que no entiendo… –masculla súbitamente hoy el muchacho, aún tumbados ambos.

Ya llegó. El reproche. El corazón me late con una culpabilidad apresurada y sombría.

Me incorporo en el sencillo camastro. Telares y telas fueron una de las primeras cosas que empezamos a trabajar nada más llegar.

–¿El qué? –pregunto.

–Me dijeron que robaste la bacteria de Kinaya y, a escondidas de toda la comunidad, la trajiste al nuevo mundo.

Miro hacia otro lado.

–No me cuadra contigo eso de actuar por tu cuenta. Escuché muchos de tus discursos en la Academia, cuando eras representante estudiantil, ¿sabes?

Esa información me arranca una sonrisa y algo cálido anida en mi pecho. El miedo, el reproche que jamás llegó, desaparece. Vikram quería hablar de otro tema. Inteligente como es, ha notado que algo no encajaba con la versión oficial de lo sucedido con la bacteria. Decido ser honesto; supongo que a estas alturas ya no importa.

–Tienes razón. No ocurrió así.

Su ceño fruncido y el interrogante de sus ojos oscuros esperan con calma. Es paciente. Eso conozco de él.

Y entonces cuento la verdadera historia de cómo se fraguó la llegada de la bacteria al nuevo mundo. Una que he guardado todo este tiempo, que hemos guardado en secreto, para proteger a mucha gente. Y le desvelo:

–Hubo una asamblea, unos días antes de partir. Éramos varios –carraspeo– quienes habíamos hablado de ello: tus amigos Gizem y Otto, Aaliyah, la hija de la desaparecida presidenta, la piloto Yu Jei y el piloto Ludger…

–Por cierto, aún no te lo he preguntado, pero ¿cómo es que Otto no vino con vosotros?

Paseo mi mano por su pecho, con indolencia.

–Su pareja, Emma, decidió quedarse en el viejo mundo, convencida de que podía detener el asteroide que amenazaba el resto de vida sobre el planeta. Y para ayudar a otros a cruzar aquí. Otto confía que en algún momento se decida a usar la máquina americana y si se decide a usarla para venir a esta época, Emma llegará a América, por eso no quiso moverse hasta Suecia, para esperarla. En fin…

–Perdona –me dice, enredando sus dedos en mi cabello castaño–, te he interrumpido, sigue.

La bruma de unos besos de sabor a uva nos distrae unos momentos. Pero el muchacho se separa y me pellizca:

–¡Sigue!

Río con ganas. Es hermoso descargar el peso de un secreto.

–Organicé una asamblea con todos los afines: después de lo que había pasado en nuestro mundo, la mayoría estaba a favor de seguir la intuición de la piloto Kinaya Ngiri-Magnúsdóttir y eliminar los metales de la ecuación.

Se sienta casi de un salto (¡bendita juventud!) con el rostro amplio de sorpresa:

–Pero, si la mayoría estaba de acuerdo… ¿Por qué el secreto? ¿Y por qué cargar tú sólo con la responsabilidad? Gizem me ha dicho que incluso estuvo en juego tu propia vida en un juicio.

Y besa la palma de mi mano y la lleva sobre su corazón, como queriendo decirme que mi vida es muy valiosa. Ya he podido constatar que Vikram no es hábil expresando sentimientos con las palabras, pero su cuerpo llena todo el vacío del mundo de amor y de cariño. Siento algo que me estalla dentro y casi no puedo hablar.

–Entre los que no estaban de acuerdo se encontraban la mayoría de los militares, Ribisi, por ejemplo.

–¿El loco que quería tu cabeza?

Asiento.

–Y Valente, la gobernadora. Sacar el debate a la luz hubiera creado discordia, quizá incluso represalias o una guerra abierta entre dos bandos –dirijo mi mirada tristemente al otro lado del ventanuco de mi sencilla casa de arcilla y madera–. La humanidad estaba ya muy maltrecha, no podíamos permitir algo así.

–Entonces lo hiciste tú…

–... siguiendo el dictado de la mayoría, sí; e incluso con su ayuda.

–Y cargando con la culpa. Y sin confesarlo ni siquiera cuando te juzgaron, arriesgando tu vida.

Respiro hondo. Le animo a mirar conmigo por la ventana, donde la luz de la luna ilumina una preciosa pequeña ciudad que casi parece surgida de un cuento.

–Por esto hubiera merecido la pena morir.

Asiente el muchacho y nos besamos. Y Vikram comienza a acariciarme de nuevo con fuerzas inagotables (¡bendita juventud!).

Nos tumbamos abrazados, tan cerca el uno del otro que nuestras bocas respiran el mismo aire, no distingo mi mano de la suya y la frontera de la piel es casi una ilusión.

… Y ES SÓLO EL PRINCIPIO

… Y ES SÓLO EL PRINCIPIO

PARTE 1: *ALEA JACTA EST*

Carta de Emma a Otto: dos días después del viaje en el tiempo. (1103 días hasta la colisión de Prim-34).

> Querido Otto:
> Soy Emma. Te escribo porque, en lugar de viajar con vosotros en el tiempo al año cero, me he quedado en la actualidad; supongo que ya te has dado cuenta.
>
> Esta carta también es en realidad un experimento, ya que no tengo manera de saber si te llegará algún día.
>
> La introduciré en la máquina del tiempo para enviarla hasta vosotros y habrá –según los cálculos de Gizem, con quien he planeado todo esto– cerca de un 65 % de probabilidades de que llegue a algún año en el que tú estás vivo. Además, el área en el que se aparecerá incluye unos cinco kilómetros a la redonda… Todo es muy complicado, porque la máquina es bastante imprecisa (dile a Gizem que lo siento, pero es así).
>
> Odio las cosas imprecisas, ya lo sabes.
>
> Como verás, al ser la carta de papel y poder estropearse, he tomado la precaución de guardarla en un plástico transparente y le he introducido una piedra dentro (para que no se vuele con el viento). Además, he colocado varias pegatinas de colores fosforito, en una combinación que no encontraréis ni siquiera en las flores, para que os llame la atención desde lejos.

No se me ha ocurrido qué más hacer, aunque he estudiado durante estos dos días el año cero al que habéis viajado: he leído las viejas copias de la Wikipedia de los ordenadores de la base de la NASA y dos libros de historia guardados en su biblioteca digital, como "Las culturas precolombinas de América" y "La formación de América del Norte desde los tiempos primitivos". Te los recomiendo, creo que os habéis llevado 150 terabytes de libros al pasado.

Espero que por todas las molestias que me estoy tomando puedas deducir que me gustaría mucho que llegaras a leer esta carta algún día. Porque no me despedí de ti y, además de la falta de educación que eso supone según los códigos sociales de los neurotípicos, me gustaría que me entendieras. Y sé que lo harás, porque eres muy inteligente. Fue lo primero que me gustó de ti.

Por cierto, me muero de ganas por contarte que anteayer, en cuanto os fuisteis todos, entré en las oficinas vacías de Ribisi y la cúpula militar, donde nunca tuvimos acceso. Abrí todos los cajones y encendí los ordenadores: no te puedes imaginar cuánta información guardaban. Cuando me senté en el de Ribisi (su silla me quedaba grandísima), se abrieron hasta 234 carpetas con información clasificada. ¿Sabes cómo se llamaba una de ellas? "Supervivientes". Te juro que di un puñetazo en la mesa. ¡Siempre negaron que tuvieran información de quién había sobrevivido a las explosiones nucleares!

–¡Maldito coronel Ribisi! –exclamé. Estaba muy enfadada, odio que me mientan.

En seguida busqué supervivientes en Milwaukee: la señorita Shirley no se encuentra entre ellos, ni tampoco la señorita O'Reilly ni el señor Wilbur Buchanan, que fue tan amable con Ralph y conmigo cuando huíamos. Tampoco aparece nuestra vecina la señora Dukakis. Es lógico suponer que todos murieron en la explosión nu-

clear. (Espero que mi vieja colonia de hormigas haya excavado su propio hormiguero. Quizá sean las únicas supervivientes verdaderamente felices de toda esta catástrofe.) No sé nada de mi amigo Pig –tal como te comenté, le considero mi amigo aunque nunca tuve pruebas claras–. Hay ocho Sheridans en las listas de supervivientes, pero no tengo manera de saber si alguno de ellos es él o su familia, ya que no conozco su nombre de pila. Nunca me gustó que los chavales de la escuela le pusieran ese mote.

Pero estaba hablándote de otra cosa.

Creo que sabes por qué no me despedí de ti, no sólo porque eres inteligente sino también la primera persona que me conoce bien desde la muerte de mi padre. Pero como a veces mis deducciones sobre los neurotípicos no han resultado acertadas, prefiero no arriesgarme esta vez y explicarme: yo quería, y quiero, quedarme. Voy a detener el asteroide, estoy segura de que aún estoy a tiempo. Y salvar a Temple, nuestra vaca, a la que hemos alimentado y cuidado desde que era una ternerita, y al resto del ganado: son criaturas como nosotros, tienen el mismo derecho a vivir y a recuperar el planeta que hemos destrozado.

Y además hay cientos de personas también vivas en otras cúpulas Kolovkin. Ellas también pueden beneficiarse de un planeta que, algún día, dentro de un siglo o dos, puede recuperarse.

Gizem me dijo que, si te contaba esto, querrías quedarte conmigo, pero no podía ser: sólo hay una cápsula de hibernación disponible, la de la nave de Ludger, que se usó para la piloto Yu Jei. Creo que está en mi mano, además, ayudar en todo lo posible a la recuperación de nuestro mundo. Quiero ver cómo evoluciona el ecosistema del planeta en directo. E incluso no ser sólo una testigo de cómo ocurre, sino participar, ser una pieza cla-

ve en este nuevo inicio... ¡En realidad, si funciona, es casi como un sueño!

Quizás debí irme. Pero ya está hecho, la suerte está echada, y voy a sacar el máximo partido de ello.

Quería contarte que esta mañana he sacado algunos de nuestros cultivos al exterior: primero trasladé tierras y sustratos, y después trasplanté algunos brócolis (que me he informado de que es muy resistente a la radiación) y otras verduras y algunos pinos, que por lo visto también la aguantan muy bien. Aunque, como la capa de ozono se ha reducido, quizá no sobrevivan.

Es la primera vez que he salido al exterior desde la hecatombe. Por supuesto, con el traje antirradiación, no te preocupes. He tomado todas las precauciones. De hecho, no estuve fuera más de cincuenta y cinco minutos: no quiero arriesgarme demasiado.

Afuera hace frío, viento y está oscuro. Por lo demás parece que estuviéramos en el desierto de Arizona.

Aunque no he visto ninguno, porque me he quedado muy poco tiempo, es de esperar que ahí fuera hayan subsistido algunos insectos como cucarachas, hormigas y avispas, además de, seguramente, bacterias, y quiero probar a ver qué sucede. Tardaré unos años. En realidad, es curioso, ¿no? Recuerdo mi obsesión con las hormigas y cómo cuidé y estudié mi propia colonia durante horas y horas. Parece casi el destino que ahora vaya a volver a hacerlo pero a lo grande… Al menos tengo toda la información que necesito. Ralph, mi padre, me habría reñido por decir esto, pero la verdad es que los accidentes nucleares del pasado como Chernóbil, aunque fueron enormes catástrofes medioambientales, nos han dejado mucha información que podemos –o que puedo– usar.

Estoy llevando a cabo, en fin, todo aquello que siempre quise probar desde la hecatombe y que la gobernadora y el coronel Ribisi no me permitían. Funciono mucho

mejor a mi aire, seguro que recuerdas cuando tuve aquella discusión con la doctora Drovnik y conseguí, trabajando fuera del equipo, recuperar la ventilación en la zona Q del refugio. Y también es como consigo mejores resultados. Me da mucha rabia que no tengan confianza en mis habilidades por ser autista, cuando justamente mi condición me proporciona muchas veces una ventaja para trabajos como estos.

Por cierto, quería también que supieses que Yu Jei, la piloto, es mi madre. Me lo dijo antes de irse. Fue raro, ya no esperaba conocerla. Para mí es una extraña. Pero es curioso ver tus genes en otra persona.

Gizem me ha prometido que cuidará de ti. La conozco y sé que lo hará: me quedo más tranquila porque tienes muchas alergias y en plena naturaleza en el año cero puedes necesitar ayuda.

Creo que voy a contactar con otras cúpulas e informarles de que existen dos máquinas del tiempo: la nuestra y la de Suecia (si es que ha sobrevivido a las explosiones) por si quieren usarlas.

El asteroide está cada vez más cerca, ya puede distinguirse a simple vista en el cielo nocturno. Ha sonado el microondas, mi cena está lista.

Hasta pronto,

Emma

Carta de Emma a Otto: 83 días después del viaje en el tiempo. (1022 días hasta la colisión de Prim-34).

Querido Otto:

Si había un 45 % de posibilidades de que la primera carta llegue cerca de ti, donde puedas verla, que llegues a encontrar dos cartas reduce muchísimo la probabilidad. Aun así, quiero escribirte y contarte cosas. Me había

acostumbrado a tu compañía y echo de menos nuestras conversaciones.

(También era agradable dormir juntos. Y el sexo. Aunque no suele gustarme el contacto físico, contigo era diferente. Sé que lo hemos hablado muchas veces pero, aunque para mí sólo hayan pasado ochenta y tres días y lo tenga todo muy reciente, para ti pueden haber pasado varios años cuando leas esto y los neurotípicos tenéis mala memoria, así que quería recordártelo.)

Supongo que también habrás deducido que en cualquier momento, yo también puedo coger la máquina y viajar hasta vuestro tiempo. Lo tengo en cuenta. Quizá incluso yo llegaría antes que estas cartas (sería una tremenda ironía de esas que os gustan tanto, ¿verdad?), así de ineficiente es el invento de Gizem y Vikram. Ya lo he dicho en la otra carta, pero como no sé si te ha llegado te lo repito aquí.

Me hace feliz pensar que tengo esa posibilidad de viajar al pasado más adelante y volver a verte.

Aunque de momento estoy muy entretenida en este mundo.

Mis experimentos con plantas e insectos están avanzando. He introducido también los cactus, plantándolos junto a los otros vegetales, en las afueras de la base. Algunos están sobreviviendo (no te quiero aburrir con los detalles, porque, como dice esa metáfora que te gusta: a veces los árboles no dejan ver el bosque), y efectivamente, ¡hay insectos aún!

En estas semanas he salido varias veces al exterior, para comprobar cómo sobrevivían las plantas, y he podido ver (y recoger) cucarachas, moscas de la fruta y algunos gusanos. Creo que están mutando para sobrevivir (por ejemplo, la lombriz, que habitualmente es hermafrodita y puede reproducirse también sin necesidad de cópula,

parece haber optado sólo por la reproducción sexual, quizá porque favorece sus posibilidades de supervivencia y mejora de la especie).

Llevo el mismo traje de protección que solía vestir mi madre cuando exploraba en el exterior, es el que me queda mejor de tamaño. Curioso. La verdad es que la admiraba mucho cuando sólo la conocía como la piloto Yu Jei Huang. No sé si me gustaría conocerla más si algún día viajo al pasado y me encuentro con vosotros.

Quería escribirte para contarte que finalmente esta semana he lanzado avisos a todos los refugios sobre la existencia de máquinas del tiempo, aunque la gente parece algo reacia a creer que algo así pueda existir.

–Pero, vamos a ver, chica, ¿quién dices que eres? –me han preguntado desde el refugio London 211.

En Munich 127 no ha sido mejor.

–Esta es una situación muy seria, señorita, no estamos para bromas.

La gente de tu ciudad natal no es muy educada, Otto, que lo sepas. No me lo he tomado muy bien, la verdad: seguramente no se fiaban de mí porque soy mujer, joven y con TEA, algo que han podido deducir quizá por mi voz o mi forma de expresarme.

Decidí no volver a hablar con ellos. Pero luego he pensado que en esos refugios vive mucha gente, gente que a lo mejor sí es amable y sin prejuicios, y no merecían morir por culpa de unos maleducados. Así que les he enviado a todas las bases los datos del proyecto que Gizem desarrolló aquí con Yu Jei y Ludger, así como el aviso grabado en holoimagen que dejó el coronel Ribisi en la base por si alguien llegaba hasta aquí, explicando la decisión que habíamos tomado.

El asteroide ha pasado ya la órbita de Júpiter y queda muy poco tiempo para actuar, exactamente 1022 días según

los cálculos que hicimos cuando trabajábamos juntos en el programa NeaScout para detenerlo. He contactado hoy con el refugio de Yazd en Irán y de Pokuói, en Rusia y estamos probando cálculos para intentar dirigir los pocos misiles que tenemos disponibles.

¿Adivinas cuál ha sido su reacción? Sí, exactamente igual que con lo de la máquina del tiempo.

–Pero ¿esto lo has pensado tú sola? ¿Alguien como tú está dirigiendo todo?

¿Qué significa "como yo"? ¿Inteligente, resolutiva, eficaz, de pensamiento original…?

Siempre me ha dado rabia que, debido a mi condición, algunas personas crean que no soy tan capaz como ellos. Es algo que tú nunca diste por hecho, Otto. No pensaste que yo fuera menos que otra gente, ni que fuera inútil por no entender las normas sociales o por mi hipersensibilidad al ruido y la luz, que a veces me anulan. Qué cansada estoy de tener que demostrar cosas una y otra vez.

Pues sí, alguien como yo, precisamente por ser como soy, y por no dar por hecho lo que para los neurotípicos es tan importante, ha conseguido que, en pocas horas, se forme un equipo que probablemente desviará el asteroide. Era absurdo que cuando el coronel Ribisi estaba al mando no pudiésemos hablar con ellos para coordinarnos porque eran "nuestros enemigos".

Dile al coronel Ribisi que no han "aprovechado para dispararme los misiles en cuanto conocieron mi posición", como solía argumentar. Los supervivientes en esos refugios ni siquiera tuvieron nada que ver con las decisiones militares que llevaron a la muerte a nuestro planeta y nuestra civilización. ¡Los humanos pueden ser muy absurdos!

Creo que aunque viva mil años nunca los entenderé.

En cambio, la vaquita Temple acaba de tener un ternerito y el resto de vacas le acerca pienso con el hocico, la limpian a lametazos y cuidan de ella. Quizá nací en la especie equivocada.

Aunque tú también eres parte de mi especie, y eso la salva.

Hasta pronto,

Emma

PS: También Gizem, Hakata, Aaliyah, Martín, Ludger y Yu Jei me caen bien y me hacen sentir a ratos orgullosa de los todos seres humanos, incluso de los neurotípicos.

PS2: Las personas con las que me estoy coordinando de las bases de Rusia e Irán, también parecen buena gente.

Carta de Emma a Otto: Un año y seis meses después del viaje en el tiempo.
556 días para la colisión de Prim-34.

Querido Otto.

Como aún no hemos conseguido desviar el asteroide y cada vez está más cerca (ya ha pasado la órbita de Marte) las personas han decidido usar las máquinas del tiempo para trasladarse al pasado. Han decidido ir todas al año cero, para así encontrarse unas con otras en la península escandinava (si usan aquella máquina, que al parecer está funcionando) o en el terreno que ahora conocemos como Georgia, en los antiguos Estados Unidos (si usan esta máquina).

Perdona, esta es la tercera carta que escribo. Hace 534 días que viajasteis al pasado y yo decidí quedarme.

Han ido llegando estos últimos tres meses hasta diecisiete pequeñas colonias de refugiados. Yo les he recibido,

les he explicado todo y se han ido marchando al pasado en la máquina, también al año Cero, como vosotros. Me imagino que los conocerás antes o después (porque tal vez lleguen incluso antes que vosotros, por la inexactitud de la máquina de Gizem, cosa que ya he explicado en mis dos cartas anteriores, que tal vez aún no has recibido).

Pero no te escribo por eso. Hace tres días llegó el último grupo de refugiados.

La verdad es que normalmente es algo aburrido: llegan en vehículos por tierra, protegidos con trajes antiradiación, en un grupo de veinte o cuarenta. A veces algunas personas se llevan los trajes para traer a más gente desde el mismo refugio.

El grupo del miércoles era similar: me avisaron por radio de que estaban llegando.

–Somos treinta y dos, ¿hay algún problema?

–Ninguno –contesté–, esta base albergó a más de dos mil. Y tengo algunos cultivos y animales de granja.

Subí, como siempre, a la superficie a recibirles. No puedes imaginar sus rostros de sorpresa cuando ven que fuera de la base hay ya todo un huerto y una pequeña arboleda que sobrevive.

–¿Lo has hecho tú sola? –me preguntaron.

Vaya pregunta tonta.

Uno de los hombres se me quedó mirando de forma muy directa, ya sabes que no me gusta nada.

–Vamos, por aquí.

Me apresuré a abrirles la puerta y a llevarlos hasta las duchas de descontaminación para que pudieran quitarse los trajes. Había también varios niños en el grupo. Después se encontraron conmigo en la cantina para tomar algunas patatas. El hombre que me miraba fijamente se acercó a mí. De cerca pude ver que era pelirrojo y su rostro me era familiar.

–Eres Emma, ¿verdad?

Fue su voz lo que me dio la pista.

–¿Eres Pig?

El hombre se rio.

–Ya nadie me llama así.

Y me dijo que su nombre era Austin. Austin Sheridan. Resulta que sobrevivió en el refugio en el que le dejamos mi padre y yo hace ya dieciocho años. ¿No es increíble?

–Esta es mi mujer, Lucy, y mis hijos, Sarah y Austin Jr. Y a mi madre ya la conoces.

–¡Señora Sheridan! No la he reconocido sonriente.

Su rostro estaba más arrugado y pálido. Ha sido muy cariñosa conmigo y se ha reído recordando cuando me llegó la regla y me manchó todos los pantalones.

–¡Qué divertido fue! ¿Verdad?

¿Divertido? Nunca entenderé el sentido del humor de los neurotípicos.

"Érase un hombre que cada dos por tres… seis." Ese sí es un buen chiste. Cuando lo entendí, estuve riéndome hasta los diecinueve años.

Finalmente, hoy Pig y su colonia también se introdujeron en la máquina para ir al año cero.

–Sabía que ibas a ser una persona muy valiosa, Emma –me ha dicho Pig, es decir, Austin–. Estoy muy orgulloso de ser tu amigo.

Teníamos razón, sí que era amigo mío.

Me ha dado un abrazo al despedirse, cosa que no me gusta, pero le he dejado durante treinta segundos porque sé que para él era importante expresar afecto de esa manera. Y creo que él ha entendido que esa era mi forma de expresar afecto, aunque haya notado que contenía la respiración y contaba los segundos que duraba ese abrazo.

Espero que os conozcáis en el pasado, seguro que te cae bien y podemos ser todos amigos.

Los animales están bien, cada vez hay más: hay 42 vacas y toros, 57 cerdos, 116 gallinas y gallos y 19 cabras. Como en la base ya no hay personas, se está llenando de vida animal y el suelo está cubierto de heno, que crece libremente en la granja alimentada por energía solar. Estoy trabajando para que puedan alimentarse sin mí, de forma autónoma, y que, en el futuro, puedan salir al exterior cuando sea seguro. Parece que la concentración de ozono ha aumentado un 4'6 % desde la hecatombe y los insectos están aumentando de número en progresión geométrica, como era de esperar. Es un inicio.

Casi no quedan personas ya en nuestro tiempo, pero yo sigo intentando detener el asteroide, vuelvo a trabajar.

Emma

PS: Por si no has recibido las cartas 1 y 2, quería decirte que echo de menos tu compañía. Y el sexo. Y a lo mejor volvemos a vernos algún día, porque todavía puedo usar la máquina del tiempo. ¡Espero que sí!

PARTE 2: INTENTOS DE COMUNICACIÓN

–Hostia, muchacha –digo al micrófono–, ¡vaya la que estás liando! Está medio mundo saltando en el tiempo por tu culpa…

–Soloviova Olga Ivanovna, ¿con quién demonios hablas?

Pego un bote en la vieja silla raída de escay, pero cuando me vuelvo sólo me encuentro el rostro de mi hermana. Únicamente cuando está cabreada me llama por mi nombre completo.

–Qué susto, joder, Natascha. –Me levanto y cierro la puerta de la sala de comunicaciones de la base de Poukói, no sin antes cerciorarme de que el pasillo de fuera está vacío–, pensaba que eras Bulgákov, ¿está por ahí?

–El mariscal está a punto de entrar en la máquina del tiempo, como todo el mundo, incluidas nosotras, tu familia… y de repente tu so-

brina, Maruska, ha empezado a preguntar por su "tía Olya". El capitán Vasíliev ha salido a buscarte y yo también…

Miro el reloj: se me ha hecho condenadamente tarde, mierda.

–Tengo que hacer una cosa rapidísima, Natascha.

Ella cruza los brazos.

–Ya sabes lo que nos han explicado, que si no entramos en la máquina del tiempo en el mismo grupo podríamos acabar en lugares diferentes o en años diferentes.

–… y te juro que ya voy. Es algo que le debo alguien, ya está.

Se acerca a olerme el aliento.

–No detecto nada. ¿Te has pasado al vodka, Olya? ¡Que ya tienes más de cincuenta años, un poco de control!

–No, qué asco. –Se me revuelve el estómago–. Ya sabes que sólo soy de destilados dulces y no he bebido en varios días.

–Sólo porque se han acabado las reservas.

–Por la razón que sea –le respondo–. Coño, Natascha, que nos quedan unos minutos, voy a enviar un puñetero mensaje y me voy contigo. No he planeado hacer ninguna tontería, te lo juro. Mi cupo quedó cubierto cuando hace casi veinte años destruí por error la nave de la capitana Morelli.

–Bueno –mi hermana es terca como ella sola–, gracias a aquello, el mariscal Bulgákov te condecoró como heroína nacional por haber destruido una nave enemiga y ahora estamos aquí las tres, a salvo.

La puñetera tiene razón. Pero eso no hace que me sienta mejor. No sé si será que después de todos estos años me ha crecido algo de conciencia: horror. Cuando lleguemos al nuevo mundo tendré que beber hasta vomitarla toda. La siento patalear como un *alien* dentro de mí, pidiendo alimento para crecer.

Pues te jodes, hijaputa: la redención de hoy es lo único que vas a conseguir de mí.

Le hago un gesto a mi hermana con la mano y vuelvo a abrir el micro para mandar un mensaje en inglés.

–Te llamas Emma, ¿verdad? Emma Jameson, eso me han dicho, hija de dos pilotos del Proyecto *Paradiso*. Yo soy Olya Soloviova, soy la que se cargó la nave *Aaru*, que pilotaba una tal Marisa Morelli, quien,

por cierto, a lo mejor sigue viva en aquel planeta. En parte por eso te dejo este mensaje… –Tomo aire, miro hacia los lados y bajo la voz aún más, ante el rostro interrogador de mi hermana–. Lo que te voy a contar es alto secreto, pero, oye, las naciones se han ido todas a la puta mierda y estamos a punto de abandonar este mundo así que… Bueno, allá va.

Mi hermana intenta detenerme, espantada.

–Déjame, Natascha, la KGB ya no existe ni existirá. Vigila que no entre nadie.

Y veo cómo se apoya contra la puerta, como si su metro setenta y sesenta y cinco kilos pudieran detener a los esbirros de Bulgákov con manos grandes como raquetas de tenis. Me asalta un momento de ternura: la quiero, coño. Menos mal que salvé su vida y la de su hija. La única cosa buena que he hecho jamás…, hasta hoy.

Sigo transmitiendo.

–Emma, resulta que nuestros espías colocaron unos dispositivos en todas las naves del Proyecto. El *ansible*. Un transmisor casi inmediato, no importa la distancia, funciona con entrelazamiento cuántico o no sé qué. Así fue cómo yo destruí la nave *Aaru* de la piloto Morelli, pero sólo porque pensaba que iba a venir a atacar la Tierra…, eso no importa. Lo que importa es que queda una nave aún dando vueltas por el espacio, ¿verdad? La *Olympus*. El resto entiendo que están en la Tierra y no tenemos ya tecnología, o combustible o lo que sea para que despeguen.

Mi hermana me hace señales de que nos tenemos que ir. Corro.

–El piloto de esa nave *Olympus*, según nuestros informantes, es un capullo integral, un tal Hidalgo. Pero la cosa es que con el *ansible* te puedes poner en contacto con él, y tal vez pueda recoger a esa pobre mujer abandonada en el planeta, que ¡puede incluso seguir viva! Era un paraíso, con criaturas acojonantes…

Llaman a la puerta.

–Olya, ¿estás ahí? ¡Nos vamos!

La voz del capitán Vasíliev hace que se me encoja el estómago. Y mi hermana empieza a tirar de mi brazo.

–Me tengo que ir, Emma, aquí te paso las instrucciones para contactar con la nave, puedes hacerlo desde cualquiera de las otras dos que llegaron, creo que las tienes a mano. ¡Mucha suerte!

Natascha abre la puerta.

–Ya voy, Vladimir –le suelto, saliendo de la habitación lo más rápido que puedo para que no sospeche–. ¡Qué prisas os han entrado a todos, joder, si tenemos una máquina del tiempo! Si salimos cinco minutos tarde, pues le pedimos a la máquina que nos lleve cinco minutos antes y ya está, ¿no?

–¿Pero qué estabas hac…?

–Oye, vamos –le hago señas ya desde la otra punta del pasillo–, que Bulgákov se nos enfada y luego echa chispas por el bigote.

–MARISCAL Bulgákov, Olya, acuérdate…

–Todavía le harán un Consejo de Guerra a mi hermana, ya verás... –escucho que murmura Natascha por lo bajo.

Nos apiñamos para entrar todos en la máquina en el mismo salto. Somos unos doscientos. La figura de Bulgákov destaca porque no para de moverse y dar órdenes: está en su salsa. A mí se me va ralentizando la taquicardia poco a poco: nadie ha descubierto lo que acabo de hacer y abandono el viejo mundo con una buena obra. La última, prometido.

Ahora, a descansar y disfrutar del paraíso.

Naturalmente cuando llegamos al nuevo (viejo) mundo todo es tan hermoso, natural e idílico, y Bela, Gizem y la gente de allí es tan maja, que mi conciencia vuelve a surgir y terminaré enseñando Matemáticas en la nueva universidad y colaborando en todas las tareas comunitarias –además de avanzar en la sacrosanta ciencia de la destilación de licores.

Pero esa es la historia de otra persona, es otra Olya.

Nada como un puñetero fin del mundo para cambiarte la personalidad.

PARTE 3: VOLVERÉ

Carta de Emma a Otto: 52 años después del viaje en el tiempo.

Hola, Otto:

Esta será mi última carta –y espero que hayas recibido las otras tres. Si no es así, tal vez aún no te hayan llegado. Van introducidas en bolsas de plástico transparentes con varias pegatinas de colores fosforito, para que las veas bien.

Aunque no te lo conté en su momento, finalmente conseguimos detener el asteroide. ¡Es una buena noticia! *In extremis*, pero el plan funcionó. Te lo dije. Comunícaselo a Drovnik, Ribisi y Valente. Sólo había que probar más cosas, entre ellas, abrir la colaboración a todo el planeta. ¡Más cabezas, más posibilidades...! Y más si esas cabezas son nucleares (es broma).

Desde mi última carta han pasado treinta y dos años y he pasado la mayor parte del tiempo hibernada: el primer sueño fue de veinte años. Una vez librada la amenaza del asteroide y habiéndome asegurado de que los animales podían alimentarse de forma autónoma, decidí revisar el progreso del ecosistema cada diez años, cosa que no podría hacer estando despierta todo el tiempo. Efectivamente, hubo cambios. Concretamente noté cinco pero el más interesante es que las plantas del exterior han tenido un crecimiento del 6000 % desde que comenzó a entrar algo de luz del sol.

Ayer, cuando salí al exterior, el paisaje había cambiado mucho: por un momento parecía que me encontraba en los parques que conocí de niña, con árboles, algo de hierba y otras plantas rodeándome. Todavía uso traje de protección, pues la capa de ozono dista aún de tener los

niveles previos a la hecatombe y los contadores Geiger registran radiación de 520 MiliSiéverts. Incluso he descubierto insectos que no había registrado antes de entrar en estasis, como cochinillas, que son importantes para la fertilización. No toco ni como nada del exterior porque el isótopo cesio-137, muy peligroso para el ser humano, suele permanecer durante décadas en las plantas.

Pero lo que te quería contar es que recibí un mensaje dirigido específicamente a mí.

–Eres Emma, ¿verdad? –dijo la voz de una mujer con fuerte acento ruso.

Lo dejó mientras yo estaba hibernada por primera vez, me dio las claves para poder contactar con la nave *Olympus*, la última del Proyecto *Paradiso*. ¿Recuerdas que Drovnik estaba segura de que se había perdido porque jamás envió mensaje alguno?

Así que se lo envié yo y volví a dormir otra vez.

Y ¡sorpresa! Zeta, la IA de la nave, me contestó durante mi segundo sueño y me contó una historia que creo que te encantará tanto como a mí:

–He cumplido mi misión, y he encontrado un planeta *de puta madre*.

Sí, así habla la IA, es muy divertida.

–... Y tengo a esos seres aquí conmigo en la nave, actualmente en estasis. Se llaman a sí mismos *sub-hidalguianos*.

Los trajo de vuelta a la Tierra en cuanto logró salir de allí pero cuando llegó a nuestro planeta lo vio destruido y ni señal de la especie humana. (Hidalgo, el piloto, había destruido sus transmisores y Zeta no conocía la existencia de esta otra forma de comunicarse con la Tierra.)

Ese mensaje llegó cuando yo llevaba doce años dormida.

Hablamos y… ha regresado a por mí. En estos momentos su módulo de aterrizaje se dirige a esta base para recogerme.

–Llegaremos en noventa y dos minutos.

Me encanta lo precisa que es.

Qué nervios. ¡Voy a viajar al espacio y podré descubrir e investigar especies y ecosistemas que ningún humano ha visto antes! ¡Y lo haré yo! Dice Zeta que incluso antes de ir al planeta de estos seres, o al que descubrió Marisa Morelli –encontró seres con vida allí, me lo ha dicho Olya, la mujer rusa– podríamos detenernos en otros planetas habitables. ¡Estamos hablando de decenas de planetas potenciales sólo en nuestra área de la galaxia! Y de conocer especies alienígenas, que, además, tendrán formas de relacionarse entre sí totalmente diferentes a las de nuestra sociedad –que a veces a mí me cuesta comprender–.

De hecho, hoy mismo voy a contactar con estos *subhidalguianos* en vivo, aunque ya les he visto por holoimagen: son extraños, dúctiles y con muchas patitas.

–Todos-nosotros estamos muy contentos de conocer a una habitante del planeta de los dioses –me han dicho.

¡Saben hablar inglés! Y son ellos quienes manejan el módulo de aterrizaje. Tengo tanto que preguntarles…

Me conoces, sabes lo que me apasiona y entenderás que no puedo dejar pasar esta oportunidad de vivir mi pasión y amar un poco esta vida después de pasar tanto tiempo trabajando en áreas que no me interesaban porque era necesario. Seguramente es un amor que comparto con mi madre, la piloto Yu Jei (en otra carta, que no sé si has recibido, te decía que me reveló antes de irse que es mi madre biológica).

Sé que me pierdo muchas cosas, como la compañía de otras personas, pero la verdad es que como ya te he dicho en las otras cartas –y en persona– la especie humana no me cae especialmente bien. Tu compañía y el sexo me gustaban mucho (en otra carta te decía que los echaba de

menos, pero lo repito aquí por si no te han llegado). Y en cierto modo también me gustaría volver a ver a mis amigos: Gizem, Martín, Pig y el resto.

Pero no te preocupes: volveré.

(La máquina del tiempo estará en condiciones con toda probabilidad, la he aislado por completo bajo tierra, así que podré usarla en un futuro para encontrarme contigo.)

Tendría que hacer los cálculos pertinentes para poder viajar al pasado: he pensado que, aunque la mayor parte del tiempo que viaje a otros planetas estaré durmiendo, cuando vuelva, si viajo al año cero seré mucho más mayor que tú. Otra opción sería viajar varios años después que tú, para que tengamos una edad similar. Pero todo se complica porque esta máquina es demasiado imprecisa, y puede llevarme varios años antes o después. Es difícil trabajar así…

Ya están aquí, Otto: el módulo ha aterrizado.

–Te esperamos, abriremos la compuerta cuando estés subiendo, para que entre la mínima cantidad de radiación posible.

–De acuerdo.

¿No es increíble, Otto?

La verdad es que la única razón que en cierta forma me retiene aquí eres tú.

Pensaba que, siendo como soy, no llegaría a pasarme nunca nada como esto, pero la verdad es que ahora mismo sólo quiero darte un abrazo. ¿Es raro que quiera sentir tu calor una vez más? Tal vez me he vuelto neurotípica por la radiación (es broma).

Soy consciente de que es probable que no volvamos a coincidir con una edad similar, si es que llegamos a encontrarnos. Pero, sea como sea, prometo volver, y sabes que yo cumplo mis promesas. Seguro que tendré muchas

aventuras que contarte. Pero también me gustaría verte, aunque sólo sea una vez más.

Emma

PARTE 4: ES SÓLO EL PRINCIPIO

Algo ruge más allá de la capa de hielo, frontera infranqueable de su océano.

Muchos ciclos había reflexionado *Sshotsezi 98,* actual *Ssinhola,* y había soñado con atravesar el Borde del Mundo al que, a pesar de haber propiciado el nacimiento de la vida en su planeta, había llegado a sentir como una prisión. Si no hubiese nacido y vivido en el agua, tal vez hubiese podido poner nombre a esa sensación: 98 se ahogaba.

Poco había cambiado la colonia desde la muerte de su predecesor, 87. Y es que la vida en Shotz se arrastraba perezosa y flemática como el movimiento de una galaxia. Como las corrientes marinas y como el mismo desplazamiento de esas criaturas. Ya había dos *Sshotsezi* con curiosidad y actitud para sustituirle (pues sus músculos y membranas cada vez estaban más rígidos y sus ojos apenas percibían el brillo de su propio sol o los reflejos plateados de sus lunas): 107 y 111. Tan inusual era la situación que había creado una conmoción en la colonia: nunca antes dos *Sshotsezi* de una misma generación habían deseado explorar, tantear un cambio.

–No es natural –gruñía *Sshotsezi* 100–. Malas cosas suceden cuando se altera lo que ha existido desde siempre.

¡Ah! Pero tampoco la colonia *Sshotsezi* había existido desde siempre. Ni siquiera Sshotz, el planeta que les albergaba, o las fosas del volcán de Hhazs, que les proporcionaba luz, calor. La vida.

98 había dejado de discutir: *Sshotsezi* más jóvenes tenían la energía que ya le empezaba a faltar a *Ssinhola,* quien prefería aprovecharla manteniendo abierta la capa de hielo junto a la fosa de UtShuss y

mirando al espacio: era allí donde se había dejado la vista, oteando el helado corazón del universo.

Le quedan pocos ciclos.

–He pensado en intentar salir al exterior –dice a 107 y 111 algunas veces–. Al menos desapareceré sabiendo qué se siente ahí fuera y si hay algo o alguien más.

Protestan con energía, sabiendo que, aunque convenzan a 98, en poco tiempo regresará su inquietud. Ha crecido con ella, como la piedra que acaba cubierta por el liquen hasta el punto de no reconocerse sin él.

Pero hoy algo ruge más allá de la capa del Borde del Mundo.

Un bramido que estremece el muro de su prisión y se propaga por las aguas con ondas oscilantes. La colonia *Sshotsezi* nunca ha vivido un mar trémulo como este y estalla la alarma.

–¿Habéis visto las luces? –no deja de preguntar 97 a quienes buscan refugio en escollos y riscos junto a las fosas volcánicas. Su vista ya no es la que era.

Afortunadamente, 107 y 111 saben que le encontrarán junto al hueco testarudo abierto en hielo.

–*Ssinhola*, no ha habido luces rítmicas. Pero hemos visto algo que se acercaba desde el cielo. Algo grande, tan grande como el risco de Essdizt, o incluso más. Geométrico y brillante.

De pronto, todo queda en silencio.

Las aguas se calman y los diminutos peces se detienen en mitad de la nada, aguzando los sentidos. *Ssinhola* brilla de excitación, pues sabe que algo se avecina. Un cambio, algo con sabor a milagro, a nacimiento.

De pronto, escuchan algo mucho más suave y rítmico, que se acerca hasta ellos desde la superficie. Jamás han oído nada similar. 107 y 111 elucubran, con ojos emocionados:

–Hay alguien ahí fuera. ¿Será ese su idioma?

Aunque esas criaturas aún no lo saben, es el rumor de unos pasos que caminan sobre el hielo.

Para ellas, ese sonido son las primeras voces en la ribera del mundo.

Esta novela está dedicada a quienes no encajamos del todo en este mundo. Que nunca nos falte la esperanza y el ánimo para intentar mejorarlo… o para crear otro.

AGRADECIMIENTOS

20 de abril de 2019

He colocado los agradecimientos al final porque este libro tiene mucho que agradecer. Ha sido un reto bastante grande –y justo por eso me ilusionó muchísimo escribirlo– y además en una época algo compleja de mi vida, con cuestiones personales que me han forzado a dejar de escribir durante meses. Afortunadamente, todo ha salido bien y el libro ya es una realidad.

El primer agradecimiento es de rigor: **Rafa y Pablo, de Triskel Ediciones**, que fueron los primeros que hace dos años me pidieron una segunda novela. En aquel momento tenía algunas ideas, pero ninguna terminó de cuajar hasta que llegó esta, que me encandiló. Los dos se han volcado con el libro y su edición, y eso es lo más bonito que puede hacer una editorial. Además, han tenido paciencia infinita, revisando una y otra vez: Pablo detectando descuidos a mansalva (los nombres de virus o planetas que bailaban), y Rafa dándome claves sobre la URSS y la KGB, entre mil cosas. Y ambos luchando con mi manía de poner puntos y rayas ortográficas por todas partes. ¡Soy un hueso duro de roer!

La otra persona que ha estado muy involucrada en el libro desde el principio fue **Juansa García** (en aquel momento, mi pareja): fue quien me sugirió que no enviase el primer relato, "Voces en la ribera del mundo" al certamen Visiones 2017, para el que yo lo había escrito, sino que lo publicase con otros. Y así decidí escribir todo un libro entero para completar la historia de los otros pilotos y explicar qué había pasado en nuestro planeta. Además, fue el primer lector beta de todos los relatos, comprobando si lograban el efecto que yo buscaba,

algo muy necesario (y también, gracias a él, por ejemplo, Olya Soloviova es incluso más malhablada que al principio). Gracias por estar ahí mes a mes.

Más lectores "beta" a quienes tengo mucho que agradecer: mi amiga **Carmen Pérez**, por supuesto, que ha sido la única que ha leído mis tres novelas, y siempre descubre despistes míos legendarios como... ¡que Yu Jei lleva los guantes cuando se encuentra con el perrito! Además de notar, como física que es, "detallitos" como que el hidrógeno en una estrella está en continua fusión –y todo eso leyendo a toda prisa, con una bebé de pocos meses y en plena mudanza. Brava.

Otro experto que hizo lectura de varios relatos fue **Daniel Martín**, también físico y autor del blog "La aventura de la ciencia". ¡Madre día la que liamos con los agujeros negros y blancos…! Y gracias a él, en mi libro la refracción no es lo mismo que la reflexión.

Por último, **Cipriano Cáceres**, exalumno y amigo, se hizo un *sprint* con la novela un par de semanas antes de entrar en imprenta (y mis *Sshotsezi* ya se ven más redondos, como yo los imaginaba; o eso espero).

Mención especial merecen mis "lectores de sensibilidad", que han revisado los relatos protagonizados por personajes LGTB, personajes negros o indios, o con TEA. **Jennifer Moraz, Piper Balca y Asra C. Chueco** revisaron los personajes y relatos de Yu Jei, Kinaya, Vikram y Emma para que fueran más realistas y completos. ¡Vuestra ayuda ha sido muy especial!

Más agradecimientos:

Como ya habréis leído, necesitaba un material que no fuera metálico para mi mundo romano alternativo y de repente caí en que mi hermano, **Víctor Morales**, es físico doctorado en Nuevos Materiales, y me dio algunas ideas.

El cuento de Vikram ("*Fábula del muchacho que huía todo el tiempo*") lo tenía ya completamente escrito cuando decidí que era muy soso. Cinco mil palabras acabaron en la basura. Justo en esos días, **Elisa I. Mellado**, alumna y amiga, me contó la historia del dios hindú Ganesh y gracias a eso se me encendió la bombilla: tenía que reescribir la historia de Vikram contada como una antigua leyenda oriental.

Unas semanas antes de entrar en imprenta quedé con **Olga Tenorio,** en medio de una tormenta de granizo en Sevilla, para tomar un té y su opinión me ayudó a decidir el título definitivo para mi novela: muchas gracias y ¡menos mal que no la suspendimos aunque caían chuzos de punta!

Jose Francisco Gamiz, **Candela** y **Mathieu Adoutte** se ofrecieron a ayudarme con el lenguaje de la IA en el relato "*Qualia y la canción irrepetible*", pero finalmente fueron **Álvaro** y, sobre todo su amigo **Pablo Miñano Carmona**, quien escribió la parte de programación en código Python. ¡Gracias mil!

No quiero olvidar a **Pablo Fernández**, un biofísico amigo de Carmen Pérez, me dio una clave fundamental sobre la bacteria de Kinaya.

Y gracias también a **Yulia Emma Murtazalieva**, que me enseñó dos o tres insultos en ruso para el relato de Olya Soloviova (reconozcámoslo, esa información nunca viene mal). Y a **Nicolás Aguirre** por molestarse en buscarme a otra persona rusa también.

Me ha conmovido cómo surgían siempre personas por las redes sociales dispuestas a echarme una mano cada vez que pedía ayuda –o cuando preguntaba cualquier chorrada necesaria para mi novela (sí, Pablo, he incluido otra raya aquí :P).

Y ya que estamos, no quiero terminar el libro sin agradecer a **mis padres:** él me inculcó el amor por la física y el universo y ella por la literatura, y aquí estoy. Y, por supuesto, a **mis amigas**: Marta, Elena, Berta, Belén Mar y las alumnas y amigas de mi taller presencial, Eloísa, Mar, Macarena, Maria José, Virginia y tantas personas más... Gracias por los todos los ánimos.

Como decían en Barrio Sésamo (se me nota la edad, me temo): "Sola no puedes, con amiguitos, sí". A las pruebas me remito. Sólo espero no haberme olvidado de nadie.

¡Muchísimas gracias y hasta la próxima novela!

Colección Átropos

El mismo mes en que se publica *Voces en la ribera del mundo*, pero en el año 1973, la NASA ponía en órbita su primera estación espacial, llamada *Skylab*. Estuvo operativa hasta 1979, año en el que se preparó su destrucción. Los restos acabaron cayendo en Australia.

El gobierno australiano impuso a la NASA una multa de 400 dólares por arrojar basura en terreno público.